RAÚL M. CRUZ



NORIGAE

노 리 개

Un thriller psicológico sobre la asfixia del control y la libertad del sacrificio.

NORIGAE

(노리개)

Raúl M. Cruz

Thriller (Novela)

Norigae *(노리개)*
Autor: Raúl Martínez Cruz
© 2026. Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del **copyright**, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Edición Digital
Madrid.

Para Esperanza.
Por la paciencia infinita y el apoyo incondicional.
Por ser mi Ansikcheo, mi refugio. El único lugar donde el mundo deja de pesar.

Para Marcos y Héctor.
En vosotros aprendí que el amor más grande es aquel que se entrega por completo, sin reservas, al cuidado de otra vida.

«Las emociones inexpresadas nunca mueren.
Son enterradas vivas y salen más tarde de formas más feas».

— Sigmund Freud

«Me volví loco, con largos intervalos de horrible cordura».

— Edgar Allan Poe

INDICE

PRÓLOGO. EL ÚLTIMO TREN A SEÚL
I. EL ESCRITOR Y EL HANBOK
II. EL CORAZÓN DE LA CASA
III. EL TRIBUTO
IV. LA COSTURA ROTA
V. TINTA ROJA
VI. LIENZO DE BARRO Y ORO
VII. EL LOBO
VIII. BAJO LLAVE
IX. LA RENDICIÓN
X. INFIERNO
XI. EL PUNTO CIEGO
XII. EL ARISŪ
XIII. EL VÍNCULO
XIV. EL ESPEJO
XV. LA DUEÑA DE LAS CENIZAS
XVI. JAQUE A LA REINA
XVII. HONOR
XVIII. EL TRIBUNAL
XIX. JUICIO Y SENTENCIA
XX. LAS LLAVES DEL REINO
XXI. EL ANTÍDOTO Y EL VENENO
XXII. INTRUSIÓN
XXIII. LO QUE QUEDA DE NOSOTROS
XXIV. CENIZAS
XXV. OBSIDIAN
XXVI. SACRIFICIO
EPÍLOGO. RINDIENDO CUENTAS
NOTA DE AUTOR
GLOSARIO
ACERCA DEL AUTOR

El Norigae.

노리개

Este ornamento tradicional, tejido con nudos de seda y rematado en metal o jade, ha colgado durante siglos de los vestidos de las mujeres coreanas como símbolo de feminidad y buena fortuna. Pero más allá de su función decorativa, el *norigae* actúa como un amuleto íntimo, un objeto que se lleva cerca de la piel no solo para embellecer, sino para proteger el corazón de quien lo porta.

El Bujeok

부적

Un talismán ancestral oculto en el interior de los objetos más preciados. Trazado sobre papel de morera con la intensa tinta roja del cinabrio, se diseña para levantar una barrera contra la desgracia y los malos espíritus. Aunque la tradición dice que aleja fantasmas, su verdadero poder reside en silenciar los demonios que habitan en la propia mente, sirviendo como un ancla de cordura cuando la realidad se vuelve demasiado oscura.

PRÓLOGO. EL ÚLTIMO TREN A SEÚL)

Seoulhaeng majimag yeolcha (서울행 마지막 열차)

El rugido de los dos Rolls-Royce Trent 700 se filtraba en la cabina del A330 de Iberia. Su vibración acompañaba la inquietud de Mark Olsten; parecía que el ruido monótono del avión quisiera acunarlo mientras él se sumía en su desasosiego.

A través del metacrilato de la ventanilla, Madrid solo era una mancha gris bajo un estrato de nubes que se deshilachaban. Sintió el incremento de la presión bajo el asiento cuando el avión alabeó hacia el este, poniendo rumbo a Seúl.

Mark permanecía hundido en la butaca de cuero de la clase *business*, con la mirada perdida en el azul del cielo que le envolvía con su inmensidad. Su rostro, más afilado de lo habitual, conservaba la palidez enfermiza de quien ha pasado demasiado tiempo bajo fluorescentes mortecinos y las paredes blancas de un hospital. No hacía demasiado tiempo, el aire que respiraba era el de los Alpes; una atmósfera aséptica, cargada de aroma a montaña y a fármacos caros, una clínica suiza de tabiques blancos donde el tiempo se medía en sesiones de terapia y silencios obligados. Aunque su cuerpo viajaba ahora a diez mil metros de altitud, parte de su mente seguía atrapada en los pasillos de aquel lugar de reposo, donde había permanecido tratando de recomponer los fragmentos de una cordura que Ella había hecho estallar en mil pedazos. Le parecía aún demasiado irreal el hecho de que ya no estuviera; a pesar de su muerte, su recuerdo era como una pesadilla que no quería dejarle en paz.

A su lado, Leandro García repasaba unos informes en su táblet con la eficacia de un reloj suizo. Era su editor, su agente y prácticamente la única persona que aún permanecía a su lado y, lo más importante, le conocía desde hacía tantos años que ya ni lo recordaba.

Leandro aparentaba sus cincuenta años con una complexión que el traje caro, por muy a medida que estuviera, no lograba disimular. La tela parecía librar una batalla perdida contra esas hechuras que parecían rechazar la elegancia. Manejaba la pantalla táctil con unas manos rollizas, impropias de la finura del cristal, mientras su rostro tosco revelaba las huellas de años de tabaco y alcohol bajo un barniz de perfume de diseño exclusivo.

Aunque una calvicie incipiente amenazaba con ganar terreno, luchaba por proyectar una imagen de poder: las uñas impecables, el cabello pulcro y sus accesorios —el reloj de oro y el maletín de piel— que gritaban su estatus sin caer en la ordinariez. En su mirada persistente y en esa voz ronca, visceral, no había rastro de duda; era la estampa del hombre que sabe que, en su mundo, el poder no se pide, se ejerce.

Había sido él quien había gestionado el *retiro espiritual* de Mark en Suiza, borrando el rastro de su *problema* ante la prensa con la misma frialdad con la que ahora planificaba este viaje.

—El bibliotecario nos recibirá pasado mañana, Mark. —No levantó la vista; sus dedos continuaron deslizándose sobre el cristal con una cadencia hipnótica.

—Según los informes, posee documentos únicos de la dinastía *Joseon*[1] que darán a tu próxima novela el peso histórico que necesita. Se ve que ese contacto del que no me has querido hablar no te ha engañado. Es una inversión de tiempo considerable; asegúrate de que valga la pena.

Mark asintió levemente, aunque en realidad no lo escuchaba. Oficialmente, viajaban en busca de un hombre capaz de abrirles archivos prohibidos para un nuevo *best seller*. Extraoficialmente, Mark buscaba un milagro.

Un amigo, que conocía las grietas de su alma, le había hablado de aquel bibliotecario no como un erudito, sino como alguien capaz de coser sus pedazos. Un hombre que, en los rincones olvidados de Seúl, sabía cómo sanar las heridas que no sangran, pero que nunca dejan de doler.

Leandro, por supuesto, ignoraba este segundo propósito. Para el editor, Mark era un activo valioso que necesitaba ser reparado para seguir produciendo éxitos, cosa que daba por hecho que habían logrado en Suiza; para Mark, Leandro era la correa que lo mantenía unido a una realidad que ya no sentía como propia.

Leandro se giró ligeramente, observando el rostro inmóvil de su acompañante.

—Te veo ausente. —Entornó los ojos con un deje de reproche que pretendía ser amable—. Escúchame, espero que lo de Suiza te haya devuelto el hambre, Mark. En Corea necesitamos que seas el hombre que da por el culo a la competencia, no un fantasma que mira por la ventanilla como si no estuviera en este mundo.

Mark apretó los dedos sobre el reposabrazos. El roce del cuero le recordó a los arneses y las tiras del látigo, a ese control que tanto ansiaba olvidar.

—Estaré listo, Leandro. —Fue apenas un susurro sin soltar el reposabrazos—. Solo necesito encontrar lo que he perdido.

El avión se adentró en la noche y un sentimiento de vacío invadió a Mark, envolviéndolo en esa oscuridad que persigue a quien busca el amanecer. Mientras tanto, a su lado, Leandro dormía como un oso, emitiendo un ronquido sordo que le asemejaba aún más a ese animal. Mark permaneció despierto, debatiéndose entre el peso de los recuerdos escondidos en su maleta, junto a ese miedo que no podía dejar atrás cuando estaba en el exterior, y la esperanza desesperada de que, en las entrañas de Seúl, alguien supiera cómo exorcizar su propia mente.

El aterrizaje en el Aeropuerto Internacional de Incheon fue un choque de sensaciones que terminó por fragmentar la poca paz que Mark había logrado reunir durante el vuelo. Al salir por la puerta del

A330, la humedad que reinaba en el ambiente lo envolvió impidiéndole respirar con normalidad. Estaba cargada de un olor dulzón que contrastaba con el aire aséptico de Suiza. No habían llegado a poner finger, así que bajaron directamente por la escalera de pasaje.

Mientras caminaban por la terminal de cristales pulidos y pantallas de tecnología punta, Leandro no dejaba de escudriñar a las mujeres que pasaban a su lado. Su mirada mostraba una lascivia que parecía ensuciar el aire. Se detenía en las jóvenes coreanas con una insistencia repugnante.

—¡Míralas, Mark!

Señaló a un grupo de chicas que esperaban frente a una puerta de embarque y una sonrisa torcida asomó en su boca.

—Dicen que aquí son como muñequitas de porcelana, con una disciplina que ya quisiéramos en Europa. Carne fresca que no se atreven a desafiarte. Este viaje va a ser mucho más entretenido de lo que pensaba.

Mark no respondió. Se limitó a apretar el asa de su maleta sin volver la cabeza, sintiendo un asco creciente.

Tomaron un taxi negro en la salida del aeropuerto. Mark le entregó al conductor una dirección escrita en un papel doblado, y el vehículo se alejó de las luces de neón de Gangnam y sus enormes rascacielos de cristal. A medida que avanzaban, el paisaje urbano se fue difuminando. Las amplias avenidas dieron paso a calles angostas y mal iluminadas; los edificios modernos y las pantallas fueron sustituidos por bloques de hormigón desconchado y cables eléctricos que colgaban como lianas sobre los callejones.

Finalmente, el taxi se detuvo frente a un edificio que solo una desbordante imaginación podría llamar hotel. Era un edificio de tres plantas, encajado en la zona más pobre de Guryong, a las afueras de Seúl, donde el olor a comida fermentada, cocinada en la calle, y el alcantarillado impregnaban el ambiente. Leandro bajó del coche y recorrió el lugar con la mirada. Una mueca de asco profundo le cambió el gesto en cuanto sus botas de cuero caro se hundieron en un charco de agua estancada.

—¿Me estás tomando el pelo, Mark? —gruñó Leandro, señalando la fachada desconchada donde un cartel de neón parpadeaba con un ritmo perturbador—. Se supone que somos gente con clase y tenemos dinero por castigo. He dormido en hostales de carretera con más dignidad que este cuchitril. ¿Por qué cojones nos quedamos en este vertedero cuando el Hyatt está a veinte minutos?

Mark no le respondió; se limitó a bajar su maleta del taxi. Leandro no dejó de quejarse mientras subían por una escalera estrecha que olía a humedad y a rancio. La habitación era minúscula: dos camas estrechas, una ventana que daba a un callejón ciego y una luz que parpadeaba al ritmo del neón de fuera, acentuando las sospechosas manchas de las paredes. Mark dejó su maleta sobre la cama y se giró hacia Leandro, que seguía despotricando sobre la falta de servicios y la suciedad del sitio.

—Leandro, escúchame. —Cortó de golpe el tostón que estaba dando el editor—. Necesito estar aquí. Voy a pasar una semana buscando lo que he venido a buscar en estos callejones. Tú no tienes por qué quedarte en este cuchitril. Vete a la ciudad. Alójate en el mejor hotel que encuentres, busca esos vicios que tanto te llaman y disfruta de Seúl a tu manera.

Los ojos oscuros de Leandro brillaron con una mezcla de sorpresa y alivio. La idea de verse libre de la supervisión de Mark en una ciudad llena de tentaciones era más de lo que esperaba.

—¿Una semana entera? —Leandro suavizó el tono de inmediato mientras sus ojos comenzaban a brillar—. Bueno, supongo que alguien tiene que mantener la imagen pública de la editorial en los clubes de lujo mientras tú juegas a ser un autor maldito en los suburbios.

—Exacto. —Asintió Mark, deseando perderlo de vista—. Pero mañana por la mañana te quiero aquí. Iremos juntos a ver al bibliotecario, cumpliremos con la parte burocrática del viaje y luego serás libre de desaparecer hasta que te llame para volver a España.

Leandro soltó una carcajada y le dio una fuerte palmada en el hombro, un gesto que Mark soportó con los dientes apretados y una sonrisa forzada.

—Hecho, *cariño*. Mañana vendré a por ti y luego... luego dejaré que esta ciudad me enseñe sus mejores secretos —dijo con una sonrisa pretenciosa. Rápidamente bajó de la habitación y se fue a por el taxi.

Cuando Leandro salió de la habitación, el silencio que dejó fue casi tan pesado como el ruido que metía. Mark se acercó a la ventana y observó la oscuridad del callejón. Sabía que a pocas calles de allí, en ese laberinto de miseria, se encontraba el hombre que podía salvarlo o terminar de destruirlo.

노 리 개

Amaneció bajo una capa grisácea que atrapaba el estruendo del suburbio. El eco metálico de las persianas de los comercios al abrirse se mezclaba con el olor a fritura, creando una atmósfera que se pegaba a la garganta.

Mark apenas había pegado ojo; había pasado la noche sentado en la única silla de la habitación, observando cómo el maldito fluorescente agonizaba mientras los fantasmas de antaño y de la clínica suiza desfilaban ante él. El deseo de encontrar al curandero no era ya una esperanza, sino una necesidad física, tan fuerte como el respirar.

A las nueve en punto, la puerta se abrió de repente, golpeando la pared y dejando un descascarillado en ella. Leandro entró como si fuera el dueño de la miseria que lo rodeaba. Su aspecto era, en una palabra, repugnante. Aunque se había afeitado y vestía una camisa de seda nueva, el olor a alcohol barato, tabaco y un perfume femenino dulzón emanaba de él a un metro de distancia. Tenía los ojos inyectados en sangre y una mancha de carmín mal borrada en el cuello de la camisa que se esforzaba por no ocultar.

—¡Mark, por todos los santos! —El bramido de Leandro y su voz ronca, quebrada por los excesos, llenaron la habitación—. Deberías haber visto a esas dos crías. Oro puro. Una disciplina, una elasticidad... Unos pechitos. —Soltó una carcajada fuerte, mientras se dejaba caer en la cama vacía, haciendo un gesto como si magreara algo. La cama crujió bajo su peso—. Tienes que salir de

esta pocilga, amigo. Seúl es un patio de recreo si tienes los billetes adecuados. Te vas a marchitar aquí por el capricho de hacer de ermitaño; así no vas a mejorar, chaval.

Mark lo observó con un asco que le nacía en el estómago y le agriaba el gesto. Leandro se pavoneaba de su noche de vicios como si hubiera descubierto un tesoro en un callejón, ignorando que cada una de sus palabras era un insulto que ensuciaba el aire, que Mark intentaba recuperar.

—Vámonos. —Mark se levantó y tomó su abrigo, cortando la conversación de raíz—. El bibliotecario nos espera.

Salieron del hotel y se adentraron en las entrañas del barrio. A lo lejos, el perfil de Seúl se alzaba como una promesa de modernidad y futuro; los rascacielos de Gangnam y las torres tecnológicas brillaban, proyectando hologramas gigantes que anunciaban un futuro que ya había alcanzado. Era una ciudad de imperios tecnológicos, donde la velocidad y la eficiencia eran la única religión. Sin embargo, a medida que avanzaban hacia el interior del suburbio, esa modernidad se convertía en un espejismo cruel. Aquí, el tiempo no corría, se había estancado. El contraste era una herida abierta: de un lado, la pulcritud de los trenes magnéticos; del otro, la podredumbre de los callejones donde la tecnología punta solo llegaba en forma de cables pelados y pantallas rotas amontonadas en la basura. Era como si la ciudad hubiera decidido amputar sus propios recuerdos de pobreza para construir un altar al progreso, dejando a los habitantes de esa zona como fantasmas de una era que quería olvidar.

Caminaron por callejones tan estrechos que apenas cabían dos personas, donde el agua sucia corría por canales abiertos en el centro del asfalto. El aire estaba saturado por el vapor de los puestos de comida callejera donde vendían vísceras y sangre cuajada, mezclado con el humo de las hogueras donde los sin techo quemaban basura para calentarse. La pobreza allí era una realidad. Niños con los rostros tiznados jugaban entre cables eléctricos que colgaban a baja altura como telarañas, y las fachadas de los edificios estaban cubiertas de carteles oxidados y moho.

Leandro fue un dolor de muelas durante toda la travesía. No dejaba de quejarse de que sus botas de piel caras se estaban ensuciando o de que el olor era tercermundista.

—¿De verdad este tipo tiene algo que nos sirva para el libro? Hoy en día tienes esa información en internet, ¡joder! —Leandro apartó con el codo a un vendedor de periódicos anciano, sin dejar de mirar sus pies con asco—. ¡Me cago en la puta, Mark!, estos zapatos valen más que todo este barrio de mierda. Podríamos haber enviado a un becario a por el trabajo sucio.

Se detuvo en seco, clavando la mirada en una esquina. Una sonrisa le asomó al rostro.

—Espera… Mira esas tías de ahí. Fíjate qué par de piernitas tiernas; parecen hambrientas, y no de comida. Por cincuenta euros harían que te olvidaras hasta de tu propio nombre.

Mark no lo escuchaba. Su mente estaba fija en la puerta de madera oscura, casi invisible tras una montaña de palés destrozados, que su amigo le había descrito con precisión. Era allí.

—Cállate la boca de una puta vez, Leandro. —Se detuvo frente a la tienda, sin mirarlo, mientras apretaba los puños—. Entra, siéntate y no abras la boca a menos que sea para hablar de la dinastía Joseon. Si sueltas una sola de tus obscenidades ahí dentro te juro que te dejo tirado en este callejón sin la cartera.

Leandro, sorprendido por el tono cortante de Mark, masculló algo entre dientes pero guardó silencio. Mark empujó la puerta y un carillón de bronce dejó escapar un sonido sordo que pareció limpiar, por un segundo, todo el ruido y la suciedad del exterior.

1. EL ESCRITOR Y EL HANBOK

Jaggawa Hanbog (작가와 한복)

Cercedilla, Madrid.
Tres años después

El invierno se presentaba implacable en aquel pueblo apartado de la sierra, situado a las afueras de Madrid. Aquella mañana eso era más patente si cabe: desde la montaña bajaba un aire gélido, de esos que hacen que el frío penetre hasta los huesos; era como si la misma sierra advirtiera de que el aire ya no venía solo.

Súa Moon se movía por el pasillo de la planta alta de aquella enorme casa. Sus pasos sobre la madera noble eran imperceptibles; tres años habitando aquellas sombras habían enseñado a su cuerpo a anticipar cada ángulo y cada crujido de la casa.

Se detuvo frente a la puerta del despacho. Llevaba una bandeja de plata con una cafetera de porcelana y una sola taza pequeña.

Antes de entrar, se alisó la falda y respiró hondo. El cristal de un cuadro le devolvió el reflejo de una mujer que había aprendido a convertir su herencia en una armadura: el *hanbok*[2] de seda azul se ceñía a sus senos con delicadeza antes de fundirse en una falda recta, moderna, que caía con sobriedad bajo sus rodillas. Era una figura menuda, de rasgos coreanos serenos, que a sus veintiocho años proyectaba una autoridad que compensaba con creces su delicadeza. Aquel era su uniforme, su declaración de intenciones antes de enfrentarse a aquella casa. Aún conservaba la serenidad de una niña, pero sus ojos guardaban un secreto que quemaba: amaba al hombre que estaba al otro lado de esa puerta con una intensidad que rozaba lo prohibido.

Entró sin llamar, tal como él prefería. El despacho de Mark Olsten era un santuario a las sombras, interrumpido solo por dos enormes ventanales que mostraban una espectacular vista de los Siete Picos. Aquella ristra de libros perfectamente ordenados en sus estanterías, el ordenador perpetuamente abierto sobre la mesa de roble tintado y su colección de plumas estilográficas colocadas sobre ella. Súa dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar con movimientos lentos, casi ensayados: café solo, sin azúcar, a exactamente setenta grados. No es que él fuera demasiado maniático con ese tipo de detalles; simplemente, ella lo sabía. Apenas dejó la bandeja, levantó un poco la mirada para poder observarle.

Mark Olsten no movió la vista del teclado. Vestía unos pantalones de algodón oscuro y un jersey de lana gris que resaltaba la forma de su espalda y cubría su sempiterna camisa negra. Su despacho olía a papel viejo, café amargo y a ese perfume a madera y té que Mark emanaba siempre desde que llegó de Corea. Súa notó que sus ojos estaban cansados a pesar de su concentración.

—¿Has estado escribiendo desde las cuatro de la madrugada, Mark? —El tono era de reproche, pero sus ojos desmentían sus palabras. Tres años en España habían mejorado su español hasta una fluidez sorprendente, pero no habían logrado borrar su marcado acento coreano ni esa tendencia a completar las frases en su idioma natal.

—Has vuelto a saltarte el desayuno; si sigues así, se va a resentir tu salud.

—El libro no se escribe solo, Súa. —Se frotó los ojos, suspirando, antes de levantar la vista.

Sus ojos marrones chocaron con los de ella. Durante un segundo, el tiempo se detuvo. Mark la observó como quien contempla un objeto de arte de valor incalculable, algo que debe proteger pero que teme tocar por miedo a romperlo. Para él, ella seguía siendo la hija del hombre que lo salvó en Seúl; ella era su protegida. No veía —o no quería ver— que la niña que llegó a su casa se había convertido en una mujer que lo observaba con un hambre nada infantil. Los ojos de Súa tocaron los suyos y despertaron un recuerdo de lealtad que lo sujetaba al suelo: ella era el legado de una deuda

de honor, y profanar esa confianza sería traicionar al único hombre que le dio una mano cuando el mundo lo había desahuciado. Sin embargo, bajo las capas de disciplina y honor, aún latía el eco de aquellos días en Corea donde el consuelo se transformó en algo más profundo. Mark se obligaba a mirar el *hanbok* de Súa como un recordatorio de su deuda, intentando ignorar que, a veces, ese consuelo tiene un peso que nada tiene que ver con el respeto.

—Martín ha llegado —continuó Súa, ignorando el latido de su corazón cuando él le sostuvo la mirada—. Ha traído al chico nuevo, se llama Daniel. Está en el jardín.

Mark asintió, estirando los dedos entumecidos de las manos que había estado demasiadas horas castigando contra el teclado. Alcanzó la taza y su mano rozó la de ella al tomarla, produciendo una descarga eléctrica que ambos fingieron ignorar. Se levantó y caminó hacia ella. Su altura siempre la obligaba a inclinar la cabeza hacia atrás. Mark extendió una mano y, con una familiaridad que a ella le atravesó el pecho, le apartó un mechón rebelde de su cabello negro azabache. Su pulgar rozó apenas la mejilla de la joven. El gesto inconsciente fue sutil, pero el pulso de Súa se aceleró, rompiendo la calma que trataba de mostrar.

—¿Te da confianza? —preguntó él, refiriéndose al ayudante.

—No —respondió Súa con sinceridad—. Mira la casa demasiado. No mira las plantas, Mark. Se fija demasiado en las cerraduras.

Mark frunció el ceño, observando la línea tensa de la mandíbula de Súa. Antes de que pudiera replicar, dos golpes secos en la puerta anunciaron a Martín Beltrán. El jefe de seguridad entró con su habitual andar militar. Era un hombre tallado en la roca, alto y musculado. Con unos rasgos mediterráneos profundamente marcados, piel bronceada y cabello oscuro. Proyectaba esa presencia varonil, típicamente latina. Su postura tenía la presencia de un depredador buscando presa; no parecía estar simplemente de pie, sino montando guardia contra el mundo entero. Su mirada, que no parpadeaba, procesaba la habitación en términos de amenazas y salidas. Llevaba una chaqueta oscura ajustada a su fornida espalda y, aunque sus manos permanecían tranquilas, prometían una eficiencia total.

Detrás de él, en el umbral, se encontraba una figura más joven que evitaba el contacto visual.

—Mark, he traído al nuevo mochuelo —anunció Martín—. Se llama Dani Rivas. Hará las tareas en la parte sur y la zona de servicio, y te acompañará en algunas salidas. Yo no puedo estar en misa y repicando si quieres que refuerce las cámaras y realice mantenimientos.

Mark caminó hacia la puerta, obligando a Dani a dar un paso atrás por instinto.

—Dani. —Mark lo evaluó con una mirada que penetró hasta su alma—. Martín te habrá dado instrucciones precisas y claras, supongo. Esta es una casa de silencio. Mi trabajo requiere paz. Súa coordina el interior; dentro de la casa, lo que ella diga es ley. ¿Entendido?

El joven asintió con rapidez, jugueteando con la gorra entre las manos.

—Sí, señor Olsten. Entendido.

Súa, desde el rincón, no le quitaba los ojos de encima. Dani tenía una mirada inquieta; sus ojos se desviaron hacia la caja fuerte empotrada y luego hacia la cerradura electrónica de la puerta. Parecía la curiosidad de un tasador que buscaba la grieta, el defecto imperceptible.

—Llévalo fuera, Martín —ordenó Mark—. Enséñale el límite de la propiedad y que entienda perfectamente las reglas.

Martín empujó a Dani hacia el pasillo. Antes de cerrar, cruzó una mirada rápida con Súa. Vigílalo, decían los ojos de ella; lo haré, respondió la mirada de Martín.

Cuando volvieron a quedarse solos, Mark caminó hacia el ventanal, observando cómo los dos hombres se alejaban.

—Pareces tensa.

Permaneció junto a la puerta sin darse la vuelta, esperando la respuesta.

—No me gusta cómo mira, Mark. Busca grietas.

Mark soltó una risa burlona y se giró. Se acercó a ella, rompiendo la distancia que les separaba y le puso una mano en el hombro, un gesto que gritaba su necesidad de afecto.

—Eres demasiado protectora, Súa. Llevas tres años cuidando de este viejo escritor huraño. A veces olvidas que aquí estás a salvo. Nada va a cruzar esos muros y, si lo hicieran, se encontrarían con el Lobo. Ha hecho una selección exhaustiva de personal —añadió, haciendo clara mención a Dani.

Súa lo miró fijamente. Quiso decirle que su miedo era por él. Que ya no necesitaba ni quería que la tratara como a una protegida, sino como a la mujer que daría la vida por espantar su oscuridad.

—Tú eres mi hogar, Mark —susurró ella, mirando la mano de él sobre su *hanbok*—. Y los hogares se defienden.

Mark retiró la mano lentamente, como si se hubiera quemado, y volvió a su escritorio sin decir palabra. Miró su ordenador y empezó a escribir. La normalidad se había restaurado. Súa salió del despacho en silencio, dejando a Mark a solas con el fantasma de su propia historia. Él se quedó inmóvil, la mirada perdida entre las letras de la pantalla pero sin verlas, escuchando cómo el crujido de la madera bajo los pies de la joven se desvanecía hasta ser engullido por el silencio absoluto del despacho. Fue entonces cuando el peso de las montañas pareció cernirse sobre él. Mark miró sus manos; aún sentía el rastro del calor de la mejilla de Súa, una calidez que lo aterraba y lo llamaba a partes iguales.

노 리 개

El sol de la tarde caía sobre la sierra madrileña, tiñendo de naranja cobrizo los muros de piedra de la finca. Martín caminaba con paso firme; sus ojos escaneaban el entorno como un lobo buscando su presa. A su lado, Dani le mantenía el ritmo de un modo constante, asintiendo con una docilidad que a Martín, aunque no sabía por qué, le resultaba ligeramente empalagosa.

—Escúchame bien, Dani —dijo Martín, deteniéndose frente a una hilera de robles que ocultaban cámaras de alta resolución—. Esta propiedad no es un jardín, es un mecanismo de relojería. La casa principal, *la fortaleza*, está diseñada con tres anillos de seguridad. Si un puto conejo cruza la valla exterior, yo lo sé. Si una mosca se la machaca cerca del despacho del señor Olsten, tú deberías saberlo.

Martín señaló hacia la estructura principal: una construcción moderna de líneas agresivas, acero y cristal ahumado que parecía brotar de la roca misma y que chocaba frontalmente con lo que se ocultaba tras sus puertas. Tras la puerta acorazada, la modernidad moría para dar paso a un interior de calidez rústica donde la madera envejecida y cientos de matices decorativos con inspiración coreana creaban una atmósfera densa, casi sagrada. Era un choque visual violento: como si la arquitectura intentara proteger un alma que se negaba a abandonar Guryong.

—El cristal de la planta superior es blindado y unidireccional. Mark necesita ver el exterior, pero odia sentir que el exterior puede verle a él. Agorafobia, introspección... llámalo como te salga de los cojones, pero para nosotros significa que su privacidad es sagrada. Tu puesto está en la zona sur y el área de servicio; eso significa que eres el último filtro antes de que alguien llegue a la zona por donde solo se mueven Súa-*agassi*[3] y el señor Olsten.

Dani contempló la casa, deteniéndose un segundo de más en las ventanas del despacho.

—Es impresionante, jefe. Casi parece que la casa intenta protegerlo de sí mismo.

—La casa lo mantiene vivo —corrigió Martín con dureza, volviendo a caminar—. Y recuerda la regla de oro: nunca entres en la casa a menos que se te llame. Mark movió sus hilos con una rapidez fulminante para levantar estos muros en tiempo récord; no permitas que un descuido tuyo los haga parecer frágiles.

Caminaron hacia la zona de la entrada, donde el silencio de la finca solo era roto por el crujido de la grava bajo sus botas. Martín no dejaba de observar al muchacho: Dani era eficiente, pero en este santuario de piedra y metal, cualquier pieza nueva que no encajara perfectamente era una potencial grieta en el cristal.

2. EL CORAZÓN DE LA CASA

Jibui Simjang (집의 심장)

El olor a guiso ligeramente quemado era la señal de que Lucía había tomado el mando de la cocina. Se movía con su habitual torpeza. Tenía unos cuarenta y cinco años que parecían cincuenta; su postura encorvada y el cabello ralo, corto y peinado sin cuidado, la hacían parecer una figura invisible que apenas encajaba. No era la cocinera perfecta; de hecho, a menudo olvidaba echar sal en el guiso o dejaba el fuego demasiado tiempo. Sin embargo, su actitud castiza y su aire bonachón, habían robado el corazón de todos en la casa.

Súa entró en la estancia, rompiendo el silencio con suavidad. Al ver a Lucía pelear con un cuchillo ancho sobre una tabla de madera, se acercó con una sonrisa melancólica.

—Lucía-ssi,[4] déjame ayudarte. —Extendió sus manos delicadas hacia la tabla—. En mi país aprendí que el corte debe seguir la fibra o el sabor se escapa.

Lucía se arqueó tanto que sus hombros subieron hasta casi tocar sus orejas. Dio un paso atrás, clavando la vista en sus propios zapatos desgastados.

—No... no hace falta, señorita Súa. Soy una descuidada, ya sabe. —El hilo de voz de Lucía fue desapareciendo poco a poco.

Súa, impulsada por su necesidad de sanar todo lo que veía roto, acortó la distancia y puso su mano delicadamente sobre el hombro de la mujer.

—No eres descuidada; estás cansada y tienes las manos demasiado agrietadas.

Súa sacó de su bolsillo un pequeño frasco de cristal oscuro.

—Toma. Es un ungüento de camelia de Jeju. Mi *appa*[5] decía que cura las grietas de la piel y las que no se ven. El frío aquí es duro y tus manos lo notan.

Lucía sintió el roce de la mano de Súa, un cariño que no esperaba y que le provocó una punzada de angustia tan real que casi la hizo caer. Por un segundo, el aroma floral del aceite nubló su mente. Bajó aún más la cabeza, ocultando una mirada cargada de una pesadez indescifrable, y guardó el frasco en el delantal manchado con dedos temblorosos. Súa solo vio la timidez extrema de una mujer apocada; una sombra que Lucía se apresuró a enterrar bajo su habitual máscara de insignificancia.

Lucía volvió a centrar su atención en la encimera, retomando el picado de las verduras con una lentitud casi torpe, como si el peso del pequeño frasco de aceites esenciales en su bolsillo le impidiera moverse libremente. El sonido rítmico y algo monótono del cuchillo contra la madera volvió a llenar la cocina, devolviendo a la mujer a su estado de sombra.

Súa la observó un momento más desde la puerta, dejando que una suave marea de compasión la invadiera. Le dolía ver esa falta de gracia, esa incompetencia que no nacía de la desidia, sino de un espíritu que parecía haber sido aplastado por la vida hasta quedar reducido a lo mínimo.

Pobre Lucía-ssi, es como si fuera a tropezarse consigo misma.

La torpeza de la mujer no era una molestia, sino el síntoma de una herida invisible que deseaba curar.

Súa se retiró en silencio hacia la lavandería, dejando que la cocinera recuperara su espacio.

La timidez de Lucía se evaporó en el instante en que la puerta se cerró tras la joven. Echó un vistazo rápido al pasillo para asegurarse de que estaba sola y, con un suspiro de alivio, regresó a la cocina. Rodeada de sus ollas, la mujer apocada que temblaba ante un cuchillo dio paso a otra muy distinta. Lucía encendió su vieja radio y, mientras los primeros acordes de una guitarra española llenaban el aire, su postura se enderezó. La cocina no era su lugar de trabajo;

era su escenario, el único refugio donde la máscara de inseguridad caía para dejar ver a alguien mucho más vivo.

Una hora después, la transformación era total.

La cocina se había convertido, como en cualquier casa española por muy rica que esta fuera, en el corazón absoluto de la vivienda; la única trinchera rebelde dentro de aquel orden casi coreano, un enclave donde la cultura española se imponía y reinaba. Allí no olía a cera de muebles caros, ni al ambientador de té verde y madera con el que Súa vestía los pasillos; allí olía a sofrito, a ajo dorándose en aceite de oliva y a pimentón de la Vera. El vapor que despedía la olla de acero inoxidable empañaba los ventanales que daban a la sierra, envolviendo el aire de la estancia en un olor que, nada más entrar por la nariz, ya daba hambre. La nieve cuajando en el exterior hacía aún más apetecible el guiso que se cocinaba en el fogón. Ella, tan torpe cuando realizaba esas recetas coreanas que pedía Súa, demostraba su habilidad cuando la cocina era de su tierra.

Lucía reinaba en aquel caos con un desfile de tropiezos y energía desbordante. La radio, una pequeña reliquia manchada de harina y salpicaduras de aceite que ella siempre mantenía sintonizada en aquella emisora de coplas y *flamenqueo*, sonaba lo bastante alto como para tapar los ruidos del resto de la casa.

—Ay, pena, penita, pena… —canturreaba desafinando sin vergüenza mientras peleaba con una cebolla que se le resbalaba de las manos húmedas, con los ojos nublados y llorosos por el efecto del ácido—. Quieta ahí, condenada, que vas a ir a la cazuela sí o sí.

Se agachó con un crujido de rodillas para recuperar la verdura fugitiva del suelo, limpiándose las manos en un delantal de flores que le daba un aspecto de lo más cómico. Lucía era la antítesis del diseño de la casa: bajita, redonda, ruidosa y cálida. Al verla refunfuñar contra una hortaliza, bajo ese moño mal hecho y esa sonrisa de abuela despistada, cualquiera imaginaba a una madre de seis hijos disfrutando su momento.

Mark apareció bajo el marco de la puerta como un fantasma. Arrastrando unas zapatillas a cuadros desgastadas, vestía unos pantalones de chándal gris y una camiseta de algodón con la publicidad de una carrera solidaria, con el cabello despeinado y la

barba descuidada. Nada en él recordaba al autor de éxito; estaba lejos, muy lejos, de cualquier imagen torturada que sus lectores pudieran imaginar. Se detuvo en el umbral, inhalando profundamente con los ojos cerrados, dejando que el aroma a laurel y chorizo le llenara, produciéndole un rugido en el estómago que pareció el de un león que no había cazado esa noche.

—Huele a gloria bendita, Lucía. —Mark se detuvo en la puerta, con la voz ronca aún por el silencio de la mañana.

Lucía se llevó un susto de muerte, llevándose la mano al pecho manchado de harina como si le fuera a dar un infarto. La cuchara de palo salió volando y aterrizó con estrépito sobre la encimera de granito negro.

—¡Ay! ¡Por el amor de Dios! —exclamó con un acento castizo que le salió de dentro—. ¡Madre del amor hermoso, qué susto me ha dado! Pensé que estaba usted encerrado arriba peleándose con las musas esas.

Mark sonrió, con un gesto amable, genuino, de esos que rara vez regalaba a las cámaras o a sus editores. Entró en la cocina con la mirada fija en la encimera llena de alimentos a medio preparar.

—Las musas tienen hambre hoy, Lucía. Se han puesto en huelga —bromeó él, acercándose a la isla central—. Y por lo que huelo, tú tienes la solución para traerlas de vuelta.

Mark alargó la mano con un gesto de travesura casi infantil y robó una rodaja de chorizo que esperaba en la tabla de cortar, llevándosela a la boca antes de que ella pudiera protestar.

—¿Lentejas? —Mark saboreó la rodaja con la boca llena y los ojos fijos en la olla.

—Con chorizo y morcilla, señor. Como Dios manda para este tiempo de grajos, que ahí fuera se le congelan a uno hasta las ideas. —Lucía recuperó la cuchara y le dio un golpecito suave en la mano, como si regañara a un nieto travieso—. Aunque a la señorita Súa no sé yo si le hará mucha gracia tanta grasa... Ya sabe cómo es ella con sus equilibrios, sus energías y sus chakras.

Lucía se limpió las manos en el delantal con un gesto nervioso y malhumorado, bajando un poco la voz.

—¿Quiere que le prepare algo más fino a usted? Un pescadito al vapor, quizá. Algo que no le deje el cuerpo pesado para escribir.

Mark negó con la cabeza, apoyando la cadera en la encimera y mirando el guiso con una expresión que delataba su gula.

—Ni hablar. Hoy necesito calor, Lucía. Del de verdad, del que tomamos aquí.

La puerta de servicio se abrió sin emitir un solo chirrido y Súa entró deslizando sus pies sobre el suelo. Traía una cesta de mimbre llena de ropa recién lavada, doblada con tal perfección que parecía un adorno de mármol.

Se detuvo un segundo. Al oír cantar a la mujer, una fugaz sonrisa de satisfacción cruzó su rostro; el remedio y el espacio habían funcionado. Sin embargo, su instinto de orden recuperó el mando rápidamente y arrugó imperceptiblemente la nariz ante la bofetada de olor a pimentón que saturaba la estancia. Dejó la cesta sobre una silla con delicadeza, como si contuviera porcelana y no toallas.

—El olor es... intenso, Lucía-ssi —comento Súa, midiendo sus palabras para no herir a la mujer, aunque sus ojos verdes revisaban la encimera desordenada con reprobación—. Se pega a las cortinas del salón si no cerramos bien la puerta.

Lucía, que estaba de espaldas probando el punto de sal, se giró con la cuchara en alto, goteando salsa rojiza sobre el suelo sin darse cuenta.

—¡Ay, hija! —soltó Lucía con su tono campechano habitual—. Lo que es intenso es el frío que hace ahí fuera. La casa olerá a gloria, a comida de verdad. Déjate de cortinas y mira al señor, que se nos queda en el chasis.

Súa dirigió su mirada hacia Mark. Sus ojos perdieron instantáneamente el brillo de reproche y se llenaron de una calidez infantil. Se acercó a él, ignorando a Lucía, y le quitó de las manos la botella de agua fría que Mark había cogido. Sin preguntar, la sustituyó por un vaso de cristal con agua tibia mientras le ponía mirada de desaprobación.

—Al señor le vendría bien algo contundente, tienes razón —concedió Súa, arreglándole el cuello de la camiseta de algodón con

un gesto rápido y posesivo—. Está comiendo poco últimamente. Mark-ssi. Necesita calorías.

—¡Eso digo yo! —Lucía recuperó la compostura y se giró de nuevo hacia la olla para ocultar la mueca de astucia que cruzó su rostro por una milésima de segundo. Sus ojos, sin embargo, se fijaron en el reflejo oscuro de ellos en el ventanal.

Desde allí, la cocinera observó la escena con la mirada de una alcahueta: la forma en que Súa se inclinaba hacia Mark, invadiendo su espacio con una naturalidad que ninguna empleada debería tener; la forma en que él se dejaba cuidar, bajando la guardia.

—Aquí hace falta más cuchara y menos té de ese raro que traéis de vuestra tierra, si me permiten la osadía —añadió Lucía en voz alta, removiendo el guiso con fuerza para hacer ruido—. Que las hierbas están muy bien para los conejos, pero un hombre necesita fundamento, una tortillita de patata, con cebolla, por supuesto.

Mark bebió un sorbo del agua templada que Súa le había dado, agradeciendo el gesto con una mirada cómplice, y luego miró a la cocinera, salivando con la imagen de esa tortilla e incluyéndola en la travesura.

—Haremos caso a la experta por una vez, Súa. —Mark le guiñó un ojo a Lucía, sin poder ocultar la sonrisa—. Hoy ganan las lentejas de Lucía. Mañana volvemos a tu *kimchi*[6] y a la disciplina, pero con tortilla.

Súa suspiró, pero una pequeña sonrisa, casi invisible, curvó sus labios. Asintió con respeto y, mientras Mark se reía, ella cogió un paño húmedo y limpió las gotas de salsa que Lucía había dejado en el suelo con un movimiento rápido y grácil, incapaz de dejar que el orden en el universo no fuera perfecto, antes de que nadie más notara que se había roto.

Mark apuró el último sorbo del vaso, les dedicó un gesto de despedida con la mano y salió de la cocina, con una sonrisa que no podía evitar. Sus pasos, algo patosos por las zapatillas sueltas, se alejaron por el pasillo, volviendo al silencio de su despacho.

En cuanto él desapareció, la postura de Súa se relajó. Sus hombros cayeron un poco y la máscara de eficiencia perfecta

desapareció para dejar asomar a la chica joven que había debajo. Se acercó a la olla, donde el guiso burbujeaba con un sonido hipnótico, y cerró los ojos aspirando el vapor con una mezcla de culpa y placer absoluto.

—Es injusto, Lucía-ssi. —Súa apoyó la barbilla en el hombro de la mujer con una confianza que rompía por completo la pose estricta que solía mostrar—. Intento mantener el equilibrio del yin y el yang en esta casa, pero luego haces esto... y huele mejor que cualquier restaurante de lujo de Gangnam.

Lucía soltó una carcajada y le dio un empujoncito cariñoso con la cadera, sin apartar la vista del fuego.

—Déjate de yines y yanes, niña. Lo que te pasa es que te has acostumbrado a lo bueno. Al principio mucho arrugar la nariz con el ajo, pero ahora bien que rebañas el plato con pan cuando el señor no mira.

Súa se rio, una risa infantil y honesta. Era cierto. La gastronomía española, con su contundencia y su pasión, había conquistado una parte de su corazón que se negaba a admitir en voz alta.

—Mi *appa* diría que me he vuelto una salvaje comiendo tanto cerdo —bromeó Súa, cogiendo una cuchara limpia para robar un poco de caldo, imitando el gesto que acababa de hacer Mark—. Pero tienes unas manos mágicas, Lucía-ssi. Haces que esta casa parezca... un hogar. Gracias, de verdad.

Lo dijo con tal sinceridad, apretando suavemente el brazo de la cocinera, que Lucía se detuvo un momento. La mujer se secó las manos en el delantal y miró a Súa con una ternura que, por un segundo, llenó el ambiente de esa calidez maternal que Súa echaba tanto de menos que le dolía. Le apartó un mechón de pelo de la cara a la joven con dedos ásperos pero amables.

—No soy yo la que hace magia aquí, preciosa. —Lucía la miró con complicidad—. Esos ojos tuyos. ¿Tú has visto cómo te mira él?

Súa se puso rígida de repente, el color le subió a las mejillas de golpe.

—No sé de qué hablas. El señor Olsten es muy amable con todos.

—¡Ja! Amable es con el cartero —replicó Lucía, volviendo a remover las lentejas con una sonrisa pícara—. Contigo es otra cosa.

Cuando entras en la cocina, al hombre se le quitan hasta las ojeras. Se le ilumina la cara como a un chiquillo en día de Reyes. —Lucía le guiñó un ojo—. Y a ti te brillan los ojos igual, no te hagas la tonta conmigo, que seré vieja y torpe, pero no ciega.

Súa abrió la boca para protestar, para invocar el protocolo, el honor y las distancias profesionales, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Porque era verdad. Y porque Lucía, con su sencillez aplastante, acababa de poner nombre a lo que Súa guardaba bajo siete llaves.

—Lucía-ssi. —Súa bajó la mirada, jugueteando con sus dedos.

—Anda, anda, calla y pon la mesa. —Lucía le dio la espalda para probar el guiso una última vez, con una sonrisa que desbordaba cariño—. Que las lentejas, si se enfrían, no valen para nada. Y el amor, tampoco.

Súa se quedó un instante mirando la espalda de aquella mujer, sintiendo una oleada de afecto tan fuerte que estuvo a punto de lanzarse a sus brazos. Sonrió, negando con la cabeza, y fue a buscar los manteles. En aquella cocina, entre vapores de chorizo y canciones de copla, Súa se sentía casi en un hogar.

El sabor del chorizo aún le dejaba su regustillo en el paladar mientras Mark recorría el pasillo de vuelta al despacho. La sonrisa que Lucía le había provocado aún estaba grabada en su rostro; ese descanso de sus letras le había venido bien. Sin embargo, ahora que se alejaba del fogón y la música coplera, la casa iba volviendo a ese orden oriental silencioso.

Una llave inglesa chirrió contra el metal, un sonido que le provocó dentera y que le hizo detenerse antes de doblar la esquina. Se quedó allí, a la sombra, viendo cómo Dani peleaba con un mecanismo. Las zapatillas se pegaron a la alfombra, observando la causa del ajetreo.

Junto al gran ventanal que daba al jardín, en el pasillo, Martín y Dani estaban arrodillados frente al panel de seguridad de la calefacción, el cual estaban desmontando, dejando las tripas del sistema a la vista.

—No fuerces esa válvula, chaval. Acarícíala.

Martín supervisaba la operación con los brazos cruzados y esa postura de general pasando revista.

—Si te pasas de rosca… —la frase quedó cortada por un chorro de vapor que siseó entre los tubos—. ¡Joder, no me toques los huevos, Rivas, fíjate en lo que haces! Como la jodas, tenemos una fuga de agua hirviendo sobre el parqué, y entonces la señorita Súa te corta los huevos y me los da de comer a mí.

Dani no respondió. Estaba inclinado sobre las válvulas, con un frontal en la cabeza que iluminaba la zona y un destornillador entre los dientes; con la mano derecha apretaba una tuerca con la llave inglesa. Con un último giro de muñeca, ajustó la válvula rebelde.

—Está controlado, jefe —soltó Dani sin sacarse el destornillador de la boca, con la voz amortiguada por la herramienta entre los dientes—. La presión estaba a tres bares. Alguien hizo una chapuza la última vez.

Martín enarcó una ceja, impresionado a pesar de sí mismo. Se agachó para comprobar el manómetro. Se volvió hacia él mostrando un respeto sincero. La aguja estaba fija en la parte verde del manómetro.

—Tienes buenas manos, Rivas —masculló Martín—. Demasiado buenas para haber estado solo podando en tu anterior trabajo.

Dani se sacó la herramienta de la boca, se puso de pie y se limpió las manos con un trapo. Al levantarse, sus ojos hicieron un barrido rápido, casi inconsciente, no solo al radiador, sino al sensor de movimiento de la ventana superior. Fue un gesto meticuloso, como un tic, que Martín, centrado en el manómetro, no llegó a captar del todo.

—Mi padre tiene un taller en Carabanchel, señor Beltrán —respondió Dani con humildad, bajando la cabeza—. Cerrajería y fontanería. Me crié entre llaves inglesas y tornillos antes de que me diera por la jardinería.

—Cerrajería —repitió Martín, masticando la palabra—. Útil. Muy útil. Pero escúchame bien, Dani: aquí las cerraduras son electrónicas y no están para abrirse. Están para que lo de fuera no entre.

Dani sostuvo la mirada del Lobo. Por un instante, la máscara de chico servicial pareció tensarse, dejando ver una inteligencia fría

debajo.

—Lo entiendo perfectamente. Lo que está dentro, se queda dentro.

—¿Problemas en el paraíso? —Mark decidió anunciar su presencia antes de doblar la esquina.

Dani se quedó paralizado por un instante, pero recompuso su gesto amable de inmediato. Martín giró la cabeza, y su rostro se suavizó levemente al ver a su jefe tan informalmente vestido.

—Una válvula de presión que silbaba, Mark. Con el viento que está entrando, el sistema se queja. No quería que el ruido te sacara de tus casillas mientras escribes.

—El chico parece saber lo que hace —comentó Mark, acercándose para mirar el panel ya cerrado.

—Ya está, señor Olsten. La presión está estabilizada —dijo Dani, dando un paso atrás para cederle el espacio al dueño de la casa—. Como le decía al señor Martín, las máquinas son como la gente: si las fuerzas, se rompen. Hay que saber por dónde entrarles.

Mark observó las manos del chico. Eran largas, de dedos finos pero fuertes, manchadas de grasa negra en los nudillos. Recordó la conversación que acababa de escuchar a medias.

—Así que hijo de cerrajero, ¿eh? —dijo Mark.

—Sí, señor. Rivas. Cerrajería Rivas.

El joven ensanchó un poco los hombros.

—Si alguna vez se le pierde una llave, tiene a un Rivas cerca.

Martín le dio una palmada en la espalda que le cortó el aire y la arrogancia a partes iguales. Era su forma de darle el visto bueno sin dejar que se le subiera a la cabeza.

—El muchacho es un puto *crack*, Mark. Ha detectado la fuga antes que los sensores. Tiene instinto para los cacharros y los cables. Si sigue así, tendré que dejarle tocar los sistemas de vigilancia pronto.

Dani sonrió levemente aceptando el cumplido.

—Solo intento ser útil. Proteger la casa es mi prioridad.

Mark asintió; sin embargo, algo no terminaba de cuadrarle, un escalofrío le recorrió la espalda. Había algo en la utilidad de Rivas que resultaba excesiva, demasiado pulida. Observó la confianza

ciega de Martín y decidió ignorar su propia paranoia. El Lobo tenía un sexto sentido para aceptar miembros en su manada.

—Buen trabajo —concedió Mark finalmente—. Martín, cuando acabéis, revisad los cierres de las ventanas de la biblioteca. Súa dice que entra frío.

—A la orden. Dani, recoge los trastos y tira para la biblioteca. Yo voy a cambiar el agua al canario.

Mark retomó su camino hacia el despacho, dejando atrás al dúo de guardianes. Mientras se alejaba, oyó de nuevo el sonido de las herramientas siendo guardadas.

노 리 개

Súa estaba sentada en el banco del porche, observando cómo el sol se hundía tras las montañas. No hacía nada, solo respiraba el aire limpio de la sierra mirando aquellos montes que le traían el aroma del Daemosan en invierno. Recordó cómo las sombras del monte se tragaban las luces de Gangnam cada noche en Guryong. Mark se acercó y se fijó en la chaqueta de lana que él le había regalado el primer invierno tras su llegada a Madrid; le quedaba grande, pero ella siempre decía que la hacía sentir segura.

—En Seúl nunca vimos un cielo tan despejado, ¿verdad? —No se giró. Notaba que él estaba allí, a su espalda, a esos dos pasos de distancia que Mark solía mantener siempre.

—Allí el cielo era más grisáceo —respondió él mirando al monte.

Ella se giró y le dedicó una sonrisa que le trajo recuerdos hermosos de Seúl, de antes de que Leandro manchara sus vidas. Súa se levantó y dio dos pasos hacia él. Mark se puso rígido.

—A veces olvido que estamos en Madrid —susurró ella, rozando con sus dedos la manga de la chaqueta de Mark—. A veces creo que seguimos en aquel pequeño cuarto, esperando a que el mundo deje de gritar.

Mark mantuvo las manos en los bolsillos, apretando los puños. Quería rodearla, quería decirle tantas cosas, pero el fantasma de una promesa y su propia sombra se lo impedían. Solo pudo asentir y señalar la casa.

—Entremos. Se está haciendo tarde.

El calor de la chimenea les dio un bofetón en la cara nada más cerrar la puerta. Dejaron fuera el frío de la sierra y la tensión silenciosa que había crecido allí. El salón olía a leña de encina y a hogar.

Martín estaba desparramado en el sillón de orejas, con las botas apuntando a las llamas. Tenía un libro en el regazo que ni siquiera estaba leyendo; se entretenía con el crujir de la madera y la danza hipnótica del fuego.

—Ya era hora. Pensé que os habíais quedado pajaritos ahí fuera. —Martín no se movió, su mirada estaba clavada en la chimenea—. Mañana no sacamos el coche ni con pala; la radio dice que se va a liar parda.

Súa se quitó la chaqueta y se fue directa a la chimenea.

—Mejor. —Se frotó las manos contra el fuego—. Así no vendrá nadie a molestar.

Mark se dejó caer en el sofá. Su mente estaba aún en el porche.

—¿Hay leña fuera? —Cerró los ojos, dejándose hundir en el respaldo.

Martín señaló con la barbilla hacia la pared.

—Para quemar la casa entera. Y comida para un mes. Estamos cubiertos.

Súa se apartó del calor de la lumbre y se acercó a la mesita del fondo.

—Mientras no reviente la caldera como el primer invierno —soltó Súa, dejando tres tazas de *boricha*[7] sobre la mesa.

Los tres se miraron y se rieron, con esa complicidad de quien comparte un viejo recuerdo.

—Joder, qué nochecita aquella —dijo Mark, negando con la cabeza—. Parecíamos refugiados durmiendo aquí los tres en el suelo, hechos un ovillo.

—Tú no parabas de castañear los dientes, dabas pena. —Martín le miró de reojo, con media sonrisa—. Te eché mi abrigo encima porque la señorita Súa decía que no se pegaba a nosotros ni muerta. Que si las energías, que si no sé qué historias...

—¡Era por respeto, Martín-ssi! —protestó Súa, aunque no podía dejar de reír—. Acababa de conocerte. No iba a echarme encima de dos hombres a las primeras de cambio, una es una señorita respetable.

La sonrisa de la joven se amplificó aún más.

Martín la miró un segundo. No había rastro de burla, solo ese cariño protector que a veces le pesaba en los ojos.

—Ya. Pues bien que acabamos los tres roncando como osos. —Cerró el libro—. Qué buenos tiempos. Ahora tenemos calefacción, al chico nuevo para arreglarla y a Lucía cocinando de más. No nos podemos quejar.

Se hizo un silencio de esos que no incomodan. Se quedaron un buen rato mirando el fuego bailar. Se estaba bien así, sin hacer nada.

Súa se puso en pie y se alisó la falda del *hanbok*.

—Voy a ver a Lucía-ssi. Cenamos en un rato.

Al pasar junto a Martín, Súa le puso una mano en el hombro con cariño. Martín le dio una palmadita en la mano antes de que ella se alejara hacia la cocina.

—Venga, tira —dijo él—. Yo me voy a marchar ya, quiero revisar las puertas antes de la noche. Y tú, Mark, lávate esas manitas, que pareces un carbonero de lo que te gusta atizar los troncos.

Mark se levantó sin rechistar, estirando la espalda. Miró a Martín apalancado y la sombra de Súa desapareciendo por el pasillo. Respiró hondo. Pocas veces se sentía tan relajado.

노 리 개

La cena no era simplemente una comida más en la casa; era un ritual que mantenía sus mundos en orden y que se había repetido durante los últimos tres años.

Para Súa, esos momentos eran el corazón de su existencia en Madrid. Le encantaba la atmósfera que se creaba cuando la luz de las velas suavizaba el carácter de Mark, haciéndolo más humano. Ella era quien decidía qué se servía cada noche, disfrutaba escogiendo platos que no solo alimentaran, sino que curaran.

Mark observaba a Súa desde el otro lado de la mesa. Le encantaba verla allí, moviéndose con esa elegancia melancólica que lo hipnotizaba. Verla servirse, escuchar el leve tintineo de los palillos y sentir su presencia mientras ella colocaba los cuencos con la precisión de un reloj suizo.

Esa noche, Súa había elegido un menú que llenaba el comedor de un aroma cálido y profundo. Mark jugueteaba con el borde de su servilleta, observando cómo Súa terminaba de servir en los platos. El ambiente era cálido.

—¿Te gusta? —preguntó Súa de repente, señalando el estofado —. Llevas un buen rato dando vueltas con los palillos y no has probado bocado.

Mark levantó la vista y se encontró con esa sonrisa recriminatoria que ella solo le dedicaba cuando tenían esa intimidad.

—Está perfecto, como siempre —respondió él, esforzándose por que su voz sonara normal—. Es solo que tengo la cabeza en otra parte.

—La tienes en el despacho. O en el pasado. O en algún lugar que no es esta mesa —replicó Súa con un suspiro, dejando sus cubiertos a un lado—. Mark, llevamos tres años haciendo esto. Sé cuándo estás aquí y cuándo estás soñando.

Ella se inclinó hacia él, apoyando los codos en la mesa. La distancia se acortó y Mark pudo oler el jabón de su piel mezclado con ese aceite de camelia que tanto le gustaba. La tensión entre ellos, esa que siempre intentaban ignorar y que tenía un aroma casi sexual, se instaló como un invitado más.

—A veces me gustaría que simplemente cenaras conmigo. Sin pensar en lo correcto y sin que invitemos a tus fantasmas, como hacíamos en Corea —dijo ella en voz baja, desafiándolo con la mirada.

Mark sintió el estúpido impulso de estirar la mano y acariciarle la mejilla, pero sus dedos se cerraron en un puño sobre el mantel. Se moría de ganas de decirle que ella era lo único que le hacía respirar, pero el miedo a que ese sentimiento le robara su autocontrol, o peor aún, que destruyera lo que ella significaba, lo mantenía amarrado a la silla.

—Sabes que no es tan fácil, Súa. —La mirada de Mark bajó, traicionándolo, hasta los labios de ella.

—Es tan fácil como que te acerques un poco —dijo ella, y esta vez fue ella quien alargó la mano, rozando apenas las manos de Mark.

Él no se apartó. Al contrario, giró la palma y atrapó los dedos de Súa. Fue el gesto de un hombre que lucha contra sí mismo. El contacto provocó una descarga íntima que le recordó lo mucho que la deseaba, lo mucho que le dolía no poder lanzarse a sus brazos sin que el pánico lo paralizara.

—Si me acerco más... —empezó Mark, tragando saliva—, no sé si voy a ser capaz de volver a alejarme.

Súa le apretó la mano con un brillo en los ojos que no dejaba lugar a dudas.

—Nadie te ha pedido que te alejes, *yeobo.*[8]

El aire entre ellos se volvió denso. Mark se quedó fijo, atrapado en el verde de esos ojos que lo desnudaban. Sintió que estaba a punto de perder el control, ahogándose en la mirada de Súa.

De pronto, su rostro se congeló; un latigazo pareció recorrerle el cuerpo. Sus ojos se quedaron fijos en un punto invisible y una descarga de frialdad le recorrió la expresión. Fue un recuerdo, un fogonazo de peligro interno que lo golpeó. Al sentir la piel de Súa, Mark fue consciente de la intensidad de su propia necesidad.

—No puedo… —Mark recuperó la frialdad mientras se echaba hacia atrás, rompiendo el contacto.

Se echó hacia atrás en la silla, volviendo a esa distancia que formaba su zona de seguridad. El respeto por la promesa hecha al padre de Súa se alzó como un muro infranqueable. En su mente, mantenerla alejada era el único acto de amor real que se podía permitir.

Súa observó el cambio en los ojos de Mark y comprendió que él acababa de retirarse a ese lugar solitario donde creía que nadie podía herirlo, pero donde tampoco nadie podía acceder. La frustración formó un nudo en su pecho, un nudo de palabras no dichas, pero su instinto le hizo parar.

Con una elegancia silenciosa, Súa se puso en pie y recuperó su postura de servicio, el único comportamiento que Mark parecía tolerar cuando el miedo lo superaba.

—Bueno, Mark-ssi. Creo que hemos terminado de cenar esta noche.

Se puso en pie despacio alisando la tela de su ropa con ambas manos y respiró hondo. Comenzó a recoger los platos con movimientos lentos y pausados, volviendo a ser la mujer que cuidaba de la casa, mientras él se sumía en sus sombras.

Mark la observó recoger. La amargura que le invadió trajo con ella la certeza de que su distancia era el precio que debía pagar para no arrastrarla a su jaula.

—Mañana será un día largo. —Se levantó sin mirarla—. Avisa a Martín de que estaré en el despacho toda la mañana, por favor.

Mark abandonó la estancia rápidamente, dejando tras de sí un silencio cargado de remordimientos. Sin embargo, la tensión no se disipó; se quedó allí, vibrando en la penumbra del comedor, como un susurro que ambos intentaban ignorar pero que ya era imposible dejar de escuchar.

3. EL TRIBUTO

Jogong (조공)

Mark estaba sumido en sus propios pensamientos, rebuscando ideas para llenar esa hoja en blanco que le atormentaba. La realidad era que la inspiración no llegaba porque su mente seguía atrapada en la cena de la noche anterior; no había visto a Súa en toda la mañana. Se acercó al ventanal y fijó su mirada en aquellas cumbres blancas que solían relajar sus fantasmas. El aire que bajaba de aquellas montañas parecía gritar su nombre.

Sin embargo, la paz en la finca nunca era gratuita, y el sonido que rompió la calma no fue el nombre que traía el viento. El motor de un Mercedes AMG SL 63 Roadster negro rugió en el exterior, dejando las huellas de sus neumáticos marcadas en la nieve. Al abrirse la puerta, un hombre bajito y rechoncho, con una calvicie que empezaba a ser notable, se bajó; Julián, el agente de Mark los últimos años, subía hacia la casa con su aire campechano.

Al entrar en el despacho, impregnó el aire con el aroma del tabaco y el perfume bien elegido. Julián conocía a Mark desde mucho antes de que los muros de la finca se convirtieran en su frontera y su prisión; había sido su amigo en aquellos tiempos en los que estaba con Leandro García, y estuvo al quite con una lealtad que nacía del cariño cuando Mark le necesitó para volver con él. Se sentó y dejó el informe de ventas sobre la mesa. La postura afable de sus hombros y el brillo honesto de sus ojos delataban a un hombre bueno que traía excelentes noticias.

—Es una absoluta barbaridad, Mark. Estas cifras son desorbitadas; eres la mina de oro de Salomón, muchacho, vamos, el sueño de cualquier editor y mi plan de pensiones. La gente no solo compra tus libros; se obsesiona con ellos. Han convertido tu última

novela en un manual de lo prohibido. He leído críticas en las que tus lectoras dicen que eres el único hombre que parece entender sus pasiones y saber lo que es someterse. Eso es lo que las tiene cautivas: esa vulnerabilidad real que proyectas.

Mark se reclinó en su silla, observando las sombras que el sol de la mañana proyectaba en la pared. Por un breve instante, su mente viajó hacia atrás, recorriendo pasillos y sensaciones de una vida anterior que pocos conocían. Aquellos fragmentos de su propia historia, de cuando él mismo fue el barro en manos de otro, pulsaron en su memoria como una herida vieja.

La mente de Mark se perdió entre el brillo afilado de dos tacones negros que pedían su rendición.

El aroma embriagador del cuero inundó sus sentidos justo antes de que el chasquido seco de un látigo rasgara el aire, un sonido que no solo golpeaba su piel, sino que le rompía el alma con una precisión devastadora.

—Mark, eres un maestro de la letra, en serio. —La voz de Julián le despertó.

—No soy un genio, Julián. —Se limpió el sudor de la frente, con la voz todavía tomada por el eco de la visión—. Simplemente tengo buena memoria. Escribo por recuerdo de lo vivido. Lo que ves en el papel no es imaginación; es el eco de lo que ya está ahí. Yo solo pongo palabras a lo que la gente desea desesperadamente, pero que jamás se atrevería a decir en voz alta.

Julián asintió, impresionado por la frialdad de su amigo. Notó un halo de angustia que poco a poco abandonaba su cuerpo.

—Quizás por eso te tienen miedo y te aman a partes iguales. Pero el público quiere más, Mark; dame algo que pueda darles. ¿Para cuándo la segunda parte?

—Mi próximo libro llegará cuando la memoria termine de dictar las páginas. Ni un minuto antes.

Mark estaba contrariado y Julián no insistió más.

—Bueno, dejémoslo estar. Vamos a repasar unas menudencias de imagen.

Julián se subió las gafas y se preparó para una confrontación que sabía no poder evitar.

—Mark, no me mires con esa cara de pocos amigos; ya sabes que el calendario no perdona. Tenemos la gran firma de ejemplares en un mes. En Madrid. Es innegociable, muchacho. Los editores han alquilado un espacio en el Círculo de Bellas Artes, en la Sala de Columnas, que parece el maldito Palacio Real solo para que tú te sientes allí tres horas a firmar libros.

Mark sintió que el despacho se volvía de repente más pequeño. La sola idea de cientos de personas observándolo, analizando sus gestos, tratando de encontrar en su mirada la oscuridad que describía en sus páginas, le revolvió el estómago.

—Sabes perfectamente lo que pienso de estos eventos, Julián. —La voz de Mark salió carente de emoción, cortando el entusiasmo del agente—. No soy un mono de feria. Mi trabajo es contar historias y termina cuando pongo el punto final al libro. Lo que el público quiera ver de mí no me interesa.

—El público te adora, Mark. Y no solo quieren tus novelas; quieren tu presencia, olerte, tocarte y hablarte —insistió Julián, levantándose para caminar por el despacho, contagiando el ambiente con su nerviosismo—. Y no es solo la firma. Hay cenas, fiestas de la alta sociedad. La gente con dinero y poder en esta ciudad se muere por tener al *misterioso Olsten* en sus eventos. Tienes que dejarte ver más. Una fiesta al mes no te matará.

—Sabes que odio todo eso, Julián. Lo sabes y sabes cómo acabó la última vez. —Mark se puso en pie, dándole la espalda para mirar de nuevo hacia las montañas, como si buscara una ruta de escape entre las rocas—. Esas fiestas son nidos de hipocresía. Gente vacía hablando de pasiones que no comprenden, opinando sobre una vida de la que no saben nada, mirándome como si fuera un bicho raro al que diseccionar. Odio cada segundo que paso en esos eventos. Me siento. —Hizo una pausa, y por un momento la imagen de los tacones volvió a cruzar su mente— totalmente expuesto.

Julián suspiró, acercándose a su amigo con esa amabilidad que lo hacía tan difícil de rechazar. Puso una mano en el hombro de Mark, ignorando la rigidez que crecía bajo la camisa.

—Lo sé, sé que lo detestas. Pero yo no soy él. Sé que preferirías quedarte aquí, viendo cómo cae la nieve. Pero Mark, esto es parte del trato. La firma es ineludible. Es el lanzamiento del año. Si no vas, parecerá que nos escondemos de algo. Y créeme, lo último que queremos es que la gente empiece a escarbar en los motivos de tus ausencias. Tres horas, Mark. Solo tres horas en una mesa firmando nombres. Hazlo por mí, hazlo por tu carrera. O hazlo para que te dejen en paz otros seis meses.

Mark cerró los puños. La mención indirecta a que alguien pudiera "escarbar" en su mundo fue el golpe definitivo. El miedo a que su pasado emergiera si no mantenía la farsa de autor de éxito era el único motivo que lo obligaba a cruzar el umbral de su finca.

—Tres horas. —Mark no se giró. Sus puños seguían cerrados mientras observaba la silueta de las montañas—. Y ni un minuto más. Y si alguna de esas fiestas es totalmente necesaria, elijo yo cuál. Pero no me pidas que sonría, Julián. Eso no estaba en el contrato.

Julián sonrió con alivio, sabiendo que había ganado la batalla más difícil.

—Con que estés allí es suficiente, muchacho. Tu frialdad es precisamente lo que ellos llaman misterio.

Sintiéndose cómodo tras haber conseguido sus propósitos, Julián se reclinó sobre la silla, con una pose victoriosa y relajada, sacó una pitillera de plata y con la parsimonia de quien se sabe en casa de un amigo, encendió un cigarro. Una densa nube de humo comenzó a flotar entre los dos.

—Apaga eso, Julián.

Julián se quedó con el cigarro pegado a sus labios, sorprendido.

—¿Desde cuándo te molesta un poco de tabaco, muchacho? Si antes fumábamos como carreteros.

—A Súa no le gusta el olor a humo en las cortinas. Y a mí no me gusta soportar sus quejas luego.

Le señaló con la mirada un cenicero de cristal que parecía estar allí solo de adorno.

Julián soltó un suspiro, dejando escapar una última bocanada antes de aplastar el cigarro en el cenicero.

—Esa sirvienta tuya… —Negaba con la cabeza mientras observaba a su amigo—. Me parece a mí que está más cerca de limpiar las telarañas de tu corazón que el polvo de tus estanterías. La tienes en un pedestal, muchacho.

Mark no respondió. Sus ojos se desviaron hacia un rincón del escritorio, donde, sobre un delicado soporte de madera de ébano, descansaba un colgante de seda. Deslizó su mano rodeando la cadenita de oro que brillaba al recibir un rayo de sol, recordándole la promesa que latía en su interior. Julián siguió su mirada y se fijó por primera vez en el objeto.

—Joder con la reliquia. —Julián señaló el amuleto con un gesto de la mano—. ¿Por qué te llevas ese colgante siempre que salimos de aquí? Es un adorno un poco exagerado, Mark. Y extraño, si me permites decirlo. Para la firma de libros en Madrid deberías llevar algo más, cómo decirlo, actual. Eso parece el amuleto de una sacerdotisa egipcia.

Mark extendió la mano y acarició delicadamente la seda que colgaba del metal, con posesividad.

—Mis manías son innegociables, Julián. Lo sabes. —El tono de su voz cerraba la puerta a cualquier nueva broma—. Ese colgante va donde yo vaya. Ahora, si no tienes más críticas que hacer sobre mis manías o mi vestuario, hablemos de otra cosa. ¿Alguna novedad de la clínica de los Alpes? ¿O han vuelto a decir que el historial se traspapeló durante la mudanza?

—Siguen herméticos, Mark. Oficialmente, no hay rastro de sumisión química en tu ingreso. Pero sigo rascando. Alguien tiene que saber algo. No voy a parar hasta encontrar algo.

Siguieron hablando un rato más, saltando de un tema a otro y rescatando anécdotas de viejos tiempos. Finalmente, Julián se puso en pie, recogió su carpeta y se echó el abrigo sobre el brazo.

—Nos vemos en un mes, muchacho.

Mark asintió mientras lo veía marcharse. Julián abandonó la casa tan rápido como había llegado. Metió la carpeta en el Mercedes, dejó el abrigo en el asiento de atrás y arrancó.

4. LA COSTURA ROTA

Teojin Jaim (터진 재임)

Súa llevaba toda la mañana en silencio. Se afanaba en realizar cualquier tarea con tal de no darle vueltas a lo ocurrido la noche anterior. Se le había quedado grabada la forma en que Mark la había mirado durante la cena; esa tensión palpable que le recordó aquellos días en Seúl. Por un momento creyó que él iba a decir algo, que por fin se rompería ese muro entre los dos. Pero entonces, la expresión de Mark volvió a cambiar, a buscar la distancia. Ese miedo inconfundible había cruzado su mirada, llevándolo todo al traste.

No había querido ni cruzarse con él en toda la mañana, ni siquiera cuando escuchó el Mercedes de Julián alejarse por el camino.

Vio a Mark pasar por el comedor; caminaba en silencio con la cabeza gacha, dirigiéndose a su habitación sin decir una palabra. Súa notó una mirada de culpa en su rostro y soltó un suspiro. Se puso de pie y decidió buscar a Lucía para sugerirle la comida del día; quizás la compañía de la mujer la ayudaría a no darle más vueltas. Sin embargo, la cocina estaba vacía.

La ausencia de la tímida cocinera a esa hora la dejó confusa y algo inquieta. Se dirigió hacia el despacho de Mark de un modo automático; deseaba sentir su presencia aunque fuera a través de sus objetos.

Su mano ya se alzaba para empujar la puerta que Mark había dejado extrañamente entreabierta cuando, repentinamente, esta se abrió de golpe. Dani salió del despacho con prisas. Al ver a Súa, sus ojos se abrieron como platos antes de recuperar ese gesto que tanto la molestaba.

—¡Súa! —Dani bajó el tono de voz, como si temiera ser oído—. Me has dado un susto de muerte.

Ella lo miró con curiosidad, notando cómo él echaba una mirada fugaz hacia el pasillo por encima de su hombro. Tuvo una sensación, como si acabara de interrumpir algo.

—¿Qué haces aquí, Dani? —Súa cruzó los brazos, bloqueándole el paso.

Dani guardó silencio antes de responder.

—Me ha parecido ver algo moviéndose cerca del despacho. —Se frotó la nuca, evitando sostenerle la mirada—. Solo comprobaba que todo estuviera en orden.

—Sabes perfectamente que tienes prohibido entrar ahí, y mucho menos cuando no hay nadie. —Dio un paso hacia él, invadiendo su espacio personal para demostrarle que no le tenía miedo—. Tu trabajo es cumplir las órdenes que se te dan, Dani. Y la orden fue clara: el despacho del señor Olsten es privado.

Dani se quedó rígido. Por un segundo, la mueca de amabilidad se difuminó, dejando ver algo más sombrío debajo.

—Mi trabajo también es proteger esta madriguera, Súa. —El chico dio un paso al frente, obligándola a levantar la barbilla—. Y a los conejitos que os ocultáis dentro.

—No quiero volver a verte husmeando por aquí. *Dangjang naga*. [9] —Le sostuvo la mirada y señaló la puerta de la casa con el dedo.

Dani le sostuvo la mirada un instante más de lo debido, un desafío que hizo que el corazón de Súa diera un vuelco. Finalmente, asintió con una inclinación de cabeza casi burlona y se alejó por el pasillo, malhumorado, murmurando para sí mismo.

Súa se quedó sola frente a la puerta entreabierta. El despacho de Mark exhalaba un aroma a papel antiguo y al tabaco de Julián. Antes de entrar para buscar alguna evidencia de lo que Dani hubiera estado tramando, el sonido metálico de sartenes y platos llegó desde la cocina. Lucía finalmente había regresado a sus labores. El sonido cotidiano la tranquilizó relativamente; al menos no estaba sola.

Con un suspiro, empujó la puerta del despacho y entró. Se detuvo frente al escritorio. A simple vista, el despacho conservaba el

desorden habitual de su dueño, pero algo no encajaba. Sus ojos se fijaron en la silla de cuero de Mark. No estaba en su sitio; estaba contra la pared del fondo, justo debajo de la hilera de grabados antiguos. Al acercarse, notó que uno de los cuadros estaba algo torcido, con el marco rozando el respaldo de la silla. Súa frunció el ceño. Mark era un hombre despreocupado, pero esos grabados de la pared —recuerdos de Corea— eran casi sagrados para él; jamás habría tratado un cuadro de esa manera al levantarse, por muy ensimismado que estuviera.

Parecía como si alguien la hubiera arrastrado hasta allí a propósito para registrar con rapidez los cajones bajo la mesa. Al comprobarlos, suspiró aliviada al ver que seguían cerrados con llave. La imagen de Dani saliendo del despacho cobró un nuevo significado, mucho más siniestro. La sospecha de que había estado buscando algo se instaló en su pecho. Pensó en buscar a Martín.

Súa extendió la mano para enderezar el cuadro cuando el sonido de la puerta la hizo sobresaltarse. Mark entró en el despacho. Sus ojos recorrieron la estancia hasta dar con ella. Se produjo un silencio incómodo. Mark la observó con una sombra de vergüenza clavada en su rostro, como si se sintiera expuesto en su propio santuario tras el desplante de la noche anterior. Súa, sintiéndose una intrusa en medio de aquel caos que ahora le parecía ajeno, apretó el paño de limpieza y se dispuso a salir.

—Lo siento, yo... ya terminaba.

Encogió un poco los hombros, clavando la vista en la mesa.

—No te preocupes. Quédate. —Mark suavizó el gesto mientras dejaba sus cosas a un lado, evitando cruzar la mirada con ella—. Sigue con lo tuyo; solo quiero revisar un par de ideas.

Él arrastró la silla con lentitud y se sentó ante el ordenador, pero no empezó a escribir. Súa continuó recogiendo los libros esparcidos, tratando de ignorar su presencia. Sin embargo, pronto notó su mirada clavada en la espalda, explorándola con una persistencia que le erizaba el vello de la nuca.

Súa se agachó para recoger una carpeta y supo, con una certeza que le aceleró el pulso, que Mark no estaba evaluando la eficiencia de la limpieza. Sus ojos recorrían su cuerpo. Él se quedó hipnotizado

en la forma que dibujaba su trasero bajo la tela al agacharse. Era una mirada que la escrutaba, que la desnudaba y la reclamaba como parte de ese orden que él necesitaba desesperadamente recuperar.

Súa deslizaba el paño sobre el gran ventanal, pero su mirada no estaba en las montañas, sino en el reflejo de aquel hombre de ángulos definidos. Sentía sus ojos siguiendo cada movimiento; algo en él no encajaba. Clavó sus ojos a través del cristal en él, observando cómo el jersey de lana se ajustaba a su cuerpo; Mark era alto, de un metro ochenta y pico, con un físico atlético y ágil que se movía con una elegancia que a ella le dolía. Su rostro, de líneas rectas y mandíbula cuadrada, estaba cubierto por una barba corta y escrupulosamente cuidada que acentuaba su atractivo. A sus treinta y ocho años, Mark proyectaba la imagen de un hombre mucho más joven, pero con una profundidad en la mirada que delataba su laberinto interno. Súa recordaba cómo había actuado contra aquel indeseable en Corea; en él existía una oscuridad protectora, una obsesión que ella todavía intentaba descifrar.

El amor de Súa se manifestaba en los detalles más pequeños, esos que él apenas notaba pero que ella ejecutaba con una devoción silenciosa. Antes de que él se sentara, ella había preparado su café a la temperatura exacta y había colocado sus plumas en el orden que él prefería, conociendo sus manías mejor que él mismo. Cada vez que pasaba cerca, Súa sentía la necesidad de rozar, aunque fuera con la punta de los dedos, el respaldo de su silla, como si necesitara confirmar que estaba allí.

Mark levantó la vista y sus ojos se encontraron en el reflejo del vidrio. Súa sintió un vuelco en el estómago. Mark no la miraba con un deseo simple o evidente; la miraba con una devoción total, como si cada átomo de su ser vibrara por ella. Era una mirada que la reclamaba sin decir una palabra.

—¿Te falta mucho, Súa? —Mark se levantó y dio un paso hacia ella, acortando la distancia.

Súa dejó escapar un suspiro, dejando que el vaho empañara el cristal antes de responder.

—Casi he terminado, *yeobo*. —Las palabras rebotaron contra el cristal, mientras sus reflejos se unían. Su tono tenía una calidez tan

suave que lo desarmó por completo—. Es que a veces me pierdo mirando las sombras. Las tuyas y las mías.

Se giró lentamente. Verlo allí la hacía sentirse pequeña y, a la vez, completamente segura. El ambiente de la habitación cambió; el aire se volvió denso, cargado de una corriente de erotismo que siempre fluía entre ambos cuando las palabras sobraban. Súa notó cómo la mirada de Mark descendía por su cuello, asentándose en el nacimiento de sus senos. Ella se acercó un par de pasos y ajustó inconscientemente el cuello de la camisa de Mark bajo el jersey, con una ternura que cruzaba un umbral que ya no se podía detener.

—Vuelve a decirlo. —Mark acercó su rostro al de ella, clavando la mirada en sus ojos.

—*Geogjeongma*[10] —respondió ella con una sonrisa casi imperceptible, su corazón latía con fuerza contra sus costillas—. Solo estaba pensando en lo peligroso que puedes llegar a ser.

Él atrapó su mano con firmeza y la apretó con una posesividad que emanaba de cada poro.

—Sabes que ese peligro nunca es para ti.

Mark acercó su boca a la de Súa. Sus respiraciones se acompasaron hasta formar una sola; ella se quedó inmóvil, cerró los ojos y sintió que el mundo, por fin, dejaba de gritar. Los muros de aquel hombre habían caído con un estrépito que debería haberse oído hasta en Seúl. Sintió su olor adentrándose en su cuerpo. Mark posó finalmente sus labios sobre los de ella; Súa dejó que su deseo emergiera. Acarició cada centímetro de su boca con su lengua, dejó que se entrelazara con la de él y bailaran una danza juntas.

Con una lentitud ritual, Mark deslizó una de sus manos por el costado de Súa hasta que su palma encontró su seno, y apretó suavemente. Sus movimientos rozaban la devoción. Ella dejó caer sus manos por la espalda de Mark hasta encontrar la forma de sus glúteos y lo apretó contra ella, sintiendo una erección crecer entre los dos.

En ese momento el tiempo se detuvo. Tres años de contención, un universo de miedos, de sombras, promesas y un pasado. Todo se difuminó entre las caricias de sus labios. Allí tan solo existían un

hombre y una mujer unidos en una comunión tan visceral que la montaña que los estudiaba quedó en silencio.

De pronto, un portazo. El estruendo de la madera chocando contra la pared los sacó del trance. Se separaron de golpe, como dos adolescentes a los que pillan haciendo manitas. Súa se recolocó la ropa con las mejillas encendidas, disimulando mientras recogía algo sobre la mesa en un intento inútil por recuperar una compostura que ya no existía. Mark dio un paso lateral y tosió con sonoridad, clavando la vista en un cuadro de la pared escondiendo una mueca de satisfacción culpable.

Ambos estaban demasiado ocupados en aquel *tierra trágame* como para fijarse en los detalles, pero la atmósfera del despacho había cambiado antes de que nadie hablara. Martín Beltrán entró sin ceremonias. Su rostro, curtido por mil batallas reales, estaba más rígido de lo habitual. No había rastro de disculpa en él, solo una seriedad angustiosa. En su mano derecha sostenía un sobre de papel crema, grueso y elegante.

—Ha llegado esto. —Ignoró la tensión romántica que acababa de interrumpir—. Ha aparecido en el buzón exterior. No tiene sello. Alguien lo ha dejado a mano, saltándose la primera barrera del jardín. Es extraño; estaba allí, pero no he visto a nadie. Es como si hubiera aparecido solo.

Mark tomó el sobre. Súa notó que, al inhalar el aroma elegante e intenso que desprendía el papel, la sangre abandonó el rostro de Mark. Sus dedos, siempre tan seguros al escribir crímenes ficticios, temblaron de forma ostensible. Rasgó el papel. Dentro solo había una tarjeta con unas palabras escritas a mano, en tinta roja:

¿Me echabas de menos?

Mark soltó el papel como si se le hubiera incendiado en la mano. Se dio la vuelta y apoyó las palmas sobre la mesa, tratando de controlar una respiración que empezaba a perder el ritmo mientras unas finas gotas de sudor perlaban su frente. Súa dio un paso hacia él, instintivamente, con las manos extendidas, pero Mark se encogió para alejarse.

—Mark —susurró ella.

—Sal de aquí, Súa. —Su voz fue un latigazo. Ya no era la de su amante; era la de un hombre que acababa de ver un fantasma regresando de las profundidades del averno—. Martín, cierra la propiedad. Nadie entra hasta que yo lo diga. Nadie sale sin que tú lo sepas. Que Dani no se mueva del jardín sin que tú lo veas.

Martín asintió. Súa retrocedió sintiendo el frío que se había formado en la habitación calarla hasta los huesos. Miró a Martín, que ya estaba en modo de combate, y luego a Mark, que parecía luchar contra una fuerza invisible que amenazaba con arrastrarlo al suelo. Comprendió entonces que esa carta era un demonio que acababa de encontrar el camino de vuelta a casa. Al observar a su amado, se le heló el alma: Mark ya no estaba allí. Había regresado el hombre roto que conoció en Corea tres años atrás.

5. TINTA ROJA

Bulgeun Meogmul (붉은 먹물)

El perfume de ese sobre arrastró a Mark lejos del despacho, lejos de Súa, hacia un lugar donde el aire siempre olía a fragancia cara y a miedo. Sintió el tacto frío de la madera contra su espalda y la tensión de las correas de cuero mordiéndole las muñecas y los tobillos, fijándolo a la cruz que le impedía cualquier movimiento. Estaba desnudo, expuesto, con la piel erizada no por el frío, sino por la espera.

Entonces, el sonido comenzó.

Tap, tap, tap

Aquellos pasos rítmicos, afilados como cuchillas, golpeando el suelo pulido. El eco de unos tacones de aguja que se acercaban con una lentitud sádica. Cada impacto era una punzada en su pecho, un recordatorio de que su voluntad ya no le pertenecía. No necesitó verla; el perfume penetrante y el chasquido metálico eran suficientes para que su cuerpo recordara el dolor antes de recibirlo. Los pasos se detuvieron justo detrás de él. El silencio volvió. Sentía una autoridad que lo asfixiaba.

Una respiración cálida rozó su nuca y Mark cerró los ojos, deseando desaparecer.

—¿Me has echado de menos, esclavo? —El susurro de Sonia llegó como una corriente de aire helado contra su nuca. Mark cerró los ojos, deseando que el suelo desapareciera.

La mano de Martín sobre su hombro le devolvió al mundo.

Súa cerró la puerta del despacho a sus espaldas, pero no se alejó. Se quedó inmóvil en el pasillo, apoyada contra la madera,

sintiendo el frío del pomo clavándosele en la espalda de un modo desolador. Aquel «sal de aquí» no había sido un ataque contra ella, pero le había atravesado el alma; dentro de Mark se estaba produciendo una explosión que amenazaba con calcinarlo por completo.

Súa solo lo había visto así una vez. Cuando empezó su tratamiento. Ni siquiera ante el indeseable que extorsionaba a su *appa* había perdido los nervios de aquel modo. Aquel sobre de papel crema había logrado quebrar la armadura que su padre le ayudó a levantar, dejándolo desprotegido.

¿Qué mensaje podía tener tanto poder? Súa se miró las manos; le sudaban. Una impotencia angustiosa la invadió. Quienquiera que fuera el remitente, acababa de levantar un muro entre ellos. Mark la había alejado con la urgencia de una manada de búfalos ocultando a sus crías ante el peligro. No sabía si era una amenaza de muerte o algo mucho más oscuro, pero la caligrafía en tinta roja y el olor dulzón a nardo se le habían quedado grabados muy dentro.

Deambuló por el pasillo, dirigiéndose hacia la cocina con una presión en el pecho. Necesitaba aire, pero, sobre todo, una voz amiga donde desahogar su angustia. Buscaba el refugio de confidencias a media voz que solo Lucía sabía darle. Pero la cocina estaba en silencio. Lucía no estaba. Súa se quedó allí, en mitad de la estancia, sintiéndose más extranjera y sola que nunca.

Empezó a preparar un *boricha*, buscando en aquel aroma de su infancia el equilibrio que acababa de perder. Mientras el agua hervía, sus ojos se desviaron hacia la ventana del jardín trasero. Allí estaba Dani. El chico nuevo no estaba moviendo leña; permanecía de pie junto al seto de laureles, con la mirada oscilando entre la puerta de la finca y la ventana del despacho. Su postura era la de alguien que espera a que la estructura termine de agrietarse para entrar.

—*Singgyeong sseuyeo*[11] —susurró Súa, apretando la taza con fuerza.

Dejó el té sobre la encimera. No podía quedarse allí encerrada mientras Mark se hundía en su propio infierno y aquel joven vigilaba

las grietas de la casa. Salió al porche envolviéndose en un chal de lana. El aire de la sierra bajaba con un frío intenso.

—¡Dani! —Súa se plantó en el porche cruzando los brazos—. El señor Olsten ha pedido que la zona sur quede despejada de inmediato. Martín está ocupado, así que ponte con las cámaras de la entrada. ¡Ahora!

Dani se sobresaltó y miró a ambos lados con culpa, aunque recuperó la compostura rápido. Se quitó la gorra con lentitud, analizando el rostro de Súa en busca de información. Con un gesto lleno de desdén que ocultaba su frustración, respondió:

—Claro, Súa, enseguida. ¿Ha pasado algo grave? Martín parece haber visto un fantasma; me ha dejado de lado y ha entrado como un demonio en la casa.

—En esta casa no hay demonios, Dani —respondió ella, acercándose hasta reducir la distancia entre ambos. Le sostuvo la mirada con una frialdad amenazante—. Solo hay personas que cumplen órdenes y personas que sobran. No seas de las segundas.

Señaló hacia la finca con un dedo, clavándole una mirada tan penetrante que le provocó un escalofrío. Dani asintió, perturbado, y se retiró hacia el garaje rápidamente.

Joder, menuda zorra prepotente. ¿Quién se habrá creído la mocosa?, pensó mientras una mueca de odio le cruzaba la cara.

Súa se quedó sola en el porche, mirando hacia las montañas nevadas; se alzaban como colosos de piedra que guardaban el secreto de lo que estaba por venir. El aislamiento de la finca, que antes era una bendición, ahora le resultaba asfixiante. Un *akryeong*[12] acababa de entrar en su hogar. Algo que no tenía rostro, pero que amenazaba con destruir al hombre que amaba.

Dentro del despacho, el ambiente era opresivo, como si tratara de tragar toda la luz a su alrededor. Mark permanecía de espaldas a la puerta, con la frente apoyada en el cristal. Sus dedos trazaban líneas invisibles sobre el vaho que su propia respiración agitada creaba, como si intentara borrar sus miedos en esa ventana. Su mente viajaba por otro lugar, por otro tiempo. Martín, de pie junto a la mesa, observaba las letras rojas con la mandíbula apretada;

parecía a punto de estallar, como si al sostener la mirada sobre el papel pudiera absorber parte del golpe que acababa de quebrar a Mark. Sus ojos mostraban ese estado de alerta máxima de un soldado que ve cómo el enemigo ha cruzado la última línea de defensa y ha abatido a su general.

—¿Es la primera vez, Martín? —Mark seguía de espaldas, con la frente pegada al cristal. Su voz sonó asustada, como si toda la confianza le hubiera abandonado de golpe—. Ella… Ella, Martín, vuelve a aparecer en mi vida. Pensé que el silencio de estos años era real, pero no estaba muerta, solo estaba esperando a que yo bajara la guardia para volver a dar forma a la pesadilla.

Martín apretó los puños.

—He cerrado todo el perímetro, Mark. Reforzaré la seguridad en los puntos ciegos, vamos a revisar hasta el último puto hueco de la finca y Dani doblará turno si es necesario. Si alguien se ha acercado tanto como para dejar esto en el buzón, significa que nos ha estado estudiando. Pero no volverá a pasar. ¡Me cago en la puta!, esto no vuelve a pasar… No en mis narices.

La angustia era patente en el Lobo. Veía como la estabilidad mental de Mark se agrietaba.

—Voy al sótano, Martín. —Mark se dio la vuelta lentamente. Sus ojos se habían vuelto opacos—. Allí abajo las paredes son lo bastante gruesas y solo están mis propios monstruos.

Martín asintió en silencio. Sabía que Mark se refería a los fantasmas que guardaba bajo llave en la planta más baja, oscura y secreta de la casa; también sabía que ese aislamiento no traería nada bueno para su amigo.

Un recuerdo de otro tiempo —un tiempo de sueños agitados y sudores nocturnos que creía sepultados y que la transportaba a su Corea natal hacía ya tres inviernos— empezó a cobrar forma mientras ella temblaba en la cocina. Súa apretaba la taza de *boricha* entre sus manos; buscaba que el calor del té de cebada apaciguara el leve temblor de sus dedos, intentando que esa tibieza calmara el frío interior. El reciente encuentro con Dani la perturbaba, pero era la imagen de Mark apartándose de ella en el despacho lo que

realmente le hería. Aquel rechazo dolía mucho más que sus propios fantasmas.

Los pasos de Martín en el pasillo la hicieron reaccionar. Salió a su encuentro, interceptándolo antes de que llegara a la salida.

—¡Martín! —lo llamó, bloqueándole el paso con una mezcla de súplica y firmeza—. ¿Qué ha pasado? Esa carta, nunca lo había visto así. ¿Es una amenaza? ¿Viene de Seúl?

Martín se detuvo y la miró. Sus ojos, curtidos por años de ver lo peor del ser humano, se suavizaron apenas un milímetro al ver la desesperación en el rostro de la joven.

—Es solo ruido del pasado, Súa. —Trataba de sonar tranquilo, aunque su lenguaje corporal gritaba peligro—. Mark necesita espacio ahora. No dejes que esto te afecte. Él sabe lo que hace.

—No me mientas, Martín. Sé que tienes miedo. Lo veo en cómo miras las puertas. —Súa bajó la voz y, por primera vez, su máscara de serenidad se rompió—. Lo amo, Martín; sé que lo sabes. No puedo quedarme aquí limpiando mármol mientras él se desmorona. Daría mi vida por su paz.

Martín guardó silencio. No se sorprendió; lo sabía desde el primer día que Súa puso un pie en esa casa.

—Él también lo sabe, a su manera —dijo Martín, poniendo una mano sobre el hombro de ella—. Mark tiene demasiadas sombras, pero quizás tú eres la única que puede caminar entre ellas sin quemarse. No dejes que se encierre del todo. Lucha por él, Súa. No dejes que el sótano le joda demasiado y se lo trague.

Martín se dio la vuelta y salió hacia el jardín. Mientras caminaba bajo el frío de la sierra, un pensamiento cruzó su mente como una oración silenciosa que el aire pudo percibir: *Hazlo, muchacha. Haz que elija la puta vida antes de que ese jodido fantasma termine de arrastrarlo al vacío. Eres lo único que nos queda contra ella*.

Súa se quedó sola en el pasillo, con la mirada fija en la puerta que conducía a las escaleras del sótano. El corazón le latía con una mezcla de pavor y determinación. Sabía perfectamente que tenía estrictamente prohibido bajar allí; era el único lugar de la casa que Mark había declarado fuera de sus límites desde el primer día. Sin

embargo, al ver la sombra de la derrota en los ojos de Martín, Súa comprendió que hoy las reglas no bastarían.

Se quedó inmóvil, con la mirada perdida en la puerta. Un nudo de amargura le apretó la garganta al recordar lo que aquel lugar representaba; durante sus primeros años en Madrid, había visto a Mark descender esos escalones en tres ocasiones, siempre acompañado de mujeres distintas que abandonaban la casa, horas después, con la mirada vacía. Súa siempre había creído que ese sótano era el lugar donde él buscaba el olvido en otros cuerpos, un territorio prohibido que la hacía sentirse pequeña, una intrusa en su deseo. Sin embargo, verle bajar ahora, solo y derrotado, le provocaba un desconcierto nuevo. Empezaba a comprender que entre aquellas paredes no se buscaba placer, sino silencio; aquel sitio era el verdadero refugio de los monstruos de Mark, y el hecho de que se encerrara allí precisamente hoy la hacía sentir más lejos de él que nunca.

Con las persianas bajadas, la casa entera se sentía como un ser vivo que hubiera dejado de respirar. La luz mortecina del atardecer dibujaba líneas de un gris pálido sobre el suelo, recordándole que el mundo seguía girando fuera; pero dentro de esos muros, el tiempo se había detenido cuando Mark rasgó aquel sobre crema.

Súa se internó en el comedor y comenzó a recolocar las sillas, aunque estaban perfectamente alineadas. Necesitaba sentir la cotidianidad que parecía haberla abandonado; se movía con pasos automáticos, con una compulsividad nerviosa.

—*Gwaenchana*[13] —se dijo en un susurro—. Solo es un recuerdo. Y los recuerdos no pueden hacernos daño.

Pero sabía que mentía. Para un hombre como Mark, los recuerdos eran más reales que las montañas que rodeaban la finca.

Subió a la planta superior. No había nada que limpiar, pero sus manos necesitaban el contacto con las texturas para no perder el norte. Entró en su habitación y se sentó frente al tocador. Al verse en el espejo, no vio a la empleada eficiente, sino a la joven que llegó tres años atrás, con un dolor todavía alojado en la garganta.

Recordó el primer día. Mark la había recibido con una amabilidad silenciosa y distante. Tan distinto a los días vividos en Guryong.

Se había enamorado de él por etapas. Primero fue la preocupación por su fragilidad, más adelante la admiración por su intelecto; luego, la fascinación por esa oscuridad que Mark vertía desde sus ojos y que contrastaba con la necesidad de ella de cuidarle. Sin embargo, él se había alejado de un modo precipitado, levantando un muro que ella no era capaz de comprender. Ya en España, esa distancia chocaba con los gestos amables: una manta dejada «por descuido» en el sofá cuando ella se quedaba dormida leyendo.

Mark la había rescatado, pero ahora era él quien, de nuevo, parecía incapaz de salvarse a sí mismo.

—*Naega geu saramui ansikcheoyeyo*[14] —susurró al espejo, pasando los dedos por la superficie fría.

Se asomó a la ventana. Fuera, la nieve caía con delicadeza. Martín y Dani no parecían soldados en guardia, sino simplemente dos hombres haciendo su trabajo. Esa normalidad le resultaba ofensiva. ¿Cómo podía el mundo seguir girando mientras Mark lidiaba con un fantasma que le había robado el color de la cara?

Martín, el Lobo. Era un mote que le encajaba a la perfección: era el guardián que patrulla el bosque para que nada perturbe la madriguera. Súa confiaba en él con una fe absoluta. Él era la columna vertebral de la finca. Su presencia la hacía sentir que el mundo podía desmoronarse fuera, pero que mientras el Lobo estuviera en la puerta, nada malo cruzaría el umbral.

Con Martín se sentía protegida físicamente; ese hombre la cuidaba como un padre que vigila a su hija —quizá esa hija que él había perdido— y ella le amaba de igual forma. Verlo allí la tranquilizó. Si el Lobo estaba tranquilo, si Martín seguía cumpliendo su rutina, quizás el caos que ella sentía en el pecho fuera solo eso: un presentimiento.

Pero luego su mirada cayó en la figura más joven: Dani. Él no era un lobo. Era algo más escurridizo, como un zorro que no terminaba de encajar en el ecosistema de la casa. Esa desconfianza, sumada al

silencio que subía desde el sótano, hizo que Súa apretara el borde del alféizar con fuerza. Había batallas que Martín no podía luchar por ellos.

Martín se sacudió la nieve del jersey con un enfado visible. Dani se acercó con un fajo de leña, moviéndose con ligereza.

—Todo tranquilo, jefe —dijo Dani, dejando caer los troncos con un estruendo que despertó al Lobo de su ensimismamiento.

Martín se giró lentamente. Sus ojos recorrieron el rostro del joven con frialdad.

—En esta puta casa, Dani, tranquilo es una palabra que me pone de los nervios —gruñó, invadiendo el espacio personal del chico—. Alguien ha dejado un sobre en un buzón tras una reja de cinco metros y las cámaras no han visto nada. Y si han llegado a ese buzón, es porque alguien ha burlado tu vigilancia o la mía. ¿Entiendes lo que eso significa?

Dani sostuvo la mirada un segundo de más, antes de bajar la cabeza.

—Significa que alguien se ha reído de nosotros y que el señor Olsten nos va a cortar los huevos. Habrá que doblar esfuerzos. Yo me encargo de…

—No te he pedido que te encargues, te he dicho que alguien ha entrado. —Martín le puso una mano en el pecho—. No quiero errores. Si veo una puta sombra que no reconozca, no aviso. ¿Está clarito?

—Cristalino, Martín.

El Lobo lo vio alejarse. Dani caminaba demasiado tranquilo para el incendio que se acababa de desatar. Martín apretó el puño; el instinto le decía que el peligro quizá ya se había sentado a su mesa.

Mark se detuvo ante la puerta, introdujo su código en el cerrojo y entró. No encendió las luces. Solo una pequeña línea de LED sobre la mesa de roble del fondo proyectaba su luz, dejando el resto de la estancia en una penumbra impenetrable. No miró las sombras; hoy no había espacio para más monstruos que los suyos propios.

Se dejó caer en el sillón de cuero y abrió su mano, revelando lo que había apretado durante todo el descenso: un *norigae.* Los hilos de seda carmesí y el collar dorado parecieron cobrar vida bajo la lámpara. Apoyó los codos en la mesa y hundió el rostro entre las manos. El perfume de ese sobre, una mezcla de nardos y cuero, inundando sus pulmones, lo arrastró lejos de Cercedilla.

De repente, sintió el tacto frío de la madera contra su espalda.

El fármaco había comenzado a actuar; le invadía un letargo muscular y una hipersensibilidad nerviosa que hacía que el roce del aire doliera. Mark colgaba de la cruz de madera, con la cabeza ladeada, sin voluntad. Sintió la punta húmeda de un rotulador de tinta roja recorriendo su pecho. Sonia trazó su elegante caligrafía:

Propiedad de…

—Míralo, perro. Lee tu nuevo nombre. —Su voz vibraba contra su nuca—. No cierres los ojos. Solo existes cuando yo te nombro.

Él intentó desviar la vista, pero Sonia le agarró del mentón con firmeza, obligándole a observar la tinta roja. Mark sentía la fricción de la seda de los guantes de Sonia. Su cuerpo, traicionado por la droga, respondía con una erección dolorosa que le provocaba náuseas, mientras su mente gritaba de terror.

Sonia comenzó a masturbarlo con una cadencia intensa y rítmica, observándolo con la curiosidad de un niño arrancando las alas a una mosca. Mark arqueó la espalda: el deseo, infectado por el pánico y la droga, rompió el último reducto de su dignidad.

—Mírame, quiero ver cómo te deshaces para mí, esclavo. No vas a terminar hasta que yo lo ordene. ¿Está claro? —siseó ella, aplastando su boca contra la de él para ahogar su llanto—. Tu cuerpo me obedece a mí. Recuérdalo cuando creas que eres libre.

Después de un tiempo que le pareció una vida entera, con una mueca triunfal en el rostro, Sonia acercó su boca a su oído y susurró:

—Córrete, perro.

El clímax llegó como una rendición agónica. Mark sintió cómo su alma se fracturaba; eyaculó de un modo abundante mientras su

humanidad estallaba. Sonia se apartó con indiferencia, limpiando sus manos sobre el pecho de Mark, emborronando la tinta roja.

—Mañana —murmuró ella mientras se alejaba— escribiremos el resto de la historia en tu espalda, «cariño».

Mark despertó con la respiración entrecortada y un sudor frío empapándole la camisa. Se llevó la mano al pecho, buscando desesperadamente el relieve de aquellas letras rojas. Aunque su piel estaba limpia, la caligrafía de Sonia seguía grabada bajo el músculo. Aquel sobre no era solo una carta: era una correa que volvía a tensarse.

Agarró el *norigae* como un náufrago que se aferra a un tablón. Su contacto le serenó y, agotado, se durmió sobre la mesa con el amuleto entre los dedos.

6. LIENZO DE BARRO Y ORO

Jinheuggwa Geumui Kaenbeoseu (진흙과 금의 캔버스)

Guryong, Seúl.
Tres años antes

El tañido del carillón de bronce se apagó, pero el eco se quedó flotando. El aire en la callejuela pareció agotarse mientras la fachada de madera crujía bajo el peso de los años. Al cruzar el umbral, el mundo moderno desapareció.

Dentro les recibió un frío distinto. Era un aire estancado, cargado de olor a papel viejo, a tinta rancia y a algo más dulce: un incienso que llenaba la estancia y hacía olvidar el hedor exterior. No había rastro de electricidad. La penumbra estaba rota por la llama vacilante de unas velas de sebo, que proyectaban sombras alargadas sobre los enseres y miles de libros de papel de arroz amarillento que llegaban hasta el techo. El polvo acumulado y los tarros de cristal llenos de ungüentos de hierbas y líquidos espesos hablaban por sí solos.

—Joder, Mark. —La voz de Leandro rompió el misticismo—. Aquí huele a viejo.

El agente entró detrás de él, sacudiéndose el abrigo caro como si el simple aire del local pudiera mancharle. Sus ojos barrieron la estancia, tasando lo que veía: estanterías combadas por el peso de manuscritos amarillentos, máscaras de madera colgadas en las vigas y mesas repletas de cachivaches que, para él, no eran más que basura.

—Dime que no hemos cruzado medio planeta para comprar baratijas en un rastrillo. —Leandro pateó suavemente una caja de

cartón llena de pinceles viejos—. Si querías antigüedades, en cualquier chino de Madrid consigues mejores falsificaciones.

Mark no le contestó. Su mirada se había clavado en el fondo del local. Detrás de un mostrador de madera oscura, una sombra se movió.

No era un erudito con túnica. Era un hombre estilizado, vestido con un *hanbok* tradicional, de tela gastada pero planchada de un modo impoluto. Unas gafas finas le enmarcaban el rostro. Estaba limpiando una pipa meticulosamente.

Sus ojos, de un verde hipnótico que provocaban una intranquilidad difícil de explicar, se clavaron primero en Mark. El hombre asintió lentamente, y una sombra de pena cruzó su expresión, como si pudiera ver las cicatrices que llevaba dentro. Luego, su mirada se desplazó hacia Leandro. Al instante, su rostro se contrajo en una mueca indefinida y, apartando su mirada, volvió a su pipa.

—¿Es usted el bibliotecario? ¿El *Seonsaengnim*[15] Moon? —Mark tragó saliva, esperando confirmación.

El hombre levantó la vista. No miró a Mark. Miró a Leandro, luego a los zapatos de piel italiana de Leandro.

Finalmente escupió en una escupidera de latón que tenía a los pies.

—Aquí no hay libros de su interés, *Oegugin…*[16] extranjero —dijo el hombre en un inglés rudimentario—. Solo hay cosas que la gente pierde. O vende.

Leandro soltó una carcajada fuerte y se acercó al mostrador, sacando la cartera del bolsillo interior de la chaqueta para dejar claro quién mandaba allí.

—Buscamos historia, amigo. Papeles de la dinastía esa. *Joson*. O como se diga. —Leandro sacó un billete de cincuenta mil wones y lo dejó caer sobre la mesa—. Y rapidito, que tengo prisa por salir de este antro.

El hombre ni siquiera miró el dinero. Siguió frotando la pipa.

—El dinero compra cosas —dijo el tendero sin levantar la voz—. Pero el *Oegugin* no busca cosas. Busca olvidar. Y eso es más caro.

Mark sintió un escalofrío.

—Dame un momento. —Mark miró a Leandro, nervioso—. Da una vuelta, hurga en lo que quieras. Necesito hablar con él a solas.

Leandro esbozó una sonrisa. Visiblemente molesto, se encogió de hombros y comenzó a caminar por los pasillos, tocando con desdén los lomos de los libros antiguos. El bibliotecario esperó a que Leandro estuviera lo suficientemente lejos. Se inclinó hacia adelante y, cuando habló, su inglés era pausado y perfecto, con un acento fuertemente marcado.

—Tú. —El hombre señaló el pecho de Mark con un dedo huesudo —. Tú no vienes por libros de *Joseon*. Tú no quieres historia.

Mark guardó silencio, sintiendo que el frío de la tienda se le metía en los huesos. El hombre chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

—Tú vienes a encontrar tu *Yeonghon.* Tú alma.

—Solo busco respuestas y alivio. —Mark intentó mantener su posición.

—*Geojitmal*. Mientes —el curandero habló con un hilo de voz—. Tu alma es una *Heukam*[17] rota. —Hizo una pausa—. Ese hombre que traes, él es *Gwisin*. Un demonio de maldad. Pero él no es el amo. Él solo es la cadena.

Mark se tensó al escuchar aquello. El viejo se acercó más; el olor a sándalo y ungüento se hizo insoportable.

—Tu alma está atrapada en un *Kkum*. Una pesadilla que nunca termina. Crees que gobiernas tus pasos, pero caminas hacia la tela de araña. Quien te rompió todavía tira del hilo.

—Sonia está lejos, ella… —Mark bajó la vista para convencerse a sí mismo. Pero el erudito le interrumpió.

—La distancia no es nada para un *Akma*[18]. Buscas protección aquí, pero no hay protección cuando se está *Jungdok*[19]. Para sacar un alma del *Simyeon*. Del Abismo, hace falta alguien que no tenga miedo a la oscuridad que te devora.

El hombre tomó una pequeña pieza de jade y la apretó entre sus manos, mirando a Mark con compasión.

—Usted no entiende. —La voz de Mark se quebró en su pecho—. Yo ya no tengo alma que salvar. La perdí hace mucho tiempo en otras manos.

—No. —El viejo sonrió—. Tu alma no se ha ido. Solo ha buscado un rincón oscuro donde esconderse. Está esperando a que seas su dueño. Pero el equilibrio no se recupera con fuerza, sino aceptando que una vasija rota puede volver a ser hermosa si se pegan los fragmentos con oro.

La tensión mística que envolvía la tienda se fracturó de golpe. Aquella conversación sagrada fue profanada por un estruendo de maderas golpeadas y un grito agudo que hizo que Mark se pusiera en guardia instantáneamente.

Entonces, ella entró.

La chica irrumpió en la penumbra con el pelo revuelto y el pecho agitado. Mark se quedó sin aliento, impactado por su figura: vestía una seda oscura que se ceñía a su cuerpo con una elegancia casi felina, resaltando la curva de sus senos y la firmeza de su postura. Su cabello azabache, algo desordenado por la carrera, enmarcaba un rostro de una belleza asiática y feroz; sus ojos, encendidos por la rabia, brillaban con un verde hipnótico bajo las sombras de la tienda.

Detrás de ella, Leandro apareció jadeando. Su rostro deformado por una media sonrisa torcida hizo que Mark sintiera un calambrazo.

La chica no miró a Mark. Se dirigió directamente al erudito con voz rota y afilada:

—¡*Abeoji*! —Señaló a Leandro con una mano temblorosa—. *¡Jeo namjaga… Nareul...!*[20]

Mark apretó los dientes, torciendo el gesto de inmediato.

El señor Moon, que hasta ese momento había permanecido tranquilo, se puso en pie con agilidad y soltó la pipa. Su mirada pasó de la angustia de su hija al rostro de Leandro, y en sus ojos se encendió un fuego. La cara de asco que le había mostrado a Leandro antes se transformó en rabia.

—Súa-ya —la llamó con una voz que vibró en las paredes de la tienda y se puso delante de ella—. *¡Dwiroga. Dangjang!*[21]

Ella entendió la orden al instante.

La chica lanzó una última mirada de odio a Leandro —una mirada que prometía que esto no quedaría así— y se refugió en la oscuridad del interior de la tienda, desapareciendo tras una cortina de cuentas de madera.

El hombre se volvió hacia Leandro, que aún mantenía esa sonrisa provocadora, y luego hacia Mark. La tensión en la habitación era tan espesa que el humo de las velas parecía congelado en el aire.

El aire, antes místico, ahora estaba emponzoñado por la presencia de Leandro. Mark sintió una rabia visceral crecer dentro de él.

El tendero dio un paso al frente; su voz ya no era un susurro.

—¡*Nae jibeul moyokhaneungun!*[22] —Un dedo huesudo señaló la salida, temblando de furia.

Leandro soltó una carcajada, ajustándose la chaqueta con arrogancia.

—Venga, viejo. —Sacó su abultada cartera—. No me vengas con orgullos ancestrales. Te pagaré lo que quieras si me dejas a tu criada unos días. Tiene algo. Un fuego que me apetece apagar.

Mark sintió cómo la sangre le hervía. Dio un paso hacia Leandro, pero Seokju fue más rápido en palabras.

—¡Es mi hija! —Las venas de su cuello se hincharon, rígidas, mientras su mirada clavaba a Leandro contra la puerta.

Leandro no se inmutó. Al contrario, se puso chulo, invadiendo el espacio personal del erudito con una sonrisa depravada.

—¿Hija? —Leandro soltó una risa breve, mirando alrededor con desdén—. Mejor. Eso significa que la mercancía está cuidada. No te pongas digno ahora, jefe. Todo en este agujero tiene una etiqueta con el precio, desde esos libros podridos hasta tu familia. Dime cuánto cuesta alquilarla una noche y ahórrate el discurso del honor. Se os nota el hambre en la cara.

Mark no pudo contenerse más. Agarró a Leandro por el cuello de la camisa y lo empujó violentamente hacia la salida.

—¡Fuera! ¡Lárgate de aquí ahora mismo! Estás despedido, Leandro. Se acabó.

Leandro se soltó con un movimiento brusco, pero no dejó de reír. Se limpió el hombro como si Mark lo hubiera manchado.

—Eres un pusilánime, Mark. Un blandengue. No me extraña que Sonia te hiciera lo que quería. En el fondo, sigues siendo su perrito faldero, ¿verdad? Esperando a que ella tire de la correa.

El nombre de Sonia actuó como detonante. Mark lanzó un puñetazo que impactó de lleno en la mandíbula de Leandro, haciéndolo retroceder contra el marco de la puerta.

—¡He dicho que desaparezcas! No quiero volver a ver tu puta cara jamás. —Los puños de Mark temblaban.

Leandro se pasó la mano por el labio ensangrentado y soltó una risotada histérica.

—¿Desaparecer? Me voy, pero recuerda algo, genio: tengo los derechos de tu obra. Sonia se encargó de que me los dieras sin que te dieras cuenta. No eres dueño ni de tus propias palabras.

Mark sintió el impacto en el estómago, pero no retrocedió.

—Ya escribiré más. Tengo toda una vida para enterrarte. ¡Desaparece de aquí, maldito hijo de puta!

Leandro los miró a los dos, al maestro y a Mark, con una promesa oscura en los ojos.

—Hijo de puta —murmuró para sí mismo antes de elevar la voz —. Disfrutad vuestra victoria, porque os lo voy a quitar todo. Me llevaré a esa chica, Mark. Y cuando termine con ella, te la enviaré de vuelta para que veas lo que queda.

Leandro se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad del callejón de Guryong, dejando tras de sí un silencio incómodo. Seokju miró a Mark con tristeza y preocupación, y susurró:

—*Angmaga deureowatda*.[23]

Tras la salida de Leandro, la normalidad dentro de la tienda fue recuperándose poco a poco, mientras la respiración de Mark iba serenándose. Moon Seokju, el bibliotecario, se quedó quieto, mirando a la puerta pero pensando en Mark. Mark se fijó en la mesa del mostrador, donde aún permanecía el dinero que Leandro había tirado con prepotencia. El señor Moon se giró y miró a Mark con la mirada del médico que busca sanar.

—*Darawa*[24] —ordenó el Maestro Moon. Se dio la vuelta y lo guió hacia la cortina de tiras tras la que había desaparecido la chica. Al cruzarla, el mundo pareció quedar atrás. El interior de la casa olía a una mezcla sofocante de incienso de sándalo. Era un espacio angosto, de techos bajos, donde cada centímetro respiraba una historia que Mark no alcanzaba a comprender.

El erudito se detuvo en una pequeña estancia iluminada apenas por una lámpara de aceite. Se sentó sobre sus talones sobre el suelo sin articular palabra, indicándole a Mark con un gesto que hiciera lo mismo frente a él.

—Has echado al *Gwisin* de mi casa. —Su voz parecía venir de lo más profundo de la tierra—, pero el veneno que él servía corre por tu sangre. Tú no has venido aquí a comprar libros, Mark-ya. Has venido porque te estás muriendo por dentro.

Mark bajó la vista, avergonzado.

—Te ayudaré a ser tu propio *Juin*[25]. Pero escucha bien, porque solo lo diré una vez. —El señor Moon se inclinó hacia adelante y sus ojos verdes brillaron con más intensidad—. El camino para despertar tu alma no es una senda de flores. Es un incendio. Solo destruyendo lo poco que queda de ti podrás volver a nacer. Si inicias este camino, no podrás parar. Si te detienes a mitad de camino por miedo, por dolor o por desgana, te perderás para siempre en el *Simyeon*. No habrá vuelta atrás. Este camino te provocará un dolor como jamás has sentido, un miedo como jamás has experimentado, y un vacío como la muerte al llamarte.

Mark tragó saliva, sintiendo que el aire le faltaba.

—Haré lo que sea necesario.

—Lo que sea necesario significa obediencia absoluta. —Moon no apartó su mirada de él—. A partir de ahora, mi voz es tu única ley. Harás lo que te diga, cuando te lo diga y como te lo diga. Sin preguntas. Sin dudas. A partir de ahora yo soy tu *Seuseungnim.*[26] Creo que en tu vida ya sabes lo que es servir, pero en esta ocasión lo harás por decisión propia.

El maestro le miró con ternura y apoyó su mano sobre su pierna doblada.

—Prometo curarte, Mark-ya, pero piénsalo, porque no será placentero. ¿Estás dispuesto a entregar tu voluntad para poder recuperarla después?

노 리 개

Mark llevaba una semana en aquella casa. El lugar que le había designado el Maestro Moon no llegaba ni a minimalista. Era una habitación pequeña, desprovista de muebles salvo por un *yo*[27] en el suelo. Para alguien acostumbrado a los lujos, esa era su primera prueba.

Cada mañana, antes de que el sol lograra penetrar la niebla de Guryong, el Maestro Moon golpeaba el suelo de madera con su bastón. No había palabras, solo el sonido seco contra el tablón. Aquel ruido se había convertido en un resorte que hacía saltar a Mark.

Con celeridad, se lavaba con agua fría, como le obligaba a hacer el maestro, y aparecía en la sala principal con los ojos hinchados y el cuerpo dolorido por dormir en el suelo.

—*Seuseungnim*.

Mark apretó los dientes y arqueó el torso tratando de sacarse el dolor de su espalda.

El Maestro Moon le lanzó una mirada inquisitiva, produciéndole un escalofrío.

—*Kkorajihagoneun*.[28] Tu cuerpo se queja porque tu mente aún vive entre almohadas de plumas y sábanas de seda. La voluntad no se pide; se cultiva como las flores de un jardín: si no las riegas y les das el abono adecuado, se marchitan y mueren. Limpia el polvo de esos libros hasta que tus manos olviden el tacto del lujo.

Desde la penumbra del pasillo, Mark creyó ver un brillo. Súa estaba allí, apoyada en el marco de una puerta, observando en silencio cómo el extranjero importante gateaba por el suelo con un trapo húmedo, limpiando el suelo de su casa. Cuando Mark levantó la vista, ella desapareció como una gata tras la esquina.

Habían pasado tres semanas y la rutina empezaba a asentarse en su cuerpo. La curación de Moon Seokju incluía sesiones de inmovilidad absoluta. Mark debía sentarse frente a un cuenco de cerámica negra lleno de agua.

—Mira el agua, Mark-ya —ordenaba Moon—. El agua no recuerda lo que la golpea. Simplemente vuelve a estar en calma. Tú, en cambio, atesoras cada golpe que has recibido con una obstinación de burra vieja.

—Es difícil olvidar cuando te han quitado todo, Seonsaengnim. —Mark usó el término común para referirse a él por error.

El Maestro Moon le dio un golpe seco en la palma de la mano con una vara. Mark agachó la cabeza y retiró la mano dolorida.

—*Aniya*[29]. No uses ese tono conmigo. Estás siendo *geomanhan*[30]. Crees que tu dolor es especial. No lo es. Solo es ruido. Solo es un recuerdo de tu mediocridad; ese dolor es la justicia por tu arrogancia. Si vuelves a hablar sin que te lo pida, pasarás la noche en el patio bajo el cielo, sin más ropa que tu piel.

Súa entró en ese momento para dejar una bandeja con té de cebada. Sus movimientos eran tan gráciles que apenas hacían ruido. Al dejar el té frente a Mark, sus dedos rozaron la mesa y sus ojos se cruzaron con los de él por un segundo. Había curiosidad en su mirada, pero también una advertencia. Antes de irse, susurró algo al oído de su padre.

—Dice que respiras como un cerdo asustado —tradujo el Maestro con una sonrisa gélida—. Ella tiene razón. Y hueles igual.

Semanas después, Mark ya no protestaba. Sus manos estaban llenas de callos por mover cajas de manuscritos y su espalda ya no crujía.

—*Seuseungnim* —dijo Mark, inclinando la cabeza correctamente a cuarenta y cinco grados antes de entrar en la estancia—. El inventario de la dinastía *Joseon* está terminado.

El Maestro Moon dejó de leer y lo observó por encima de sus gafas. Por primera vez, no hubo un reproche inmediato.

—*Gwaenchana*[31] —murmuró —. Por fin tu voz no tiembla como la de un niño perdido. Pero no te confíes. El *Akma* siempre espera a

que creas que estás a salvo para tirar del hilo de nuevo.

Súa apareció tras el mostrador, limpiando un jarrón de porcelana. Por primera vez no huyó al ver a Mark. Se quedó allí, observando cómo él se movía por la tienda con su torpeza occidental; Mark había avanzado mucho en cortesía y trabajo, pero aún parecía un pato mareado. Cuando el Maestro Moon salió a la trastienda para atender a un cliente, ella se acercó a Mark y, bajando tanto la voz que a Mark le costó oírla, señaló sobre una de las palabras que él estaba escribiendo en un papel.

—*Geulssiga yeppeoyo.*

Ella se detuvo, buscando las palabras en el aire antes de forzar un inglés rudimentario.

—Tu… caligrafía es... hermosa.

Una sonrisa llena de timidez iluminó su rostro, desarmando a Mark por completo.

Esa noche, el *Seuseungnim* no ordenó limpiar ni meditar en silencio. Encendió tres velas de cera y un candil con incienso en el centro de la estancia. Con gestos rotundos, indicó a Mark que se sentara frente a él. El humo del incienso subía hacia el techo, impregnando la sala y los sentidos.

—Pregunta, Mark-ya. —Moon cerró los ojos—. Tu mente hoy es un hervidero de dudas. Si no las sueltas, te quemarán por dentro durante el tratamiento. Necesitas paz para seguir.

Mark guardó silencio un instante, observando cómo la llama se reflejaba en los ojos del maestro.

—Usted dice que Sonia es un *Akma* —empezó Mark en voz baja —. Pero ella no tiene cuernos ni vive en el infierno. Ella es hermosa, inteligente y una vez me amó. ¿Cómo puede ser algo tan oscuro y a la vez tan real?

Moon Seokju sonrió sin abrir los ojos, con una mueca llena de sabiduría.

—El error de los *Oegugin* es creer que el mal es feo. El verdadero diablo no te asusta, Mark-ya; te seduce. Se disfraza de lo que necesitas para engañarte y que le entregues las llaves de tu *Yeonghon*[32] voluntariamente. Ella no te amaba; ella amaba el poder

que tenía sobre ti. El diablo no busca tu cuerpo, busca que tu voluntad se rinda hasta que no sepas dónde termina ella y dónde empiezas tú.

—¿Y por qué me cuesta tanto soltarla si sé que me destruye? —preguntó Mark, inclinándose hacia la luz.

—Porque ha construido tu identidad a través de su cincel —respondió el Maestro abriendo los ojos—. Si quitas a Sonia de tu historia, ¿qué queda de Mark? Ahora mismo, nada. Eres un lienzo en blanco que tiene miedo de su propio vacío. El dolor es el único hilo que te hace sentir que existes.

Mark tragó saliva. La verdad le golpeó más fuerte que un latigazo de Sonia.

—¿El tratamiento me hará olvidarla?

—*Aniya*. —El Maestro negó con la cabeza—. Olvidar no es el destino. La medicina te hará mirar al *Simyeon* de frente. No vamos a borrar a esa mujer; vamos a quitarle el poder de lastimarte. Convertiremos ese veneno en vida. Pero para eso, Mark, primero debes aceptar que ese hombre que ella creó: ese Mark que era su perro faldero, debe morir definitivamente.

Súa apareció de la penumbra, en silencio, escuchando. Sus ojos verdes brillaban con la luz de las velas, fijos en Mark. No intervino, pero su presencia era como un testigo silencioso de aquel momento espiritual.

—¿Estoy a tiempo, *Seuseungnim*? —susurró Mark.

—Siempre se está a tiempo de volver a casa, si uno está dispuesto a caminar entre las llamas.

노 리 개

Mark llevaba allí dos meses. Apenas recordaba ya otra cosa; su cuerpo se había acostumbrado al trabajo y la calma era tan real que, por momentos, había olvidado su dolencia. El día había comenzado como cualquier otro. Mark estaba en el callejón trasero, moviendo pesados fardos de papel de arroz bajo una lluvia fina que calaba hasta los huesos. De pronto, el sonido de un claxon a lo lejos —un

tono agudo, europeo, fuera de lugar en Guryong— resonó en su cerebro.

Aquel sonido le arqueó la espalda y le erizó el vello de los brazos. Su calma se derrumbó. Mark soltó el fardo, que cayó al barro con un sonido seco, y se llevó las manos a la cabeza. No oía el claxon; era la risa de Sonia. La escuchó tan nítida como si ella estuviera susurrándole al oído, burlándose de sus manos manchadas de tierra y de su ropa de mendigo.

Entró en la tienda tropezando con todo, recuperando su anterior torpeza, derribando una pila de manuscritos que había tardado días en ordenar. El estrépito de los papeles volando fue el detonante final.

—¡Basta! ¡Joder, basta ya! —gritó Mark, dejándose las costillas contra el mostrador de madera. Su respiración era asmática.

El *Seuseungnim* Moon Seokju ni siquiera parpadeó. Estaba examinando un grabado antiguo con una lupa, envuelto en una serenidad que a Mark le pareció, en ese momento, un insulto.

—*Seuseungnim* —jadeó, con los ojos inyectados en sangre y las manos temblando de forma nerviosa—. ¡Esto es una puta mierda! Nada de esto funciona. He limpiado sus putos suelos, he callado como un gilipollas, he aprendido sus malditas palabras en coreano. ¡Pero ella sigue aquí! ¡Sonia sigue aquí dentro!

Mark golpeó el mostrador con el puño, haciendo que las tazas de té tintinearan.

—¡Me voy! Esto es una puta farsa. No soy un monje, soy un autor de éxito al que han robado todo. Todos tenían razón: soy un pusilánime jugando a los templos. ¡Déjeme salir! Necesito un psiquiatra, no al puto Señor Miyagi que me enciende velas y me pone a limpiar como un subnormal.

Se dio la vuelta para huir hacia la puerta, pero sus piernas fallaron. El pánico le robó el equilibrio. Se dejó caer de rodillas, sollozando de pura frustración y terror. En su mente, las manos de Sonia volvían a rodearle el cuello, reclamando su propiedad.

—*Nuga geurae*[33]? —La voz del maestro Moon fue un susurro, totalmente calmada—. ¿Lo dices tú, Mark-ya, o lo dice la dueña que

aún tira de tu correa?

—¡Soy yo! ¡Soy yo el que no puede más! —bramó Mark, hundiendo la cara en sus manos sucias.

Entonces, el silencio lo rodeó todo. El roce de una tela de seda contra el suelo fue lo único que se oyó. Súa, que siempre se mantenía en las sombras, llegó hasta él. No traía té, ni llevaba la mirada baja. Se arrodilló frente a Mark, ignorando el barro de sus pantalones, y le puso una mano firme sobre el pecho, justo donde el corazón de Mark intentaba escapar de su cuerpo.

El contacto fue como una bofetada en mitad de una rabieta. Mark levantó la vista, con el rostro bañado en sudor y lágrimas. Súa lo miraba fijamente; sus ojos verdes no tenían lástima, sino una determinación firme.

—*Meomulleo*[34]. —Su voz era un susurro afilado que desarmó a Mark—. No te vayas. *Akma* solo grita cuando sabe que le estás quitando las llaves de tu casa. Déjalo que aúlle hasta que se desgarre la garganta. Si cruzas esa puerta ahora, ganará para siempre.

Súa apretó la mano contra su pecho, obligándolo a respirar al ritmo que ella le marcaba. Mark sintió el calor de su palma atravesando la tela basta de su *hanbok*.

—*Gwaenchana*. —Ella suavizó el tono—. El dolor es solo la prueba de que aún no ha ganado. Aquí está tu *ansikcheo*[35].

Mark cerró los ojos y apoyó su frente contra el hombro de Súa, derrotado pero, por primera vez, calmado. El Maestro Moon volvió a dejar la lupa sobre la mesa y miró a su hija con una mezcla de orgullo y tristeza. Una sombra cruzó su pensamiento.

—Ya has visto que tu voluntad tiene un límite, Mark-ya. —Moon estaba ligeramente alterado—. Has llegado al final de lo que puedes hacer solo. Esta noche empezaremos el *Yagmulchiryo*[36]. Prepárate, porque lo que has sentido hoy es solo un susurro de lo que vendrá. Mark-ya, ve a dormir.

Mañana bajarás al infierno.

7. EL LOBO

Neugdae (늑대)

Cercedilla, Madrid.
Tres años después

Mark despertó envuelto en sudor. Aún con la voz del viejo Moon resonando en sus oídos, abrió los ojos en la penumbra de su refugio subterráneo. El zumbido del sistema de ventilación sustituyó al silencio místico de la tienda. Miró el *norigae* que apretaba en su mano; el colgante ya no estaba frío, sino ardiendo por el contacto con su piel.

Sus ojos recorrieron la sala y, con un gesto agotado, apagó la pequeña lámpara LED que estaba encendida. Cerró los ojos y se volvió a dormir.

노 리 개

Martín se detuvo junto a la entrada del porche, dejando que la nieve se acumulara sobre sus hombros. Encendió un cigarrillo, protegiendo la llama con sus manos curtidas, y exhaló el humo lentamente, viendo cómo se confundía con el vaho del frío. Sus ojos, siempre en movimiento, se posaron en la ventana del piso superior donde sabía que Súa solía observar el jardín.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de Mark en el despacho. Había visto a hombres romperse en plena misión, pero ver a Mark Olsten desmoronarse por un simple trozo de papel crema era algo superior. El pasado no era un recuerdo para él; era una herida mal cerrada que, con el frío adecuado, volvía a supurar. Martín sabía que esa carta no era una amenaza física —de esas él

sabía encargarse—, sino un recordatorio de que el daño que Mark creía haber dejado atrás seguía respirando, esperando su momento.

Sus pensamientos derivaron hacia la pequeña Súa. Al principio, para él solo había sido la criada coreana, una pieza más en el engranaje de la casa. Pero con los años, la muchacha se había ganado un rincón en su duro corazón. La veía moverse por la finca con esa elegancia silenciosa y esa devoción casi religiosa hacia Mark, y no podía evitar sentir un instinto paternal que raramente se permitía.

Ella es lo que él necesita —pensó Martín, aplastando la colilla con la bota.

Sabía que ella era la única capaz de darle a Mark la estabilidad que ningún muro de hormigón podía ofrecer. Mark la quería; Martín lo veía en cómo la seguía con los ojos cuando ella le daba la espalda. Pero también tenía miedo. Miedo a su propia alma, esa que alimentaba sus novelas, prefería mantenerla a distancia antes que arriesgarse a destruirla con sus demonios.

—Demasiado noble para mirar por su propio bien —gruñó Martín para sí mismo.

Miró a Dani, que seguía trabajando a unos metros. El chico era eficiente, aprendía rápido y nunca cuestionaba sus órdenes, pero Martín sentía una picazón en la nuca cada vez que le daba la espalda. Ese chico no era como él cuando empezó. Sus recuerdos volaron entonces a una época mucho más ruidosa y violenta, lejos de la paz de la sierra madrileña.

Recordó el olor a asfalto mojado y gasolina de una noche cerrada en el puerto de Pontevedra años atrás. En aquel entonces, Martín no vestía abrigos caros ni vigilaba mansiones de cristal. Estaba sentado en una mesa, solo con su oscuridad. Fue una noche como tantas otras, entre contenedores oxidados y el sonido de las sirenas a lo lejos, cuando todo empezó.

Pontevedra.
Cuatro años antes

Martín no le debía la vida a Mark por un tiroteo, sino por algo mucho más caro: el olvido.

En aquel entonces, Martín era el inspector estrella de una unidad de élite de la UDYCO desplazada a Galicia contra el narcotráfico. Era un hombre de principios hasta que el sistema lo trituró. Durante una operación contra uno de los clanes más poderosos de la ría, Martín se encontró solo, con las manos manchadas de una sangre que no debería haber derramado y una bolsa de dinero incautado que nunca llegó a comisaría. No lo hizo por avaricia; lo hizo por desesperación: una hija a la que el destino terminó por arrebatarle de todos modos, dejándolo con la culpa y con Asuntos Internos pisándole los talones.

Mark Olsten estaba allí, bajo la piel de un escritor que documentaba el rastro de la cocaína para su próxima novela. Lo encontró en una taberna de mala muerte de Vilagarcía, donde el olor a madera podrida y aguardiente se te pegaba a la ropa. Martín estaba en una mesa al fondo, bajo una luz mortecina, con la pistola en la boca y su placa de policía sobre la tabla, brillando como un reproche. Estaba a un segundo de apretar el gatillo.

Mark no montó un escándalo ni se asustó. Se sentó frente a él, apartó el cañón de la pistola con un dedo y pidió dos copas de vino tinto.

—Esa placa ya no te sirve de nada. —Martín se quedó paralizado —. Pero tu mano sigue siendo firme. He entrado en tu expediente, Martín. Sé lo de la niña. Sé lo del dinero. Llevo días observándote, esperando a ver si tenías las agallas para apretar el gatillo o no. Necesito a un hombre que ya esté muerto.

—¿Y quién cojones eres tú? Piérdete, niño pijo. Esto te viene grande. —Su desesperación era evidente.

En esa taberna, entre susurros y el sonido de la lluvia golpeando los cristales sucios, conectaron. Martín, roto, le confesó su secreto, la sangre y el dinero. Mark escuchó sin parpadear. No hubo juicio, solo un análisis frío. A cambio, Mark le habló de las pesadillas que poblaban sus propias noches.

Mark movió sus hilos con una rapidez asombrosa; llamadas a despachos en Madrid que nadie se atrevía a cuestionar y

transferencias que borraron el rastro del dinero sucio.

—No te estoy salvando, Martín —le dijo al final—. Te estoy comprando. Te ofrezco desaparecer. Una finca en la sierra, un puesto como hombre para todo y la oportunidad de ser el perro guardián de un hombre que, como tú, sabe que la desesperación y la muerte duermen en la misma cama. Necesito un hombre que sepa cómo convertir una casa en un búnker inexpugnable; que no entre ni el aire si yo no lo autorizo. Levanta un muro entre el mundo y yo, y asegúrate de que nadie, absolutamente nadie, sea capaz de cruzarlo.

노 리 개

Un escalofrío le recorrió la espalda, recordándole el peso de esa vieja placa, la cual aún permanecía guardada en un cajón, como un recordatorio de lo que era antes de ser el Lobo. Mark Olsten lo había *rescatado* de la cárcel y de la deshonra, pero a cambio se había quedado con su vida.

Miró hacia la casa. Súa estaba allí dentro, pura e ignorante de la mugre que arrastraban los cimientos de la vida de Mark. Martín la apreciaba precisamente por eso; porque ella era la única parte de la existencia de Mark que no estaba comprada ni manchada por pactos de silencio. A sus ojos, ella era la estabilidad que Mark nunca se creyó digno de tener, la soga que evitaba que el escritor se perdiera definitivamente en sus propios abismos.

Pobre niña, pensó Martín mientras entraba por la puerta de servicio, sacudiéndose la nieve de las botas. *Cree que vive en un jodido cuento de hadas con un genio atormentado, cuando en realidad está en el centro de un mundo deshecho, lleno de hijos de puta que solo yo puedo mantener a raya*.

Entró en la cocina. El aroma a *Boricha* inundó sus sentidos, un contraste brutal con el recuerdo del salitre de las Rías Baixas que aún tenía en la nariz.

—Sigues despierta. —La observó brevemente mientras ella lo esperaba con una taza en la mano y la mirada cargada de preguntas que él no pensaba responder.

—No podría dormir aunque lo intentara, Martín.

Ella dejó la taza humeante sobre la encimera de mármol. El vapor del *Boricha* se enroscaba en el aire, embriagando el ambiente cargado que Martín había traído consigo desde el porche.

—El silencio de esta casa hoy es diferente. Es doloroso.

Martín se quitó el abrigo y lo colgó con parsimonia. Súa seguía con la mirada fija cada movimiento de la chaqueta mientras él la colgaba; su rostro reflejaba la impaciencia de quien espera que el otro termine para entrar en escena.

Se acercó a la encimera, pero mantuvo una distancia de respeto, esa frontera invisible que marcaba su lugar en el mundo de la mujer.

—Es solo nieve, *Agassi*. La nieve lo apaga todo. Mañana, cuando salga el sol, la casa volverá a ser la de siempre.

Súa negó con la cabeza. Se acercó un paso a él, buscando en su mirada alguna grieta por la que asomarse a la verdad.

—Sabes que no es la nieve. Sabes que es esa carta. —Bajó la voz, casi un susurro—. Hacía mucho que no lo había visto así. Ni siquiera cuando pasó semanas encerrado terminando su última novela. Esta vez... se le fue la sangre de la cara, Martín. Como si hubiera visto a un muerto. Me recordó una historia que no quiero volver a vivir.

Martín sostuvo la mirada de Súa. Por un segundo, el instinto de protección de un padre chocó con la lealtad inquebrantable hacia el hombre que lo compró en aquella taberna de Vilagarcía. No podía decirle que Mark estaba lidiando con fantasmas de su pasado, con recuerdos oscuros y dañinos provocados por *Ella*. No podía decirle que el nido de víboras estaba empezando a sisear.

—El señor Olsten tiene una imaginación complicada. Escribe sobre sombras, y a veces las sombras se quedan a cenar. No le des más vueltas.

Súa suspiró, frustrada. Sabía que Martín no iba a soltar prenda.

—Mi *appa* decía que las sombras solo crecen cuando uno les da la espalda —murmuró ella—. Si hay algo peligroso, tienes que decírmelo. No soy una niña, aunque él se empeñe en rescatarme cada mañana.

Martín soltó un gruñido, casi un amago de risa.

—Nadie cree que seas una niña, Súa. Eres la leña de esta casa. Por eso mismo, mantén el fuego encendido y el té caliente. Yo me encargo del perímetro. —Hizo una pausa, y su mirada se desvió un segundo hacia la puerta que daba al jardín, donde Dani seguía trabajando—. De todo el perímetro.

Súa notó el énfasis en la última frase. Su desconfianza hacia el nuevo ayudante tomó forma en el tono del Lobo.

—¿Te preocupa Dani? —Súa le mantuvo la mirada expectante.

Martín no respondió de inmediato. Se dio la vuelta para dar un sorbo a su taza, ocultando su expresión por un instante.

—Me preocupa todo lo que no tiene raíces en esta casa. Ahora, vete a descansar. Si Mark sube del sótano, querrá verte a ti, no a un viejo perro guardián con olor a tabaco.

Súa asintió, derrotada por la terquedad de Martín. Recogió sus cosas en silencio y comenzó a subir las escaleras hasta su habitación, sintiendo el cansancio acumulado en el cuerpo.

Martín esperó hasta que el eco de sus pasos se perdió en la planta superior. Solo entonces, dejó la taza vacía sobre la encimera y se ajustó la camisa. Con un profundo suspiro, cruzó el umbral de la cocina y se dirigió hacia la puerta reforzada del sótano. Sabía que Mark no subiría pronto; conocía los silencios de su patrón lo suficiente como para entender que, tras aquella carta, el infierno personal de Olsten acababa de abrir sus puertas de par en par. Y él, como siempre, debía estar allí para vigilar la entrada.

8. BAJO LLAVE

Jamgeum (잠금)

El descenso hacia el sótano no era un simple bajar de escalones; era una transición hacia otro mundo. Tras la puerta reforzada, el aire cambiaba, volviéndose denso, cargado de un aroma a cuero tratado, cera de vela y un trasfondo metálico que erizaba la piel. Martín cruzó la zona de transición: un área funcional de paredes blancas y asépticas donde los vestuarios, las duchas de lluvia y los lavabos de mármol negro brillaban con una limpieza meticulosa. Era el rito de purificación antes de entrar en el santuario.

Martín se detuvo un segundo ante la segunda puerta, de ébano maciza. Su mano rozó el pomo frío, pero no empujó. El olor le recordó el desfile de los últimos años. Habrían sido tres o cuatro veces. Recordó las noches en las que Mark regresaba del barrio de Salamanca, de madrugada, con el coche oliendo a cuero y una tensión que ni el aire de la sierra podía disipar.

Aquellas visitas al Obsidian. No era un lugar para cualquiera; era un club donde el silencio se compraba tan caro como el tiempo de las mujeres que salían de allí. Martín nunca preguntaba, pero era él quien se encargaba de la parte final del rito: recoger a aquellas mujeres en la finca tras sesiones que se prolongaban hasta el alba. Martín las recordaba a todas: mujeres impecables, de belleza artificial y gestos medidos. Pero había algo en sus ojos cuando salían de la casa que al Lobo siempre le resultaba inquietante. No salían asustadas, ni tampoco satisfechas; salían con una extrañeza en la mirada, como si hubieran presenciado una liturgia a la que le faltaba una pieza.

Aquellas mujeres siempre daban la sensación de haber sido utilizadas como meras herramientas de una cirugía para el cliente

que ninguna terminaba de comprender.

A Martín nunca le había hecho gracia ese mundo; sabía que los lugares donde el poder se ejerce entre sombras suelen terminar manchando a quien los frecuenta. Pero también conocía el patrón: las manos de Mark apretando el volante hasta dejar los nudillos blancos, la mandíbula tan tensa que parecía a punto de estallar antes de salir hacia la ciudad. Mark solo buscaba aquel refugio de sombras cuando los fantasmas de su mente apretaban demasiado la soga. Solo después de esas noches, Martín veía cómo la rigidez de Mark se rebajaba de un modo casi farmacológico, que le servía para seguir adelante.

Lo que más marcaba a Martín era el final de cada una de esas noches. Tras ver alejarse el coche con las invitadas, siempre encontraba a Mark en el porche, con los ojos perdidos y la mirada clavada en la ventana de Súa. No había palabras, pero Martín veía en ese gesto una culpa que no necesitaba traducción. Mark usaba las sombras del Obsidian para intentar mantener el monstruo alimentado, levantando una barrera de secretos para que nada de aquella mugre llegara a tocar la pureza de la mujer que le servía el té cada mañana. Pero esta noche, Martín sabía que ninguna cura del Obsidian podría ayudarle. Esta noche, el veneno de la carta era más fuerte que cualquier rito de control.

Empujó decidido la puerta y la luz blanca desapareció, devorada por una penumbra rojiza. El terciopelo de las paredes no solo decoraba; devoraba el sonido, dejando una atmósfera donde el único ruido era el latido rítmico, metálico, del sistema de renovación de aire, un zumbido neutro que vibraba en el pecho.

La mazmorra era una oda al exceso y al control. No era un sótano lúgubre, sino una estancia de lujo perverso. Las paredes estaban tapizadas en terciopelo negro que amortiguaba cualquier grito, y el suelo era de resina epoxi de un rojo tan profundo que recordaba a la sangre fresca. En el techo, una estructura de vigas de acero sostenía poleas, ganchos y cadenas de metal. Mientras Martín avanzaba, el leve movimiento del aire hizo que las cadenas chocaran

entre sí, produciendo un sonido familiar en esa sala, el eco de sesiones pasadas que parecía quedar atrapado entre las vigas.

A los lados, los juguetes de Mark descansaban en vitrinas de cristal como piezas de museo: fustas de carbono textil, arneses de diseño y mordazas de silicona negra. En el centro, una cruz de San Andrés de ébano dominaba el espacio, rodeada por bancos de tortura y jaulas que, bajo la luz de los focos rojos, proyectaban sombras alargadas y monstruosas. Martín, a pesar de sus años en la UDYCO y de haber visto lo peor del ser humano, siempre sentía una opresión en el pecho al entrar allí. Ese lugar representaba la parte de Mark que él no podía proteger, el abismo donde su amigo se sumergía para no ahogarse en la realidad.

Al fondo, tras un escritorio de roble macizo que desentonaba con la parafernalia erótica, Mark estaba hundido en su silla. Tenía la camisa negra abierta, las mangas remangadas y el cabello revuelto. Estaba rodeado de documentos viejos, recortes de prensa amarillentos y fotos que Martín reconoció al instante. El hombre que rescataba personas parecía ahora un náufrago.

—Ese pasado no va a volver, Mark. —La voz de Martín retumbó contra el terciopelo—. Hemos sobrevivido a peores momentos.

Mark no levantó la vista. Sus ojos estaban apagados, sin ese brillo activo que lo caracterizaba. Parecía haber envejecido.

—Sonia está muerta, Martín. O eso creía —susurró Mark, acariciando el borde del sobre crema—. Pero esta carta, este estilo de escritura. El perfume. Es suyo. Es su forma de decirme que el infierno tiene puertas giratorias.

—Sonia es un recuerdo, nada más. —El Lobo se acercó a la mesa —. No dejes que un fantasma tire abajo lo que hemos construido en la sierra.

—No puedo volver a aquello, Martín.

Mark levantó la vista con las pupilas dilatadas, reflejando el rojo de la sala.

—Tú no lo entiendes. No es solo el dolor, es lo que ella saca de mí. La última vez que intenté jugar a su juego, terminé ingresado tres meses en aquella clínica de Suiza, y seis más en Corea. Perdí la noción de quién era yo. Casi me borra la existencia.

—Pero saliste. —Martín puso una mano sobre el hombro de Mark, apretando con firmeza—. Saliste de allí y me encontraste a mí. Ahora todo es distinto. Yo estoy aquí.

Mark soltó una carcajada llena de amargura, mirando hacia las cadenas que colgaban del techo.

—¿Distinto? Mira dónde estamos, Martín. No escapé; tuve que convertirme en este monstruo.

—No —lo cortó el Lobo, obligándolo a mirarlo—. Ahora tienes la luz en casa. Tienes a Súa. Ella es lo único real en esta tumba de cuero y sombras. Ella no sabe quién fue Sonia, ni sabe qué haces aquí abajo, y mientras yo respire, no lo sabrá. Pero tú necesitas esa luz para no volverte a perder. Si dejas que Sonia entre en tu cabeza otra vez, estarás escupiéndole a la cara a la única oportunidad de redención que te queda.

Mark se quedó en silencio, con el nombre de Súa flotando en el aire de la mazmorra, como un reproche que se resistía a ser absorbido por la oscuridad reinante. Los músculos de la mandíbula de Mark se tensaron de forma casi dolorosa. Sus dedos, que hasta hace un segundo acariciaban la carta de Sonia, se cerraron en un puño, arrugando el papel crema. Fue como si una descarga eléctrica hubiera atravesado y roto su desesperación.

—No te atrevas a mezclar su nombre con el aire de esta habitación, Martín.

Por primera vez en la noche, un destello de la antigua ferocidad regresó a sus ojos.

—Súa es... ella es el orden, la limpieza, la mañana. Yo soy esto. Soy terciopelo negro, cadenas y recuerdos que huelen a hospital y a culpa.

Mark se levantó de la silla con un movimiento brusco y empezó a caminar sin rumbo fijo. Se detuvo frente a la cruz de ébano, tocando la madera fría con una mezcla de adoración y asco.

—Mírala bien, Martín. ¿Crees que ella podría entrar aquí y seguir viéndome como el hombre que le lee poemas mientras llueve? —Mark se giró hacia su guardián con una mueca de dolor—. Ella me ama porque no me conoce. Ama la fachada, al escritor atormentado pero noble. Ella ama un recuerdo, una promesa de curación. Si viera

al monstruo que Sonia moldeó, si entendiera que mi cordura nace de este control absoluto, si tan solo intuyera que esto es lo único que me mantiene vivo. Huiría de esta finca y no dejaría de correr hasta llegar a Seúl. No puedo meterla en mi mundo porque la destruiría. Y prefiero estar muerto antes que ver una sola mancha en su pureza.

Martín no se movió. Permaneció allí firme como una roca, observando el desastre emocional en el que se había convertido el hombre más inteligente que conocía.

—Te equivocas en una cosa, Mark. —Martín no se movió, obligándole a sostenerle la mirada—. Ella no ama la fachada. Súa te ve. Ve esa sombra que intentas ocultar y, aun así, decide quedarse cada maldito día. Te ama porque ve que eres un puto juguete roto que quiere arreglar. No es una niña, Mark; es más inteligente que tú y que yo.

Mark guardó silencio, apoyando la frente contra uno de los postes de la cruz de San Andrés. Sus hombros temblaban levemente.

—Incluso los monstruos pueden amar, Mark —continuó Martín—. Me contaste una vez ese cuento, ¿no? El de la Bella y la Bestia. Tú te has montado tu propia versión: te has convencido de que el bicho solo merece el castillo si se queda escondido en su miseria. Pero te olvidas de la jodida moraleja. Solo dejó de ser un monstruo el día que tuvo agallas para dejar que la chica abriera la puerta.

Los ojos de Mark comenzaron a brillar, acuosos, mientras sus puños se cerraban hasta hincarse las uñas en la palma.

—Lo prometí, Martín —sollozó.

Martín comprendió en ese instante. No era solo protección lo que Mark sentía por Súa; era devoción, un amor que le aterraba. Y, precisamente por ese amor, estaba dispuesto a condenarse a la soledad para salvarla de sí mismo.

—Sonia te quiere hundir en el pasado. —Martín se acercó un paso a él, señalando la carta—. Pero Súa es la única que puede sacarte de este colapso. No la alejes ahora que las sombras están acechando. Si dejas que entre un poco de esa luz aquí abajo, tal vez el pasado deje de tener tanto poder sobre ti.

Mark no respondió, pero su respiración empezó a acompasarse. El nombre de Súa seguía allí, actuando como un bálsamo invisible

contra el veneno de la carta que aún descansaba sobre la mesa.

—Ya has pagado suficiente, Mark. —El Lobo dio media vuelta hacia la salida—. Quedarse aquí abajo solo sirve para lamerse las heridas. Sube, Mark. Ella te está esperando.

El Lobo salió sin mirar atrás, dejando que el cierre magnético de la puerta sellara de nuevo el silencio. Mark se quedó solo, inmóvil bajo el zumbido blanco del aire, con la carta arrugada en el puño y las palabras de Martín rebotando en sus oídos, rumiando sus ideas hasta que el agotamiento venció a la culpa.

9. LA RENDICIÓN

Hangbok (항복)

La expresión de Martín al salir del sótano la noche anterior se le había quedado grabada; había desaparecido sin detenerse ni mirarla.

Ya eran cuarenta y ocho horas las que Mark había estado allí abajo y la casa se había transformado en un mausoleo silencioso. Desde primera hora de la mañana, Súa se movía por las estancias con una angustia que le oprimía el pecho, una sensación de vacío que ni el orden más pulcro lograba llenar. Cada vez que pasaba por delante de la puerta del sótano, sus pasos se volvían más lentos, casi imperceptibles, esperando oír el sonido electrónico del cerrojo. Limpió los cristales del gran ventanal hasta que le dolieron las manos, observando cómo la nieve se acumulaba en los muros, sintiéndose tan aislada y fría como el paisaje que la rodeaba. La soledad en aquella casa era casi una presencia física que la hacía sentir una extranjera.

Finalmente, el eco de un mecanismo electrónico rompió el silencio.

Mark subió los escalones de la mazmorra arrastrando los pies. Súa, que estaba recolocando unos libros en la estantería del salón, se giró con el corazón golpeándole en el pecho. Al verlo aparecer —con la camisa abierta, el pelo revuelto y ese olor inconfundible a encierro—, ella notó de inmediato que algo había cambiado en él. No era solo la derrota que había visto tras la carta; era una búsqueda serena, un cambio sutil en su postura y en la profundidad de sus ojos, que parecían buscarla con una fijeza que nunca antes se había permitido en esos tres años.

Mark se detuvo. Quiso erguirse, quiso mantenerse frío y digno, pero le fallaron las fuerzas y tuvo que apoyarse en la pared.

—Mark —susurró ella.

—No puedo más, Súa. —La voz de Mark se rompió—. He intentado. Dios sabe que lo he intentado. Pero no puedo más.

Súa no preguntó. Entendió la verdad en sus ojos. Se acercó a él con pasos rápidos y le tomó las manos. Estaban heladas.

Las piernas de Mark cedieron. Cayó derrotado al suelo y abrazó las piernas de ella, ocultando el rostro en la tela de su ropa mientras su cuerpo temblaba suavemente.

—*Gwaenchana*[37].

Ella acarició su cabello, tirando suavemente de él.

—Ven. Tienes que dormir. Estás ardiendo.

Mark se dejó llevar. La voluntad que había sostenido su promesa durante tres años se había quedado abajo, junto a la carta de Sonia. Subieron las escaleras como dos fantasmas, con Súa sosteniendo casi todo su peso.

Entraron en la habitación de Mark. Era un espacio vasto, frío, carente de personalidad propia; Mark apenas usaba aquel lugar para algo más que tener pesadillas. Súa lo guió hasta el borde de la cama y lo hizo sentarse.

—Voy a prepararte un baño, necesitas limpiar… —empezó a decir ella.

Pero Mark negó con la cabeza y la agarró de la muñeca. Fue un ruego.

—No te vayas.

Él clavó la mirada en ella. Sus ojos ya no tenían el frío de Madrid; eran los ojos del hombre de Guryong.

—Si te vas, la oscuridad volverá. Por favor.

Súa se quedó quieta. El contacto de la mano de Mark en su piel fue la chispa. Sintió el temblor de él, la necesidad física que vibraba en su cuerpo como una fiebre. Su piel se llenó de recuerdos, de caricias del pasado que llevaban mil días encerradas.

Lentamente, Súa se arrodilló entre las piernas de Mark para quedar a su altura. Llevó las manos a su rostro, acunando sus mejillas ásperas por la barba de dos días.

—Estoy aquí —dijo ella. Su voz tembló, perdiendo la firmeza—. No me voy a ir. Nunca me he ido.

Mark cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella. Respiró su aroma; fue como un bálsamo, un olor que curaba lo que la mazmorra no podía.

—Hice una promesa. —Las palabras de Mark chocaron contra sus labios—. Le prometí que te mantendría a salvo de mí. Pero te necesito tanto que me duele respirar.

Súa ahogó un gemido. Escuchar la verdad, esa que había callado durante tres inviernos en Madrid, rompió el dique.

—Yo soy tu refugio, Mark. Tu *Ansikcheo*[38]. No quiero que me salves de ti. Quiero que vuelvas a mí.

Acercó sus labios a los de él y ese beso provocó un derrumbe. Mark la besó con una desesperación torpe y húmeda, chocando los dientes contra los de ella. Súa respondió con más urgencia, enredando sus dedos en el cabello sucio de él, atrayéndolo más, borrando el espacio que el miedo había mantenido entre los dos.

Las manos de Mark bajaron por la espalda de ella, buscando la piel bajo la seda, redescubriendo el mapa que sus manos recordaban de memoria. Ya no había miedo ni reproches. Solo había un hombre y una mujer que habían fingido demasiado tiempo. Cayeron hacia atrás sobre la cama, enredados en una maraña de extremidades y suspiros, buscando en el cuerpo del otro la única manera de olvidarlo todo.

Mark ni siquiera esperó a recuperar el aliento. Sus manos, temblando por la adrenalina y la necesidad, se colaron bajo la tela de la camisa de Súa, buscando su carne. Forzó la seda hasta que los botones saltaron y rodaron por la habitación.

Súa contuvo aún menos su ansia. Le arrancó la camisa con una expresión poseída, movida por el deseo de sentir la piel de él contra la suya, ese contacto abrasivo que le confirmara que estaba allí. Cuando Mark pegó su pecho al de ella, el roce fue el pistoletazo de salida; el aire salió de sus pulmones, elevando la temperatura del cuarto.

Mark bajó la cabeza como un animal sediento. No la besó: la mordió. Atrapó el labio inferior de Súa entre sus dientes, tirando hasta sentir el sabor de la sangre, metálico y vivo, mezclando su saliva con la de ella en un beso profundo donde las lenguas luchaban por ahogar al otro.

—Mark —gimió ella contra su boca, pasando su mano por detrás de la nuca.

Las manos de Mark bajaron y apretaron los senos de Súa con una posesividad que había dejado de reprimirse, moldeando la carne, dejando marcas rojas allí donde sus dedos se hundían. Bajó la vista y fijó los ojos en ellos, llenándose de un deseo cargado de humanidad primitiva. Enterró la cara entre sus pechos, aspirando su olor a jabón y deseo, y comenzó a lamer con desesperación hasta atrapar un pezón con la boca. Lo succionó con fuerza, con hambre, mordisqueando la areola hasta que Súa arqueó la espalda con un grito ahogado, enredando los dedos en el pelo de él y empujando su cabeza más fuerte contra su pecho, ofreciéndoselo completamente.

—*Nae gaseum pparajwo... nae sarang*.[39] Hazme desaparecer.

Mark descendió, besando las costillas, bajando por el vientre plano que se contraía bajo su boca, hasta llegar al límite que imponía su ropa interior. La arrancó sin miramientos y, antes de seguir, hundió la nariz para respirar el olor a humedad de su sexo.

Súa abrió las piernas, ofreciéndose, expuesta y vulnerable como nunca lo había estado.

Mark sintió su corazón latiendo al ritmo que marcaba una erección que amenazaba con estallarle. No dudó. Hundió la cara entre sus muslos, buscando su centro, lamiendo y devorando con la desesperación de quien lleva tres años muriendo de sed. Su lengua trazó círculos sobre el clítoris hinchado, de un modo firme y rítmico, mientras sus manos separaban los glúteos de ella para tener acceso total a su intimidad.

Súa se rompió. Sus caderas se movían contra la cara de Mark, empapándolo, gimiendo su nombre entre sollozos, al borde del colapso mientras sus manos apretaban las sábanas hasta casi rasgarlas.

—Por favor, *deureowa, nae ane isseojwo.*[40]

Clavó las uñas en su espalda.

Mark subió, con la cara brillante por los fluidos de ella y los ojos inyectados en una locura visceral. Se colocó entre sus piernas, sus rodillas separaron los muslos de Súa.

Ella no esperó. Sus manos bajaron, urgentes, y se cerraron alrededor de su miembro. El tacto de los dedos finos de ella contra el calor que palpitaba entre sus piernas le arrancó un gemido que fue mitad dolor, mitad placer. Ella lo apretó, guiando la cabeza hacia su entrada húmeda, buscando llenarse, negándose a que hubiera ni un milímetro de aire entre los dos.

—*Jigeum*. Ahora —suplicó ella, alzando las caderas.

Mark rugió, reclamándolo todo, y empujó.

Entró en ella de una sola estocada, llenándola por completo, enterrando hasta la raíz. Súa gritó arqueando la espalda, una mezcla de dolor y alivio absoluto al sentirlo ocupando su cuerpo con esa densidad; Mark se detuvo un segundo, respirando contra su cuello, dejando que sus pulsaciones se sincronizaran en un solo latido.

Entonces, comenzó a moverse.

—Mía. —Mark le mordió el lóbulo de la oreja mientras buscaba su boca con jadeos ahogados—. Joder, eres mía.

El ritmo era poderoso, primitivo. El sonido de la piel chocando contra la piel, húmedo y obsceno, llenó la habitación. Mark la embestía con furia, clavando las caderas contra las de ella, buscando sus ojos en cada embestida. Sus manos bajaron hasta las nalgas de Súa, amasando la carne con fuerza, apretándola contra él para que la penetración fuera aún más profunda.

Sin dejar de moverse dentro de ella, soltó una de sus nalgas y llevó la mano a su rostro. Con una mano temblorosa, le apartó el cabello sudado que se le pegaba a la frente. Lo hizo con delicadeza. Sus ojos se encontraron con los de ella, y él sonrió.

—Eres real.

Mark le acarició el pómulo con el pulgar mientras sus caderas golpeaban con lentitud, obligándolo a sentir cada centímetro de ella.

—Estás aquí.

—Estoy aquí —jadeó ella contra su boca, mordiéndole el labio inferior.

—Haz que pare —suplicó él—. Sácala de mi cabeza, Súa. Bórrala.

Súa cerró los ojos un instante, sintiendo cómo esa súplica la deshacía más que la embestida entre sus piernas. Los abrió de golpe, con determinación.

—No pares. —Lo envolvió con sus piernas—. No pienses, Mark. Solo fóllame.

El sudor caía de la frente de Mark al rostro de Súa, no tenía dudas. Solo había fricción, calor, dientes y uñas.

—*Saranghae*.[41] —Súa puso los ojos en blanco, al borde del precipicio—. ¡Fóllame, Mark! ¡Fóllame ahora!

Y Mark obedeció. Aumentó el ritmo hasta que el placer comenzó a ser insoportable.

El sonido de la cama golpeando contra la pared se mezcló con los gemidos de Súa, que ya no pedía, exigía. Mark no se detuvo; bajó la mano desde el rostro de Súa hasta su garganta, rodeándola con los dedos, sintiendo el pulso desbocado de ella. Súa, lejos de asustarse, echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole el cuello, y levantó las caderas contra él, buscando que cada estocada golpeara lo más profundo posible.

—Más. —Le clavó las uñas en la espalda—. No pares, dámelo todo.

Mark gruñó y se inclinó sobre ella sin dejar de moverse. Atrapó de nuevo su pecho izquierdo con la boca, succionando el pezón con una avidez animal, acompasando la succión con el ritmo brutal de sus caderas. Súa gritó, enredando los dedos en el pelo de Mark, tirando de él, obligándolo a pegarse más, a fundirse con su piel.

Las manos de Súa bajaron por la espalda sudada de Mark, trazando el camino de su columna hasta llegar a sus nalgas. Allí hundió los dedos, empujándolo, ayudándolo a clavarse en ella con más fuerza.

—Dentro —gimió ella al oído de él, mordiéndole el hombro—. Déjalo todo dentro, Mark. Todo. Llename.

Súa se tensó, su cuerpo sacudido por espasmos violentos. Levantó sus caderas y apretó su suelo pélvico, ordeñando su miembro desde dentro con unos movimientos que le hicieron poner los ojos en blanco a él.

Mark sintió cómo su propio control se hacía añicos. Con un rugido gutural, hundió la cara en el cuello de ella y se dejó ir. Se vació dentro de ella con sacudidas violentas, calientes, interminables, sintiendo cómo ella lo recibía todo, cómo lo absorbía, cómo lo atrapaba dentro de sí. Mark se mantuvo allí, temblando, empujando una y otra vez incluso cuando ya estaba vacío, negándose a romper la conexión, respirando el aliento de ella.

Cayeron el uno sobre el otro, aplastados por la gravedad, jadeando, sudados, pegajosos y vivos.

El silencio regresó poco a poco a la habitación, pero ya no era un silencio opresivo. Era un silencio cálido, que traía paz.

Mark la besó con devoción. Acarició su rostro, retirándole el cabello húmedo de la frente, y soltó el aire despacio.

Allí se relajó. Su peso aplastaba a Súa contra el colchón, pero ella no hizo el menor intento de apartarlo. Al contrario, ajustó su cuerpo para acomodar la cabeza de él sobre su pecho, ignorando la incomodidad, ignorando el sudor que se enfriaba sobre sus pieles entrelazadas.

Súa alzó una mano temblorosa y comenzó a acariciar el cabello empapado de Mark. Sus dedos trazaron líneas suaves, rítmicas, desde la nuca. Sintió cómo la respiración de él, que minutos antes era un fuelle inquieto, se iba acompasando poco a poco hasta convertirse en un silbido profundo. El ritmo del sueño sin sueños.

Mark Olsten, el hombre que horas antes estaba encerrado, aterrado en su propio infierno, se había dormido como un niño pequeño.

Súa bajó la vista hacia él. En la penumbra, las facciones tensas de Mark se habían suavizado. Parecía más joven. Parecía, por primera vez en tres años, libre.

—*Jal ja nae sarang*[42] —susurró ella a la oscuridad, depositando un beso suave en su frente.

Cerró los ojos, agotada, satisfecha y feliz, dejándose arrastrar por el mismo sueño, sabiendo que ya no volvería a perderle.

노 리 개

La luz de la mañana entró por las rendijas de las persianas con la caricia de un rayo de sol que cruzaba las sábanas revueltas.

Súa despertó despacio, con esa pereza pausada de quien no tiene prisa por enfrentarse al mundo. No abrió los ojos de inmediato. Se quedó quieta, respirando el aire de la habitación; el aroma se lo dijo todo. Olía a contacto, a cama compartida y a ese perfume único, mezcla de piel y descanso. Era el olor de una batalla ganada.

Abrió los párpados y giró la cabeza. Ahí estaba él.

Mark dormía profundamente, con el rostro hundido en el colchón y un brazo sobre ella, como si incluso en sueños buscara asegurarse de que estaba ahí. Súa sonrió. Una sonrisa boba, amplia, que le nacía en el estómago.

Se quedó observándolo un par de minutos y contuvo la respiración para no romper el hechizo. Parecía mentira. Hacía solo unas horas, ese hombre estaba encerrado en un sótano, sumido en la ansiedad. Y ahora, ahora dormía con la placidez de un niño. Por primera vez en tres años, la noche había pasado sin un solo grito, sin sobresaltos, sin esa tensión que solía convertir el sueño de Mark en una batalla. La mandíbula estaba relajada, dejando los labios entreabiertos por donde escapaba una respiración rítmica.

Súa alargó la mano y le acarició el pelo, retirándole el cabello de la frente. Al tocar su piel, tuvo un déjà vu instantáneo. Se sintió transportada a Seúl, a los días dichosos antes de que todo se torciera, cuando se despertaban tarde y se querían sin miedo. Esa mañana, en la sierra, recuperó a aquel Mark. Recuperó la certeza de que, bajo todas las capas de dolor, ese hombre seguía allí. Y era suyo.

—*Saranghae*. —Saboreó el sentimiento que arrastraba esa palabra; una que llevaba tanto tiempo prohibida entre ellos.

Extendió la mano, rozando con las yemas de los dedos la mejilla de él, y la invadió aquella felicidad que había olvidado.

Se deslizó fuera de la cama. El aire fresco de la habitación le erizó la piel desnuda, pero no le importó. Al ponerse de pie, sintió su propio cuerpo de una manera nueva, vibrante. Sintió un tirón dulce en los muslos, una sensibilidad exquisita en la piel y la rigidez de los músculos como memoria de la noche anterior. No le dolía nada; se sentía viva. Se sentía conquistada y, a la vez, conquistadora. Nunca se había sentido más hermosa.

Recogió su ropa interior del suelo —testigos mudos de la urgencia de la noche— y la dejó sobre una silla antes de entrar en el baño.

Cerró la puerta con suavidad para no hacer ruido y abrió el grifo de la ducha. Esperó, mirándose al espejo que se empañaba, descubriendo el brillo en sus ojos. Cuando el vapor llenó la estancia, entró bajo el agua caliente y cerró los ojos. Súa echó la cabeza hacia atrás, dejando que el calor penetrara en sus músculos doloridos, arrastrando el sudor pero no el recuerdo. Se enjabonó despacio, recorriendo cada centímetro de su piel. Se sentía plena. Allí, envuelta en vapor, se permitió sonreír, una sonrisa amplia y estúpida, saboreando la certeza de que, pasara lo que pasara fuera de esas paredes, Mark Olsten había vuelto.

Envuelta en una toalla blanca y con la piel todavía echando vapor por el agua caliente, salió del baño. Detrás de la puerta Mark ya no dormía. Estaba sentado al borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y bostezando como un oso, pero al oír el pestillo alzó la vista.

No había rastro de la frialdad terca habitual en sus ojos. Estaban claros, limpios, recorriéndola de arriba abajo con un hambre salvaje que le hizo a Súa sentir un cosquilleo en el vientre.

—Ven aquí. —Tenía la voz todavía tomada por el sueño.

Extendió una mano y atrapó a Súa por la cintura en cuanto pasó cerca, tirando de ella hasta ponerla entre sus piernas abiertas. Súa soltó una risa ahogada cuando él hundió la cara en su estómago y sus manos bajaron con descaro para apretarle los glúteos a través de la tela.

—Preciosa —murmuró Mark contra su piel, besándola entre sus pechos—. Joder, estás preciosa.

Súa le acarició el pelo revuelto, sonriendo y disfrutando de sus caricias, pero cuando Mark intentó deshacer el nudo de la toalla, ella le dio un manotazo sonoro en la mano.

—Para —le regañó, aunque la sonrisa en sus labios decía lo contrario—. Apestas, Mark Olsten. Hueles peor que el mercado de Guryong en agosto.

Mark soltó una carcajada, un sonido que hacía tanto tiempo no se le escuchaba, y la miró con fingida indignación.

—¿Ah, sí? Pues anoche no te quejabas del olor.

—Anoche no tenía olfato —replicó ella, dándole un empujón juguetón en el hombro—. *Kkaekkeusi siseo.*[43] Prefiero que estés bien limpito para lo que quiero hacer después. Voy a preparar el desayuno. Y date prisa o se lo daré a los perros. —Se giró poniendo una sonrisa entre burlona y pícara y añadió—: Las dos cosas.

Para enfatizar la orden, le propinó un azote sonoro en el culo desnudo y señaló el baño con el mentón. Mark se levantó, estirándose como un ogro, mostrando sin pudor las marcas de uñas que ella le había dejado en la espalda, y caminó hacia la ducha silbando.

Súa se quedó sola, con la sonrisa todavía pegada a la cara.

Se movió por la habitación recogiendo el caos. Retiró las sábanas, tratando de airear los restos de la batalla nocturna, pero el aire de la habitación seguía demasiado cargado, un olor a humanidad que echaba para atrás. Necesitaba respirar. Caminó hacia la ventana y descorrió las cortinas de terciopelo.

El paisaje exterior era una pared blanca.

La niebla había bajado durante la madrugada, tragándose el jardín y los árboles, dejando solo siluetas grises y difusas. Súa abrió la hoja de la ventana y el frío húmedo de la mañana la golpeó en la cara, dejando un contraste violento con el calor del dormitorio.

Se apoyó en el alféizar, inspirando hondo el aire puro de la mañana, dispuesta a cerrar de nuevo, cuando un movimiento al fondo del jardín, cerca del muro exterior, captó su atención.

Entornó los ojos, tratando de enfocar a través de la niebla.

Había dos figuras paradas junto a la valla. Estaban lejos, apenas dos borrones oscuros recortados contra el blanco de la niebla, pero algo en su postura le hizo detenerse. No paseaban. Estaban parados, uno frente al otro, de modo estático.

La figura de fuera era rotunda incluso a esa distancia: un cuerpo voluminoso, ancho de hombros y de cintura, una masa oscura que le recordaba a algo sin saber qué. Súa sintió un pinchazo frío en la nuca, un reflejo condicionado de su pasado.

Miró a la otra figura, la que estaba dentro de la finca. Parecía más delgada, desdibujada por el brillo de las bandas reflectantes del impermeable. Súa conocía esa prenda; era parte del equipo de frío que Mark había comprado para el personal de seguridad. Bajo esa estructura rígida y la bruma, la silueta perdía sus detalles, recordándole a la de Dani o Martín.

—¿Dani? —susurró para sí misma, frunciendo el ceño.

¿Quién podía estar hablando con un desconocido en el límite de la finca a esas horas?

Antes de que pudiera afinar la vista, la figura voluminosa del exterior hizo un gesto rápido con la mano y se dio media vuelta, disolviéndose en la niebla como si nunca hubiera existido. La figura de la chaqueta amarilla se quedó quieta un segundo más, mirando hacia la casa, antes de empezar a caminar rápido hacia la zona del servicio, esfumándose.

Súa se quedó inmóvil, con la mano congelada en el pomo de la ventana.

¿Había sido real? El frío y el sueño a veces jugaban malas pasadas. Quizás era solo un vecino perdido. Pero la sensación de inquietud, esa pequeña larva de duda, ya se había instalado en su estómago, opacando ligeramente la euforia de la ducha.

Entonces, un chirrido desagradable la sacó de su trance.

Desde el baño, por encima del ruido del agua, llegó la voz de Mark. Estaba cantando. Y no cantaba cualquier cosa. Desentonando horriblemente, pero con un entusiasmo infantil, Mark berreaba el estribillo de una canción pop coreana que Súa no había escuchado

en años; lo peor de todo es que la traducía al español sobre la marcha.

—¡*Meoributeo balkkeutkkaji da sarangseureowo! ¡De la cabeza a los pies eres encantadora!*

La carcajada de Súa fue espontánea, rompiendo la tensión del momento. Cerró la ventana de golpe, dejando el frío y las sombras fuera.

—*Babo*[44] —dijo con ternura, negando con la cabeza.

Echó un último vistazo a la puerta del baño, escuchando cómo Mark destrozaba la siguiente estrofa de la canción, y salió al pasillo rumbo a la cocina. Iba sonriendo, sí, pensando en lo ridículamente feliz que sonaba él, pero en el fondo de su mente, la imagen de la chaqueta y el hombre en la niebla seguía parpadeando como una luz de advertencia.

Súa bajó las escaleras con una ligereza que no sentía desde hacía años. Sus pies parecían flotar sobre la madera aunque parte de ella seguía quieta allí en la niebla. Iba tarareando mentalmente la melodía ridícula que Mark seguía destrozando en la ducha, con una sonrisa cómplice dibujada en el rostro.

Al llegar al descansillo de la planta baja, casi se chocó con Martín.

El Lobo tenía su pose tensa habitual. Estaba de pie junto a la entrada del salón, con el ceño fruncido y un walkie-talkie en la mano, aporreando el botón de llamada en un gesto de impaciencia.

—Buenos días, Martín —saludó Súa, intentando que su voz sonara como siempre.

Martín levantó la vista. Sus ojos, mostraban irritación.

—Buenos días, *agassi*. —No devolvió la sonrisa. Miró hacia la puerta principal y luego volvió a mirar el aparato en su mano—. ¿No habrás visto a Dani por casualidad?

El estómago de Súa dio un vuelco seco.

—No —mintió, o quizás no era una mentira del todo. No había visto a Dani dentro de la casa—. ¿Ocurre algo?

—No está donde debe —gruñó Martín, apretando el botón de transmisión sin obtener respuesta—. Llevo diez minutos llamándole. Se supone que tenía que revisar las cámaras hace media hora, pero

no le encuentro. A este chico le falta disciplina. Y me empieza a tocar los…

Cortó la frase al darse cuenta de que Súa estaba escuchándole.

Ella asintió despacio, sintiendo cómo la sospecha crecía en su interior. Abrigo amarillo. Ronda. Niebla. Las piezas encajaban con una crudeza alarmante. Si Dani no estaba donde debía estar, era porque estaba donde ella creía haberlo visto: hablando con el hombre gordo.

Martín dejó de torturar el walkie-talkie y clavó sus ojos en ella. La examinó con esa mirada paterna que usaba cuando hablaban. Su mirada se detuvo un segundo en el cuello de Súa, donde la piel estaba un poco más roja de lo habitual, y luego subió a sus ojos.

La expresión del Lobo se suavizó imperceptiblemente, mientras una mueca de complicidad se abría en su rostro.

—Tienes buena cara. —Era el tono que usaba para decir verdades incómodas—. Hacía mucho que no te veía ese brillo en los ojos, *agassi*.

Súa sintió que el calor le subía a las mejillas, pero no bajó la mirada. Ya no tenía nada de qué avergonzarse.

—Ha sido una noche larga, Martín. Pero tranquila.

—¿Y él? —preguntó Martín, bajando la voz. No hizo falta mencionarle por su nombre. Martín sabía que Mark había salido del sótano; probablemente había estado escuchando los silencios de la casa toda la noche—. ¿Cómo está?

—En la ducha. —No pudo evitar que se le escapara una sonrisa pícara, como una niña a la que han pillado robando una chocolatina —. O cantando, según se mire. Está bien, Martín. De verdad. Ha vuelto.

Martín soltó un largo suspiro, que pareció desinflar su pecho. Asintió una sola vez, como dándose por satisfecho, y volvió a su papel de Jefe de Seguridad. Sin embargo, no pudo evitar que se viera la sonrisa satisfecha que llevaba puesta en la cara.

—Bien. Eso es. Bien. —Hizo un gesto vago con la mano hacia el pasillo—. Voy a buscar al idiota de Dani. Si ves a Lucía, dile que he dejado las cajas en la despensa.

Súa vio cómo se alejaba hacia la puerta de servicio, refunfuñando maldiciones en voz baja. Se quedó un segundo allí, viendo cómo la figura de Martín desaparecía, y la sensación de peligro volvió a ella. Martín confiaba en su equipo, pero a Súa algo no le encajaba.

Entró en la cocina. La estancia estaba vacía.

A esa hora, Lucía solía estar ya trabajando con la comida, llenando el espacio con su energía nerviosa y el ruido de su radio. Quizás estaba en la despensa con las cajas de Martín. Mejor así; le apetecía tener un ratito para sí misma y preparar el desayuno para Mark.

Se acercó a la cafetera. Sus movimientos eran automáticos: moler el grano, prensar, esperar el siseo del vapor. El olor intenso del café recién hecho llenó el aire, un aroma familiar que la devolvía a la rutina. Mientras la máquina vertía el líquido negro que prefería Mark, Súa puso agua a hervir para su *boricha*.

Se apoyó en la encimera mientras el agua se calentaba, y se quedó fija en sus pensamientos.

Por un instante, la cocina desapareció. Volvió a sentir el peso de Mark sobre ella, el tacto de sus manos, la forma en que él había susurrado «Eres real». Se mordió el labio inferior, recordando el azote en el culo y la promesa implícita en la mirada de él.

Luego, pensó, sintiendo un latigazo de deseo. Cuando Mark bajara, cuando desayunaran. Quizás podrían volver a subir. Quizás el día podría ser solo para ellos.

El burbujeo del agua hirviendo la devolvió al presente. Dani no estaba. Martín estaba enfadado. Y ella había visto dos sombras en la niebla.

Súa echó los granos de cebada tostada en el agua, viendo cómo teñían el líquido de dorado. Removió despacio, y con cada vuelta de cuchara, la sonrisa se le iba borrando. No quería decirle nada a Mark todavía. No quería envenenar su primera mañana de paz con sus sospechas paranoicas. Sobre todo sin tener la certeza.

Una ráfaga de aire frío entró de sopetón en la cocina. La pesada hoja de metal que daba al exterior se abrió de golpe, dejando entrar una corriente que erizó el vello de los brazos de Súa bajo la bata.

Lucía entró casi tropezando, empujando la puerta con la cadera para cerrarla rápido tras de sí. Venía encogida y frotándose las manos con desesperación. Tenía la nariz y los pómulos encendidos de un rojo carmesí sobre su piel pálida.

Al girarse y toparse con Súa junto a la encimera, la mujer dio un respingo involuntario, llevándose una mano al pecho. Sus ojos, abiertos de par en par, se relajaron al reconocerla, aunque la tensión en sus hombros no desapareció del todo.

—¡Ay, virgen santa! —exclamó Lucía, soltando el aire—. Qué susto me has dado, guapa. No te esperaba levantada tan pronto.

—Lo siento —dijo Súa, bajando el fuego de la tetera—. No quería asustarte.

Lucía se frotó las manos con fuerza, tratando de recuperar el tacto.

—Estaba en la despensa de fuera. —Señaló vagamente hacia atrás con la cabeza, recuperando poco a poco su ritmo pausado —. Fui a revisar si quedaban patatas, pero madre mía, hace un día de perros. Esa niebla te cala hasta los huesos. No se ve nada ahí fuera.

Súa asintió, sirviendo el agua caliente sobre los granos de cebada.

—Sí, parece que ha amanecido espeso hoy.

Lucía se acercó al fregadero para lavarse las manos, observando de reojo los movimientos de Súa. Arrugó la nariz con una mueca simpática.

—Hay que ver la manía que tienes con esos tés, con lo bien que entra un cafetito caliente para este frío. Eso que bebes parece agua de fregar los platos, con perdón.

—Es *boricha*, Lucía-ssi. Es bueno para la digestión —respondió Súa con una media sonrisa, acostumbrada a las quejas culinarias sobre sus costumbres.

Lucía se secó las manos en el delantal y se apoyó en la encimera, cruzando los brazos. Ya no parecía asustada, sino curiosa. Inclinó la cabeza un poco, estudiando el rostro de Súa con una actitud más maternal; la calma de la joven, de pronto, había hecho un clic en su cerebro.

—Niña. —Lucía entornó los ojos con picardía—. A ti te pasa algo.

Súa se tensó, llevando la taza a sus labios para ocultarse.

—¿Qué dices? No me pasa nada.

—Sí que pasa, sí. —Lucía soltó una risita baja, de esas de compartir secretos—. Tienes un brillo distinto hoy. En los ojos, en la piel. No sé. Algo me dice que hoy estamos más radiantes que nunca, ¿eh?

Súa sintió cómo el calor le subía a las mejillas, traicionándola al instante. Intentó mantener la compostura, negar con la cabeza o poner alguna excusa sobre el vapor del té, pero la sonrisa se le escapó por la comisura de los labios, incontenible.

Lucía soltó una carcajada sonora, dándole un leve codazo, satisfecha al confirmar sus sospechas.

—No te escapas de la cocina sin darme detallitos, ¿eh?

La puerta de la cocina se abrió de golpe y apareció Mark, entró en la cocina con un aire renovado. Olía a jabón caro, a loción de afeitado y desprendía una energía vibrante en la sonrisa que no pegaba nada con la mañana gris que hacía fuera.

—¡Buenos días, Lucía! —soltó con voz potente, pero con un tono afable.

La cocinera, que estaba cortando pan, parpadeó sorprendida. Estaba acostumbrada al Mark taciturno de las mañanas, el que apenas gruñía antes del primer café; este fue como si le hubiera hablado en otro idioma. Mark jamás saludaba así. A veces, ni saludaba.

—B-buenos días, señor —respondió ella, todavía procesando el cambio.

Mark no esperó respuesta. Cruzó la cocina con rapidez hasta llegar a la altura de Súa. Ella, pillada por sorpresa, intentando que se le bajara el sonrojo de la charla anterior, apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando él le retiró suavemente la taza de las manos. Sus dedos se cruzaron con los de ella, deteniéndose ahí, rozando su piel con el pulgar de forma descarada, lenta y deliberada. Súa sintió una corriente subiéndole por la nuca. Lucía estaba a dos metros. Podía verlos perfectamente.

—¿Eso es café? —preguntó, aunque sabía perfectamente que era *boricha*.

—Mark —susurró ella, intentando soltarse suavemente—. Lucía está.

—Lo sé.

La cortó con una sonrisa de complicidad. Se inclinó y la besó. Fue un beso que se alargó un segundo más de lo apropiado, ignorando a la cocinera que miraba de reojo, acalorada. Súa se quedó rígida un instante, superada por la vergüenza, pero el calor de él era contagioso y acabó rindiéndose.

Cuando se separó, Mark le guiñó un ojo a Súa y le dio un sorbo al té, haciendo una mueca de asco exagerada que la hizo reír.

—Definitivamente necesitas pasarte al café.

Se apoyó en la encimera, pegando su cadera a la de ella, y empezó a picotear de las tostadas que Lucía había dejado preparadas. Mark cogió la taza de café, el de verdad, de la encimera y miró a Súa; su expresión se puso un poco más seria.

—Por cierto. Después de desayunar, quiero que subas tus cosas.

—¿Mis cosas? —preguntó Súa sin entender.

—Tu ropa. Tus libros. Tus cremas. Todo. —Se limpió una miga de la comisura—. Se acabó estar separados, bueno, si tú quieres. —Su tono fue casi una súplica.

Al otro lado de la isla de cocina, Lucía se dio la vuelta bruscamente hacia el fregadero y soltó una tos falsa, sonora y muy poco sutil.

—Ejem.

Mark soltó una carcajada y le pasó el brazo por los hombros a Súa, apretándola contra él.

—Vamos arriba. Te ayudo con las cosas.

Salieron de la cocina cogidos de la mano. Súa parecía flotar, todo había cambiado muy deprisa. Al llegar al vestíbulo, Martín salía del salón con cara de pocos amigos, seguramente rumiando todavía la ausencia de Dani.

El Lobo se frenó en seco ante la puerta. Bajó la vista hacia las manos entrelazadas de la pareja, que se apresuraron a separar, luego subió a la cara radiante de Mark y terminó en la expresión de felicidad atontada de Súa.

Mark ni se inmutó.

—Buenos días, Martín. Tómate un café antes de salir, hace un frío del demonio.

Martín se quedó allí plantado, viéndolos subir. Cuando Súa miró atrás un segundo, vio que el hombretón negaba con la cabeza, pero por debajo de esa expresión asomaba media sonrisa.

—Ya era hora, jodido loco. —Pudo leerle en los labios antes de perderlo de vista.

10. INFIERNO

Jiog (지옥)

Hacía falta muy poco para acostumbrarse a la calma. En apenas cuarenta y ocho horas, la tensión de la finca había desaparecido, dejando paso a una rutina de desayunos lentos y paseos donde conversar. Dos días en los que la finca de la sierra se había convertido en una burbuja y un nuevo comienzo.

Súa estuvo todo el día organizando la casa. Aunque ahora dormía en la planta de arriba, no podía evitarlo; era su hogar, pero también era su feudo y lo quería con su orden. Lucía la observaba desde la cocina, removiendo un guiso de cordero, con esa sonrisa silenciosa y esa mirada cotilla que no perdía el interés desde hacía dos días.

—Déjalo ya, niña. Ya no eres la que limpia esta casa.

Súa ignoró el comentario, doblando el trapo con meticulosidad. Se sentía extraña. Sus noches habían tomado un cariz tal, que a veces le dolían los muslos al bajar las escaleras, un recordatorio constante de que Mark, por fin, se había rendido. Había algo adictivo en la forma en que él la buscaba en mitad de la noche, como si ella fuera la última superviviente de su isla desierta.

Mark entró en la cocina. Llevaba el pelo revuelto y un jersey descolocado. Su formalidad al vestir se había disipado entre las caricias de las noches. Llevaba toda la tarde enfrascado en su trabajo dentro del despacho. Se acercó a Súa por la espalda y le rodeó la cintura, apoyando la barbilla en su hombro.

—¿Otra vez peleándote con el polvo? —Buscó su cuello con los labios.

—Alguien tiene que hacerlo, *yeobo* —respondió ella, permitiéndose un segundo de debilidad al apoyar la cabeza contra la suya.

Por la ventana, el jardín empezaba a desvanecerse bajo el rojizo cielo del atardecer. Súa deslizó la mirada sobre el campo. Dani y Martín estaban junto al cobertizo de las herramientas, discutiendo sobre un aparato mecánico enorme. Parecía una estampa habitual, pero Súa no podía quitarse de la cabeza la figura de la chaqueta amarilla hablando con el hombre robusto entre la niebla. Aquella imagen era una espina clavada en su nuca. *Dani, ¿qué estabas haciendo allí?*, pensó.

—La cena está lista —anunció Lucía, rompiendo el trance.

Comieron los dos en el comedor pequeño, el que daba al porche. Fue una cena tranquila, casi doméstica. Mark hablaba de su novela, de cómo las palabras fluían ahora. Súa lo escuchaba, asintiendo, disfrutando de ver sus manos estables, sin el temblor de antes.

Al terminar, Mark dejó la servilleta sobre la mesa y la miró con esa intensidad que ella ya conocía.

—¿Subimos? —susurró él.

Súa sintió un calambre en las piernas. Caminaron por el pasillo en silencio, con las manos jugando, cómplices. Al entrar en la habitación, el viento frío de la sierra golpeaba los cristales, pero dentro la temperatura era perfecta, y empezaba a subir por momentos. Mark cerró la puerta, la empujó suavemente contra la pared y buscó su cuello.

Súa cerró los ojos. Eran como adolescentes que acaban de descubrir el amor. El nuevo ritual comenzó.

노 리 개

Mark se había dormido sobre su pecho; ella permanecía tranquila acariciando su pelo, observando su rostro algo sudado por el fragor de sus juegos. Comenzó a sonreír mientras la atmósfera de la habitación empezaba a difuminarse. De pronto, Súa ya no olía a lavanda y cuerpos pegados; los olores de Guryong comenzaron a invadirla.

Guryong, Seúl.
Tres años antes

El día había pasado silencioso. Moon Seokju no había hablado con Mark en todo el día, y a la chica la había visto atareada de aquí para allá. Mark tropezaba con cada caja; en su mente, las últimas palabras del maestro resonaban como una losa:

Mañana entrarás en el infierno.

La tarde ya caía sobre el horizonte cuando el maestro se le acercó y le indicó que le siguiera a su habitación. La estancia lo recibió con un aire espeso, saturado de incienso de sándalo y el calor de las velas encendidas. Solo contenía el *yo*, pero habían dejado una pequeña mesita baja sobre la que descansaban una vela y un cuenco. Allí comenzó el descenso de Mark.

Seokju no articuló sonido alguno; rígido como una estatua. Con un gesto de su mano evitó que Mark interrumpiera el silencio con preguntas innecesarias. Obligó a Mark a sentarse en la posición de loto; él le imitó e iniciaron el *seon.*[45]

Empezaron acompasando su respiración a un ritmo que a Mark le pareció que le quería arrancar el aire de los pulmones.

Entonces Moon comenzó:

—Para domesticar tu alma, hay que quemar la basura que la cubre.

El maestro Moon acercó el cuenco de madera oscura.

El brebaje era amargo, espeso como el lodo y ardía en la garganta. Casi de inmediato, su cerebro recibió un latigazo que hizo que le flaquearan las rodillas.

Súa se mantenía en el umbral, oculta por la penumbra del pasillo. Desde allí, el aire de la habitación se sentía místico, trayendo un olor a incienso tan denso que parecía un ser vivo. A través de las sombras que proyectaban las velas, veía las dos siluetas recortadas por la luz: su padre, erguido como una estatua de piedra, y el extranjero, cuya figura ya empezaba a torcerse bajo el peso de la primera dosis.

—Este camino no tiene retorno, Mark-ya —la voz de Moon Seokju era un hilo de seda, pero cortaba como un sable—. El sufrimiento no será algo que veas venir; será algo que vivas desde dentro. No será

solo dolor físico. Te desgarrará hasta que no quede nada de lo que crees que eres.

Súa apretó los dedos contra el marco de madera.

No sabe lo que le espera, pensó. Recordó a su padre, la mirada concentrada ante su paciente, y un nudo de responsabilidad se le instaló en el pecho.

—Este camino obliga al maestro y al alumno —continuó Seokju, inclinándose hacia adelante y tocando la frente de Mark con sus dedos—. Nuestras vidas, si se inicia el proceso, estarán ligadas por un nudo de *uiri*[46]. Si tú caes, mi honor cae contigo. Prometo, por mi nombre y el de mis antepasados, que te sacaré del *jiok*[47] o moriré en él contigo —dijo, presionando con sus dedos sobre la frente de Mark.

Mark asintió con un movimiento errático. La habitación llevaba un rato dando vueltas. Súa vio el sudor brillando ya en su frente. Sabía qué lo empujaba: el pánico del día anterior, aquel claxon que había sonado en la calle y que lo había dejado temblando en el suelo, convertido en un niño asustado que solo quería abandonar el lugar y correr a esconderse bajo la cama. Ahora Mark prefería el infierno que le prometía su padre antes que volver a ser lo que era.

—Súa-ya —llamó el Maestro sin girar la cabeza.

Ella entró. Sus pasos no hicieron ruido. Llevaba la bandeja de madera con las manos firmes. Sobre ella, el segundo brebaje humeaba, un líquido negruzco que olía a tierra podrida y cobre.

—El cuerpo es el templo, pero las hierbas son la llave. —Moon le acercó el segundo cuenco—. Bebe. Purga el veneno con veneno. No podrás empezar a curarte hasta que hayas abierto las puertas y ventilado la mugre.

Mark cogió el cuenco de la bandeja que le ofrecía Súa. La miró a los ojos un segundo antes de beber; fue una mirada de auxilio, la de alguien que se lanza a un abismo y busca un último asidero.

Al verle así, Súa no pudo evitar recordar la tarde anterior. Mark estaba fuera de sí, de rodillas en el suelo, histérico, con el sonido de aquel claxon aún retumbando en sus oídos; para él, su mundo se desmoronaba. Entonces ella lo vio claro. Se acercó, rompiendo por

fin esa distancia que siempre había mantenido entre ellos mientras observaba en silencio el trabajo de su padre. En ese momento, sin embargo, supo que debía actuar. Acortó el espacio que los separaba y le puso la mano en el pecho para sentir el galope desbocado de su corazón. Fue un gesto autoritario. Al sentir la palma de Súa contra su piel, Mark sintió calma, una columna a la que aferrarse. *«Meomulleo»*, le había susurrado ella, devolviéndole a la realidad. Aquella palabra y el calor de su palma habían sido lo único que lo trajo de vuelta.

Ahora, en el silencio de la habitación, Súa le sostuvo la mirada, muda, dándole toda la fuerza que tenía. Una oleada de pena la invadió; ella sabía perfectamente lo que le esperaba al pobre infeliz en cuanto el líquido tocara su estómago.

La medicina bajó por su garganta. Mark seguía respirando el humo del incienso y notó el mareo cada vez más crudo sobre su mente. En cuanto el líquido hizo su efecto, el cambio fue brutal. Mark se tensó como si se hubiera agarrado a un cable de alta tensión. Sus ojos se pusieron en blanco y un gemido gutural vibró en su pecho mientras llegaba el primer espasmo.

Súa retrocedió un paso, apretando la bandeja contra su pecho. *Ya ha empezado*. Dejó la bandeja sobre la mesa y lo recostó sobre el *yo*.

El primer espasmo fue una detonación. Mark se arqueó sobre el *yo* con una fuerza que hizo crujir sus propias vértebras. Sus talones golpearon la madera del suelo en una sucesión de espasmos desesperados; un hilo de espuma blanca, teñida del negro del brebaje, comenzó a borbotear por la comisura de sus labios. Su cuello se tensó tanto que parecía que iba a partírsele.

—*Abeoji*, ¡se va a morder la lengua!

Súa no lo pensó. Se lanzó sobre él, hundiendo sus rodillas en el suelo para inmovilizarle los hombros, mientras él temblaba.

Moon Seokju no se inmutó; seguía sentado en su posición de loto, observando la combustión química del extranjero como quien mira un proceso natural inevitable.

—Sujétalo, Súa-ya. Si su voluntad muere, su cuerpo intentará huir. No lo dejes marchar.

Súa agarró la mandíbula de Mark con una fuerza suave pero firme. Sus dedos se hundieron en la carne que sudaba, forzándole a abrir la boca para que no se asfixiara con su propia lengua. El contacto fue un choque brutal: la piel de Mark quemaba, irradiando un calor antinatural, producto de la batalla que el *Heuksintang*[48] estaba librando contra los restos de los fármacos de Sonia en su sangre.

Aguanta, por favor, aguanta, suplicó ella mentalmente.

La primera noche fue un ciclo infinito de fluidos y terror. El sonido de sus arcadas rasgaba el silencio, Mark vomitaba bilis negra y Súa la limpiaba con paños de algodón, sin apartarse, ignorando el olor ácido que inundaba la estancia. Cuando el agotamiento lo vencía por unos minutos, él intentaba gatear hacia la puerta, balbuceando nombres que Súa no conocía, implorando una dosis, una pastilla, cualquier cosa que detuviera el incendio de sus entrañas.

—Sonia... dame más… te lo suplico —gemía él, con los dedos rascando el suelo hasta hacerse sangre en las uñas.

Súa lo interceptaba cada vez. Lo envolvía con sus brazos, usando su peso para devolverlo al centro del *yo*, como quien domestica a un caballo salvaje.

—Ella no está aquí —le susurraba al oído, con una voz suave y protectora que provocaba un breve momento de paz—. No estás solo. Yo estoy aquí. *Meomulleojwo*.[49]

Al tercer día, Mark dejó de luchar. Sus músculos, agotados por los espasmos constantes, se volvieron flácidos como los de un cadáver. Sus ojos, antes inteligentes y altivos, estaban fijos en el techo, vacíos de cualquier rastro de voluntad propia. Ya no era un escritor, ni un hombre de éxito; de hecho, apenas era un hombre. Era un recipiente vacío que Súa había empezado a llenar con su presencia.

Ella le limpió la frente con agua fría. Sus propias manos temblaban de cansancio, pero su mirada era firme. Había vencido a los espasmos. Ahora empezaba la guerra contra el hambre.

Moon Seokju vigilaba cada dosis y la evolución de Mark, a veces negando, a veces asintiendo con esa mirada estudiosa que nunca decía nada. Se acercó a su hija y le entregó un cuenco de cerámica negra.

—Súa-ya —dijo con calma—. No dejes que se abandone. Tus cuidados son lo único que lo mantiene fijo a la realidad, pero si su cuerpo desfallece, su mente no sobrevivirá. Oblígale a ingerir cada gota de medicamento, pero sobre todo el té, que es su alimento; si pierde la fuerza, perderá la vida. Su salvación está en tu mano, tanto como en la mía.

Para el sexto día, Mark tan solo era una sombra. Había perdido peso con rapidez; los pómulos le tensaban la piel del rostro como si quisieran rasgarla y sus manos, antes capaces de escribir mundos enteros, eran ahora dos manojos de nervios que temblaban sin parar. El *Heuksintang* no solo había barrido la química de Sonia, había barrido su autonomía. Moon Seokju, tras observar la última dosis, cerró los ojos un segundo más de lo habitual y dejó caer los hombros levemente. Fue un gesto casi invisible, pero para Súa, que conocía la rigidez de su padre, aquel leve hundimiento pesaba más que un grito de agotamiento.

Súa entró en la habitación con el cuenco de *juk*[50] medicinal. El olor amargo y terroso inundó el espacio. Se sentó en el *yo*, frente a él. Mark intentó, en un alarde de orgullo, alargar la mano hacia la cuchara. Sus dedos rozaron el metal, pero un espasmo hizo que su brazo cayera flácido al suelo.

Él cerró los ojos, apretando la mandíbula y, rabiando, desvió la mirada hacia la esquina, incapaz de sostenerle la vista mientras ella le ofrecía la cuchara como a un niño.

—Abre. —Súa mantuvo la cuchara firme frente a su boca.

No fue una petición. Mark obedeció. El ritual se repetía tres veces al día: la mano firme de Súa sosteniendo la nuca de Mark para que no se atragantara, el calor del caldo al entrar en su boca y el silencio de la habitación. Mark aprendió a abrir la boca solo cuando sentía el roce de la cuchara sobre sus labios.

La noche del décimo día, la fiebre alcanzó un pico nuevamente. Mark deliraba, atrapado en una pesadilla donde las manos de Sonia lo arrastraban de vuelta a un sótano oscuro. Súa se mantuvo a su lado, mojando su frente con un paño tibio. Mark, en un momento de semilucidez, le atrapó la mano con una fuerza desesperada, como si se estuviera ahogando.

—No te vayas —balbuceó él, con los ojos empañados—. Si te vas ella volverá a por mí.

Súa dejó el paño y se inclinó sobre él, permitiendo que su pelo rozara la frente de Mark. Por primera vez, el contacto fue cariñoso. Le secó el sudor de la sien con la suavidad de una caricia.

—*Gwaenchanha*. No me voy a ir —le susurró al oído, dejando que su aliento lo calmara—. Soy tu *Ansikcheo*[51].

Mark exhaló un suspiro de alivio; su cuerpo se relajó al oír su voz. No entendía la palabra, pero sentía la seguridad. Aquella noche, por primera vez, no soñó con Sonia. Soñó con el olor a lavanda de la mujer que le daba de comer.

La tercera semana llegó cargada de sensaciones. Mark ya no temblaba, pero sus ojos estaban fijos en las sombras de las esquinas donde el humo del incienso, que Seokju no paraba de encender, dibujaba formas que danzaban en su mente. Su cuerpo estaba calmado, pero su cerebro soñaba. Al terminar la jornada, Seokju cerró los ojos un segundo más de lo habitual y dejó caer los hombros. El leve hundimiento que mostraba su padre era ahora una curva permanente.

Habían pasado dieciocho días desde que comenzó el descenso al infierno. Súa dormitaba sentada junto al *yo*, con la espalda apoyada en la pared fría, cuando un grito ahogado la sobresaltó. Mark estaba de rodillas, golpeando el suelo con las palmas, jadeando como un animal acorralado.

—¡Vete! ¡No me toques!

Sus ojos estaban fuera de sí, vacíos de razón.

—Sé lo que hay en esa aguja, Sonia. No, por favor. Déjame.

Súa se acercó con cautela, pero en cuanto intentó ponerle una mano en el hombro, Mark reaccionó con violencia. La empujó contra la mesita, tirando el cuenco de agua. El ataque de pánico devolvió fuerza a su cuerpo adormilado. La agarró de las muñecas, dejando las marcas de sus dedos.

—¡Suéltame! —le gritó él a la cara con los ojos enrojecidos, bañados en lágrimas—: ¡No me vas a volver a encerrar!

Súa no retrocedió. A pesar del dolor en las muñecas, clavó sus pies en el suelo y le sostuvo la mirada con una determinación férrea.

—Mírame, Mark. —Su voz arrastraba el peso de su linaje—. ¡Mírame a los ojos!

—¡No! —sollozó él, cerrándolos con fuerza, negándose a ver—. Sé que estás ahí. Detrás de la luz.

Súa soltó una de sus manos y llevó la palma de él contra su propia mejilla, obligándole a sentir la calidez de su piel, el pulso tranquilo de su cuerpo. Acercó su cara hasta que sus respiraciones se mezclaron.

—*Meomulleojwo* —susurró ella, usando la palabra que lo había rescatado antes—. Sonia no está. Solo estamos tú y yo.

El nombre de Sonia, pronunciado por Súa, actuó como un disparo en su mente. Mark abrió los ojos lentamente. La neblina del delirio se disipó segundo a segundo. Vio el rostro de Súa, sudado, cansado, con una marca roja en la muñeca por su propia mano. Vio la determinación implacable en las pupilas de la joven.

La tensión abandonó su cuerpo. Se derrumbó hacia adelante, escondiendo la cara en el cuello de Súa, sollozando sin control. Era el llanto del náufrago que alcanza la orilla.

—Súa —logró articular. Era la primera vez que pronunciaba su nombre. En sus ojos había conciencia.

Ella lo rodeó con sus brazos, acunándolo, sintiendo cómo el corazón de Mark recuperaba un ritmo pausado. El exorcismo había terminado. Sonia ya no era una voz en su cabeza; ahora era solo un recuerdo en el pasado. Mark acababa de salir de la niebla y lo único que veía, lo único que necesitaba para respirar, era a la mujer que lo sostenía.

노 리 개

Aquellos más de veinte días habían sido una batalla, un asedio brutal en el que por fin parecían nacer los brotes verdes; el silencio en la casa de Seokju cambió. Ya no era el silencio tenso de la agonía, sino uno que prometía luz, cargado de sensaciones que Mark recuperaba como quien rescata provisiones de un naufragio.

Los días se convirtieron en un goteo tranquilo, marcado por detalles como el repiqueteo de la lluvia en el patio o el aroma a hierbas medicinales. Mark iba recuperando el peso y las fuerzas, pero el verdadero antídoto entraba por la puerta cada tarde.

Súa se arrodilló frente a la mesa baja con una bandeja. Sirvió el *nokcha*[52] con movimientos precisos.

—*Gomawoyo*[53] —intentó pronunciar. Se trabó al hacerlo mientras sostenía el cuenco con ambas manos para buscar su calor.

—Casi. —Ella dejó escapar una pequeña sonrisa—. El sonido nace más atrás, en la garganta.

Ese fue el inicio del puente entre ambos. Las tazas de té se convirtieron en la excusa diaria. Súa tenía un hambre voraz por aprender; absorbía las palabras en español que Mark le enseñaba con una facilidad asombrosa, mirándole fijamente a los labios para imitar su pronunciación hasta que el tono encajaba en su propia boca.

A medida que el vocabulario crecía, las barreras caían. Las lecciones dieron paso a las historias reales. Hablaban en voz baja, desgranando el mundo occidental de Mark y el respeto ancestral de la cultura de Súa. En esos silencios compartidos, observando cómo ella memorizaba el sonido de su voz, Mark empezó a sentir que las heridas de su mente dejaban de sangrar.

El encierro terapéutico llegó a su fin la tarde en que Seokju asintió en silencio al ver a Mark sostenerse en pie sin temblar. El maestro deslizó la puerta corredera que daba al pequeño jardín, permitiéndole por fin salir al exterior.

A medida que los días avanzaban, Mark fue recuperando la energía. Aquellas salidas se convirtieron en un ritual diario.

Caminaba primero por el patio de la casa, sintiendo el crujir de la gravilla bajo las suelas, dejando que el aire de Guryong le llenara los pulmones.

Súa nunca le dejaba solo. Le acompañaba a cierta distancia, atenta a sus rodillas. Cuando el esfuerzo le pasaba factura y amenazaba con caer, ella se acercaba. Le ofrecía el hombro o le sostenía del antebrazo con firmeza.

Trasladaron sus charlas a aquellos paseos cortos. El contacto físico, que al principio solo era por necesidad, se convirtió en una costumbre silenciosa.

—*Cheoncheonhi*[54] —le pedía ella, tirando suavemente de su manga cuando él, por frustración, intentaba forzar la marcha.

El aprendizaje del idioma continuó. Súa absorbía el vocabulario español con avidez mientras le ayudaba a sostenerse; Mark afinaba la pronunciación de las vocales coreanas concentrado en sus pasos torpes. Poco a poco, el idioma dejó de ser un ejercicio para convertirse en una llave. Ya no solo aprendían palabras; empezaban a conocerse ellos mismos.

Una tarde, el cansancio obligó a Mark a detenerse. Se dejaron caer bajo la copa de un pequeño árbol. Mark cerró los ojos un instante, recuperando el aliento, mientras Súa se sentaba a su lado, abrazándose las rodillas.

—¿A qué te dedicabas en España, Mark-ya? —Ella giró el rostro hacia él.

Mark soltó una exhalación y abrió los ojos para mirar el paisaje.

—Solo invento mentiras para que la gente olvide sus miserias leyendo las mías.

Súa se quedó en silencio, procesando la amargura de la respuesta. Antes de que pudiera añadir nada, él giró el cuello y la miró fijamente, deteniéndose en sus ojos.

—Sú-a —pronunció, saboreando las sílabas—. Es un nombre precioso. ¿Qué significa?

Ella parpadeó. Trazó un par de líneas en la tierra con el dedo antes de contestar.

—Mis padres usaron dos caracteres *hanja*. *Su* y *A* —explicó en voz baja—. Significa gracia excepcional.

Mark asintió.

—¿Qué pasó con tu madre?

—Murió en el parto.

El viento agitó las ramas sobre sus cabezas. Mark entendía perfectamente esas palabras. Se limitó a asentir. Tras unos segundos de quietud compartida, ella rompió el hielo.

—¿Y tu nombre, Mark-ya? ¿Qué significa?

Él se encogió de hombros, rascando la corteza del árbol con el pulgar.

—Bueno, los nombres en España no significan demasiado. Creo que Olsten viene de una antigua raíz del norte de Europa que significa roca o piedra fuerte.

—Olsten no suena a un nombre español, ¿verdad? —Ladeó la cabeza.

—No. Mi padre era un ingeniero noruego que llegó a Barcelona para trabajar. Allí conoció a mi madre y se quedaron en España.

Súa apoyó la barbilla sobre sus rodillas, sin apartar la vista de él.

—¿Dónde están tus padres, Mark-ya?

Tragó saliva y clavó los ojos en el suelo, apartando la vista de ella por primera vez.

—Murieron en un accidente de tráfico. Yo tenía veintitrés años.

Súa no añadió nada más. Se limitó a mirarlo en silencio. Cuando Mark levantó la vista para encontrarse con la suya, algo dentro de ellos empezó a sincronizarse. Era el reflejo exacto de dos huérfanos reconociendo el mismo vacío en el otro.

노 리 개

Esa tarde Súa observaba desde la cocina mientras preparaba el té. Mark estaba sentado en el *sarangbang*[55] frente a su padre. Ya no vestía el pijama de algodón basto, sino una túnica limpia que le daba un aire de erudito contemplativo. En sus manos sostenía uno de los tratados de medicina antigua de Seokju, diseccionándolo.

—Lo que ella hizo no fue solo química, *Seuseungnim* —decía Mark, y su voz, aunque aún algo gutural, vocalizaba correctamente —. Sonia no quería mi cuerpo, quería el control de mi voluntad. Usaba el *Heuksintang* para anularme y vaciarme, para luego llenarme con sus propias órdenes. El proceso era como el que has utilizado para sanarme; es una construcción perfecta: el miedo como cimiento y el placer como vehículo.

Súa se quedó inmóvil, con la tetera en la mano. Aquel hombre que hablaba con una elocuencia aterradora sobre su propio trauma era el mismo que, hacía diez días, lloraba escondido en su cuello. Verlo reconstruir su propia jaula para entender cómo abrir el cerrojo la atraía de una forma que empezaba a asustarla.

Mark comenzó a realizar pequeñas tareas más físicas. Su cuerpo había empezado a mejorar y sentía la necesidad de ayudar. Seokju estuvo de acuerdo en que beneficiaría su tratamiento, siempre que aceptara sus límites.

Durante el día, Mark empezó a ocuparse de labores sencillas: partía leña menuda, limpiaba las hierbas del huerto o recolocaba libros en los estantes bajos ayudando a Súa. El roce de sus manos en esas tareas se volvió una constante. Mark ya no retiraba la mano de inmediato, sino que buscaba ese contacto frente a la mirada atenta de Súa. Sin embargo, su debilidad seguía ahí; a veces, tras levantar una caja, sus manos volvían a temblar ligeramente, un recordatorio de que el *heuksintang* aún no había abandonado del todo sus nervios.

Por las noches, Mark seguía debatiendo con Seokju, pero el tono era distinto.

—A veces las pesadillas siguen. Esto aún no ha terminado, *Seuseungnim*. —Mark observaba sus manos encallecidas tras haber cortado algo de leña—. Mi cuerpo me obedece, pero mi mente aún tiene miedo. Siento que, si ella apareciera ahora mismo, mi voluntad me traicionaría.

Seokju asintió, imperturbable.

—Los cimientos se levantan rápido, Mark-ya, pero el cemento tarda en secar. Tu voluntad es fuerte, pero tu alma tiene memoria

propia. No fuerces el proceso; debes cultivar la paciencia.

Una noche, mientras cenaban, una tormenta estalló sobre Guryong con una violencia monzónica. Un trueno seco, como el estallido de un cañón, retumbó justo sobre la casa, golpeando el tejado de chapa de la vieja vivienda como si cayeran piedras. Súa se sobresaltó, soltando un gemido ahogado y encogiendo los hombros por instinto.

Mark no dudó en abrazarla; fue un gesto inconsciente, ni siquiera lo pensó. Seokju miró brevemente por encima de su plato y negó imperceptiblemente antes de volver a su comida.

—*Gwaenchanha*, Súa. —Mark la estrechó contra su pecho tratando de calmarla—. Solo es ruido.

Ella no replicó. Se acurrucó entre sus brazos.

노 리 개

La casa empezó a hacerse pequeña. El aire, antes cargado de incienso y quietud, parecía ahora saturado de una electricidad que chisporroteaba cada vez que Mark y Súa se cruzaban. Ya no eran cuidados ni tareas; eran encuentros buscados en la penumbra, dedos que se rozaban al intercambiar un libro y miradas que se sostenían un segundo más de lo socialmente aceptable.

Mark continuaba su tratamiento con una disciplina inmaculada, pero el esfuerzo le pasaba factura. Las sesiones de *seon*[56] con Seokju se volvieron más largas y agotadoras.

—Tu sangre está limpia, Mark-ya, pero tu memoria es traicionera —le advirtió Seokju una tarde, mientras ambos meditaban frente al jardín—. Estás en la fase más peligrosa. Ahora que te sientes fuerte es cuando el veneno puede llamarte desde el fondo de tus pensamientos. El daño que te hicieron fue profundo; un tajo en el alma no se cierra solo porque el cuerpo ya no tiemble. Si te confías, caerás, y esta vez no habrá retorno.

Mark asintió, con los ojos cerrados, luchando por concentrarse. Pero la imagen que acudía a su mente no era la de la aguja de Sonia, sino la de Súa junto a él, la calidez de su aliento y el aroma a lavanda de su piel. Su recuperación estaba ligada a ella de una

forma que empezaba a asustarle. Ya no sabía dónde terminaba la medicina y dónde empezaba la mujer.

Durante los días siguientes, el estudio se convirtió en su refugio y su tortura. Mark pasaba horas ayudando a la chica a organizar los antiguos legajos de su padre. Trabajaban en silencio, pero era un silencio que hablaba por ellos.

Se inclinaron sobre una caja de libros; sus manos se tocaron. Mark no se apartó. Súa tampoco. Sintieron el calor del otro a través de la piel. Mark giró la cabeza y descubrió que ella ya le estaba mirando. No había miedo en sus ojos, solo una pregunta muda y una entrega que lo desarmó.

Su mano tembló ligeramente. Mark la atrapó por la muñeca con ternura y deseo. La atrajo hacia sí, despacio, midiendo su resistencia. Súa no ofreció ninguna. Se dejó llevar hasta que sus cuerpos se tocaron. Mark le acarició la mejilla con el pulgar, recorriendo su mandíbula con una veneración absoluta.

—Tu padre dice que aún estoy en peligro. —Él deslizó la mirada por el cuerpo de ella—. Pero no sabe que mi único peligro es este. Que mi única cura eres tú.

Súa le puso la mano en el pecho, sintiendo su corazón palpitar, el mismo corazón que había intentado calmar semanas atrás. Pero ahora ese latido no pedía auxilio.

—Entonces cúrate. —Ella rompió la última barrera con un susurro —. Vuelve a ser tú y cúrame a mí.

Mark la besó con una mezcla de hambre y ternura. Súa le tomó de la mano y, sin dejar de mirarle, le guió hacia la penumbra de su habitación. El sexo ya no era una posibilidad; era algo inevitable.

Al cerrar la puerta corredera, él la rodeó, reduciendo su mundo hasta que solo quedó lo que sus brazos podían alcanzar. Ella tomó la mano de Mark y la apretó con fuerza, atándose de un modo que le impidiera salir corriendo. El aire estaba frío, pero el calor que desprendían sus cuerpos los envolvía como un manto, en un aroma que hablaba de miedo y deseo.

Ella subió la mirada hacia él. En la penumbra, los ojos de Mark la buscaban con un hambre voraz. Habían pasado días paseando, hablando, reconstruyendo sus pedazos, y ahora todo ese vínculo se concentraba en el espacio que había entre sus cuerpos.

Súa llevó sus manos al lazo de la túnica. Sus dedos se enredaron en la tela, rígidos, peleando con el nudo hasta que, por fin, este se deshizo. Dejó caer la prenda, revelando su ropa interior sencilla y la piel de sus hombros. Se quedó quieta, con los brazos pegados al cuerpo, sintiendo cómo el vello se le erizaba; su respiración, tensa y forzada, resonaba en el silencio del cuarto. El miedo era una presencia que mudaba su rostro en una expresión que la aniñaba, pero, bajo la inexperiencia, se mantenía firme. Con los labios semiabiertos y el aliento acelerado, buscaba esas manos que ella había limpiado y sostenido durante los delirios para que, ahora, la tocaran de otra forma.

—Súa, estás temblando. —Mark le rodeó los hombros con las manos—. Escúchame. No pasa nada. Podemos parar. Si no estás segura, si tienes miedo.

—*Gwaenchanha* —respondió ella, aunque le castañeteaban los dientes—. Es solo que... nunca he estado así con nadie.

Al ver la preocupación en el rostro de Mark, la ternura que él mostraba a pesar de saber cuánto la deseaba, su miedo se transformó en determinación. Se dio cuenta de cuánto lo amaba.

—No quiero parar, Mark —respondió ella, y esta vez su voz no tembló—. Tengo miedo, sí, pero lo quiero. Te quiero a ti. He pasado noches enteras deseando que me miraras como lo haces ahora.

Ella misma terminó de desabrochar su sujetador con un tirón decidido, dejándolo caer sobre el *yo*. Se quedó expuesta, sintiendo la mirada de Mark recorriéndola con una adoración que la hizo estremecerse. Mark alargó una mano y le acarició la mejilla con el dorso, bajando después por el cuello. Su tacto provocaba que la piel de Súa se incendiara. Cada centímetro que él tocaba parecía despertar. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, facilitando los movimientos de su mano.

Él la atrajo hacia sí, despacio, permitiendo que sus cuerpos se habituaran poco a poco. Susurró algo que ella no entendió al oído y

enterró la cara en su cuello, aspirando su aroma; ese rastro que lo había guiado de vuelta desde el *jiok*[57]. Súa le rodeó la espalda con los brazos, notando el calor de su piel contra su propio pecho.

—Me has salvado la vida. —Presionó los labios contra su piel—. Y ahora te la estás llevando.

Mark deslizó la mano hacia su seno y lo cubrió completamente, apretando con suavidad. Se dejaron caer sobre el colchón; él se situó sobre ella, apoyando su peso en los codos para no aplastarla. Súa seguía temblando, pero la devoción con la que Mark la besaba terminó por relajar su tiritona.

Mark se separó un poco, lo justo para contemplarla. Sus ojos recorrieron la blancura de los senos de Súa. Alargó la mano y los rodeó, maravillado por la firmeza y la suavidad de una piel sin explorar. Se inclinó sobre ella, enterrando la cara entre ambos, respirando el calor que emanaba de su pecho. Sus labios buscaron recorrer su forma, primero con roces de la lengua que hacían que Súa arqueara la espalda, luego con besos rodeando sus pezones con una suavidad que provocó en ella un hipo entrecortado.

Súa enredó sus manos en el pelo de Mark; sentía el bulto del hombre sobre su vientre, una presión latiendo sobre su piel. Bajó la mano hasta alcanzarlo; al notar su tacto, sus muslos se tensaron involuntariamente y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Aquella forma la hacía consciente de su propia anatomía, de ese espacio que estaba a punto de ser invadido por primera vez.

Mark bajó una mano, explorando con lentitud el camino entre las piernas de Súa. Se detuvo a la entrada, cerciorándose con la yema de los dedos de que ella estaba lista, de que su cuerpo había empezado a humedecerse a pesar del frío de la estancia. Ella apretó los dientes, emitiendo un jadeo ahogado y sintiendo la intensidad de una fricción que la hacía temblar de un modo desconocido.

Él se posicionó, separando con suavidad sus muslos. Al presionar para entrar, Mark se topó con la barrera física. Se detuvo en seco, con los músculos de los brazos en tensión, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Estás segura, *yeobo*? —Se le notaba la batalla interna, un aliento cargado de una responsabilidad que lo desbordaba y un deseo que amenazaba con desatar un huracán.

Súa no respondió con palabras. En lugar de eso, elevó la pelvis, empujando contra él en un gesto de aceptación definitiva. Mark exhaló un gruñido y empujó con firmeza. Súa soltó un grito que fue mitad dolor y mitad alivio, un sonido agudo que se perdió en el cuello de Mark mientras sus uñas se clavaban en la espalda de él. El dolor fue una quemadura rápida que pronto empezó a ser sustituida por una sensación de plenitud. Mark comenzó a moverse, y Súa empezó a jadear con cada embestida, dejándose llevar por ese ritmo que la llenaba y la vaciaba al mismo tiempo.

Mark estaba tenso, sus caderas pasaron de la suavidad a la locura; de pronto, el cortocircuito ocurrió.

Mark cerró los ojos, escapando de allí por un segundo. El aroma de Súa se perdió entre el olor cargado de un sótano. El roce de la piel se convirtió en el recuerdo del frío metálico de una aguja. Un temblor violento, un espasmo residual, recorrió su brazo derecho, haciéndole perder el equilibrio y obligándole a apoyarse torpemente sobre el colchón.

Se detuvo. El ritmo se rompió. Mark se quedó inmóvil sobre ella, con la cabeza baja, mientras el temblor de su mano se volvía incontrolable contra la sábana de algodón.

El silencio los envolvió, ahogando sus respiraciones. Mark sintió que su hombría se diluía enredada en un recuerdo flácido que amenazaba con derrotarle. La humillación se apoderó de su mirada, mientras su voluntad empezaba a desaparecer. Comenzó a apretar los dientes con una rabia que amenazaba con sacarlo de la habitación. Se sentía desnudo, pero no la piel, sino el alma; expuesto de nuevo como el despojo que el Maestro había intentado purgar.

Súa notó el cambio inmediato. El cuerpo de Mark se tensó como una cuerda. La conexión física se cortó de golpe. Ella notó su huida junto al miedo de sus ojos. Mark soltó un improperio y trató de apartarse, avergonzado, buscando instintivamente alejarse de esa cama, lejos de ella y de su propia impotencia. El pasado no solo

había vuelto; lo había derrotado. Sabía que no estaba curado, que las sombras seguían ahí, que el tratamiento no había funcionado.

—Lo siento —balbuceó con la voz apagada, incapaz de mirarla—. No puedo... yo...

Súa no le permitió huir. Le tomó el rostro entre las manos con firmeza, obligándolo a mirarla a los ojos, forzándolo a abandonar ese agujero mental.

—¡*Nal bwa! ¡Nal bwa!*[58] —Súa le obligó a levantar la cara con ternura—. Estoy aquí, mi amor. Soy yo. Mark, ella no está. No existe ya. Estamos tú y yo, un mundo para nosotros.

Lo atrajo hacia su pecho, envolviéndolo, mientras su mano bajaba decidida hacia su entrepierna. Con una caricia cargada de ternura, comenzó a despertarlo de nuevo. No había prisa, solo amor. Mark empezó a calmarse bajo su tacto; la respiración se relajó y la mirada cambió su expresión. Al verla allí, aceptando su derrota y sacándolo de su infierno, la sangre y el orgullo comenzaron a regresar.

Súa lo tumbó con suavidad y se subió sobre él. Agarró su miembro, recuperado nuevamente, y volvió a introducirlo, centímetro a centímetro. Marcó un ritmo muy lento, obligándole a sentir cada roce, sin dejar de mirarle.

—*Yeobo*. —Ella se inclinó hasta que sus labios se tocaron—. Recuerda que yo soy tu *ansikcheo*.

Mark cerró los ojos y se aferró a sus caderas. *Ella era real. Ella era la medicina*.

Empezó a moverse con ella, primero dejándola hacer, luego con una necesidad crecida por borrar todo lo que no fuera su figura sobre él. El ritmo aumentó, convirtiéndose en una purga. Súa gemía contra su boca, reclamándole solo para ella. El ritmo subió hasta que los jadeos se acompasaron, haciéndose una sola respiración. Cuando el clímax llegó, lo hizo como uno solo; ella echó la cabeza hacia atrás sintiendo cada espasmo. Él se arqueó, gritando su nombre, vaciándose de todo dentro de ella.

Y entonces, por fin, su mente quedó en silencio.

Cercedilla, Madrid.

Tres años después

Los olores de Guryong se disiparon cuando el peso de Mark sobre su pecho la devolvió al presente. Súa parpadeó, descansando la vista en el hombre que roncaba plácidamente a su lado. Se acomodó mejor bajo el peso de Mark, sintiéndose cansada pero llena de recuerdos, y le dio un beso suave en la frente.

—*Saranghae*[59] —susurró contra su pelo—. Nunca te dejaré caer.
Cerró los ojos y se quedó dormida.

11. EL PUNTO CIEGO

Sagagjidae (사각지대)

El brillo azul que desprendían los monitores iluminaba la cara que permanecía ante ellos, estudiando cada píxel. La oscuridad le rodeaba; la luz de esas pantallas era la única iluminación en el cuarto donde Martín se castigaba.

Fuera, el viento de la sierra golpeaba los ventanales con fuerza, recordándole que aquel refugio que creía inexpugnable era vulnerable. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, saltaban por las grabaciones de una cámara a otra, recorriendo la finca en bucle.

¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo cojones llegó esa carta hasta la puerta sin que saltara ni un sensor, sin que se registrara ni un movimiento?. Era un fallo de seguridad que le atraía como un ratón al queso; no podía permitírselo.

Martín levantó la vista hacia las vigas del techo, consciente del peso de la casa sobre su cabeza.

Ahora la paz dormía en el hogar; su amigo al fin se había decidido a dejar que la muchacha entrara en su vida, y algo le decía que ahora todo era un poco mejor.

La mirada de Martín se clavó de nuevo en el monitor que mostraba la entrada principal. Un vehículo que giraba la curva de la entrada aparecía en la pantalla alejándose por la carretera. Si el sistema no fallaba, entonces el problema no estaba en las cámaras.

Ha sido desde dentro. La sospecha se estaba convirtiendo en certeza.

Alguien desde dentro. Alguien que conoce los ángulos muertos, que sabe cuándo no estoy mirando. Joder, Dani.

Sintió una punzada de rabia.

Es cierto que haces cosas muy sospechosas. O demasiado oportunas. No quiero que seas tú, pero las piezas empiezan a encajar demasiado bien y eso me cabrea aún más. Quizá este instinto de perro viejo se me está empezando a oxidar.

Se reclinó en la silla y siguió observando los monitores, esperando que la tecnología le diera la excusa que necesitaba.

El primer indicio del amanecer fue el frío que se colaba por debajo de la puerta. Martín se arrepintió de su manía de no encender la calefacción. Apagó el último monitor y se levantó.

La espalda le crujió, obligándole a estirarse mientras se frotaba los ojos; la luz de los monitores en la oscuridad siempre le dejaba esa sensación de legaña permanente. Encendió la luz de la estancia y echó un vistazo a su reloj.

Las ocho en punto. Hora de empezar —se dijo a sí mismo.

Cerró la puerta y se encaminó hacia la cocina.

Una luz ya brillaba bajo el dintel. Lucía, sorprendentemente puntual, empezando su turno. El aroma a café recién hecho le provocó una necesidad después de otra noche de búsqueda y dudas. Entró despacio.

La mujer estaba de espaldas, afanada en la preparación de una masa para pan. El sonido rítmico de sus manos golpeando la harina era lo único que llenaba el silencio de la estancia. Martín la observó un rato apoyado en el marco de la puerta. Había una rigidez exagerada en sus movimientos.

—Te va a dar una contractura en el brazo si sigues así, Lucía. ¿Estás amasando o matando?

Lucía se detuvo en seco. Soltó un suspiro, volviendo de sus pensamientos, y se giró despacio. Tenía los ojos hinchados. Se limpió las manos en el delantal, resoplando.

—Son cosas mías, Martín. No me hagas caso —respondió ella.

—En esta casa, nada es cosa de uno solo.

Se acercó a la cafetera, se sirvió un poco de café para él y preparó otro para ella.

—¿Quieres azúcar? ¿Una o dos?

Antes de que la mujer contestara, Martín ya estaba removiendo dos cucharadas en las tazas. Las dejó sobre la mesa y se sentó en una silla, señalando la que estaba frente a él.

—Siéntate. El café está caliente y la terapia es gratis.

Lucía dudó, mirando hacia la puerta de la cocina como si esperara que alguien la rescatara, pero finalmente cedió. Se sentó pesadamente, hundiendo el rostro entre sus manos manchadas de harina.

—Es mi hija, Martín. —Su voz sonó ahogada—. La niña se ha juntado con quien no debe y su marido no es que me ayude demasiado. Mira que nunca me gustó ese hombre; no hace más que meterse en líos, siempre con sus negocios para hacerse rico sin trabajar. Y ahora me vienen con que necesitan dinero. Yo ya no sé de dónde sacar, Martín. Súa me ayuda, el señor Olsten es generoso, pero esto, esto es un pozo sin fondo.

Martín vio en la desesperación de Lucía un reflejo sucio de su propio pasado en Pontevedra. Las deudas, la familia como una soga al cuello.

—La gente así no aprende, no se detienen porque les des un poco de dinero, Lucía. Pero si el problema es serio, habla con Mark. Él te puede ayudar.

—¡No! —Lucía retrocedió, temblando—. El señor ya tiene bastante con sus problemas. No quiero que me eche por traer los míos a su puerta. Solo necesito tiempo. Y rezar para que todo esto se pase pronto.

Martín alargó su mano grande y callosa sobre la mesa, rozando apenas los dedos de Lucía en un gesto de consuelo que le produjo un respingo.

—Si necesitas ayuda y puedo dártela, sabes que en esta casa puedes confiar. Si necesitas que te acompañe cuando salgas esta tarde, o lo que sea —dijo Martín.

La mujer se levantó, volviendo a sus labores.

—Por cierto, Dani ha llegado hoy pronto, me ha pedido algo de café y ha salido hacia el garaje. Tiene unos horarios muy raros ese chico.

Él se quedó unos segundos mirándola.

—Lucía, una pregunta. ¿Qué opinas del chico? ¿Tú has notado algo raro en él? Súa está convencida de que no es de fiar.

Lucía levantó la vista y, por un segundo, el brillo de sus ojos cambió.

—¿Dani? —Se giró hacia él—. Bueno, es joven, Martín. Y tiene esa forma de mirar, como si estuviera tomando nota de todo lo que hay en la casa. Pero no creo que sea malo, ¿verdad? Tú confías en él.

—Yo no confío ni en mi sombra. Pero si hasta Súa ha visto algo, quizá es que yo me estoy volviendo viejo y no huelo ya bien.

Lucía asintió, volviendo a su masa de pan y retirando la mirada.

—Bueno, es hora de darle al tajo. Lucía, lo que sea, dímelo en serio.

—Gracias, Martín, no te preocupes.

La habitación aún retenía el aroma de la noche. Mark se incorporó con cuidado, sintiendo el peso reconfortante del cuerpo de Súa cerca. Por un momento se quedó inmóvil, observando cómo la luz que entraba por la ventana dibujaba su rostro relajado.

—Voy a trabajar un poco, llevo dos días de vagueo. —Rozó su mejilla con la yema de los dedos—. Quédate durmiendo, todavía es temprano.

Súa no abrió los ojos, pero una sonrisa lenta y perezosa pintó sus labios. Se estiró como un gato, buscando la boca de Mark, y tras un beso breve se dio la vuelta, arropándose de nuevo en el edredón con un murmullo de satisfacción.

Horas después, la atmósfera era distinta. El cristal del despacho reflejaba el monte nevado mientras el ventilador del ordenador llenaba el silencio de la estancia. Mark había abandonado su estilo impoluto habitual; vestía un chándal desgastado y una chaqueta de lana mientras recorría con la vista columnas de números y movimientos bancarios, apuntando notas rápidas en su libreta. Cuando Martín entró, notó al instante que el tufo a funeral que solía rodear a su amigo se había disipado.

—Vaya, dichosos los ojos. Ya creía que en esta casa se había abolido el trabajo. Veo que hoy no vienes a pelearte con el mundo.

—Se acercó con una sonrisa burlona—. Se te ha quitado esa cara de jodido mustio que traes siempre, como si te debiera dinero. Ahora pareces un adolescente atontado.

Martín le dio un codazo que demostraba una camaradería que trascendía la relación profesional. Mark soltó una carcajada.

—Se ve que tenías razón, viejo lobo. —Cerró el portátil—. Solo tenía que dejar que entrara en la biblioteca para que el castillo volviera a brillar.

—Se la ve bien, Mark. De verdad —asintió Martín, y su mirada de perro guardián se suavizó—. Hacía falta luz en este tugurio para borrar tu comportamiento obsesivo-compulsivo con tanto orden.

Mark se reclinó en la silla, entrelazando las manos tras la nuca. Sus ojos brillaron con una chispa que Martín no veía desde hacía años.

—Voy a sacarla a cenar esta noche, Martín. He reservado en Arisū. Necesita aire, necesita ver que el mundo no termina en estas verjas. No puedo tenerla aquí encerrada como un trofeo; estoy harto de jugar al escondite con mi propia vida. Además, creo que le gustará recordar los sabores de su tierra.

—Joder, Mark, ¿en Arisū? —Silbó—. Si es prácticamente imposible conseguir una mesa allí antes de seis meses, a menos que seas un jefe de Estado; allí no entras ni con invitación del Rey.

Mark esbozó una sonrisa triunfal, frotándose las manos.

—Bueno, he tenido que soltar unos cuantos fajos para buscar hueco, pero por suerte conozco al dueño y le he prometido una invitación a la presentación de la próxima semana. Esta noche no es para escatimar.

Martín se quedó un momento en silencio, procesando la magnitud de la declaración. Aquello no era solo una cena; era una declaración de guerra a sus miedos.

—Vaya, vaya con el agorafóbico. —Esbozó una media sonrisa socarrona—. Pues sí que te ha sentado bien nuestra niña. A ver si ahora vas a querer comprarte un descapotable para que te dé el aire.

Mark sonrió, volviendo la vista a la ventana, pero el tono de la conversación cambió de golpe.

Borró la sonrisa del rostro y entornó los ojos, clavando su mirada en un punto indefinido entre el jardín y la reja. Martín lo reconoció al instante: el mecanismo de control volvía a girar.

—Hablando de luz, Martín. No quiero seguir aquí como un gato encerrado. Estos dos días me han servido para darme cuenta de algo: tengo una vida que proteger, y no voy a permitir que nadie la ponga en riesgo. Necesito que encuentres a Sonia, o a quien sea que esté usando su nombre para jugar con nosotros. Tengo que saber quién ha mandado esa carta.

Martín se irguió. Su figura se cuadró de forma instintiva. En ese terreno se movía mejor que nadie.

—Ya estoy en ello, no he estado ocioso mientras jugabas a las casitas, Mark. He revisado cada detalle. —Su tono fue tajante—. Voy a empezar a mover contactos hoy mismo. Gente que sabe dónde mirar entre los despojos.

Mark asintió. Sabía perfectamente a qué se refería; los contactos de Martín eran sombras dentro de la policía, hombres que le debían favores o que compartían su mismo código de silencio.

—Bien. Yo también moveré mis propios hilos. —Mark volvió sus manos al teclado y empezó a trabajar—. Si alguien está intentando joderme con cartas y fantasmas del pasado, va a descubrir que este refugio tiene garras.

Martín guardó silencio un segundo, sopesando la logística de la noche.

—¿Quieres que Dani os acompañe a la cena? Estará fuera, en el coche, por si las moscas.

Mark negó con la cabeza sin dudarlo.

—No hace falta. Sabes que a Súa no le convence el chico, se pone tensa cuando él está cerca. Además, solo será una cena en un sitio público. No voy a estropearle la noche asustándola con seguridad extra.

Martín lo observó fijamente. Vio la armadura que Mark estaba tratando de vestir y sintió una mezcla de alegría por la cita y excitación por la investigación inminente.

Empieza la partida, pensó el Lobo mientras se dirigía a la puerta.

—Mantente localizado. —Se giró hacia él—. No me gustaría tener que ir a buscarte entre los postres.

Súa se sentía distinta esa tarde. Frente al espejo del tocador, observaba su reflejo como si estuviera redescubriendo a una extraña. Sus dedos acariciaron la seda de un vestido azul largo que Mark había hecho aparecer sobre la cama poco después de comer. Estaba claro que, si su vida iba a dar ese giro, necesitaría renovar su armario.

Tres años, tres años sin salir como una mujer, sin sentir la vida moverse a mi alrededor.

Sus únicas salidas de la finca habían sido para realizar compras menores o algún paseo por el pueblo. Se aplicó el carmín recordando la técnica olvidada, saboreando la sensación de arreglarse para salir. La mano le temblaba un poco, pero se obligó a respirar hondo. El aroma del perfume empezó a llenar el aire, borrando el olor a encierro que ella sentía pegado a la piel.

En el umbral de la puerta, Mark la observaba en silencio. Iba impecable, con un traje negro y su sempiterna camisa del mismo color. Había recuperado ese aire de hombre seguro de sí mismo, aunque en el fondo de sus ojos Súa pudo ver una pizca de vulnerabilidad.

—He reservado en Arisū. He pensado que te gustaría volver a sentir los sabores de Corea.

Súa se giró despacio, dejando que la seda del vestido rozara sus piernas.

—Arisū. —Una pequeña sonrisa iluminó su rostro—. Es un lugar arriesgado, Mark. Todo el mundo querrá saber quién es la mujer que ha conseguido sacarte de tu madriguera.

—Pues que miren. —Se acercó y la rodeó por la cintura—. Es hora de que vean la preciosidad que soporta mis manías.

Bajaron las escaleras juntos. Martín esperaba junto a la puerta principal con las llaves del Lexus negro en la mano. Su mirada los escrutó; Súa parecía otra persona. El Lobo se sobrecogió: su niña estaba imponente, derrochaba poder. No había duda de que esa estampa era la que debía proteger costase lo que costase.

El motor del coche ya esperaba, listo para sacar a los conejos de la madriguera.

12. EL ARISŪ

Arisu (아리수)

Súa miraba por la ventana, casi sin parpadear, mientras el Lexus se adentraba en las arterias iluminadas de Madrid. Todo sonaba y se sentía distinto a su refugio en la sierra; allí donde antes había silencio y nieve, ahora todo eran luces, el zumbido constante de un tráfico que no dormía y el perfil de los rascacielos recortando el cielo bajo el *skyline* de la capital. Al alzar la vista hacia las cuatro torres de la Castellana, sintió un *déjà vu*. Aquellos colosos que recortaban el horizonte como faros le recordaron a Seúl; por un momento, pudo oler su tierra incluso desde el interior del coche.

Cuando el coche se detuvo frente a la fachada del Arisū, Súa bajó y se quedó inmóvil un segundo. Levantó la cabeza para observar cómo los edificios iluminados desafiaban la oscuridad mientras una brisa suave agitaba la seda de su vestido. No parecía notar el frío; estaba demasiado absorta en las luces que bailaban en sus ojos verdes y el aroma de la ciudad.

—Me recuerda a Gangnam. —Parpadeó rápido, luchando contra el escozor de los ojos, y tragó saliva—. Por un momento he sentido que estaba de vuelta allí.

Mark la observó mientras rodeaba el coche para ponerse a su lado. Verla así, con esa curiosidad y la emoción a flor de piel, le confirmó que el esfuerzo de la reserva había valido la pena. Le ofreció el brazo, disfrutando del brillo que ahora iluminaba su mirada, y empezaron a caminar.

Súa irguió la espalda, moviéndose con una libertad que la hacía sentir viva. Sus ojos recorrían los edificios con un entusiasmo infantil pero sofisticado. Se ajustó un mechón de pelo tras la oreja, y Mark notó cómo las cabezas de los transeúntes se giraban de forma

inevitable. No era solo su belleza; era la energía que desprendía, una fuerza que parecía reclamar su sitio en la noche.

Joder, está preciosa. Mark notó cómo su presencia llenaba la calle. Ella se aferraba a su brazo con serenidad, dejando que el mundo girara, por una noche, a su alrededor.

—¿Lista para volver al mundo? —le preguntó en un susurro.

—Contigo, siempre.

La presencia de algunos fotógrafos en las inmediaciones del Arisū era parte del paisaje habitual, acostumbrados a que siempre pasara algún famoso. Sin embargo, al verlos avanzar, las cabezas empezaron a girarse. El silencio de la calle se rompió con el sonido de los obturadores. Dos tipos con teleobjetivos se separaron de la pared, ajustando el enfoque con rapidez. Súa entrecerró los ojos; dos flashazos la cegaron.

Un murmullo corrió entre los fotógrafos: *«¿Es él? ¿Y quién es ella?».*

El ambiente se cargó de tensión. Mark sintió la marea de ojos y sintió cómo su espalda se contraía; cerró los puños, apretando la mano de Súa. Su mandíbula se tensó. Ella lo notó al instante; apretó su brazo con suavidad, buscándolo con la mirada.

—Tranquilo. —Fue un hilo de voz que solo él podía oír—. *Naneun neoui anshikcheoya*[60].

Mark soltó el aire acumulado. El portero les abrió la puerta con una inclinación, dejando el acoso exterior atrás. En ese último segundo, Mark miró de reojo hacia atrás: vio a uno de los fotógrafos asentir para sí mismo mientras revisaba la pantalla de su cámara, comprobando que tenía la foto.

Nada más entrar, un neón brillaba sobre sus cabezas con el envolvente sonido de una fuente de agua sobre una piedra volcánica:

Arisū – (아리수)

El local olía a madera de fresno y cítricos. Era un refugio de penumbra diseñado para ofrecer intimidad. El dueño, Roberto, se acercó a recibirles con los brazos abiertos y una sonrisa aduladora.

—Mark, empezaba a pensar que te habías convertido en un mito. —Estrechó su mano con fuerza—. ¿Cuánto hace que no te veo, cuatro años? Gracias por venir.

—Roberto. Te prometí esa invitación para la firma del Círculo de Bellas Artes. —Devolvió el gesto con una sonrisa—. Un trato es un trato. Mañana te llegará el pase.

—Eres un hombre de palabra, como siempre. Muchas gracias, Mark. —Roberto dirigió su atención a Súa. Hizo una reverencia cortés—. Bienvenida, señorita. Es un honor tener a alguien tan hermosa y que entienda la esencia de nuestra cocina. He pedido al chef que no europeíce la carta.

Súa le devolvió la sonrisa, relajada y agradecida.

—Muchas gracias, Roberto-ssi —dijo ella con suavidad—. Eso espero. Llevo demasiado tiempo echando de menos los sabores que no piden perdón.

El dueño asintió complacido, se despidió cortésmente y chascó los dedos para que un camarero los acompañara.

Mark colocó una mano en la cintura de Súa, y se dejaron guiar hacia el interior. Su atención estaba volcada exclusivamente en ella, disfrutando de cómo el vestido azul se movía con cada paso. Se sentaron en un apartado circular, rodeados de tres mesas a distancia prudencial y aislados del resto de la sala por una cortina de agua.

Mark le tendió la carta con una media sonrisa expectante. Súa la abrió y se detuvo un segundo. Sus yemas acariciaron el papel, dibujando el contorno de los caracteres.

—¿Tienen carta en Hangul? —Levantó la vista. Sus ojos brillaban encantados.

—La han impreso para ti —admitió Mark, reclinándose.

Una chispa de ese orgullo de macho ibérico apareció al ver su reacción. Se sintió como el galán de una telenovela; era consciente de lo absurdo del gesto, pero saboreó el triunfo.

—Quería que, al menos por esta noche, todo te resultara familiar.

Súa sonrió, encantada, y miró al camarero que esperaba con la libreta. Pidió con una alegría que llevaba años dormida, saboreando cada sílaba de su idioma natal.

—Un *Kimchi-jjigae* y *Jeon* de marisco.

Cerró la carta y se quedó mirando el mantel, como si el simple nombre de los platos la hubiera transportado de golpe a la cocina de su infancia. Mark la observó en silencio. Recordó el olor de ese mismo guiso impregnando las paredes de la casa de Seokju, el hombre que le curó; recordó el sabor del picante mientras se recuperaba en aquel *yo*. Él sabía que no estaba pidiendo comida, estaba pidiendo nostalgia.

Mark asintió, cerrando su propia carta sin mirarla.

—Y para beber, tráenos Vega Sicilia Único. Que respire bien. —Mark miró a Súa a los ojos—. Un Ribera con carácter. Creo que esta noche la mezcla de culturas va a funcionar bien.

Cuando se quedaron solos, el ambiente del reservado los envolvió. Mark se aflojó el botón de la camisa. Allí, bajo la luz suave, parecía un hombre corriente.

—Me gusta este sitio —confesó Súa, apoyando los codos en la mesa e inclinándose hacia él—. Gracias, *yeobo*.

—Solo es el principio —respondió él, sosteniendo su mirada—. Vamos a disfrutar, se acabó encerrarnos, Súa.

A medida que el nivel de la botella de Vega Sicilia disminuía, el ambiente entre ellos se relajaba, cargado de esa intimidad que habían echado tanto de menos, aislados del sonido de otros cubiertos por el ruido de la fuente de agua.

Súa devoraba sus platos con la intensidad de la nostalgia pegada al paladar. Un par de tipos que se acababan de sentar en una mesa cercana —trajes oscuros y corbatas flojas— le dedicaron un leve asentimiento, sosteniendo la mirada un segundo más de lo que dicta la cortesía. Pidieron agua y algo de picar.

—A veces cierro los ojos y todavía huelo las hierbas medicinales de la casa de *appa*. —Súa rompió el silencio. Su voz era suave, mecida por el vino—. Recuerdo el día que llegaste. Parecías un fantasma, Mark. Tus ojos... no había nada detrás de ellos. Solo frío.

Mark asintió despacio. Recordaba el dolor, pero sobre todo el vacío.

—Estaba roto. Si el *Seuseungnim* no me hubiera aceptado, si tú no hubieras estado allí para cambiarme los vendajes, probablemente

habría terminado en una zanja perdida o un manicomio. Esos meses fueron los primeros en los que dejé de tener miedo.

—Fuimos felices —murmuró ella, trazando círculos en el mantel —. En medio de la nada, sin obligaciones ni cartas. A Appa le gustabas, ¿sabes? —La sonrisa de Súa vaciló un instante, ensombrecida por un recuerdo que aún dolía—. Él siempre decía que se conoce a un hombre por cómo se levanta después de caer. Y tú te levantaste muy alto.

Mark cubrió la mano de ella con la suya. El contacto fue firme, evitando que la memoria la arrastrara demasiado hondo.

—No lo suficiente —suspiró Mark, perdiendo la mirada hacia la sala.

Uno de los hombres de la mesa contigua volvió a girarse. Esta vez, sostuvo la mirada un segundo más antes de volver a su conversación susurrada.

—Nos miran —susurró ella.

—Que miren —respondió Mark, sin girarse—. Eres la mujer más impresionante del local. Lo raro sería que no miraran. —Cambió el tono, buscando disipar la melancolía del recuerdo—. Olvida el resto. Estamos en Madrid. Tenemos tiempo y nos hemos encontrado de nuevo.

—¿Y la carta? ¿Y lo que hay fuera de tu refugio?

—Martín se está encargando.

Se reclinó sobre la silla restándole importancia.

—Es solo alguien que quiere asustarnos, algún fantasma aburrido. No voy a dejar que un pedazo de papel me diga cómo vivir. Ahora te quiero a ti, Súa. Estoy cansado de aislarme.

Ella lo miró a los ojos, buscando la verdad en el fondo de sus pupilas. Lo que encontró no terminó de calmarla.

—Me quedaría toda la vida como estamos ahora —confesó ella, recostándose en la silla—. Sin miedo. Solo nosotros.

El camarero se acercó para retirar los platos vacíos, rompiendo la burbuja de romanticismo con su voz.

—¿Desean algún postre? —preguntó.

Mark miró a Súa.

—¿Qué te apetece? Pide lo que quieras, es tu noche, *yeobo*.

Súa dudó un momento. Sus ojos recorrieron la carta mentalmente, buscando ese último renglón.

—*Hotteok* —dijo ella, salivando el dulzor del postre al decirlo—. Pero el de verdad. Caliente, con el azúcar moreno derretido por dentro.

—Excelente elección —aprobó el camarero con una leve inclinación.

Mark sonrió. Verla pedir algo tan sencillo, tan callejero en un lugar de lujo, le confirmó que ella estaba feliz.

—*Hotteok* y café para mí —confirmó Mark—. Y *Boricha* para ella.

Súa estaba disfrutando de su postre con una intensidad casi devota.

—Mark, no te niego que la cocina de aquí es extraordinaria y que me he acostumbrado muy rápido al jamón y a vuestros guisos —dijo ella, saboreando otra cucharada—, pero por muy rico que esté todo, al final siempre echo en falta ese regusto intenso que te hace sudar un poco y te recuerda que, en el fondo, sigues siendo una chica…

La frase se apagó en su boca.

Su mirada se clavó en una mujer que pasaba justo detrás de Mark, caminando hacia los aseos. Observó cómo sacaba un pequeño frasco del bolso y se pulverizaba dos veces el cuello sin detener el paso. Una bruma invisible flotó en el aire.

Su paladar olvidó el sabor del *Hotteok*. Su cerebro, criado entre tarros de raíces y especias, reconoció el aroma al instante. La flor: Nardo. Su padre lo usaba en sus preparados para calmar los nervios, pero aquí había algo más; estaba mezclado con un rastro de algo que olía como el cuero nuevo. Todo ello bajo un manto dulzón de ámbar que, en conjunto, se le pegó al paladar como si acabara de tragar veneno.

El instinto le gritó antes que la razón. Tragó saliva y terminó la frase con un hilo de voz:

—... de Seúl.

La cuchara se le escapó de los dedos.

—¿Mark?

Mark ya no estaba allí. Al bajar la vista, Súa ya no vio al hombre que bromeaba sobre el sabor del postre. Su rostro era la imagen perdida entre pesadillas en un colchón de Seúl, la misma expresión muerta que le había visto cuando llegó la carta. Un vacío que llenaba sus ojos. La cuchara temblaba entre sus dedos, amenazando con verter su contenido sobre el mantel.

De pronto, el *flash* de una cámara detuvo el tiempo. Mark estaba perdido en su propia oscuridad. Su mente descendía hacia el abismo al ritmo que marcaba el sonido de dos tacones alejándose.

Clap, clap, clap.

Un fogonazo estalló contra sus ojos. Aquella luz detonó su mente; fue una implosión que lo desestabilizó todo, una chispa de odio sin control creciendo en su interior.

En medio del caos, la voz de Seokju resonó en su memoria: *el desorden es debilidad, hasta que encuentres tu sitio. Para sobrevivir, el control debe ser absoluto. Ser el dueño de tu mente, o la nada*.

Súa notó el brillo de odio en sus ojos un instante antes del caos. Fue un destello animal. La silla sobre la que se sentaba Mark salió volando por los aires, derribada por el impulso de sus piernas al levantarse. Antes de que Súa pudiera siquiera reaccionar, él ya se había abalanzado sobre la mesa de al lado.

—¡¿Qué coño creéis que hacéis?!

Dio un manotazo violento y le arrancó la cámara de las manos al fotógrafo. El aparato salió despedido con una inercia salvaje, cruzando la sala hasta estamparse contra la pared opuesta. El sonido del impacto fue seco y definitivo: piezas estallando en mil pedazos.

Sin detenerse, Mark agarró a aquel hombre del cuello de la chaqueta. Lo levantó con una fuerza sobrehumana, volcando la mesa en la que se sentaban. Copas, platos y cubiertos se estrellaron contra el suelo provocando un estruendo que puso en alerta a todo el restaurante.

—¡Buitres! —Fuera de sí, estampó al hombre contra la pared—. ¡Malditos hijos de puta! ¡¿Quién os envía?!

El fotógrafo, inmovilizado y con los pies casi en el aire, tembló de terror al ver aquella expresión desquiciada en los ojos de Mark. No había humanidad allí, solo una furia asesina. A su lado, el compañero del fotógrafo se apresuró a ponerse a cubierto tras una columna, sacando una segunda cámara pequeña para disparar una ráfaga frenética.

Clic, clic, clic

Al oír el obturador, Mark apretó más el cuello del hombre, asfixiándolo sin parpadear.

—¡Dejadme en paz! —Su voz se rompió, bañada en una ira animal —. ¡Decidle que me deje en paz de una puta vez, cabrones!

Mark levantó el puño, dispuesto a estamparlo en la cara de aquel hombre. Súa se apresuró a levantarse, alcanzando a un Mark totalmente desquiciado y trató de retenerlo agarrándole del brazo. Mark, fuera de sí, la empujó, haciéndola caer. El impacto le lastimó el brazo.

Ella gritó desde el suelo, con la voz desgarrada:

—¡Mark, no! ¡Estoy aquí, soy yo!

Se levantó ignorando el golpe y, poniendo la mano firmemente sobre su hombro, le obligó a mirarla.

—*Meomulleojwo*, Mark —suplicó en su idioma, buscando conectar con la parte de él que aún estaba cuerda—. Ella ha contaminado tu mente. No la dejes entrar.

Aquel contacto pareció relajar a Mark. Poco a poco, la sangre que palpitaba en su rostro pareció calmarse mientras la lucidez regresaba a su mirada. Soltó el cuello del fotógrafo, que cayó al suelo tosiendo, y miró a Súa. Vio el miedo en los ojos de ella. Vio cómo se frotaba el brazo donde él la había empujado segundos antes.

El terror lo invadió de golpe. Mark se miró las manos, las mismas que acababan de ejercer esa violencia desmedida, y luego la miró a ella con absoluto pánico, como si él fuera el monstruo de la habitación. Dio un paso atrás, tropezando con una silla caída.

—Lo… lo siento. No quería... no te acerques. —Alzó la mano para alejarla.

El restaurante estalló en murmullos escandalizados. Varios camareros acudieron a la carrera, sorteando los cristales rotos y la mesa volcada. Los dos hombres aprovecharon el desconcierto. El hombre del suelo se puso en pie a trompicones, frotándose el cuello, y junto a su compañero —que protegía la cámara contra su pecho como un trofeo—, huyeron hacia la salida atropelladamente. La bestia había enseñado los dientes y ellos tenían la exclusiva.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

Roberto apareció abriéndose paso entre el personal. Su rostro, rojo de indignación, palideció de golpe al ver quién estaba en el centro del desastre.

—¿Mark? —balbuceó, quedándose petrificado.

Miró los destrozos, la cámara reventada en la pared y a los hombres que huían. Esos tipos se habían colado. No se atrevió a decir nada más. Los comensales de las mesas cercanas estiraban los cuellos, susurrando, algunos incluso levantaban sus móviles. El espectáculo de la celebridad violenta era demasiado tentador.

En medio de ese caos, Súa emergió. Se alisó el vestido, ignorando el dolor del golpe, y se interpuso entre Mark y las miradas curiosas, creando un muro invisible.

—Roberto, lo sentimos mucho —dijo ella—. Ha sido un malentendido provocado por esos hombres. Por favor, envíenos la factura de todos los daños mañana mismo. Nos haremos cargo de todo, incluida la cena de los clientes que hemos molestado.

El dueño asintió, mudo, incapaz de reaccionar ante la autoridad de ella.

—Ahora, necesitamos salir por la puerta de atrás. Inmediatamente, y necesitamos un taxi —ordenó Súa.

Sin esperar respuesta, se giró hacia Mark, que seguía paralizado, mirándose las manos con horror. Ella no le preguntó. Le agarró del brazo con fuerza, ignorando su resistencia, y tiró de él.

—Vamos —le susurró al oído con urgencia—. Camina, Mark. No des más espectáculo.

Lo arrancó del lugar, arrastrándolo lejos de los focos antes de que el mundo terminara de derrumbarse sobre ellos.

El interior del taxi era como viajar camino de un velatorio. Él no la miraba; mantenía la vista fija en el asfalto que devoraba el coche, con la mandíbula tan tensa que parecía a punto de reventar.

—Por esto le prometí a tu padre que me alejaría. Por esto pasé tres años intentando que me olvidaras. Sabía que soy el monstruo del armario, el desorden forma parte de mí. Y yo no puedo permitirme el desorden, Súa. Mi vida tiene que ser el mecanismo de un puto reloj, o volveré a romperme en mil pedazos.

Súa le cogió la mano, pero él la apartó como si lo hubiera quemado una brasa.

—Lo del Arisū... —empezó ella.

—Lo del Arisū soy yo. —Volvió el rostro para mirarla. Sus ojos ya no tenían rastro de la ternura de la cena. Eran oscuros, dominantes, hambrientos de una seguridad que se le escapaba entre los dedos—. Necesito que todo esté en su sitio. Necesito saber que mando yo. Si pierdo el control una sola vez más… Deberías alejarte de mí, Súa, o nos destruiré a los dos.

El chirrido de la reja al cerrarse sonó como el cerrojo de una celda. En el porche, Martín permanecía de pie, con el rostro interrogante. Dio un paso hacia delante cuando vio entrar a Mark, pero se detuvo en seco al notar las vibraciones que emanaban de la pareja.

Súa, con el brazo aún dolorido tratando de seguir la velocidad que imponía Mark, clavó la mirada en el Lobo y le hizo una seña casi imperceptible con la mano frenándolo. Martín asintió, dio un paso atrás y desapareció en la penumbra de la finca, dejándolos solos.

Mark caminó hacia el centro del salón sin encender las luces. Se quitó la chaqueta con furia y la lanzó sobre un sillón; no se detuvo. Caminó de un modo mecánico, preciso, sin un ápice de relajación.

—Dormiré en la habitación de invitados.

No se volvió.

—No quiero. —Apartó la mirada de ella, mirando al suelo—. No debería estar cerca de ti esta noche.

Súa se interpuso en su camino con la autoridad que había mostrado en el restaurante. Le puso la mano en el pecho, justo

donde el corazón de Mark latía con una fuerza que parecía querer romperle las costillas.

—Mírame, Mark. *Nareul bwa*[61].

Él negó con la cabeza, manteniendo la vista en el suelo, apretando los puños.

—Te he hecho daño. —Sus ojos perdieron el rastro de la ira; ahora solo quedaba un pánico infantil que le desencajaba las facciones—. Te he empujado, Súa. He perdido el control. Soy un monstruo, ¿es que no lo ves? El diablo tiene las llaves y yo…

—Tú no eres un monstruo —lo cortó ella, dando un paso más, obligándolo a retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared —. Eres un hombre que está librando una guerra. Y yo no voy a dejarte solo en el *Jiok*, no lo hice en Guryong y no lo haré ahora.

Súa subió la mano hasta su rostro. Aún olía al aroma dulce del *Hotteok*; recorrió la línea de la cara de Mark, que seguía tensa. Lo acarició con una ternura que contrastaba con la violencia que él sentía en su interior.

—Te conozco, Mark. Conozco al hombre que lloraba sobre un *yo* y conozco al hombre que me ama. El monstruo solo es una coraza que pesa demasiado. Déjala caer. Quédate conmigo. *Meomulleojwo*.

Aquel susurro fue el fin de la resistencia de Mark. Fue como si la palabra hubiera desbloqueado una puerta cerrada. Su respiración se aceleró, pero no de miedo, sino de una necesidad primaria, oscura y absoluta. Agarró la mano de Súa que estaba en su mejilla, con una firmeza que hizo que ella soltara un leve gemido de sorpresa.

Sus ojos se encontraron al fin. Los de Mark eran dos pozos de deseo, cargados de una posesividad nueva. No buscaba perdón.

Sin decir una palabra, la arrastró hacia la habitación principal. No hubo caricias dulces, solo había necesidad. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Mark la empujó contra el colchón, cayendo sobre ella con voracidad, reclamando cada centímetro de su piel. Sus manos ya no eran las del amante cuidadoso; eran las del hombre que necesita confirmar que su tesoro sigue allí, intacto, a pesar del asedio.

Sus besos eran urgentes, casi violentos. Quería que ella solo oliera a él, que solo sintiera su control. Súa notó el cambio: la forma en que él la sujetaba por las muñecas, la manera en que le exigía que no apartara la vista. Lejos de asustarse, se abrió a él como un refugio, aceptando esa furia porque sabía que, en ese momento, era la única medicina.

Mark no esperó a que Súa dijera nada; la acorraló en la cama y, con movimientos rápidos y abruptos, comenzó a despojarla de su ropa.

No había delicadeza en sus dedos; solo la urgencia de alguien que necesita piel contra piel para convencerse de que sigue vivo. Los botones cedieron bajo una fuerza que rozaba lo violento, dejando el torso de ella al descubierto en la penumbra.

Él se apoderó de su cuerpo con el hambre de un lazarillo. Sus manos la sujetaron con una firmeza que hizo que la piel de ella rozara el dolor. Hundió la cabeza en el pecho de Súa, mordiendo sus senos con una agresividad que hizo que ella arqueara la espalda, soltando un quejido entre sus dientes apretados. No era un juego preliminar. Las manos de Mark bajaron con rapidez, abriéndose paso entre sus muslos para acariciar su sexo de un modo animal, directo, buscando una respuesta física que la preparara para su furia.

Súa era plenamente consciente del cambio. Sentía el calor abrasador que emanaba de la piel de Mark, el olor a sudor y esa rabia contenida que empezaba a transmutar en deseo. Sintió la posesión brutal en cada movimiento, en la forma en que él la manejaba como si fuera un caballo salvaje que necesitaba ser dominado.

Antes de que ella pudiera prepararse, Mark la volteó con un movimiento brusco, obligándola a apoyar las manos sobre el colchón, y le levantó las caderas. Se situó tras ella, agarrando con fuerza el contorno de sus glúteos. Ella escuchó el sonido del metal de su cinturón y el jadeo gutural que escapaba de su garganta. Sin mediar más palabras, la penetró por detrás con una embestida que la dejó sin aliento, expulsando el vacío que el miedo había dejado en él minutos antes.

—Eres mía, Súa —gruñó él contra su nuca, fuera de sí—. Eres mi cura, mi deseo, mi puta necesidad.

Sus manos se cerraron sobre las caderas de ella, hincando los dedos en la carne con la fuerza de quien se aferra a un tablón en un naufragio. Aceleró el ritmo, convirtiendo el acto en una ráfaga de impactos descontrolados. En cada embestida, Mark parecía intentar expulsar el fantasma de Sonia, el olor del nardo y el destello del *flash*, sustituyéndolo todo por la realidad del cuerpo de Súa dentro del suyo.

Súa, con el rostro hundido en las sábanas, aceptaba cada golpe de su cadera.

Mark levantó el rostro de ella, obligándola a girar el cuello hacia él.

—Mírame, Súa —exigió con la voz ahogada por el esfuerzo—. Quiero que no apartes la vista. Necesito perderme en tus pupilas verdes, *yeobo*.

El ritmo de Mark era salvaje; cada embestida era un impacto de bala que parecía querer desencajarle las caderas, una lucha contra los fantasmas que lo perseguían desde el restaurante. Se aferró a su seno izquierdo con una fuerza violenta, casi dolorosa, hundiendo los dedos en su piel como si temiera que ella pudiera desvanecerse si soltaba su pecho.

—Me vuelven loco estas tetas... —jadeó contra su oído, mordiendo el lóbulo—. Son mías.

Entonces, con un gemido que sonó más a un grito de guerra que a uno de placer, se rompió dentro de ella. Se vació totalmente, y en esa marea caliente que inundó a Súa, Mark pareció expulsar no solo su semen, sino también el miedo, el tormento y un trozo de su propia vida que ya no era capaz de cargar.

El silencio que siguió fue total, solo roto por la respiración entrecortada de ambos y el eco lejano del agua de una fuente que aún resonaba en sus mentes. Mark se desplomó sobre la espalda de Súa, pesado y exhausto, con el rostro hundido en su cabello.

Permaneció unos segundos sobre ella, con el cuerpo aún temblando por las réplicas del esfuerzo. Poco a poco, la tensión de sus músculos cedió. Se deslizó hacia un lado, pero antes de que el

frío de la habitación los separara, rodeó la cintura de Súa con un brazo, pegándola a su pecho con una desesperación silenciosa.

A pesar de la brusquedad de hacía un momento, su mano buscó la de ella sobre la sábana revuelta. Entrelazó sus dedos con los de Súa, apretándolos con una suavidad que parecía una súplica de perdón. Apoyó la frente en el hueco de su hombro y aspiró profundamente, buscando el rastro de su piel, el olor que siempre lo devolvía a casa.

—No me dejes. —Apenas le salió un susurro—. No me dejes solo con esto.

No hubo más. Sus párpados pesaron demasiado. Mark cayó rendido en un sueño profundo y oscuro, un vacío necesario donde el diablo ya no podía gritarle, anclado a la realidad únicamente por el calor del cuerpo de Súa y la presión de sus dedos entrelazados. Ella quedó vigilándole mientras Mark se sumía en sus sueños.

13. EL VÍNCULO

Inyeon (인연)

Guryong, Seúl.
Tres años antes

Los días siguientes a aquella primera noche se fundieron en una rutina donde la calma convivía con el deseo. La pequeña tienda, antes un lugar ajeno, se llenó de una luz hogareña.

La vida fluía entre pequeños detalles. El día amanecía con Súa en la cocina, envuelta en el vapor del arroz recién hecho y el aroma terroso de las hierbas que su padre recolectaba. Mark se quedaba hipnotizado mirando sus movimientos gráciles y metódicos mientras sus manos picaban verduras. La observaba desde el umbral, apoyado en el marco de la puerta, sintiendo por primera vez en años que pertenecía a un lugar. Cuando sus miradas se cruzaban, el aire prometía lo que vendría al caer la noche.

Las mañanas se iban en el trabajo físico, duro y sanador. Mark trabajaba bajo el sol, descargando el hacha contra los troncos de leña. Cada golpe era una liberación, como si estuviera partiendo en dos los fantasmas que habitaban su mente. Sus músculos se tensaban por el esfuerzo. Súa a veces detenía su tarea en el huerto, con las manos manchadas de tierra mientras arrancaba las malas hierbas, para mirarle. La curiosidad inicial había dado paso a un amor puro, una admiración por el tesón que demostraba ese hombre; sin embargo, aún sentía la oscuridad que a veces cruzaba su mirada.

Por las tardes, el ritmo se ralentizaba. Juntos, limpiaban el polvo acumulado en las estanterías de la tienda. Mark cargaba pilas de libros antiguos, mientras Súa los organizaba con orden. En el silencio

de esa sala, rodeados de siglos de sabiduría, sus conversaciones se convertían en susurros cómplices y risas comedidas. Se rozaban al pasar, un contacto leve con la mano, suficiente para enviar una descarga de calor a través de sus cuerpos.

Y entre tarea y tarea, el maestro Seokju observaba. Durante esos días Mark había empezado a buscar a Súa con una obsesión casi religiosa; la buscaba en cada descanso, al parar a comer, pero sobre todo la buscaba a la hora de dormir.

Por las noches Mark hablaba con Seokju. Mantenían esas charlas en las que la meditación tomaba forma; Seokju dirigía el proceso de curación de Mark. Mientras tomaban un té amargo en el *sarangbang*, el maestro encendía las velas y daba paso primero a la meditación silenciosa, densa como el humo del incienso, donde los pensamientos apretaban el cuello como una soga hasta que la mente escuchaba; después conversaba con Mark.

—Ya no hay tormenta en tus ojos, Mark-ya —dijo Seokju.

Mark miró sus propias manos, callosas por el trabajo reciente, y asintió despacio.

—No. Pero tampoco hay nada más, *Seuseungnim*. Me siento hueco. Como si el *Heuksintang* lo hubiera quemado todo por dentro y solo quedara la cáscara.

El maestro dio un sorbo lento a su cuenco de cerámica.

—Eso es bueno. El vacío no es el final, es el principio. Has limpiado el terreno de escombros. Ahora tu cuerpo está despejado. —Seokju clavó su mirada en él, una mirada que parecía desnudarle —. Ahora es cuando empieza el verdadero trabajo. Tienes que reconstruirte, Mark. Piedra a piedra. Pero esta vez, no construirás una cabaña de paja que cualquier viento pueda derribar. Construirás una fortaleza. —El maestro se inclinó, y su voz bajó, volviéndose implacable—. *Adeul*[62], tienes que moldearte como el barro. Ahora eres una promesa. Primero crearemos la estructura, la base. El desorden es debilidad, Mark. Hasta que encuentres tu sitio, el control debe ser absoluto. Tienes que ser el dueño de tu mente, o serás la nada.

Mark miró hacia el huerto, donde Súa recogía los últimos tomates del día, su silueta recortada contra el sol poniente.

—Una fortaleza —repitió Mark, y la palabra resonó en su mente. Sabía que, para proteger esa nueva luz que había encontrado, necesitaría muros muy altos.

La mañana empezó enrarecida para Mark. Tras el desayuno, Súa anunció que marchaba a la ciudad. Las provisiones de hierbas y víveres comenzaban a escasear y necesitaba acudir al mercado de Gyeongdong para reponer las existencias.

En el momento en que su figura desapareció por el sendero, toda la casa cambió. Ya no sentía paz; solo una presión en los oídos, como si el aire se hubiera vaciado.

Mark se quedó reparando el mostrador que se había desencajado. Golpeaba los clavos con una fuerza innecesaria, intentando llenar su vacío con el estruendo de la madera. Pero su atención no estaba en la tabla. Cada pocos minutos, el martillo se detenía en el aire. Su cabeza giraba instintivamente hacia la ventana que mostraba el camino de tierra; sus ojos barrían la calle vacía buscando su movimiento, calculando el tiempo que había pasado.

Cinco minutos. Diez. Una hora que se estiraba.

El sudor le escocía en los ojos, pero era la quietud lo que realmente le quemaba. Sin el rumor de los pasos de Súa o el tintineo de su risa, la fortaleza de la que hablaba el maestro parecía de papel. Dejó caer el martillo y se asomó a la ventana, oteando el horizonte como un perro guardián.

—El camino no se va a mover, Mark-ya. —La voz de Seokju llegó tras el humo de su pipa.

Mark se enderezó de golpe, sintiendo un calor súbito en la nuca. El maestro estaba sentado en el fondo de la tienda, con los ojos entrecerrados, observándole a través del humo gris.

—No estoy mirando el camino, *Seuseungnim*. —Mark recuperó la postura y se limpió el sudor de la frente—. Solo estaba comprobando si venía lluvia. El aire está cambiando.

Seokju exhaló una nube de humo gris que tardó en disiparse en el aire.

—Un hombre que mira al horizonte vacío antes de terminar su labor es un hombre que busca una salida —dijo el maestro—. Tienes miedo del vacío, Mark.

—No le tengo miedo a nada aquí.

—Mientes. Le tienes miedo al silencio. —Seokju señaló con la boquilla de la pipa el lugar donde Súa solía sentarse a limpiar raíces —. Has construido una casa de cristal y has puesto a mi *ttal*[63] en el centro para que sostenga el tejado. Pero, ¿qué hará el arquitecto cuando la columna se caiga?

Mark tragó saliva. La metáfora le golpeó con más fuerza que cualquier insulto. El maestro no le estaba sermoneando; le estaba advirtiendo de que su fortaleza era una ilusión dependiente de un solo hilo.

—Es peligroso que vaya sola. Solo me preocupo por su seguridad —insistió.

—No tienes miedo por ella. Tienes miedo por ti. Tienes miedo de quedarte a solas con lo que hay dentro de tu cabeza.

—Ella volverá —susurró Mark, y la frase sonó a súplica.

—Ese es el problema. Que tu vida solo empieza cuando ella regresa. —El maestro se puso en pie, sacudiendo las cenizas de su pipa—. Hoy, Mark, no eres más que un invitado en tu propia mente.

Iba a replicar, a defender su derecho a preocuparse, cuando un sonido rompió el sermón y rasgó la quietud. Era el ronroneo de un motor que había parado fuera.

La puerta de la tienda se abrió de golpe, golpeando la campanilla con una violencia que la hizo sonar como un grito. Choi Kangho entró primero, flanqueado por dos hombres de trajes baratos que se apostaron a los lados de la puerta bloqueando la salida con los brazos cruzados y miradas vacías.

A Seokju se le mudó el rostro. Mark jamás había visto al maestro así; la serenidad milenaria se evaporó, dejando paso a un terror humano, humilde y tembloroso. El que parecía el jefe avanzó sin pedir permiso; comenzó a toquetear los tarros de cerámica, abriéndolos para oler el contenido con un gesto de asco; pasaba sus dedos sucios por las hierbas secas que colgaban del techo,

arrancando algunas y dejando que cayeran al suelo como basura. Estaban profanando el orden sagrado del lugar con una desidia que dolía.

Detrás de ellos, como una sombra elegante que se desliza sobre la inmundicia, apareció Leandro.

Iba impecablemente vestido, un contraste insultante con la pobreza del lugar. Caminó con una prepotencia absoluta, sin dignarse a mirar a nadie a los ojos, paseando la vista por las estanterías con la curiosidad aburrida de quien visita un vertedero. Se detuvo frente al mostrador y, con un dedo enguantado, apartó un cuenco de té que Seokju acababa de preparar, dejando que se volcara lentamente sobre la madera.

—Señor Moon, tiene unas manos maravillosas para curar —dijo Leandro, acariciando el lomo de un libro antiguo con sus guantes de piel fina—. Es una pena que esas mismas manos firmaran el historial de aquel chico de Daesan. Una negligencia criminal. Casualmente era el hijo de mi nuevo amigo Kangho, supongo que se conocen, ¿no es así? Me ha costado mucho encontrar este punto débil.

Mark se levantó de un salto con las venas del cuello a punto de estallar.

—¡¿Qué coño haces aquí, Leandro?! ¡Creo que te dejé muy claro que no quería volver a verte!

Antes de que pudiera dar un paso más, los dos sicarios se le echaron encima sujetándole los hombros y obligándole a sentarse de nuevo. Se quedaron de pie sobre él, impidiendo cualquier intento de movimiento. Leandro se giró despacio, torciendo el gesto en una mueca de asco.

—Vaya, vaya, mi pequeño escritor roto. Se te ve mejor, Mark. El aire sucio te ha sentado bien. —Se acercó a él; ese aroma a perfume caro que Mark detestaba le inundó la garganta—. Creo que la última vez te dejaste esto.

Sin previo aviso, Leandro alzó el brazo y le atizó un puñetazo directo al pómulo. El golpe resonó en la tienda. La cabeza de Mark rebotó hacia atrás, el sabor a tierra de la sangre le llenó la boca al instante. Leandro se sacudió el guante con desdén, como si el contacto con la piel de Mark lo hubiera ensuciado.

—Se me había olvidado devolvértelo. Considera que estamos en paz por aquella falta de gratitud que tuviste. Ahora, siéntate y escucha, porque tu preciosa burbuja acaba de estallar.

En ese momento entró Súa, cargada con las bolsas del mercado, ajena a la tormenta que se formaba dentro. La cara de Seokju se contrajo nerviosa; el color abandonó su piel al verla cruzar la puerta. Antes de que ella pudiera soltar las bolsas o procesar la escena, Leandro se movió con la rapidez de una serpiente. Se colocó detrás de ella y la sujetó con fuerza, inmovilizando sus brazos.

—¡Suéltame! —gritó ella, forcejeando inútilmente.

Leandro ignoró su resistencia. Le acarició la mejilla con el reverso de su mano enguantada, bajando despacio, trazando la línea de su cuello hasta llegar a su seno, donde apretó con una lascivia posesiva y cruel. El aroma de su perfume invadió el aire, asfixiando el olor a tierra y medicina de la tienda.

—Pero qué tenemos aquí, mi dulce terrón de azúcar. —Leandro se acercó a su oído—. Ya tenía ganas de saborearte.

El mundo de Mark se redujo al sonido de su propia sangre palpitando en los oídos. Al ver aquellas manos sobre ella, la rabia le salió por los poros nublándole el juicio. Se levantó tambaleándose, ignorando el dolor del puñetazo.

—¡No te atrevas a tocarla, hijo de puta! ¡Te partiré la cabeza!

No llegó a dar dos pasos. Los sicarios le interceptaron con una violencia desmedida. Le propinaron dos golpes secos: uno en la mandíbula que le hizo escupir un reguero de saliva y sangre y otro en la boca del estómago que le dobló por la mitad. Al caer al suelo de madera, lo patearon sin piedad en las costillas, dejándolo sin aire.

Seokju, temblando, se dirigió a Choi Kangho, quien presidía la escena con una sonrisa de satisfacción.

—Por favor, *sajangnim*[64] —suplicó—. He pagado religiosamente mi deuda, está todo al día.

Choi Kangho se rio, una risa grave y asquerosa, y escupió al suelo, justo al lado de las sandalias de Seokju. En ese momento, Súa aprovechó la distracción de Leandro, que se regodeaba en el

sufrimiento de Mark. Con toda su fuerza, le propinó un pisotón salvaje en el empeine con su bota.

—¡Ahhh! —bramó Leandro, soltándola por el dolor. Ella giró sobre sí misma y, con la mano abierta, le cruzó la cara con un bofetón tan salvaje que le hizo girar el rostro violentamente. Sin esperar a ver la reacción, corrió hacia Mark, tirándose al suelo a su lado. Mark estaba hecho un ovillo, intentando desesperadamente meter aire en sus pulmones.

—Escuchadme bien, muertos de hambre —dijo Leandro, dirigiéndose a Seokju. Señaló al mafioso con un gesto teatral—. Este hombre tan amable, Choi, ha aceptado venderme la deuda que este matasanos tenía con él. Ahora me debes a mí tu vida, viejo, y lo que yo quiero está claro: quiero aplastaros como a las cucarachas que sois —dijo con un asco y un odio viscerales—. Voy a cerrarte este tugurio de mierda, voy a quedarme con tu hijita para practicar mis jueguecitos más depravados, y en cuanto al aspirante a monje tibetano, estás acabado, Mark.

Leandro se inclinó hacia Mark, que seguía en el suelo, para asegurarse de que escuchaba cada palabra.

—No volverás a España, no volverás a poner ni las letras de tu nombre en un papel. El despojo que dejó Sonia se va a pudrir aquí, en este vertedero.

Seokju, temblando de indignación, se adelantó para enfrentarse a Leandro y proteger a los suyos, pero Choi fue más rápido. Le propinó una bofetada brutal con el dorso de la mano que tiró al hombre al suelo de inmediato. Súa se levantó de un salto, con los ojos llenos de lágrimas y furia.

—¡*Appa*! —gritó girándose hacia Leandro—. ¡*Gaesekki*[65]*!*

Ciega de rabia, volvió a golpear a Leandro.

Él enloqueció ante el golpe. Sus ojos perdieron cualquier rastro de civilización, brillando con una lujuria sádica. Miró a los sicarios y ordenó:

—¡Sujetadla! ¡Ponedla sobre la mesa! —bramó, desabrochándose el botón de la chaqueta—. Esta muñequita necesita que la domen.

Se llevó la mano a la hebilla de los pantalones. Mark se revolvió desde el suelo, intentando desesperadamente agarrar una pierna de los agresores, pero recibió otra patada brutal en las costillas. A un metro, Súa lanzaba cabezazos y escupía insultos:

—*¡Michin saekki!*[66] ¡Suéltame!

En ese momento, la campanilla de la entrada dio un respingo. La puerta se abrió dejando pasar a un matrimonio con un niño pequeño. El hombre se detuvo en seco, con la mano aún en el pomo, procesando la imagen de los hombres trajeados y el cuerpo de Mark en el suelo. Los mafiosos se abalanzaron hacia la entrada, tapando la vista del matrimonio y empujando a la familia hacia el camino con una brusquedad que hizo que el niño estallara en un llanto agudo.

—¡Lárguense! ¡Está cerrado por inventario!

Uno de los matones los empujó violentamente para cerrar la puerta.

La familia protestó a gritos por el empujón, el niño lloraba y el escándalo provocó que más gente que pasaba por el camino se detuviera a mirar la tienda, señalando el alboroto. Afuera, la voz del padre empezó a alzarse en una protesta indignada. Leandro, que ya tenía la mano en la hebilla de su pantalón, se detuvo. Sus ojos se desviaron hacia la ventana. Chasqueó la lengua con asco; el anonimato se acababa de romper. Maldijo por lo bajo, dándose cuenta de que el escándalo fuera crecía.

Se rindió, pero antes de soltar a Súa, le propinó un azote sonoro y humillante en el trasero que resonó en la tienda antes de soltarla con desprecio. Se arregló la chaqueta y se volvió hacia Seokju, señalándole con el dedo índice.

—Escúchame, vejestorio. Tienes una semana para pagar esta deuda. La próxima vez me aseguraré de echar la llave. —Leandro se ajustó el pantalón y clavó la vista en Moon—. Y ni se te ocurra ir a la policía, o el historial médico de Daesan será la lectura de cabecera de toda Corea mañana mismo.

Hizo una seña a Choi y a sus hombres para irse. Al pasar al lado de Mark, que intentaba incorporarse, Leandro se detuvo un segundo

y le escupió encima.

La tienda estaba destrozada. Tarros de cerámica hechos añicos y plantas medicinales pisoteadas formaban una alfombra caótica sobre el suelo de madera; ese había sido el último regalo de los asaltantes antes de marcharse.

Mark estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el mostrador. Respirar le costaba un mundo; cada inhalación era una punzada caliente en las costillas, y el sabor de la sangre le llenaba la boca. Tenía un ojo cerrado por la hinchazón y el labio partido.

Súa se movía entre los escombros con rapidez pero sin perder la compostura. Se afanaba en limpiarle las heridas a Mark con un paño húmedo, sus manos temblaban ligeramente por el nerviosismo, luego corría hacia su padre para revisar el golpe en su rostro. Seokju, sin embargo, parecía no sentir el dolor físico. Estaba sentado en un taburete bajo, con la mirada perdida, hundida en el suelo. En sus manos sostenía los dos pedazos de su pipa rota; jugaba con ellos con dedos torpes, como si intentara encajar un puzle imposible. Había perdido la chispa. Parecía un hombre hueco.

Los ojos de Mark, desde su posición en el suelo, se clavaron en el *Seuseungnim*. A pesar del dolor que le nublaba la vista, su mente trabajaba a toda velocidad. Una sombra se movía en sus pensamientos, una mezcla de miedo y una duda corrosiva que Leandro había plantado.

Finalmente, Mark se inclinó hacia un lado y tosió una espesa flema de sangre. Se limpió la boca con el dorso de la mano y rompió el silencio, dirigiéndose a Seokju con la voz entrecortada.

—*Seuseungnim*. ¿Quién era ese tipo? ¿Qué pasó en Daesan? —Hizo una pausa para tomar aire—. ¿De qué deuda hablaba esa gente?

Súa se detuvo con el paño en el aire. Bajó la vista al suelo y la preocupación y el dolor cruzaron su rostro.

El maestro no levantó la cabeza. Siguió mirando la pipa rota entre sus dedos y susurró con voz quebrada:

—*Ije kkeuchida. Oneul nae myeongyega jukneunda*[67].

La respuesta reflejó la derrota que nacía en aquel hombre. Súa, sin embargo, soltó un bufido de frustración. Tiró el paño manchado de sangre al suelo y se giró hacia su padre con los ojos encendidos.

—*Abeoji*, debe saberlo. Esto ahora es tan suyo como nuestro. Ese hombre, el *ttungttunghan gaesekk*i, viene a por él. —Señaló a Mark con un dedo acusador, aunque su voz temblaba—. Esto nos ocurre porque él está aquí.

Seokju dejó los pedazos de la pipa sobre la mesa con un suspiro que pareció vaciarle los pulmones. No miró a Mark ni a Súa; fijó la vista en la oscuridad que se colaba por la tienda destrozada, como si desde allí se proyectaran sus recuerdos.

—Fue hace diez años, en Daesan —empezó el maestro, con la voz cansada—. Aquella zona no se rige por la ley de Seúl. Allí, hombres como Choi Kangho son los que deciden si sale el sol o si llueve.

Se frotó la cara con las manos, con un gesto de cansancio.

—Choi tenía un hijo. Un muchacho joven, fuerte. Pero su mente era un infierno. —Seokju hizo una pausa, buscando las palabras exactas—. Los médicos de los hospitales le habían dado pastillas, inyecciones, lo habían atado a camas, pero nada funcionaba. El chico veía demonios donde solo había aire, oía voces que le ordenaban matar. En tu tierra lo llamáis esquizofrenia paranoide. Aquí decimos que un espíritu maligno habita su alma.

Mark se limpió un hilo de sangre del labio, escuchando con atención.

—Choi me trajo al chico a la fuerza —continuó Seokju. Un temblor recorrió sus manos—. Cerró mi tienda y puso a sus hombres en la puerta. Me dijo: «Cúralo, *Uiwonnim*[68]. Haz lo que tu *Heuksintang* hace». Yo le advertí. Le dije que el equilibrio de su hijo estaba demasiado roto. Que usar los preparados fuertes para sedar su *gi* era peligroso y que podía haber un rechazo violento. Le supliqué que lo llevara a un psiquiátrico.

Súa, que había terminado de limpiar la herida de la ceja de Mark, apretó el paño con fuerza.

—Le avisaste, *Abeoji*. Le dijiste que era una locura.

Seokju asintió lentamente. El maestro apretó los puños sobre sus rodillas.

—Pero él puso su pistola sobre la cabeza de Súa. «Si no lo intentas, mato a la niña ahora mismo delante de tu cara», dijo. Así que lo intenté. Preparé un caldo de raíces de *cheonma*.

La tienda quedó en silencio. Incluso Súa había dejado de moverse.

—La primera noche pareció funcionar. Pero la segunda... —La voz de Seokju se quebró—. La segunda noche la medicina falló. Hubo una reacción. El chico no se durmió. Su mente estaba demasiado rota. Despertó en medio de una pesadilla.

Seokju suspiró, mientras Súa se movía inquieta.

—Entró en crisis. No estábamos en un hospital, Mark-ya, estábamos en esta casa. Corrió a la cocina y agarró un cuchillo. Tenía los ojos huecos, gritaba que las voces le decían que tenía que sacar al demonio de dentro.

—Nos arrinconó —susurró Súa, mirando al vacío—. Yo estaba allí. Intentaste calmarle, *Abeoji*, le hablaste con suavidad. Pero él me miró a mí y levantó el cuchillo.

Mark contuvo el aliento. Ya veía hacia dónde iba la historia.

—Traté de quitárselo —continuó Seokju con voz ahogada—, pero él fue más rápido. No nos atacó a nosotros. Delante de mis ojos, y delante de los de mi *ttal*, se rebanó el cuello.

El silencio en la tienda fue aún más acusado. Mark sintió un escalofrío al imaginar la escena; la sangre, el caos, la impotencia.

—Murió en mis brazos —sentenció Seokju—. Por eso Súa no se separaba de ti las primeras semanas. Por eso te vigilaba cada vez que gemías en sueños o te revolvías. Tenía terror de que la historia se repitiera, de que tú también cogieras un cuchillo para callar tus voces.

Mark miró a Súa.

—Choi no llamó a la policía. Un hombre como él no resuelve las cosas con la ley. En lugar de eso, me obligó a firmar un papel. Un documento donde yo reconocía haber usado medicinas prohibidas sin licencia, donde admitía una negligencia criminal que causó la muerte de su hijo y una deuda eterna por su vida.

Miró a Mark por primera vez, con la vergüenza de un hombre que ha perdido su dignidad.

—Ese papel es mi cadena, Mark-ya. Si no le pago cada mes una suma imposible como compensación, él entregará ese papel a las autoridades. Iría a la cárcel el resto de mi vida, y Súa, Súa cargaría con la vergüenza de ser la hija de un asesino. Esa es la deuda que tu compatriota ha comprado. Ahora él tiene el papel. Ahora él tiene mi cuello bajo su bota.

Mark se levantó dolorido, apoyando todo su peso en el respaldo de una silla que crujió bajo su mano. Sus costillas protestaron, obligándole a doblarse un instante antes de recuperar la verticalidad.

—*Seuseungnim*, Leandro no es ese cacique que le atormentaba. Él no va a parar.

Volvió a toser, escupiendo un poco de sangre oscura en el suelo de madera.

—Él no quiere dinero, él quiere destruirme y acabar con todo aquello que me importa. Está claro que este sitio ya no es seguro.

Seokju negó con la cabeza, sin levantar la vista de sus manos vacías.

—Tienes razón, Mark. No puedo seguir ayudándote. En eso también he fallado. He roto nuestro pacto de honor. No soy un maestro, solo soy un viejo atado a una deuda de sangre.

Súa se apresuró a sujetar a su padre por los hombros, ya que parecía ir a desfallecer, como si la gravedad de la confesión le hubiera robado las últimas fuerzas.

—No, *Seuseungnim*, no me entiendes —insistió Mark, dando un paso cojo hacia ellos—. Tenemos que salir de aquí. Los tres. Leandro no parará hasta destruirnos y llevársela a ella. —Miró a Súa con una expresión de horror—. *Seuseungnim*, aún tengo recursos que Leandro no conoce. Y también me quedan amigos leales. Voy a sacaros de aquí. En España tengo una casa grande, una fortaleza donde nadie podrá tocaros.

El hombre levantó la vista, escandalizado.

—¿Irnos? ¿A España? —murmuró Seokju—. Mis huesos pertenecen a esta montaña, Mark. No puedo huir como un ratón. Mi vida está aquí.

—Tu vida se acaba si te quedas, *Abeoji*. Y la mía también. Ese hombre, ya has visto cómo me miraba. Si nos quedamos, él volverá. Y la próxima vez no habrá testigos.

La mención del peligro que corría su hija fue lo único que pudo atravesar el muro de derrota de Seokju. Miró a Súa, vio el terror real en sus ojos, y asintió lentamente, vencido.

—Está bien. —Asintió derrotado—. Está bien.

Entre los dos, ayudaron al maestro a llegar a su habitación. El hombre se dejó llevar como un niño, agotado no por el golpe, sino por el derrumbe de su mundo. Lo acostaron en el *yo* y Súa lo cubrió con una manta, quedándose un momento hasta que la respiración del hombre se volvió pesada y regular.

Al salir de la habitación, Súa cerró la puerta con suavidad y se giró hacia Mark, que la esperaba apoyado en el marco de la entrada, vigilante.

—¿De verdad puedes llevarnos a España? —preguntó ella.

—Sí, Súa. Tengo que hacer una llamada y pedir ayuda a un buen amigo. Pero nos iremos. Te lo juro.

Ella se acercó a él, acortando la distancia, y rodeó su cuello con los brazos con cuidado de no tocar sus costillas magulladas. Lo besó con una mezcla de gratitud y miedo.

Al separarse, sus labios rozaron la herida de sus labios. Mark hizo una mueca de dolor, pero sus ojos sonrieron.

—¡Ay! —se quejó, tocándose el labio roto—. Creo que vas a tener que curarme eso también.

El amanecer llegó casi como un alivio. Abrió los ojos; la noche había sido un cúmulo de pesadillas y dolor. Si la tarde anterior el caos parecía terrible, la luz del día lo hacía patético. El polvo danzaba entre los rayos de sol que se colaban por las rendijas de las ventanas, mostrando los restos de la visita: cerámica rota, raíces pisoteadas y manchas oscuras de sangre seca en la madera.

Mark se despertó en el suelo de la habitación de Súa, donde había caído rendido. Al intentar moverse, su cuerpo se quejó. Las costillas eran un moratón en su totalidad, y el rostro le palpitaba al mismo ritmo que su corazón.

En la tienda, Súa ya estaba en pie. Se movía en silencio, recogiendo lo poco que podía salvar. Doblaba ropa con movimientos automáticos, metiéndola en una bolsa de viaje vieja. Su rostro era todo determinación, a pesar de que sus ojos estaban enrojecidos y se notaba un brillo que resaltaba su color verde. A veces se detenía un momento y emitía un suspiro cuando pasaba cerca de un objeto roto que le recordaba algo.

El maestro Seokju no estaba. Probablemente seguía en la habitación trasera, entre sus notas y libros de medicina, incapaz de ver la ruina de su *Sarangbang*.

Mark se frotó los ojos con cuidado de no tocar el moratón que seguía hinchado y caminó cojeando hasta el rincón donde había guardado sus cosas: una mochila de cuero que llevaba meses acumulando polvo bajo un estante. Abrió la cremallera con determinación y rebuscó entre ropa que ya no le valía y libretas viejas hasta que sus dedos tocaron el cristal de su teléfono móvil. Al sacarlo, el aparato le pareció un objeto alienígena.

Cuando lo encendió, un aluvión de notificaciones vibró en su mano. Ignoró todo el ruido social y fue directo a los mensajes personales. Primero vio las notificaciones de Julián. Eran mensajes espaciados en el tiempo:

> **Julián** *[Hace 30 días]*: Hola, Mark. Espero que el silencio sea buena señal y hayas encontrado lo que fuiste a buscar. Llámame si necesitas algo.
>
> **Julián** *[Hace 10 días]*: Sin novedades por aquí. Todo tranquilo. Avísame si necesitas que te enviemos algo de ropa o libros. Cuídate.

Mark sintió una punzada de culpa. Luego deslizó el dedo hacia el chat de Martín:

> **Martín** *[Hace 3 meses]:* Los contratos de la propiedad están cerrados.
>
> **Martín** *[Hace 10 días]***:** Buenas noticias. Las reformas de seguridad que pediste están terminadas. Cámaras,

puertas, el sistema de acceso es un búnker, Mark. La casa está lista para cuando decidas volver. Todo bajo control.

Mark leyó esa última frase —*Todo bajo control*— y soltó una risa nerviosa que hizo que le dolieran las costillas y le hizo toser. Levantó la vista del teléfono y miró la tienda destrozada: los tarros rotos, el miedo en los ojos de Súa y recordó la derrota en los del maestro.

Nada estaba bajo control. Pero la casa estaba lista. La fortaleza existía.

Mark miró a Súa, que estaba envolviendo un pequeño mortero de piedra con un cuidado extremo. No podía fallarles. Desbloqueó el teléfono y marcó el número de Julián.

Tardó un rato en contestar, pero al fin, la voz adormilada y ronca de su amigo contestó al otro lado.

—¡Hombre, el desaparecido! —exclamó Julián—. Justo te escribí hace poco. ¿Cómo va esa iluminación espiritual? ¿Ya eres un hombre nuevo? ¿Encontraste al bibliotecario? Por cierto, majete, creo que no te has dado cuenta de que son las dos de la mañana, ¿verdad?

—Perdona, Julián. Sé que es tarde. —Su propia voz le sonó extraña por la falta de uso del castellano—. Escúchame. Necesito que te despiertes.

—Estoy despierto. Habla. Tu voz suena preocupada, ¿qué pasa, muchacho?

—Estoy en la mierda, Julián. —Mark miró hacia la puerta cerrada —. Escúchame bien, no puedo darte demasiados detalles por teléfono, pero necesito salir de Corea. Ya.

—No voy a preguntar, Mark —dijo Julián al otro lado de la línea. Su voz sonaba cortada aún por el sueño—. Si me llamas a estas horas, es que la cosa está fea. Vamos a lo práctico. ¿Necesitas dinero para el vuelo?

Mark se apoyó contra la pared, sintiendo el alivio de hablar con alguien que daba soluciones.

—No solo para el vuelo. Necesito liquidez, mis cuentas están secas —dijo Mark, que tuvo que detenerse para toser, alejando el teléfono para ocultarlo—. Y necesito tres billetes. Lo primero que salga de Incheon hacia Madrid. Julián, necesito que muevas los

activos de la cuenta de reserva. Voy a necesitar ese dinero en cuanto pise suelo español.

—Hecho. Te hago una transferencia en cuanto cuelgue a tu tarjeta de crédito. Lo tendrás en un par de horas. Y la cuenta la movilizo por la mañana. —Julián se quedó en silencio unos segundos —. ¿Tres billetes? ¿Quién va contigo?

—Un hombre mayor y su hija. Tienen pasaportes, pero su situación aquí se ha complicado. —Mark bajó la voz—. Es Leandro, Julián. Tenías razón. En todo, es un hijo de puta redomado. Va a por mí y ha ido a por ellos para joderme. Necesito sacarlos de aquí ya.

Julián soltó un suspiro largo.

—Mierda. —Hizo una pausa—. Vale, los sacaremos. Pero si tienen problemas legales o burocráticos, entrar en la Unión Europea no va a ser tan simple como comprar un billete.

—Por eso necesito que llames a Martín —ordenó Mark—. Despiértalo. Dile que hable con sus contactos en la policía. Necesito que nuestra entrada en Barajas sea limpia. Que gestione visados de urgencia, lo que sea legalmente necesario para que no nos retengan en control de pasaportes. No podemos permitirnos un bloqueo administrativo.

—Entendido. Martín conoce a la gente adecuada en extranjería. Todo estará listo. —Julián cambió a un tono más serio—. ¿Estás herido?

—Sobreviviré. Pero ya no es cuestión de esperar una semana ni quince días. Corremos peligro real aquí, Julián. Si no salimos cuanto antes, no tengo ninguna seguridad.

—Tranquilo, Mark. No te preocupes. Voy a mover Roma con Santiago. Tú encárgate de subir a esos dos al avión. Estate atento al teléfono. Te llamo en cuanto tenga los billetes y la confirmación de Martín.

La línea se cortó. Mark bajó el teléfono y miró a Súa, que cerraba una bolsa. Guardó el teléfono y salió de la habitación. La madera crujió bajo sus pies, un sonido que antes le resultaba acogedor y ahora sonaba a cuenta atrás.

Entró en el *sarangbang*. Súa estaba allí, de espaldas, doblando ropa, nerviosa. Se había quitado la chaqueta del *hanbok*, dejándola caer sobre el respaldo de una silla de pino, y su figura se recortaba contra la luz pálida de la ventana. Parecía más pequeña, más vulnerable.

Mark se acercó hasta quedar a su lado, sin tocarla.

—Ya está, Súa —dijo en voz baja—. Mi amigo está en marcha. En un par de días estaremos volando a Madrid.

Ella detuvo sus manos sobre una camisa doblada. Se giró despacio, buscando la mirada de Mark. Al mirarlo a los ojos, la tensión de sus hombros se desplomó. Se acercó a él y le besó.

—Gracias, *yeobo* —susurró contra sus labios. Luego se separó un poco—. Tengo tanto miedo por mi padre. No se merece esto. Ha dedicado su vida a curar.

Antes de que Mark pudiera responder, el sonido de la puerta les hizo separarse. Seokju entró en la estancia. Caminaba despacio, arrastrando ligeramente los pies, con las manos cruzadas a la espalda. No miró a la pareja; sus ojos recorrieron las paredes de la habitación como si se estuviera despidiendo de los fantasmas de la casa.

—*Seuseungnim* —dijo Mark—. Está todo en marcha. Saldremos en un par de días. España nos espera.

El hombre no cambió el gesto. Su rostro seguía inmóvil. Asintió levemente, una sola vez, sin mostrar ningún sentimiento. Súa, intentando inyectar algo de esperanza en la actitud de su padre, se acercó a él y le tomó de las manos.

—Saldremos de esto, *Abeoji* —dijo ella, exhibiendo una leve sonrisa—. Mark nos protegerá. Empezaremos de cero.

Seokju miró las manos de su hija entre las suyas. Luego levantó la vista y la miró con una compasión intensa, triste y severa a la vez.

—Súa-ya, ve a la tienda, por favor. Necesito que recojas los libros de herbología de los estantes y los que hayan caído al suelo. No podemos dejar el saber de los ancestros tirado entre la basura.

Súa dudó un segundo, mirando de su padre a Mark, pero la orden había sido inapelable.

—Está bien, *Abeoji*.

Súa salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Seokju esperó unos segundos para asegurarse de que ella se había alejado, y luego clavó sus ojos verdes en Mark. Se sentó lentamente sobre sus talones, adoptando la postura del loto con una dignidad que contrastaba con su situación. Hizo un gesto leve con la mano, y Mark se sentó frente a él imitándolo.

—Mark-ya —dijo el anciano, usando el sufijo afectivo con gravedad—, el incidente nos interrumpió ayer, pero ahora que iremos a tu casa, necesito decir algo más sobre tu reconstrucción, si aún aceptas el cuidado y guía de este hombre acabado.

Mark se apresuró a inclinarse hasta que su frente casi tocó el suelo.

—Por supuesto, *Seuseungnim*. Usted no es ningún hombre acabado. Usted me ha salvado, es mi guía. Y yo aún le necesito demasiado.

Seokju le observó unos segundos.

—Ese es el problema —murmuró—. Te miro y veo a un hombre que no sabe dónde termina su dolor y dónde empieza su deseo. Si sigues con ella ahora, la usarás para llenar tu vacío y la romperás. No porque seas malo, sino porque tus demonios tienen hambre y mi hija es luz. Si la consumes hoy, no quedará nada de ella para salvarte mañana.

Mark se puso tenso. El aire se le quedó trabado en la garganta como si le hubieran golpeado de nuevo el pómulo.

—*Seuseungnim*, yo la amo —replicó con vehemencia—. Haría cualquier cosa por ella.

El maestro levantó una mano, abriendo la palma. El gesto fue suave, pero tuvo suficiente fuerza. Mark calló al instante.

—Si entras en el fuego con ella para que te salve, solo conseguirás que ambos os convirtáis en ceniza —dijo Seokju—. Para amarla, primero debes ser capaz de no necesitarla.

—No es necesidad, maestro —insistió Mark—. Es que la quiero. Y quiero protegerla de gente como Leandro. Tengo los medios, tengo la fuerza...

Seokju no parpadeó.

—Tu amor es una muleta, no un sentimiento. Si continúas, la usarás hasta romperla. Ahora mismo, si Súa desaparece, tú dejas de existir. Un hombre que no existe no puede proteger a nadie. Solo puede arrastrar a otros a su vacío.

Mark abrió la boca para replicar, para gritar que se equivocaba, pero las palabras murieron en su garganta. Una duda se clavó como una lanzada en su corazón y le encogió el estómago.

—Ayer —prosiguió el maestro, implacable—, tu vida moría en aquella ventana, Mark-ya.

Mark recordó la tarde anterior. La espera agónica mirando el camino.

—Pero no vigilabas el camino para protegerla de los lobos. —Cada palabra fue una daga que se clavaba en su alma—. Vigilabas para asegurarte de que tu medicina regresaba a tiempo. Te has convertido en un adicto que cuenta los minutos para su próxima dosis.

La verdad golpeó a Mark con más fuerza que las patadas de los sicarios. Agachó la cabeza, derrotado. Los hombros se le hundieron bajo el peso de una realidad que había intentado ignorar. No era un guardián; era un yonqui emocional.

Seokju suavizó levemente el tono, viendo cómo el hombre que tenía delante se derrumbaba.

—No estás curado. Has sacado a Sonia de tu cuerpo, pero has dejado un agujero negro en su lugar. Tu mente sigue buscando un Amo. Puedes ser tú, o puede que busques llenar ese vacío con Súa. Temo que terminarás convirtiéndote en Sonia para no perder a Súa.

Un silencio tenso y espeso llenó la habitación. La sola idea de convertirse en Sonia le provocó tales náuseas que la habitación empezó a dar vueltas.

Seokju cerró los ojos un momento, compartiendo el dolor de Mark.

—Para no volverte loco, necesitas una estructura rígida. Si dejas que tus emociones fluyan sin control, el pasado te devorará. —Abrió los ojos de nuevo—. Mark-ya, Súa no puede ser tuya ahora. La destruirás. Has sustituido una adicción química por una adicción emocional hacia mi hija.

El maestro se inclinó hacia delante, exigiendo atención absoluta.

—Por la deuda de honor que tienes conmigo, te pido que te alejes de ella. Emocionalmente. Físicamente. Debes hacer la promesa de mantener la distancia hasta que estés completo. Si la amas, aléjate. Solo así, tal vez, algún día pueda volver.

Mark asintió, lento, derrotado. Sabía que era verdad. Sabía que era necesario. Pero el coste le parecía insoportable. Las lágrimas empezaron a correr por su rostro.

—¿Cómo sobreviviré sin ella, *Seuseungnim*? —preguntó Mark, vencido—. Los fantasmas vuelan dentro de mi mente por las noches y solo su contacto los acalla.

Seokju no respondió. Simplemente, se puso en pie. Con movimientos lentos, cargados de una autoridad que ocupó todo el aire en la habitación.

El maestro se acercó a un pequeño mueble de mimbre en una esquina y extrajo de él tres objetos con una reverencia mística: una hoja de papel *hanji* de un amarillo fibroso, un pincel de bambú y un cuenco de cerámica sellado. El papel desprendía un olor acre, terroso. Al destapar el cuenco, la pasta de *jusa*[69] brilló con un rojo denso, similar a la sangre arterial.

Seokju se sentó sobre sus talones. Cerró los ojos, inspiró profundamente y, al abrirlos, ya no estaba en esa habitación. Sus ojos estaban vacíos y fijos en el papel.

Mojó la punta del *but* en la tinta roja y comenzó el trazo. De su garganta brotó un sonido gutural, un mantra que hacía vibrar las paredes.

—*Om geup geup yeo yul ryeong, sagwi somyeol, shimshin anjeong*...[70]

El pincel se movió con una lentitud ritual. No estaba escribiendo caracteres *hanja* legibles; estaba trazando un diagrama de poder.

Las líneas rojas se retorcían, se superponían, formando una figura completa, diseñada para capturar algo que no tenía cuerpo.

El trazo fue continuo, una exhalación de tinta y voluntad.

Mark observaba, perplejo, casi sin respirar. La atmósfera se había vuelto mágica, cargada de electricidad estática. Quería preguntar,

quería moverse, pero la concentración absoluta del maestro formaba un campo de fuerza a su alrededor que no se atrevía a romper. Sentía un miedo visceral, primitivo, el miedo del hombre moderno ante una magia antigua que no comprende.

El pincel se detuvo abruptamente. El mantra cesó, dejando un silencio en los oídos de Mark.

Seokju dejó el pincel. Se levantó despacio y miró a su alrededor; caminó hacia la silla de pino donde Súa había dejado su chaqueta del *hanbok*.

Colgando de la chaqueta brillaba la seda de un *norigae*.

El maestro lo desató con dedos ágiles y regresó a la mesa con el ornamento en la mano. El papel con la tinta de cinabrio ya estaba seco. Lo dobló con pliegues precisos y complejos hasta convertirlo en un pequeño cuadrado compacto, que introdujo hábilmente en la apertura oculta detrás del bordado del *norigae*.

El maestro sacó una pequeña cadena dorada, que contrastaba con la delicadeza de la seda. Enganchó el *norigae* a la cadena.

Respiró profundamente, volviendo del todo al mundo real, y miró a Mark.

Seokju sostuvo el objeto con ambas manos, presentándolo con una solemnidad que despertó a Mark.

—Esto es un *bujeok* —dijo Seokju. Su voz estaba ronca por el cántico—. Está escrito con cinabrio, la sangre de la tierra que quema a los espíritus impuros. Es una barrera. Su función no es curarte, Mark. Su función es mantener a los fantasmas que te gritan por la noche al otro lado del muro, para que tu mente tenga silencio.

Hizo una pausa, mirando la seda bordada que había pertenecido a su hija.

—El *norigae* es de Súa. Ha estado contra su cuerpo y se ha impregnado de ella, la luz que tus demonios desean. —Miró a Mark directamente a los ojos—. No puedes tenerla. Así que llevarás su protección y su recuerdo contra tu pecho. Será tu recordatorio de la deuda que tienes conmigo.

Mark extendió las manos temblorosas y recibió el objeto. El oro estaba frío; la seda, tibia. Acarició con el pulgar el relieve del

bordado, sintiendo el bulto cuadrado del papel escondido en su interior.

Se pasó la cadena por la cabeza.

El *norigae* cayó hasta el centro de su pecho, justo sobre el esternón. El peso fue real. No era solo un adorno; era una armadura y una condena.

Mark salió de la habitación con el rostro ensombrecido y los ojos, que mantenían un brillo revelador, fijos en el horizonte. El *norigae* que colgaba de su cuello bajo la ropa parecía pesar una tonelada.

En la tienda, Súa estaba arrodillada entre los objetos caídos, cumpliendo la orden de su padre. Apilaba con cuidado los libros de herbología. Al oír los pasos de Mark, levantó la vista. Su rostro, que estaba tenso todavía por el miedo y la incertidumbre, se relajó al instante al verle.

Se puso en pie rápidamente, limpiándose el polvo de las manos en los pantalones, y cruzó la distancia que los separaba. En sus pasos llevaba la necesidad de un contacto que borrara lo ocurrido en las últimas horas. Llegó hasta él y levantó las manos para rodearle el cuello, inclinándose para besarle.

Mark no retrocedió. Lo que hizo fue aún peor: se quedó absolutamente inmóvil. Cuando los labios de Súa rozaron los suyos, se encontraron con un témpano frío. No hubo respuesta, ni presión, ni el más mínimo indicio de calor.

Súa se detuvo en seco, desconcertada. Se apartó apenas unos centímetros, dejando sus manos apoyadas en el pecho de él. Frunció el ceño y una pregunta silenciosa, cargada de un mal presagio, oscureció sus ojos verdes.

—¿Mark?

Mark dio un paso atrás, rompiendo el contacto deliberadamente. Tuvo que apretar los puños, haciendo crujir los nudillos, mientras su mandíbula se tensaba hasta sentir dolor para obligar a sus piernas a retroceder. Su cuerpo quería quedarse, quería agarrarla; no podía mirarla a los ojos. Si la miraba, la máscara se caería y fracasaría. Clavó la vista en un punto muerto sobre el hombro izquierdo de Súa, respirando por la boca para no oler su perfume, sintiendo cómo el

pequeño amuleto bajo la ropa le pesaba como una bola de presidiario.

—No podemos seguir con esto, Súa. —Su voz salió plana, desprovista de sentimiento—. Es una equivocación.

Súa soltó una risa incrédula; como broma estaba empezando a resultar muy pesada.

—¿De qué hablas? ¿Qué es una equivocación?

—Nosotros. Todo esto. —Mark hizo un gesto vago con la mano, abarcando el espacio entre ellos—. El ambiente, el peligro, el tratamiento… nos ha confundido. Pero ahora vamos a volver al mundo real. Y en el mundo real, tú y yo no tenemos sentido, somos demasiado distintos. Ya no te necesito para dormir.

—Ayer casi mueres por mí en esta habitación. —Su voz empezó a temblar de furia—. Y ahora somos distintos. No me mientas, Mark.

Mark apretó la mandíbula hasta que los dientes chirriaron. Un grito resonó en su mente.

Mátalo ahora. Mátalo rápido antes de que sangre demasiado.

—Ayer y anteayer estaba sobreviviendo. Hoy estoy pensando con claridad. Es mejor cortarlo ahora, antes de subir a ese avión. Tú necesitas cuidar de tu padre. Yo necesito recuperar mi vida. No voy a arrastrarte, Súa; mi vida es un desastre muy distinto a la tuya. Se acabó.

Mark se llevó la mano al *norigae* bajo su ropa inconscientemente y lo apretó, como si quisiera que su tacto le diera las fuerzas que perdía con cada latido.

Súa se quedó petrificada. Sus ojos exploraron el rostro de Mark, buscando una grieta. Vio la tensión en su cuello. Sabía que le estaba mintiendo.

Algo se rompió en la mirada de Súa. No lloró. Era demasiado orgullosa para llorar delante de él. Asintió lentamente.

Dio un paso atrás y se volvió para continuar con su labor, tropezando con el pequeño cuenco donde Mark solía tomar el té.

Lo pisó y el barro estalló bajo su bota.

Siguió caminando hacia los estantes sin inmutarse. Mark soltó el *norigae* y su mano cayó muerta a su costado, derrotada.

Súa lanzó una mirada cínica al lugar donde estaba su padre.

14. EL ESPEJO

Geoul (거울)

Cercedilla, Madrid.
Tres años después

Súa abrió los ojos mucho antes de que el sol saliera. La realidad era que no había dormido nada; había pasado la noche en un estado de vigilia inquieta, atrapada en un bucle mental de las últimas horas. A su lado, Mark seguía dormido. Se giró para mirarle. Su respiración era profunda, relajada, como si hubiera vencido una batalla perdida. Pero incluso en sueños se notaba esa lucha que lo acompañaba.

No podía olvidar aquel olor, aquella mujer desconocida dejando una estela de perfume dulzón que había cruzado la mesa como una explosión. Había visto la cara de Mark descomponerse en tiempo real, pasando de la serenidad al pánico en un segundo. Y luego, la hecatombe.

El fotógrafo había elegido el peor momento posible. El *flash* había estallado justo cuando Mark era más vulnerable. Súa se estremeció bajo las sábanas al recordar la reacción de él. Había sido un odio visceral, una pérdida total de control. Por un momento, en el restaurante, Mark había dejado de ser el amante orgulloso para volver a ser el animal herido que sudaba la fiebre en el suelo de su casa en Corea.

Al volver a casa, Mark estaba deshecho, devorado por la culpa. *No me toques. Soy peligroso*, había dicho, tratando de levantar otra vez el muro ante ellos. Súa miró el techo, buscando respuestas en la oscuridad. *¿Era esto lo que vio Appa en Seúl? ¿Fue esta oscuridad la que le hizo separarse de mí?*

Después todo fue más desconcertante, en esa misma cama. Mark la había buscado con una intensidad primitiva. Nunca había sido tan posesivo, tan controlador. Había sido una conquista. Súa lo había detectado casi al instante.

Se apartó el edredón con cuidado. Se levantó sintiendo el suelo frío bajo los pies descalzos. Necesitaba una ducha. Necesitaba que el agua caliente se llevara algún recuerdo y despejara esa nueva intuición que acababa de nacer.

¿Estás intentando recomponerte a través de mí, Mark?, se preguntó Súa.

Ya en Seúl había notado esa búsqueda casi obsesiva hacia ella, esa necesidad de tenerla cerca para no disolverse.

Veinte minutos después, salió del baño en silencio. Súa bajó las escaleras rumiando sus pensamientos mientras su estómago le pedía a gritos una taza de *boricha*. Aquel té de cebada que le recordaba tanto a su *appa*; casi podía verle sentado en su silla de madera, esperando pacientemente a que ella se lo sirviera cada mañana.

Justo antes de entrar en la cocina, se detuvo. Oyó una voz que salía de dentro; era Lucía y parecía alterada.

—... lo sé, lo sé... Ya lo sé. Lo voy a arreglar, te lo prometo.

Súa contuvo la respiración al otro lado de la puerta.

—Ya te he dicho que sí. Lo haré. Pero prométeme...

Hubo un silencio, como si Lucía estuviera escuchando una respuesta al otro lado de un teléfono. Luego, un sollozo contenido.

—Necesito más tiempo. Está bien. Lo entiendo.

Se quedó en silencio, roto solo por un hipo entrecortado. Súa empujó la puerta suavemente. Lucía estaba sentada en un taburete junto a la encimera, de espaldas a la entrada. Tenía las manos apoyadas en la cabeza, sujetándose las sienes. Un temblor leve le recorría el cuerpo mientras se le escapaba un gemido ahogado.

—¿Lucía? —llamó Súa.

La mujer dio un respingo violento, como si le hubieran dado un bocinazo en el oído. Se giró de golpe, llevándose una mano al pecho. Tenía los ojos vidriosos y la cara desencajada.

—¡Ay, niña! —exclamó Lucía, tratando de recuperar el aire—. Perdona, no te he oído entrar. Estaba en otro mundo.

Súa frunció el ceño con preocupación. Cruzó la cocina y se acercó a ella, rompiendo la distancia de seguridad para entrar en el terreno de la confianza que habían construido esos meses.

—¿Estás bien? —preguntó, buscando los ojos de la mujer—. Te he oído hablar. Parecías muy angustiada.

Lucía se pasó rápidamente la mano por los ojos, forzando una sonrisa.

—No es nada, Súa. De verdad. —Soltó un suspiro—. Es mi hija.

—¿Ha pasado algo grave?

Lucía negó con la cabeza, con ese gesto de madre agotada que ya no sabe qué puerta tocar.

—La edad, la vida. Se ha metido en líos. Su marido debe un dinero importante, y les está costando mucho juntarlo. Y claro, me llama a mí y me contagia el disgusto.

—Oh, Lucía. —Súa alargó la mano y le apretó el brazo con cariño —. Lo siento mucho. ¿Quieres que hable con Mark? Quizá él pueda ayudarte.

El contacto pareció quemar a la mujer. Lucía negó con vehemencia.

—¡No, Súa! Por favor, no le digas nada al señor. Ya tiene bastantes problemas él como para cargarle con los míos. —Bajó la voz, avergonzada—. Es que se me hace muy grande a veces. Quiero protegerla de todo, que no le pase nada malo, pero a veces siento que no llego.

La voz se le rompió en la última palabra. Súa no lo pensó. Dio un paso adelante y envolvió a la mujer en un abrazo firme. Lucía se quedó quieta un instante, sorprendida, pero enseguida se dejó caer en sus brazos, apoyando la frente en el hombro de Súa.

—Lo haces muy bien —susurró Súa cerca de su oído—. Eres una madre increíble, Lucía. Lo vas a solucionar. Y siempre puedes contar conmigo para lo que necesites.

Lucía se separó suavemente, limpiándose la cara con el delantal y recuperando la compostura.

—Gracias, cielo. Eres un sol —dijo, sorbiendo por la nariz—. Anda, siéntate. No te quiero aburrir con mis tonterías. ¿Quieres tu boricha?

Lucía dejó la taza de *boricha* humeante frente a Súa. Tenía el ceño fruncido mientras empujaba un plato con galletas.

—Toma, niña. Por cierto, explícame qué pasó anoche. Porque yo os vi salir guapísimos y mira con lo que desayuno hoy.

Señaló el periódico sobre la encimera, junto al frutero. La foto de portada era brutal: Mark tenía a un hombre empotrado contra la pared del Arisū, cogiéndolo de la solapa de la chaqueta. La cara de Mark asustaba, mandíbula apretada y ojos inyectados en sangre. El titular en negrita gritaba:

Escándalo en el Arisū: la bestia tras el genio. Olsten muestra su verdadera cara.

Súa bajó la vista al recuadro inferior. Allí, en una foto pequeña, salían ellos dos al inicio de la velada. Estaban sentados a la mesa, impecables, con las copas de vino intactas. Ella con su vestido azul y él, un caballero. El pie de foto rezaba:

La misteriosa acompañante asiática: ¿La nueva musa, o el nuevo juguete?

Súa soltó el aire despacio. El vapor del té le calentó la cara; estaba claro que la prensa había hecho sangre de un hombre siempre esquivo con ellos, del que apenas sabían nada.

—Se complicaron las cosas, Lucía —dijo, rozando la cerámica caliente con las yemas de los dedos—. Y más que se van a complicar.

Súa salió de la cocina con paso firme, dejando a Lucía con sus quehaceres y el periódico sobre la mesa. Sabía que aquel día iba a ser complicado y había que empezar cuanto antes. Al cruzar el distribuidor, se dio de bruces con Mark. Llevaba el pijama puesto y el pelo revuelto. Se detuvo al ver a Súa, tragó saliva con dificultad y sus manos se cerraron buscando los bolsillos del pantalón. Desvió la mirada, fijando la vista en el suelo.

—Súa. —Su voz fue casi un susurro—. Yo, sobre lo de ayer. Lo siento.

Se quedó parado, pensando: *Tierra, trágame*.

—No pasa nada —dijo Súa, dejando que una leve sonrisa de aceptación se dibujara en su boca.

Mark negó con la cabeza, incapaz de pasar página tan rápido.

—Me refiero a todo, Súa. Ayer perdí el control por completo. No sé qué me pasó en el restaurante, ni tampoco después. No sé cómo pedirte perdón por haberte arrastrado.

Súa no le dejó entrar en el bucle de la culpa. Dio un paso adelante y le puso una mano en la mejilla con un gesto de comprensión.

—Mark, ya está —le cortó—. Tómate un café y date una ducha caliente. Después, con la cabeza fría, hablaremos de lo de ayer.

Mark la miró, sorprendido por su entereza. Asintió levemente y, algo más tranquilo, arrastró los pies hacia la cocina. Ella se dio la vuelta para continuar, cuando recordó el periódico sobre la mesa y la foto.

—¡Mark! —le llamó.

Él se detuvo en el marco de la puerta y la miró. Súa le sostuvo la mirada. Firme.

—Escúchame. Estate tranquilo. Veas lo que veas hoy, quiero que estés tranquilo. Lo vamos a solucionar. Pero juntos.

Mark frunció el ceño, sin entender del todo, pero la autoridad en la voz de Súa le hizo asentir de nuevo.

—Voy a buscar a Martín —continuó ella, organizando sobre la marcha—. Le diré que suba a tu despacho a mediodía. Venga, ve a por ese café. Te necesito fuerte ahora.

Sin esperar respuesta, Súa se dio la vuelta y salió hacia el jardín, caminando con la espalda recta y una firmeza que hacía imposible discutirle nada.

Al salir al jardín, Súa tuvo que sortear una escalera de mano plantada en medio de la puerta. Dani estaba subido en ella, pegando una película en el cristal de la ventana. Al verla, soltó el pulverizador

de agua que colgaba de la escalera y bajó un par de peldaños con agilidad.

—Cuidado, señorita Súa —avisó, señalando el suelo donde había varios rollos de aquel material y un cubo lleno de agua—. No pise ahí.

Súa se detuvo, observándole con distancia. El chico parecía llevar un buen rato allí.

—¿Qué haces, Dani? —preguntó ella, más por cortesía que por interés real.

—Estoy cubriendo las ventanas con láminas de espejo; así evitamos fotos indeseadas dentro de la casa. Se lo he propuesto a Martín y le ha encantado —explicó él, señalando la ventana con orgullo—. Hay un par de buitres con cámara subidos a los árboles desde esta mañana. No creo que tarde demasiado en terminar.

Dani sonrió, buscando la aprobación de ella.

—No quiero que se moleste al señor Olsten hoy. ¿Entendido, Dani?

No le gustaba. Desde el principio, y hoy aún menos.

—Haz tu trabajo. —No devolvió la sonrisa—. Eso es lo único que se necesita ahora.

El chico borró la sonrisa de golpe, asintiendo con sumisión, aunque sus ojos ardían en rabia.

—Claro. Lo que usted diga.

Súa rodeó la escalera y continuó, sintiendo la mirada de Dani clavada en su nuca mientras retomaba su tarea.

Encontró a Martín en su caseta de seguridad. Estaba inclinado sobre una mesa llena de informes desordenados y portadas de periódicos. El ambiente allí dentro estaba cargado de humo de tabaco y tensión.

Martín levantó la vista al oír la puerta, su expresión estaba cargada de preocupación y demasiado mal humor.

—Hola, Martín-ssi —saludó Súa.

El hombre soltó un bufido y tiró un ejemplar de un periódico sobre la pila con desgana.

—Joder, *agassi*. Qué mierda pasó ayer. Os dejo solos un rato para que hagáis manitas y habéis hecho estallar la tercera guerra

mundial. —Se pasó una mano por la cara, frustrado—. Tengo el teléfono echando humo desde las seis de la mañana.

Súa se acercó a la mesa, ignorando el tono brusco. Martín estaba en guardia.

—Creo que ella estuvo allí, Martín-ssi —dijo Súa.

Martín se detuvo en seco. Frunció el ceño, cambiando el enfado por alerta.

—¿Ella? ¿Sonia?

—O quien se esté haciendo pasar por ella. Pasó algo. Un olor, no sé. Mark se bloqueó justo antes de que el fotógrafo disparara. Y aquellos paparazis, parecían estar esperando a que pasara algo así. Estaban demasiado bien colocados.

Martín se quedó pensando un segundo, procesando la información. Golpeó la mesa con los nudillos, maldiciendo por lo bajo.

—Joder, Súa. Esto va a ponerse difícil hoy. —Miró hacia los monitores donde se veía el exterior—. ¿Quién coño sabía que ibais al Arisū? ¿Cómo puede haberse…?

—Martín, tenemos que actuar ya —le cortó Súa—. Pásate a mediodía por el despacho de Mark, tenemos que hablar.

Martín asintió. Súa dio media vuelta y salió de la caseta, dejando al Lobo mirando sus informes con su mal humor.

El despacho de Mark se había transformado en un puesto de mando. En el aire flotaba a partes iguales tensión, nervios y demasiado café. Mark había recuperado su uniforme habitual: pantalón de vestir oscuro y camisa negra, impecablemente planchada, que volvía a darle esa presencia imponente que había relajado los últimos días.

Llevaba un buen rato encadenando llamadas, dando órdenes a quien contestaba y repasando documentos con movimientos agresivos. Sobre su mesa, amontonados, estaban los periódicos del día que había exigido leer.

Súa abrió la puerta sin llamar. Su mirada estaba clavada en la pantalla del portátil, revisando datos, tecleando con furia. Sin embargo, en cuanto notó su presencia, la máscara de general se agrietó. Sus ojos vacilaron un instante al cruzarse con los de ella, y

Súa captó ese destello inconfundible de vergüenza; el recuerdo de la noche anterior nubló por un segundo su eficacia.

—Mark, no pasa nada. De verdad —dijo ella con voz firme, acercándose al escritorio con paso seguro. No había signo de reproche en su tono. Señaló con la mirada la pila de prensa—. ¿Qué tal estás tú con eso?

Mark soltó el ratón y se recostó en la silla, exhalando aire por la nariz.

—Los periódicos me dan igual, *yeobo* —respondió—. Nunca me ha preocupado mi imagen, ya lo sabes. Pueden decir que soy el diablo si quieren.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, y masculló.

—Lo que me está crispando los nervios es la duda. No fue casualidad. Sabían exactamente dónde estaríamos, a qué hora y en qué mesa.

Súa sostuvo su mirada, fría como el acero.

—Solo había dos personas además de ti que sabían eso, Mark.

Antes de que él pudiera responder, la puerta del despacho se abrió de golpe.

Martín entró sin pedir permiso. Traía la muerte en los ojos y una tensión en la mandíbula que habría asustado a cualquiera que no le conociera. Arrastró una silla con una sola mano, la colocó de un golpe y se sentó enfrente de Mark. Le dirigió una mirada fija que se clavó en los ojos del escritor.

Sin decir una palabra, el Lobo agarró el primer periódico de la pila y lo estrujó con el puño.

—¡Qué cojones pasó ayer, Mark! —El Lobo estrujó el periódico, arrugando el papel—. Explícame cómo pudiste hacer eso en un lugar público. Era una puta cena romántica, joder. ¿Estás mal de la cabeza o qué? ¡Esto es ahora un hervidero de prensa agolpada contra las puertas! ¡Parece un jodido capítulo de zombis ahí fuera!

Mark ni se inmutó. Le sostuvo la mirada con los ojos inyectados en sangre.

—Lo sé, Martín —escupió Mark—. ¿Qué quieres que te diga? Perdí los nervios. Ya está hecho. Lo que me importa ahora es otra

cosa. Llevo toda la mañana moviendo contactos, quemando teléfonos, y nadie sabe nada. Y por lo que veo, tú tampoco es que estés haciendo tu trabajo.

Mark se inclinó sobre la mesa, invadiendo el espacio personal de su jefe de seguridad con agresividad.

—Joder, Martín, ¿te estás haciendo viejo o qué? No me sirven las excusas.

La cara de Martín se oscureció. Se levantó del borde de la mesa de un salto, encarando a Mark a escasos centímetros de su nariz. El aire en el despacho se volvió irrespirable.

—No me toques los cojones, Mark —gruñó Martín—. Mientras tú estabas jugando al matón de colegio con ese juntaletras y poniendo la seguridad de esta finca en juego, yo he estado moviendo mierda. Y tengo ya una pista de la que tirar. Pero si eres tan listo, vas y la buscas tú.

—¡*Geumanhae!*[71]

El grito de Súa retumbó en las paredes del despacho, silenciando a los dos hombres de golpe. Dio un paso al frente. Estaba harta. Harta de la testosterona, harta de los egos y harta de ver cómo se la medían para ver quién la tenía más larga mientras el barco se hundía.

—¡Dejad de comportaros como críos de una maldita vez! —les gritó, mirándoles alternativamente con ojos que echaban chispas—. Parecéis dos cabestros chocando los cuernos en mitad del precipicio. Estamos juntos en esto, joder, y tenemos que mantener la calma si lo queremos solucionar.

Mark y Martín se quedaron quietos, respirando agitadamente. Súa no bajó el tono. Golpeó la mesa con la palma de la mano, exigiendo atención total.

—Lo primero es saber qué ha pasado para que supieran que Mark y yo íbamos al Arisū. Fue una decisión de última hora, demasiado precipitada como para que se enterase nadie de fuera.

Clavó la mirada en Martín y luego en Mark, acusadora y autoritaria.

—Solo lo sabíais tres personas. Así que dejaos de haceros los gallitos y empezad a pensar. ¿Quién ha abierto la boca?

—Es obvio que ninguno de los dos —dijo Martín, relajándose; todavía miraba a Súa con sorpresa por aquel arranque de rabia.

—Exacto —sentenció Súa—. Pues atad cabos, porque el *babo* que está pegando pegatinas en las ventanas es más sospechoso que una ofrenda sin nombre en el umbral de una casa. Le vi cuchicheando en la finca el día de la niebla, cuando nadie le miraba. Estoy casi segura.

Martín negó con la cabeza, serio.

—*Casi segura* no basta, Súa. Es una acusación muy grave. Yo recomendé a Dani y pongo la mano en el fuego por su lealtad.

—Súa tiene razón, Martín —intervino Mark—. Sabes que me fío de ti, pero ese chico... ¿Dónde lo conociste realmente? Yo tampoco me fío de él. Quiero que salga de la finca hoy mismo.

Martín apoyó los dos brazos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante, afilando su expresión hasta convertirla en la de un depredador.

—Es posible que me esté haciendo viejo, Mark, pero conozco los modos de un infiltrado, joder. Yo mismo lo he sido. Dani es demasiado obvio. Si yo quisiera joderte, no usaría a alguien que lleva un cartel de *malo* en la frente. Un traidor sonríe mejor. Esto huele a montaje para que miremos donde no es.

Mark se pasó la mano por la cabeza, frustrado, pero reconociendo la lógica militar de su amigo.

—Está bien, Martín. Pero vigílalo de cerca. Y no le quiero dentro de la casa. Que se quede en el exterior.

Súa soltó un bufido descontenta, cruzándose de brazos. No le gustaba, pero entendía que no podía contradecir a Martín en su propio terreno sin pruebas. Se giró hacia el jefe de seguridad, cambiando de tercio con pragmatismo.

—¿Y qué me dices de esa pista de la que hablabas antes?

Martín se enderezó y clavó sus ojos en Mark. El ambiente en el despacho cambió, volviéndose más denso, más personal.

—He oído rumores inquietantes —dijo Martín—. Han visto a alguien en un club de Madrid. Alguien que no debería estar aquí. —

Su mirada se dirigió a Mark, de un modo confidente.

El rostro de Mark cambió. Fue un tic en el párpado, pero Súa vio cómo el nerviosismo se adueñaba de él de un modo disimulado.

—Donde sea, Martín —dijo Mark con voz grave, evitando mirar a Súa—. Estos sabotajes no son propios de ella. Si alguien quiere asustarme usando su fantasma, quiero saber exactamente a qué me enfrento.

Mark dio golpecitos en la mesa con el dedo índice, recuperando la pose.

—Busca lo que sea, donde sea, pero ya, Martín. Ahora mejor que luego.

Martín asintió con frialdad. Ya tenía sus órdenes. Se ajustó la chaqueta y se dirigió a la puerta, deteniéndose un segundo frente a Súa.

—*Agassi* —se despidió con un leve asentimiento de cabeza, militar y respetuoso, antes de salir y dejarles a solas con el eco de ese *ella* flotando en el aire.

Cuando la puerta se cerró tras la espalda de Martín, el silencio volvió a apoderarse del despacho. Mark se dejó caer de nuevo en su silla de cuero y clavó la vista en el ordenador, aunque sus ojos no leían; estaban perdidos en un laberinto mental, analizando las últimas informaciones.

Súa se acercó al ventanal que daba a la entrada principal. Desde allí, vio cómo las rejas de hierro se abrían lentamente para dejar paso a un vehículo. Un Mercedes AMG SL 63 Roadster negro, bajo y agresivo, avanzó por la grava hacia la casa. Julián bajó del coche justo cuando Martín salía del edificio. Se cruzaron en la entrada con un saludo breve y comenzaron a debatir con pesadez. Súa se giró hacia Mark, apoyando la espalda en el cristal.

—¿A qué se refería Martín? —preguntó, de repente con curiosidad—. Parecías saber perfectamente de qué hablaba cuando ha mencionado ese rumor.

Mark parpadeó, saliendo de su trance, pero evitó mirarla. Hizo un gesto vago con la mano, restándole importancia, intentando espantar la pregunta como si fuera una mosca molesta.

—Cosas de Martín, Súa. A veces se mueve por lugares sucios y oscuros cuando busca información. Martín cree que alguien del pasado está aprovechando el revuelo para intentar asustarme o sacar tajada. No es nada que deba preocuparte.

—No me mientas, Mark. Tu cara ha cambiado en cuanto él ha abierto la boca —le cortó ella, separándose de la ventana y dando dos pasos hacia la mesa—. No habéis hablado de chantajes. Martín te ha mirado como si acabara de ver un fantasma y tú te has quedado pálido. ¿Qué tiene ese club de especial? ¿Y quién es esa persona que, según vosotros, no debería estar aquí? Es Sonia, ¿verdad?

Mark tensó la mandíbula ante la aguda observación de Súa.

—No es miedo, es precaución. —Cerró la carpeta que tenía delante dando por zanjado el tema—. No sé quién diablos es; ella, desde luego, no. Y ahora no puedo lidiar con eso, esperemos que Martín descubra qué pasa.

—Viene Julián —anunció ella.

Súa le sostuvo la mirada unos segundos más, evaluándole. Sabía que ocultaba algo, algo relacionado con ese club y ese nombre que flotaba en el aire, pero entendió que presionarle ahora sería contraproducente.

—Te veo para comer. Pórtate bien.

Súa salió del despacho sin añadir nada más, pero su tono dejaba claro que la conversación solo quedaba en pausa. Mark se quedó solo. Un nombre retumbaba en su cabeza como un eco: Obsidian. ¿Cómo era posible que dijeran haberla visto allí? Sonia estaba muerta. Él había visto el informe. Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda.

Sacudió la cabeza, tratando de expulsar sus temores. Pensó en Súa. Ella también estaba distinta. Atrás había quedado esa rigidez coreana, aquella eficiencia silenciosa y educada con la que llegó a la casa cumpliendo protocolos. Se movía por el despacho con autoridad, exigía verdades y marcaba el ritmo. Había algo poderoso naciendo en ella.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—¡Adelante!

Julián entró en el despacho. Iba impecable, como siempre, con un traje de corte italiano, pero esta vez llevaba el cansancio tatuado en las arrugas de la frente.

—¡Mark, muchacho! ¿Cómo estás? —saludó preocupado.

Mark se levantó y se fundieron en un breve abrazo.

—¿Qué tal, Julián? ¿Cómo va todo?

El agente soltó el maletín sobre una silla y se aflojó el nudo de la corbata, resoplando.

—No te voy a engañar, Mark. Esto es un jodido desastre. —Señaló con un dedo acusador la pila de periódicos sobre la mesa—. Llevo desde las seis de la mañana al teléfono. La editorial está en pánico, pero lo peor son los productores de la adaptación al cine. Han llamado hace una hora diciendo que los inversores están nerviosos y que van a reevaluar el proyecto. No quieren que su estreno se asocie a un escándalo violento. —Julián le miró a los ojos, serio—. ¿Puedes explicarme qué diablos pasó?

Mark suspiró y se pasó la mano por el pelo —un gesto que repetía demasiado últimamente—, dejándose caer en la silla.

—No lo sé, Julián. En serio que no lo sé. Perdí los nervios. Se nubló todo por un momento. —Su voz sonaba agotada—. Fue instintivo. Hubo un *flash*. Se me nubló todo. Cuando me quise dar cuenta, ya tenía al fotógrafo contra la pared. —Le miró—. ¿Puedes hacer algo?

—*Perdí los nervios* sirve para un grito, Mark. No para esto —replicó Julián, cogiendo uno de los periódicos y golpeando la foto con el dorso de la mano—. Míralo. No pareces un escritor enfadado. Pareces un animal rabioso. La prensa está hablando de inestabilidad mental, de drogas, de recaída. Te están destrozando.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Mark a la defensiva—. ¿Que pida perdón en Twitter?

—No. Eso sería admitir la culpa. —Julián se sentó, cruzando las piernas y adoptando su pose de estratega—. Tenemos una carta, pero es arriesgada. Pasado mañana es la presentación de la novela y la firma de libros en el Círculo de Bellas Artes. Si conseguimos

hacerte pasar por alguien cercano, calmado y humano, tenemos una posibilidad de cambiar la narrativa.

Mark se puso rígido al instante. Negó con la cabeza, retrocediendo hacia el respaldo de su silla como si le hubieran propuesto saltar al vacío.

—No. Ni hablar. Cancélalo, Julián. No están las cosas para socializar. Si voy allí, me van a comer vivo. No voy a ponerme delante de cien cámaras para que me despedacen.

—¡Al contrario! —le cortó Julián, inclinándose hacia delante con vehemencia—. Es crucial que aparezcas. Si te escondes, les das la razón. Confirmas que eres el monstruo inestable que pintan, que estás encerrado en tu torre medicándote.

Julián suavizó el tono, apelando a la lógica comercial.

—Escúchame, Mark. El Círculo es un entorno controlado. Intelectual, serio. Necesitamos que te vean allí, firmando libros, hablando de literatura, siendo el Mark Olsten brillante y civilizado. Es la única forma de borrar esta imagen de tu cara desencajada. Antes era importante para las ventas; ahora es imprescindible para tu imagen.

Mark apretó los dientes. Odiaba esos eventos, y ahora los odiaba el doble, pero sabía que Julián tenía razón. Estaba acorralado.

—Está bien —aceptó a regañadientes, con voz sombría.

—Bien. —Julián se relajó visiblemente—. Voy a mover hilos para que las preguntas de la prensa estén apañadas. Pero tú asegúrate de llevar tu mejor sonrisa. Y sobre todo... —Julián levantó un dedo, enfatizando la orden clave—: llévate a la chica.

—¿A Súa? —Mark frunció el ceño.

—Es imprescindible que te vean acompañado, Mark. Piénsalo: si apareces solo, sigues siendo el tipo agresivo del Arisū, el monstruo inestable. Pero con la chica de la foto otra vez al lado… —Julián hizo un gesto con las manos, como si estuviera encuadrando un titular en el aire—. Con ella al lado, cambias el foco. Te conviertes en un hombre con una pareja nueva y exótica. El morbo del romance vende más que la violencia. Todo el mundo dejará de hablar del puñetazo para empezar a especular sobre quién es ella y de dónde

ha salido. Es la cortina de humo perfecta, Mark. Ella te da un aire familiar, estable. Te humaniza.

Mark asintió lentamente, sintiendo la ironía de usar a Súa como escudo contra la opinión pública. Julián soltó una risita de compadreo, tratando de aligerar la tensión mientras abría su maletín para sacar los contratos.

—Hay que ver. Quién me iba a decir a mí que la chiquilla que trajiste asustada de Corea iba a acabar robándole el corazón al témpano de hielo Olsten y ser la pieza clave para salvarle.

Mark no sonrió. La idea de usar a Súa como pantalla no le hacía ninguna gracia; exponerla a los focos y a la voracidad de la prensa para salvar su propio cuello era un precio que no estaba seguro de querer pagar.

15. LA DUEÑA DE LAS CENIZAS

Jaeui juin (재의 주인)

El Porsche Panamera negro apareció en la avenida. Se deslizó sobre el asfalto con suavidad hasta detenerse en mitad de la calzada, frente al club Obsidian.

La puerta del conductor se abrió con delicadeza. Una pierna larga vestida con una media del color del coche salió al exterior. El zapato de charol negro, con un tacón largo y fino como una aguja, buscó el suelo con un sonido que percutió contra el asfalto.

Clac

El segundo aterrizó junto al primero, quedando inmóviles un par de segundos. El aparcacoches salió disparado. Se abrochaba la chaqueta torpemente mientras corría, sin atreverse a levantar la vista.

La mujer salió del vehículo. Alta, estilizada; aquellos tacones parecían elevarla como una torre inalcanzable. Tenía el cabello oscuro y un rostro de rasgos marcados, mezcla de dureza árabe y altivez andaluza. Llevaba una chaqueta negra, cerrada y elegante, sin nada debajo. No miró al chico. Dejó el motor en marcha y echó dos billetes sobre el asiento de cuero beige.

Echó a andar con la espalda recta y la barbilla elevada, ocupando el centro de la acera con autoridad.

Clac. Clac. Clac.

Llegó a la puerta. El portero, una mole con cuello de toro, se puso rígido al verla llegar; llevó sus brazos inmediatamente a los costados. Ella se detuvo a un paso de él. Le observó la solapa del abrigo con una ligera sonrisa.

—Abrígate bien —dijo en voz baja—. Hace demasiado frío para estar aquí fuera sin moverse.

El hombre agachó la cabeza, evitando sus ojos, y tiró de la pesada puerta con reverencia.

—Gracias, señora de la Vega. Bienvenida.

Ella ya no estaba escuchando. Clavó la vista en la penumbra del local y cruzó el umbral. Dentro, el club reaccionó inmediatamente a su presencia. Un camarero se apartó con fluidez para dejarla pasar, equilibrando la bandeja con maestría; las copas tintinearon.

Al fondo, otro empleado que la vio entrar se apresuró hacia la mesa reservada del rincón, apartando la silla. Ella se deslizó en el asiento mientras él empujaba la silla con suavidad bajo sus piernas. Apenas apoyó la espalda en el respaldo, una mano depositó una copa frente a ella.

—Aquí tiene su Palo Cortado VORS, señora. Sacristía de cuarenta años.

No respondió. Sus dedos largos rodearon el tallo de la copa. El aroma a madera vieja y salitre emanó del cristal. Se llevó la copa a los labios. El líquido tocó su lengua y el sabor seco le quemó la garganta.

El Obsidian desapareció dejando paso a la imagen de un cortijo: sintió el olor a cuero de las botas de su padre y el silencio pesado que precedía a la violencia. Recordó el calor asfixiante de una tarde de agosto en Córdoba, treinta años atrás.

노 리 개

La puerta de la habitación se cerró con un portazo que hizo temblar la pared.

—A ver si aprendes de una puta vez. —La voz del hombre llegó desde el pasillo.

La niña estaba sentada al borde de la cama. Tenía el labio partido y un hilo de sangre espesa le bajaba por la barbilla, goteando sobre el cuello de su vestido. Sus muñecas, finas y pequeñas, mostraban el tono violáceo de haber sido sujetadas con una fuerza desmedida. No lloraba.

Sus ojos marrón oscuro estaban abiertos de par en par, clavados en la rendija de la puerta entreabierta por el golpe anterior. A través de ella, vio a su padre caminar hacia el mueble bar. Lo observó servirse una copa de su licor, Palo Cortado VORS. Se sentó en su sillón y abrió el periódico.

La niña apretó los puños sobre las sábanas cuando unos pasos rápidos y ligeros cruzaron el pasillo. Su hermano pequeño entró en la habitación. Tenía los ojos llenos de lágrimas y temblaba sin parar.

—Sonia… —gimoteó el niño, corriendo hacia ella.

Se abalanzó para abrazarla. Sus manos pequeñas y cálidas intentaron tocarle la cara y limpiar la sangre. Sonia le apartó de un empujón. El niño cayó de culo en la alfombra, mirándola con confusión y miedo.

—No me toques. —Su voz salió muerta. Sin emoción.

—Te ha hecho daño —sollozó él—. Es malo, Sonia, es muy malo.

Sonia se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano y miró la mancha roja en su piel con curiosidad. Luego, clavó sus ojos en su hermano. Lo miró como quien mira a un insecto ahogándose en el agua.

—Papá no es malo. Papá es fuerte. Y tú eres débil. Por eso lloras.

Se bajó de la cama y se agachó frente a él, obligándole a mirarla a los ojos.

—Escúchame bien, porque no te lo voy a repetir. El dolor es información. Te dice quién manda.

Señaló hacia el salón, donde el padre bebía su copa ajeno al mundo.

—Solo hay dos tipos de personas, ratita. Están las presas, que lloran y piden perdón, y están los depredadores. —Sonia sonrió, mostrando la sangre en sus dientes—. Papá es un depredador. Hace lo que quiere porque puede.

—Sonia… —susurró el niño, retrocediendo hacia la pared.

Ella se puso en pie.

—Yo no voy a ser una presa nunca más. Yo voy a ser la que se come a los demás. Y tú… —Le señaló con el dedo—. Tú naciste para que te coman.

El niño se levantó y salió corriendo de la habitación, huyendo de ella. Sonia se quedó sola, escuchando el crujir de las páginas del periódico que llegaba desde el salón y saboreando la sangre en su boca, prometiéndose que, la próxima vez, ella sería la que tuviera la copa en la mano.

노 리 개

Parpadeó y dejó la copa vacía sobre la mesa con un golpe suave. El camarero se acercó al instante.

—¿Desea algo más, señora de la Vega?

Sonia se pasó la lengua por el labio, donde una cicatriz invisible le recordaba quién era.

—Sí —dijo, apretando el tallo de la copa—. Otro.

El silencio que rodeaba la mesa se rompió con el golpe seco de unos zapatos de suela gruesa. Un hombre ancho apareció tras la hilera de columnas de terciopelo. Llevaba un traje gris que le tiraba de las costuras de los hombros y un reloj de oro macizo que dejó un leve destello bajo la luz. Sonia no levantó la vista. Siguió acariciando el cristal de la copa, imperturbable.

—Leandro —dijo ella.

Él arrastró la silla al moverla y se dejó caer frente a Sonia, desparramando las piernas como si el espacio le perteneciera. Una camarera se acercó de inmediato. Él no le miró a la cara; tenía los ojos clavados en su escote.

—Un Johnnie Walker Blue Label —pidió—. Y échale Coca-Cola. Y hielo, mucho hielo.

La mujer se detuvo un momento, vaciló ante semejante petición, pero la mirada de Sonia le hizo moverse. Asintió y se marchó.

Leandro se aflojó el nudo de la corbata y sonrió.

—Todo va sobre ruedas, Sonia. Tengo a alguien dentro de la casa. —Bajó la voz, inclinándose sobre la mesa y dejando un rastro de colonia dulzona—. Ya sabemos qué buscar y dónde lo esconde. Es cuestión de días que…

Sonia alzó una mano. El gesto fue mínimo, pero Leandro cerró la boca de golpe.

—No me aburras con la logística, Leandro. No me importa cómo lo hagas.

Leandro frunció el ceño. Cogió la copa que acababan de traerle y dio un trago largo, haciendo sonar los hielos contra el cristal.

—No te entiendo. De verdad que no. Tú quieres hundirle, yo quiero su pasta. Estamos en el mismo barco, pero esa obsesión tuya… —Hizo un gesto vago con la mano—. Ya lo destruiste una vez. Lo dejaste hecho una mierda, llorando por los rincones. ¿Para qué repetir? Con lo que tienes ahí abajo —señaló la escalera que descendía— puedes jugar con el tío que quieras.

Sonia acarició el tallo de su copa. Sus ojos no parpadearon.

—Mark no es un hombre, Leandro; no es un juego ni un vicio asqueroso de los tuyos. Es mi obra maestra.

Bebió un sorbo pequeño, elegante.

—Lo rompí, sí. Lo desmonté pieza a pieza para ver cómo funcionaban la mente y el dolor. Y ahora que vuelve a estar entero, no voy a dejar que se acabe la función. Es mío. Y punto.

Leandro negó con la cabeza, masticando un trozo de hielo.

—Estás enferma. Pero mientras pagues…

—Lo que me sale caro es tu incompetencia —le interrumpió ella, bajando la voz—. Dejaste que se fuera a Corea. Permitiste que ese curandero le pusiera las manos encima.

Leandro se puso a la defensiva, levantando las manos.

—¡Eh, eh! Yo no sabía a qué iba. Dijo que quería unos manuscritos de mierda, que eran imprescindibles para sus libros. ¿Cómo iba a saber yo que se metería en un templo de monjes raros?

—Porque es tu trabajo saberlo. —Ladeó la cabeza con la frialdad de quien regaña a un perro—. Ha vuelto arreglado. Tiene una mirada distinta. Se ha traído a esa mujer, esa mascota exótica para que le lama las heridas. Y eso me obliga a empezar de cero. Me has dado más trabajo, Leandro. Y no me gusta trabajar el doble.

Leandro bufó, apurando su bebida.

—Bueno, pues ya lo romperemos otra vez. No te pongas dramática. Al final, los derechos de sus libros siguen estando en el aire, y eso es lo que cuenta.

Sonia dejó la copa en la mesa con un golpe seco. Se inclinó hacia delante. Su cara cambió con la luz, afilándose.

—¿Recuerdas quién consiguió que te firmara esos papeles hace cinco años? —preguntó—. ¿Recuerdas quién le puso la pluma en la mano mientras él estaba tan drogado y perdido que no sabía si firmaba un contrato o una sentencia de muerte?

Leandro tragó saliva incómodo. Asintió.

—Tú. Fuiste tú.

—Exacto. Yo te hice rico, Leandro. Yo te di su cabeza en bandeja de plata. Así que no vuelvas a cuestionar mis métodos ni mi obsesión.

Sonia se recostó de nuevo, satisfecha con el miedo que había visto en los ojos del hombre.

—Sigue el plan. Destrúyele la reputación. Haz que se sienta acorralado, solo y arruinado. Si colaboras y haces exactamente lo que te digo, te prometo dos cosas.

Levantó dos dedos, mostrando sus uñas impecables color sangre.

—Uno: te devolveré el control total de su dinero. Y dos… —Sonia sonrió burlonamente—. Te daré a la niña. Y te enseñaré personalmente cómo se ata en corto a alguien para que no se atreva ni a respirar sin tu permiso.

Leandro apuró la mezcla aguada de un trago, tragando también el orgullo. Se puso en pie y se alisó el traje, nervioso, evitando mirar a Sonia a los ojos.

—Lo pongo todo en marcha. —Asintió, casi para sí mismo, intentando convencerse.

Sonia no respondió. Ni siquiera le miró. Leandro se marchó con la cabeza gacha, arrastrando los zapatos hacia la salida.

Ella se quedó sola. Hizo girar el licor en la copa, observando cómo la luz se reflejaba en el cristal, imperturbable.

Un camarero apareció a su lado. Se inclinó con discreción, bajando la voz.

—Todo listo, señora de la Vega. La Mazmorra está preparada. —Hizo una pausa breve antes de añadir—. Su invitado la espera abajo.

Sonia le dedicó una sonrisa satisfecha. Dejó la copa sobre la mesa y se levantó, dirigiéndose hacia la escalera.

Detrás de una columna revestida de terciopelo negro, una sombra se movió.

Martín dejó su vaso sobre la mesa, despacio, sin producir el más mínimo sonido; vestía ropa oscura. Sus ojos se dilataron y siguieron la espalda de Sonia mientras esta desaparecía escaleras abajo. Soltó el aire que llenaba sus pulmones despacio y sacó un billete arrugado del bolsillo, lo dejó junto a su copa vacía, se ajustó el cuello de la chaqueta y se levantó lentamente, dirigiéndose a la salida.

노 리 개

La mañana había pasado como cualquier otro día, pero esa normalidad se notaba falsa. Súa se movía por la planta baja revisando inventarios y organizando la casa.

Al entrar en la cocina, el olor a verduras cortadas le llegó de golpe; sin embargo, no se oía el ruido del cuchillo. Lucía no estaba frente a la tabla. Estaba de pie junto a la ventana que daba al jardín, apartando levemente el visillo con dos dedos.

—No me fío de ese chico, Súa —murmuró sin girarse.

Súa se acercó despacio y miró por encima del hombro de la mujer.

Fuera, bajo el sol del mediodía, Dani barría las hojas secas del camino. Pero lo hacía nervioso. Sus movimientos eran espasmódicos. Daba dos escobazos y se detenía, girando la cabeza bruscamente hacia la verja principal, como si hubiera oído un ruido. Luego miraba hacia la casa, hacia las ventanas, y volvía a la escoba de un modo mecánico.

—Se mueve de un modo extraño —insistió Lucía, frunciendo el ceño—. Como si tuviera miedo de que algo le fuera a saltar a la espalda. O como si estuviera buscando algo que se le ha perdido.

Súa sintió un pinchazo en el estómago. Dani le producía una congoja que la ponía nerviosa. Sin embargo, permaneció impasible. No podía permitir que la paranoia se extendiera por la casa.

—Es joven y lleva poco tiempo. —Súa se separó de la ventana—. Probablemente le intimiden Mark y Martín y teme cometer un error. Déjalo estar.

Lucía soltó el visillo, no muy convencida, y volvió a la encimera.

—Como tú digas. Pero tiene ojos de ratero.

—Para la comida quiero algo ligero —ordenó Súa, cortando el tema de raíz—. Pescado blanco y verduras al vapor. Esta noche tenemos un evento importante y no quiero estar pesada.

Dejó a Lucía refunfuñando entre ollas y salió al pasillo.

El silencio del salón la envolvió. Súa caminó despacio, rozando con los dedos el respaldo del sofá. Su mente voló a la conversación con Mark, a esa petición que había sonado mitad orden, mitad súplica silenciosa de él.

Ir al Círculo de Bellas Artes. Exponerse.

Sabía perfectamente cuál era su función en esa gala: ser el adorno exótico, la distracción visual que desviaría las preguntas sobre la violencia de Mark en el Arisū. Sería un escudo, una mujer florero. No le importaba el papel; lo que le encogía el estómago era el propio Mark.

Mark estaba caminando sobre una cuerda, aterrorizado por fantasmas que ella aún no conocía del todo. Y esta noche, bajo los focos y las preguntas afiladas de la prensa, esa cuerda podría romperse.

Súa cerró los ojos un instante y respiró hondo. Si él iba a caer, ella tendría que estar allí para atraparlo antes de que tocara el suelo.

El silencio flotaba entre ellos mientras comían sin hambre. Solo se escuchaba el tintineo de los cubiertos contra la porcelana que marcaba la cuenta atrás hacia la noche. Mark apenas había probado el pescado; se dedicaba a desmigarlo con el tenedor, construyendo y destruyendo pequeñas montañas de comida blanca.

—No deberías venir —dijo de repente, soltando el cubierto sobre el plato con desgana—. Cuanto más lo pienso, menos me gusta. Julián solo ve números y *marketing*, pero esto es carnaza para los tiburones.

Súa alzó la vista. Masticó despacio, tragó y se limpió la comisura de los labios con la servilleta antes de responder.

—Es una estrategia, Mark. Y es sólida.

—Es utilizarte. Convertirte en una pantalla. Si vas, no van a preguntarte por tu inteligencia ni tus intereses. Van a tratarte como al accesorio exótico del escritor loco. No eres un florero, Súa. Y me revuelve el estómago pensar que voy a dejar que te miren como si lo fueras.

—Lo sé —dijo ella con calma, ignorando la indignación de él—. Pero Julián tiene razón. Si entras solo, la noticia es: Mark Olsten, el agresor inestable. Si entro contigo, la noticia es: ¿Quién es la chica asiática? —Súa le sostuvo la mirada con firmeza—. Soy la distracción. Soy el señuelo. Y no me importa serlo si eso evita que te despedacen.

Mark negó con la cabeza, frustrado, pero se le acabaron los argumentos. Sabía que ella tenía razón, y odiaba que la tuviera. Súa se inclinó ligeramente sobre la mesa, bajando el tono de voz.

—Además, hay otra razón. Si estoy allí, no tendrás que enfrentarte a la sala tú solo. Si sientes que te traicionan los nervios, si las luces te ciegan o las preguntas te agobian, solo tienes que mirarme a mí. —Hizo una pausa breve—. Yo seré tu faro. Ignora a los demás y céntrate en mí.

Mark la observó en silencio unos segundos. La tensión en sus hombros se relajó. Esa promesa era más efectiva que cualquier ansiolítico y le provocó una sonrisa.

—Está bien —concedió, suspirando—. Pero no te separes de mi lado. —Por primera vez en toda la cena, buscó la mano de Súa sobre el mantel. Fue un contacto breve, apenas un segundo.

—Gracias —susurró él.

Retomó el tenedor, aunque su mente ya había saltado de tema. Pinchó un trozo de verdura y frunció el ceño, mirando a la nada.

—Hay algo que no encaja, Súa.

—¿El qué?

—Lo de los paparazi. Las filtraciones, los fallos de seguridad en la finca. —Mark hizo una mueca de disgusto—. Todo el mundo asume que es Sonia, pero ese no es su estilo. Sonia es psicología. Ella no busca papeles ni contratos; ella se mete en tu cabeza, busca tus miedos y planta semillas. Es una depredadora emocional, no busca tu reputación.

Golpeó la mesa suavemente con el dedo índice.

—Todo esto es vulgar. Es demasiado físico para ella. Demasiado arriesgado. Sonia nunca se mancha las manos directamente. Esto no es ella.

Súa dejó la copa de agua sobre la mesa. El comentario de Mark encajaba perfectamente con la inquietud que llevaba sintiendo toda la mañana.

—Si no es ella directamente, ha tenido que usar a alguien —apuntó Súa. Miró hacia la puerta de la cocina para asegurarse de que estaban solos—. Alguien que tenga acceso fácil. Alguien que pueda moverse por aquí sin levantar sospechas.

Mark levantó la vista, comprendiendo hacia dónde iba.

—Dani. —No fue una pregunta.

—Lucía lo ha visto esta mañana —explicó Súa—. Estaba barriendo el patio, pero no trabajaba. Vigilaba. Miraba a su espalda, controlaba las ventanas. Se mueve como si tuviera algo que esconder. Y es el único elemento nuevo en la ecuación desde que empezaron los problemas.

Mark apretó la mandíbula. La imagen del chico joven y servicial se tiñó de repente de una sombra oscura.

—Un topo. Tiene sentido. Sonia paga y otro ejecuta la parte sucia.

Mark miró hacia el jardín a través de la ventana.

—No quiero que venga esta noche con nosotros, Mark. No me fío.

Mark asintió, frotándose la barbilla.

—Martín insiste en que está limpio. Dijo que era demasiado obvio que el chico nuevo fuera el malo. Y Martín suele tener buen olfato para estas cosas.

Miró hacia el jardín. El instinto de Martín era bueno, sí, pero el nudo en el estómago de Mark era real.

—Yo también tengo dudas. Y no pienso jugármela hoy.

Se giró hacia Súa con decisión.

—Esta noche se queda en tierra. Mañana veremos qué hacemos con él; hablaré con Martín. Tenga razón o no, no quiero tener cerca en este momento a nadie de quien no me fíe al cien por cien.

노 리 개

Mark se ajustó el nudo de la corbata frente al espejo por tercera vez cuando los pasos de Súa saliendo del baño le hicieron girarse. No llevaba un vestido occidental. Vestía un *hanbok* moderno de seda verde oscuro, casi negro. La falda de talle alto llegaba hasta el suelo, ocultando sus pies, mientras que la chaqueta, corta, le quedaba ceñida al cuerpo, sin una sola arruga. Llevaba el pelo recogido, atravesado por un *binyeo*[72] de plata que brillaba como una daga.

Mark se quedó inmóvil. El color de la tela combinaba con sus ojos, haciendo que su mirada resaltara con una intensidad casi divina.

—Verde. —Se recreó en el contraste visual—. A juego contigo.

—Julián pidió un señuelo, ¿no? —Súa terminó de ajustarse la falda—. Alguien que acaparara los flashes y alimentara el morbo.

Se detuvo frente a él. Le ajustó la corbata y alisó la solapa de la chaqueta. Sus manos se deslizaron suavemente hacia su cuello rodeándole y le dio un beso tierno. Cálido.

—Si les doy suficiente misterio, se olvidarán de hacer preguntas incómodas. Se pasarán la noche intentando descifrar de dónde he salido —se separó de él y le clavó los ojos—. Nadie se acordará del Arisū.

Mark asintió, sintiéndose extrañamente más seguro.

—Estás imponente.

—Estoy lista —corrigió ella, señalando la puerta.

La mano de Mark ya estaba en el pomo de la puerta cuando esta se abrió desde fuera con brusquedad.

Martín irrumpió en el recibidor. Respiraba a trompicones y tenía el rostro rígido. No saludó; pasó de largo ante la mirada atónita de la pareja y lanzó una fotografía arrugada sobre el mueble. Permaneció en el centro de la estancia como una estatua, limitándose a observarlos con la mandíbula rígida.

—Sonia es real —escupió, girándose hacia ellos—. Está aquí. Y no está sola. Se ha traído al perro de presa. He visto a Leandro en el club con ella.

Mark bajó la vista; tardó unos segundos en enfocar la imagen arrugada. Súa, a su lado, dejó de parpadear.

—¿Leandro? —El nombre le cortó la respiración de golpe. Dio un paso atrás, errático, hasta que su espalda chocó contra la pared—. ¿Aquí? No. Él no. —Negó con la cabeza, fuera de sí—. No voy a dejar que termine lo que empezó en Seúl.

Sus ojos se clavaron en un punto indeterminado del techo mientras se rascaba compulsivamente la tela del pantalón.

Detrás de él, Súa se quedó petrificada. No veía el recibidor, no estaba en Madrid; sus ojos miraban al pasado. Odiaba a ese hombre con toda su alma.

El zumbido en sus oídos se transformó en un eco asfixiante, un recuerdo que quemaba los pulmones. Sus pupilas se dilataron, fijas en la fotografía. Su mano se cerró con tanta fuerza en torno al *binyeo* de plata que el metal se le clavó en la palma.

—Entonces no es un ataque invisible. Es una cacería. Ha venido a rematar la faena. *Gaesaekki.*

Mark se puso delante de ella, cerrando los puños con tal fuerza que los nudillos le crujieron. Se giró hacia Martín con los ojos encendidos.

—Escúchame bien. —Acortó la distancia entre ambos—. Olvida la discreción. Si ese hombre se acerca a menos de cien metros de ella, quiero que lo pares. Me da igual cómo. —Mark caminaba de un lado a otro, nervioso—. Necesito más gente. Refuerza la seguridad ahora mismo. Quiero ojos en todas partes, Martín. Sabes de lo que es capaz ese animal. Sabes lo que dejó atrás en Seúl.

Martín sostuvo la mirada, imperturbable.

—Ya está hecho —respondió anticipándose—. Hay dos hombres fuera, armados. He blindado la finca antes de entrar a enseñarte la foto.

—¿Son de fiar? —espetó Mark, con los nervios a flor de piel—. No quiero otra preocupación como con el último.

Martín torció el gesto, contrariado.

—Pondría la mano en el fuego por ellos. Son perros viejos, Mark. Trabajaron conmigo en la UDYCO; no los verás, pero si algo que no

sea un pájaro se acerca a menos de cien metros, lo neutralizarán. Estate tranquilo, esta casa va a ser un búnker.

Mark asintió, aunque el temblor de sus manos le delataba.

Súa dio un paso al frente, saliendo de la protección de Mark, con las pupilas fijas en la nada.

—Si Leandro está aquí, todo cambia. Habrá sangre —sentenció ella—. Ese hombre no viene a negociar. Leandro es *akmagateun*[73] que quema un edificio entero solo para asegurarse de que no salgas vivo.

—Cámbiate, Martín —ordenó Mark—. Te vienes con nosotros a la gala. Deja todo listo aquí y reúnete con nosotros allí.

Mark agarró a Martín por el hombro y lo empujó hacia la puerta.

—Te quiero pegado a Súa. Si él respira cerca de ella, acabas con él. No tardes.

Mark y Súa salieron de la casa con prisa; sus rostros tensos eran el único rastro de lo que acababa de ocurrir. El eco de sus pasos resonó sobre la grava.

Súa caminaba tan rápido que el *hanbok* crujía contra sus piernas. Mark no miraba al frente; sus ojos saltaban de una sombra a otra.

Les recibió el aire de la noche en la sierra, pero ninguno de los dos se detuvo a abrocharse el abrigo. Cerca del vehículo, dos hombres se movían con eficiencia, escrutando los muros.

—Buenas noches, señor Olsten —dijo uno de ellos sin girar la cabeza del todo—. Espero que pase buena noche.

Mark no se detuvo. Llevaba la mano apoyada en la base de la espalda de Súa.

—Muchas gracias. Les deseo lo mismo.

Llegaron al coche. Un chófer de uniforme oscuro ya mantenía abierta la puerta trasera del Mercedes-Benz Clase S 450 d. Mark esperó a que Súa se acomodara en la penumbra del asiento posterior y, tras echar una última mirada a la línea de árboles que se perdía en la oscuridad de la finca, se deslizó junto a ella. La puerta se cerró con un vacío neumático. Sin que mediara una palabra, el coche inició la marcha, alejándose de la casa hacia las luces de Madrid.

16. JAQUE A LA REINA

Kwinege Janggun (퀸에 게장군)

El Mercedes negro encaró la calle Alcalá y se detuvo frente a la fachada. Por un instante, el silencio en el interior del coche fue absoluto, protegiéndolos del bullicio de fuera. A través del cristal tintado, las figuras de los fotógrafos eran sombras que se arremolinaban contra las vallas.

El chófer abrió la puerta y el estruendo de la calle entró de repente: el pitido de los autobuses, el griterío de los curiosos amontonados y el sonido rítmico de cientos de obturadores disparando al unísono.

Mark soltó el aire mientras sacudía las manos y bajó el primero. Sintió el asfalto bajo sus zapatos y, de inmediato, el primer fogonazo de un *flash* le golpeó el rostro. No se detuvo; continuó hacia delante bajo una lluvia constante de luces que disparaban sin parar. Rodeó el vehículo con paso firme y abrió la puerta de Súa, situándose junto a ella. Deslizó el brazo por su cintura, atrayéndola hacia él con un gesto protector. Súa se detuvo un segundo, ignorando el muro de cámaras que tenía delante, y buscó los ojos de Mark. Le dedicó una sonrisa breve, cargada de complicidad.

—¿Estás listo?

La pregunta se abrió paso entre las cámaras y el estruendo de la ciudad. Mark sintió su mano en el brazo.

—Recuerda que estaré a tu lado. Mírame a mí, Mark.

Él asintió, sintiendo cómo el nudo en su estómago se aflojaba. Miraron al frente y, agarrados, empezaron a subir la escalinata de piedra. A ambos lados, la gente se agolpaba contra los cordones de seguridad. Se escuchaban gritos, preguntas lanzadas al aire sobre el incidente del Arisū y comentarios curiosos sobre la nueva novia

exótica del escritor. Súa ignoró a la muchedumbre, manteniéndose ajena a los insultos velados y a la curiosidad morbosa, levantó la barbilla sonriendo levemente mientras caminaban.

Sus ojos recorrieron la fachada monumental del edificio. La piedra blanca parecía vibrar bajo la luz de los *flashs* de prensa. Admiró la fuerza de las columnas jónicas que flanqueaban la entrada; eran como troncos de roca que subían rectos hacia un cielo de Madrid que esa noche estaba encapotado e iluminado por el resplandor de la ciudad. Arriba, la silueta de la Minerva de bronce recortaba el aire con su lanza, impasible ante el circo mediático que hervía a sus pies. Para Súa, la arquitectura tenía un peso antiguo que la hacía sentir, por primera vez, la verdadera naturaleza del mundo en el que Mark Olsten se movía.

Al cruzar el umbral, el estruendo de la calle Alcalá se convirtió en un zumbido apagado tras los cristales. El vestíbulo del Círculo de Bellas Artes se abrió ante ellos como una catedral. El aire allí dentro era distinto: una corriente cálida que arrastraba el aroma a madera noble e historia. Un empleado de la institución, vestido con un uniforme impecable y guantes blancos, les hizo una leve reverencia antes de cerrar las pesadas puertas de bronce.

Un hombre mayor, con gafas de montura fina redondeada, se acercó a Mark y le puso una mano en el hombro. Esbozó una sonrisa sincera que obligó a Mark a detenerse.

—Mark, me alegra ver que has decidido volver a la luz. Se ha especulado mucho sobre tu retiro en la sierra.

—Solo necesitaba silencio, Fernando. El ruido de Madrid no deja escuchar a los personajes. ¿Qué tal va tu editorial?

—Bueno, tirando como siempre. Desde que te perdimos ya no es lo mismo. El silencio te ha sentado bien. *El aliento del Han* tiene una pureza que solo se consigue cuando uno se olvida de que el mundo existe. Disfruta de la noche, te la has ganado.

Julián apareció desde la penumbra del fondo, moviéndose con la agilidad nerviosa de quien tiene un cronómetro en la cabeza. Al verlos, sus facciones se relajaron. Se detuvo frente a ellos, abriendo

los brazos con una amplia sonrisa, y se paró un momento para observar a Súa.

—Estás absolutamente radiante, muchacha. Has conseguido eclipsar las tonterías de este muermo que te acompaña. Gracias por estar aquí, no sabes cuánto significa.

Súa recibió el cumplido con una sonrisa.

—Muchas gracias, Julián-ssi. —Inclinó levemente la cabeza.

Julián puso una mano afectuosa en el hombro de Mark y se acercó a su oído:

—Mark, respira. La prensa se ha olvidado por completo del incidente del Arisū en cuanto han visto a Súa a tu lado. Ella es tu luz esta noche. Venga, vamos a darles un buen posado aquí abajo, al pie de la escalera imperial.

Mark se colocó en posición, pero el calor de los focos empezó a asfixiarlo. Sus dedos se cerraron sobre el brazo de Súa, que percibió la vibración y entrelazó sus dedos con los de él.

—*Gwaenchana*, Mark-ya —susurró ella—. *Naega yeogi isseoyo.*[74]

El sonido rítmico de su voz funcionó como un interruptor. Mark exhaló y sus hombros se relajaron.

Subieron el primer tramo de la escalera monumental mientras Súa admiraba cómo los pasamanos de madera oscura, gastados y suaves, daban la vuelta en ángulos perfectos. El ascensor se detuvo lentamente y las puertas de madera y rejilla se deslizaron hacia los lados.

Al salir a la cuarta planta, la Sala de Columnas los sobrecogió: un bosque de fustes jónicos de piedra clara se elevaba hacia un techo altísimo. *Allá vamos*, pensó Súa. Salieron del ascensor y comenzaron a caminar hacia el interior. En el centro de la estancia se alzaba la mesa preparada para la firma, donde ya descansaban varios ejemplares de *El aliento del Han*.

—Mark, por aquí. —Una mujer, envuelta en sedas y joyas, le interceptó el paso—. No sabía que habías vuelto a los escenarios, cuánto tiempo. —La mujer le dedicó una sonrisa forzada.

—Solo para lo necesario, Elena. —Mark mantuvo la mano firme sobre la cintura de Súa.

—¿Es ella? —susurró alguien a su derecha—. Dicen que es la musa de *El aliento del Han*… parece una muñeca de porcelana.

—Olsten, la estructura del tercer capítulo es magistral —le espetó un crítico, ignorando el espacio personal de Mark—. Has capturado la esencia del trauma.

—Me alegra que te gustara. —Mark aceleró el paso.

—Te has superado, Olsten. *El aliento del Han* es lo mejor que has escrito con diferencia —soltó un hombre de pelo cano. Mark asintió con cortesía mientras Súa sonreía a los invitados.

Una mujer joven con una libreta se acercó con timidez. Parecía buscar información técnica.

—Perdonen la interrupción. Señorita Moon, en *El aliento del Han*, Mark escribe sobre la dignidad de la seda y cómo la ropa tradicional es la única patria que uno puede llevar a cuestas cuando lo ha perdido todo. ¿Es su *hanbok* una declaración de esa misma resistencia?

Súa la observó unos segundos. La chica no estaba analizando un disfraz; estaba buscando la verdad detrás del texto de Mark.

—Es una tradición que sobrevive al tiempo. —Súa dio un paso al frente. Mark la miró de reojo, sorprendido por su disposición a hablar—. En Corea, el *hanbok* no solo cubre el cuerpo, guarda la memoria de quienes lo vistieron antes que nosotros. Este tejido es mi hogar, no una elección estética.

La joven se retiró con una reverencia. Mark apretó la mandíbula; Súa ya no era su secreto.

Julián se abrió paso entre la marea de esmóquines con dos copas de champán y una expresión de triunfo que no lograba ocultar su agobio.

—Aquí tenéis, chicos. Está siendo todo un éxito. Seguid socializando un rato y enseguida nos vemos.

Mark aceptó la copa. El cristal estaba frío. Le dio un trago largo, dejando que el líquido amargo le anestesiara un poco la irritación que le provocaba el bullicio.

—Bueno, eso espero —dijo, mirando por encima del hombro de Julián hacia la entrada de la sala—. ¿A qué hora es la firma? Necesito acabar con esto cuanto antes.

Julián le dio una palmadita en la espalda.

—Vamos, muchacho, disfruta un poco; es tu día.

Y se alejó saludando a un par de editores.

La zona de prensa era un nido de cables, trípodes y cámaras de televisión que apuntaban hacia la mesa. Mark sintió el peso del espacio. Los fustes monumentales de las columnas dividían la sala, creando pasillos de sombra por donde circulaba la élite.

—Mark, un minuto. —Un hombre de traje gris le puso una mano en el antebrazo—. El borrador para la adaptación al cine está sobre la mesa de tu agente, pero no me habéis respondido aún. *El aliento del Han* tiene planos que piden pantalla grande. Esos paisajes de Seúl, la violencia silenciosa es oro.

Mark se detuvo, aunque su lenguaje corporal indicaba que cada segundo perdido era una pequeña tortura. El hombre del traje gris no soltó su antebrazo. Mantenía una sonrisa amplia tatuada en su rostro.

—El guion debe respetar los silencios, Alberto. Si llenáis la pantalla de persecuciones y música estridente, os cargaréis la historia. *El aliento del Han* no es una película de acción; es el retrato de una asfixia. Si el productor entiende eso, tendremos algo de qué hablar.

El hombre asintió con fervor mientras la mujer que lo acompañaba daba un paso hacia delante. Llevaba un vestido de seda negra que parecía absorber la luz. Se inclinó ligeramente hacia Súa con una mirada cargada de una curiosidad casi ofensiva; recorrió el bordado del talle del vestido.

—Es fascinante, Mark. Realmente aporta ese toque de, ¿cómo decirlo?, autenticidad que necesitaba tu imagen. No solo es el libro, es la atmósfera completa lo que has traído de Corea.

Mark tensó el brazo que Súa sostenía. La palabra *autenticidad* sonó en sus oídos como un eufemismo para espectáculo. Antes de que él pudiera soltar su respuesta cortante, Súa apretó suavemente su mano y se adelantó con una elegancia que desarmó a la mujer.

—Es muy amable por su parte —dijo Súa, manteniendo una sonrisa irónica—. La autenticidad no es algo que se busca, es

simplemente lo que uno es. Me alegra que pueda percibir el respeto que hay detrás de este tejido.

Mark miró a Súa de reojo. Hizo un esfuerzo visible por suavizar la sonrisa que nacía dentro de él.

—Súa no es una estrategia de imagen —añadió Mark, midiendo cada palabra—. Es la razón por la que esa novela se ha podido escribir. Si me disculpáis.

Otros se acercaron; editores con palmaditas en la espalda y esnobs que escrutaban a Súa con la curiosidad de quien observa una pieza de museo. Mark apretó los dientes. Por fin apareció Julián, cortando el paso a los curiosos.

—Siento robaros a la estrella, pero la rueda de prensa va a comenzar —dijo Julián, agarrando a Súa por el antebrazo y tirando de ella con firmeza—. Recuerda: tranquilo y respuestas cortas, Mark. No entres al trapo.

Se sentaron frente a la jauría. Los micrófonos formaban un enjambre sobre la mesa. Mark notaba el calor de los focos quemándole la frente. Las cámaras empezaron a disparar casi a la vez que las preguntas.

—Señor Olsten, ¿considera que esta novela es su obra más oscura? —lanzó la primera periodista.

—La oscuridad no se mide, se padece. Esta novela es solo más honesta.

—¿El éxito en ventas ha condicionado el final de la trama?

—Escribo historias, no balances de resultados —cortó él.

El ambiente cambió con la tercera pregunta. Un hombre joven se inclinó hacia delante.

—Hablemos del incidente del Arisū. Se dice que su reacción fue desproporcionada. ¿Es esa violencia un reflejo de lo que leemos en sus páginas? ¿Qué hay de cierto en los rumores sobre su medicación?

Súa apretó la mano de Mark por debajo de la mesa. El contacto de sus dedos fue una orden de silencio. Mark bebió un sorbo de agua, dejando que el vaso golpeara la tabla al bajar.

—En el Arisū solo hubo un malentendido sobre el respeto. La violencia literaria es ficción; la del mundo real, a veces, es necesaria —toreó Mark.

—Señor Olsten —interrumpió un periodista más veterano—, en los últimos días se le ha visto dos veces en público tras tres años de silencio. ¿Es este regreso una necesidad comercial o es que el aislamiento ya no era suficiente para mantener a raya a sus demonios?

—El aislamiento no era una cura, era un método de trabajo —respondió finalmente—. He vuelto porque la historia ya no cabía entre cuatro paredes. Mis demonios viajan conmigo; no necesitan invitación.

—Sobre la joven que le acompaña —saltó una voz—, ¿de dónde salió exactamente? ¿Es cierto que era su criada?

Mark se inclinó hacia el micrófono. Dejó un silencio momentáneo y midió cada sílaba antes de soltarlas.

—Ella jamás fue mi criada. Súa es, y siempre ha sido, mi compañera. No confundan el servicio con la lealtad. Son conceptos que su mundo parece haber olvidado. —Mark se apartó del micrófono dejando que sus palabras flotaran sobre la marea de periodistas, provocando unos segundos de silencio.

La atención se centró en ella y una lluvia de flashes la envolvió.

—Señorita Moon, ¿qué se siente al vivir con alguien con el carácter de Mark Olsten?

Súa miró a las cámaras, imperturbable.

—Mi origen es el silencio del que Mark escribe. Vivir con él es como vivir frente al mar: a veces hay calma, pero siempre sientes que bajo la superficie hay una fuerza que no se puede domesticar.

Julián alzó la voz:

—Una última pregunta.

—Señorita Moon, ¿qué le parece España? ¿Echa de menos la sobriedad de Seúl?

—España es un país que vive hacia afuera. —Súa se inclinó ligeramente hacia el micrófono—. Me gusta que aquí la luz parece compartirse entre todos, pero a veces me cuesta seguir el ritmo de tantas palabras. Seúl es una ciudad de silencios compartidos y líneas

rectas; Madrid es un color al que todavía estoy aprendiendo a mirar sin deslumbrarme.

Julián se levantó, cerrando la carpeta.

—La rueda de prensa ha terminado, señores. Muchas gracias a todos. Disfruten del *catering* mientras preparamos la sala para la firma.

Se habían refugiado en un rincón de la sala, parcialmente protegidos detrás de una columna. Las copas de champán dejaban escapar sus burbujas y devolvían el reflejo de las lámparas de araña. Súa observó a Mark por encima de la copa mientras bebía un sorbo; su pose empezaba a relajarse tras el asedio.

—Tranquilo, Mark. Lo has hecho muy bien. —Se acercó lo justo para que su voz fuera un murmullo privado.

Mark dejó la copa sobre una repisa cercana y extendió la mano. Sus dedos rozaron la mejilla de Súa con una delicadeza que contrastaba con la dureza que acababa de mostrar ante la prensa.

—Solo porque tú estás a mi lado. —Por primera vez en toda la noche, su voz no fue defensiva—. Al menos hemos puesto en su sitio a esos buitres.

Una sombra invadió repentinamente su espacio; la voz de Martín rompió el momento. Ya había llegado. Sus ojos se movían constantemente entre la multitud buscando amenazas que aún no habían dado la cara.

—Todo en orden, Mark. Por cierto, les has jodido bien a esos cabronazos juntaletras. —Esbozó una sonrisa satisfecha y le guiñó un ojo—. Voy a dar una vuelta para asegurarme de que todo está limpio. Disfrutad de la tregua.

Cuando Martín se fundió de nuevo con la multitud, Mark volvió a mirar a Súa. El nombre de Leandro retumbaba entre ellos.

—Sé que lo de Leandro… —comenzó Mark, pero ella le puso un dedo sobre los labios, sellando la frase.

—Déjalo, Mark. Hoy estamos en una fiesta; mañana organizaremos esta guerra —le interrumpió con una serenidad que lo desarmó—. Ahora céntrate en esta noche. —Ella le acarició la mejilla, devolviéndole el gesto de cariño, y sus ojos brillaron con una

chispa de travesura—. Y no olvides guardar un ejemplar para mí, igual te pido que me lo firmes esta noche —añadió con picardía, lanzando un beso al aire.

La burbuja se rompió violentamente; Julián apareció tras la columna, haciendo gestos con la mano para reclamar la atención del autor.

—La hora de la verdad, muchacho.

Le dirigió una sonrisa cómplice a Súa y señaló la mesa.

—Es el momento. La cola llega casi hasta los ascensores. No podemos hacerles esperar más.

Mark sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Alargó la mano hacia Súa y, al tomar la suya, ella notó un leve temblor en sus dedos. El pánico, ese viejo enemigo, volvía a llamar a la puerta.

—Tranquilo, *yeobo*. Yo estaré aquí —dijo Súa con una firmeza absoluta.

La firma comenzó. La cola era considerable, una serpiente humana de lectores que sostenían sus ejemplares como tesoros. Mark se sentó tras el mantel que cubría la mesa, abriendo el primer libro con un movimiento mecánico. A su lado, Julián mantenía el orden con la precisión de un director de orquesta, gestionando el flujo de gente y las fotos rápidas. Mark dirigió un par de miradas a Súa, como si quisiera cerciorarse de que ella estaba allí. Poco a poco, al ver los rostros de los fans y hablar con ellos, Mark comenzó a relajarse. El temblor de sus manos desapareció, sustituido por una atención hacia aquellos que habían viajado junto a sus letras, mientras Súa, desde su posición, vigilaba el salón y a su hombre.

La cola avanzaba con ritmo constante y fluido. Una joven de gafas redondas depositó su ejemplar sobre la mesa con manos temblorosas.

—Es para Patricia, por favor —dijo ella, conteniendo el aliento—. La escena de los astilleros en la niebla. Nunca he leído nada tan desolador. Gracias por escribir así, señor Olsten.

Mark levantó la vista y le dedicó una sonrisa breve pero auténtica. Tomó la pluma estilográfica y escribió una dedicatoria.

—Gracias a ti por entender que la niebla a veces es necesaria, Patricia —respondió Mark mientras firmaba con un trazo seguro—. Es donde mejor se esconden las verdades.

Apenas se marchó la joven, un hombre de mediana edad con aspecto de profesor ocupó su lugar.

—Ernesto, señor Olsten. Me ha sorprendido el giro del capítulo doce. No es lo que uno espera de un *thriller* convencional. —El hombre se ajustó la corbata.

—La vida rara vez sigue las reglas de los géneros, Ernesto. —Cerró el libro con un golpe seco antes de devolvérselo—. A veces, el asesino es simplemente el tiempo.

Súa observaba el flujo constante de personas desde unos pasos de distancia. Ver a Mark así, relajado y hablando exclusivamente de su obra, le produjo una satisfacción tal que comenzó a relajarse. Él estaba como pez en el agua, a salvo de él mismo. Aprovechando esa tregua, se retiró hacia el pasillo que conducía a los baños. Martín se materializó junto a una de las columnas, interceptándola.

—Parece que el ambiente se ha calmado, Martín-ssi —dijo Súa con voz suave.

—Todo en orden de momento. —Los ojos de Martín seguían escaneando a los grupos de invitados—. Voy a bajar un par de plantas, para dar una vuelta y comprobar que no hay muertos escondidos. Tú vigila a nuestro loco; no la vaya a liar de nuevo ahora que parece un escritor ejemplar.

Súa soltó una carcajada que atrajo la mirada de un par de invitados cercanos.

—Lo tendré a raya, Martín. Ahora nos vemos —respondió ella dándole una palmadita en la espalda antes de entrar en el baño.

Frente al espejo, Súa se tomó un momento para recomponerse. El frío del agua en sus muñecas la ayudó a disipar la tensión. Levantó la cara hacia el espejo y se ajustó el cuello del hanbok, comprobando que su maquillaje seguía impecable; la máscara seguía en su sitio. Cuando salió se encaminó hacia el fondo, buscando el gran ventanal. Un camarero pasó junto a ella portando una bandeja de plata.

—¿Desea algo la señora? —preguntó el joven con deferencia.

Súa tomó una copa de champán y se acercó a la ventana. Desde la cuarta planta del Círculo de Bellas Artes, Madrid era una extensión caótica de luces amarillas y sombras que se perdían entre los edificios de la Gran Vía.

Es tan diferente al azul eléctrico de Seúl, pensó Súa, mientras dejaba que su frente se apoyara casi imperceptiblemente contra el cristal frío.

Regresó por un instante a su infancia, al olor del té de cebada que preparaba para ella y su *appa* en las tardes de invierno, y al silencio de los templos que rodeaban su ciudad. No había tristeza en su mirada, tan solo la nostalgia de saber que aquella vida quedaba demasiado lejos. Se sintió, por un segundo, atrapada en esa distancia insalvable; dividida entre los fantasmas que había dejado al otro lado del océano y la realidad del amor de Mark.

El reflejo sobre el cristal cambió. Fue una transformación lenta; una mancha oscura que se materializó sobre la superficie de la ventana hasta fundirse con la imagen de Súa, como si intentara asfixiarla desde el cristal.

—Estos eventos se hacen pesados, ¿verdad? Todo este teatro montado para alimentar el ego de una sola persona. Acaba resultando claustrofóbico.

La voz surgió de improviso, invadiendo sus recuerdos; arrastraba un aroma dulzón a nardo. Súa no se sobresaltó; giró el cuerpo con lentitud, encontrándose con una mujer vestida con un traje oscuro. La desconocida sostenía una copa de champán con una elegancia afilada. Su silueta destacaba contra la muchedumbre de la sala.

—Tanta gente suplicando por unos segundos de atención, mendigando una firma para sentirse parte de algo. La verdad es que la adoración ajena termina agotando a quien la presencia. —La mujer balanceó el contenido de la copa mirando a través del cristal. Levantó una mano enjoyada en un gesto vago hacia la multitud. Sus dedos eran largos y finos, terminados en unas uñas afiladas y pintadas de un color rojo sangre intenso. En la solapa de su traje, un

broche de plata con forma de serpiente enrollada en un aro de oro brillaba bajo la luz de las lámparas de araña.

—Soy la señora de la Vega. Y tú eres la nueva novia del genio, ¿me equivoco?

La mujer señaló con la barbilla hacia la mesa de firmas, donde Mark seguía embelesado en conversaciones con sus fans. Súa clavó sus ojos verdes en las pupilas oscuras, escrutando las facciones de aquella desconocida, reconociendo el olor, sintiendo su presencia. No miraba sus ojos, sino a la serpiente de plata en su solapa. Bajo la luz, los ojos del reptil parecían seguirla; un aro de oro que pretendía hipnotizar. No hubo duda, ni el miedo que la mujer esperaba encontrar en aquella muñeca extranjera.

—Eres Sonia, ¿verdad? —respondió Súa. No fue una pregunta, fue el sonido de desenvainar una espada.

Sonia soltó una risa breve. Comenzó a caminar en un círculo lento alrededor de Súa, estudiándola. Sus zapatos de tacón golpeaban el mármol. La coreana permaneció inamovible, dejando que la otra mujer agotara su coreografía de poder.

—Me habían dicho que eras, ¿cómo decirlo?, discreta. Un remanso de paz para el herido. —Sonia se detuvo a un palmo de ella, invadiendo su espacio—. Pero la paz suele ser el refugio de los débiles, de los que no tienen garras para defenderse. Vienes de un mundo de humildad y silencio, niña.

Sonia levantó la mano y deslizó una de sus uñas por el hombro de Súa. El sonido al raspar la seda verde del hanbok sonó en los oídos de Súa.

—Es un tejido precioso, niña. Pero la seda es delicada; un solo enganchón en el lugar adecuado y todo el vestido se deshilacha hasta dejarte desnuda. Así de frágil es la realidad que crees haber construido con él. Se te nota en la forma en que te aferras a esa seda verde. Crees que tu fortaleza es estar ahí para recoger sus pedazos, pero no eres su salvadora, eres su enfermera. ¿Y sabes qué le pasa a los pacientes cuando se curan? Que se olvidan de quien les cambió las sábanas. Qué concepto tan doméstico.

—La fortaleza no es la capacidad de infligir daño, Sonia —respondió Súa, y su voz, aunque baja, mostraba una determinación

inquebrantable—. Es la capacidad de reconstruir lo que otros, por puro aburrimiento o maldad, deciden romper. ¿Por qué lo haces? Mark está intentando avanzar. ¿Por qué no lo dejas en paz?

Sonia soltó una carcajada falsa, acortando la distancia hasta que Súa pudo oler el alcohol del champán en su aliento.

—Tú solo estás poniendo vendas blancas sobre una gangrena que no comprendes, enfermera. Yo no le causé la herida, Moon; yo soy la herida. Y a los hombres como Mark les aterra la curación porque, en el fondo, prefieren el abrazo de la fiebre que yo les doy. ¿Por qué lo haces? Porque puedo, niña. Porque soy una depredadora en este mundo y vosotros solo sois presas. En este juego, si no pones el collar, te lo ponen a ti, muñequita.

Sonia bebió un sorbo de champán, saboreando el veneno de sus propias palabras.

—No puedes salvarlo. Él desaparece cuando yo estoy cerca. Mark es mío.

—No es cierto —replicó Súa, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba bajo el hanbok—. Su mente es fuerte. Yo lo sané una vez y lo volveré a hacer.

Sonia estalló en una carcajada auténtica, una que resonó contra el cristal del ventanal.

—¿Crees que Mark puede atarse con caricias de vainilla como las tuyas? Qué ilusa. —La expresión de Sonia se tornó sombría, casi asesina—. ¿Crees que sus silencios son por trauma? No, niña. Es hambre. ¿Por qué crees que cuando no puede dormir termina en el Obsidian? No busca compañía, busca quitarse el peso de mi correa. No puedes salvarlo; tendrías que aprender a habitar su mente, y esa parte de él es mía. Siempre volverá a mi sótano.

Súa sintió un frío que no venía del cristal. El nombre del local, la mención al sótano. Eran piezas de un rompecabezas que empezaba a completarse. La duda se filtró por las grietas de su seguridad.

—Pregúntale, niña. Pregúntale qué busca allí, entre las sombras de Madrid. Dile que te invite a esa madriguera que esconde bajo su casa. Pregúntale cómo su alma intenta curarse de mi recuerdo buscando el dolor que solo yo supe darle.

Súa pasó la mano por el cristal, sintiendo su frío, intentando recuperar el equilibrio.

—Conoces su pasado, Sonia, pero yo soy su presente. Él ya no te pertenece.

Sonia vio el rastro de la vacilación en el rostro de Súa y dibujó una sonrisa triunfal.

—Eres tan poca cosa. Creía que tendría una rival más fuerte. Eres transparente.

Súa forzó una sonrisa apenas perceptible, aunque por dentro sentía que el suelo de mármol empezaba a moverse.

—Gastas tanta energía en odiarme que te olvidas de vivir, Sonia —dijo Súa, recuperando la compostura; su voz ahora era un hilo de seda que cortaba como una cuchilla—. *Hansimhan saram*. Das lástima. Estás tan obsesionada con ser la dueña de su dolor que no te has dado cuenta de que el collar te lo has puesto tú misma. No puedes dejarlo ir porque, sin su sufrimiento, tú no eres nada. —Súa intentaba recuperar el aliento—. No le dejaré caer. Jamás.

Sonia comenzó a alejarse hacia la multitud con la copa en alto, pero se detuvo un instante sin girarse por completo.

—Oh, ya verás que sí. Mírate al cristal, cielo. Estás empezando a tener la misma mirada de asfixia que tenía él cuando vino a mis brazos. El sótano siempre reclama lo que es suyo.

Súa se quedó clavada frente al ventanal, apretando la copa con la mirada desposeída. Observó la espalda de Sonia, una silueta oscura que se deslizaba con una confianza insultante entre el resto de invitados hasta que el bosque de columnas y los vestidos de gala la devoraron por completo. El rastro del perfume de nardo no se desvanecía; se había quedado flotando en el aire, denso y asfixiante, como un recordatorio de la invasión que acababa de ocurrir.

Súa parpadeó, obligándose a reaccionar. El frío del cristal parecía haberse filtrado a sus huesos. Movió la cabeza con lentitud, escaneando el salón con urgencia mientras un mal presagio comenzaba a invadirla. Sus ojos verdes saltaron de grupo en grupo, buscando el traje oscuro de la mujer, pero Sonia se había evaporado con la misma eficacia con la que había aparecido.

Al fondo de la sala, Mark seguía sentado tras la mesa; levantó la vista de un ejemplar que acababa de firmar y sus ojos buscaron a Súa. Al encontrarla, sus labios dibujaron una sonrisa, cargada de una gratitud que ella sintió como una puñalada. Mark no veía el temblor en las manos de ella, ni la grieta que Sonia acababa de abrir en su confianza. Para él, la noche era un éxito; para ella, el suelo de Madrid acababa de volverse arenas movedizas.

Clavó la mirada en la mesa de firmas. Allí estaba Julián, gesticulando con entusiasmo mientras hablaba con un periodista. La cola de fans seguía avanzando, ajena a la tensión que se estaba formando en el ambiente. Todo aquel despliegue era una vitrina expositora que dejaba a Mark a merced de lo que acechaba oculto entre las sombras.

El instinto de protección de Súa se activó: «Martín». Necesitaba al Lobo. Él sabía lo que pasaba en las sombras de Madrid, él conocía los pasos de Mark cuando ella no estaba, él sabría qué hacer; tenía que avisarle. Pero Martín estaba plantas abajo. Buscando. La verdadera serpiente ya se deslizaba por dentro. Tenía que encontrarlo antes de que Sonia volviera a salir de la nada o de que Mark diera un paso en falso.

En la mesa de firmas, el tiempo parecía haberse detenido, sumido en una rutina mecánica. Mark se movía con soltura. Había algo en el contacto con los lectores, en ese reconocimiento silencioso de su obra, que le estaba devolviendo la sonrisa: abrir el ejemplar, trazar la firma, dedicar una frase breve y levantar la vista para el siguiente. A su lado, Julián se reía de un comentario de un agente literario conocido, compartiendo una broma sobre las cifras de ventas, moviendo las manos con entusiasmo. Mark los miraba de reojo, compartiendo la diversión, disfrutando de ese momento en el que el mundo por fin no parecía pedirle sangre a cambio.

El siguiente libro fue depositado con calma, casi acariciando la tapa. Antes de que Mark pudiera bajar la pluma hacia el papel, una bofetada de perfume le golpeó el cerebro. Era un olor dulzón, teñido de nardo, un aroma que conocía mejor que su propio nombre. Era el

olor de las madrugadas de asfixia, el olor de la mujer que le había enseñado que el dolor era la única forma de verdad y que estaba enterrado en los rincones más oscuros de su memoria.

Su cuerpo se quedó inmóvil. Mark palideció. Los músculos de su antebrazo se tensaron; la punta de la pluma quedó suspendida en el aire, congelada sobre el papel. Un frío le subió por la columna vertebral hasta que la mano empezó a vibrar. Era el cuerpo reconociendo al depredador.

Subió la vista con lentitud, sintiendo la obligación de hacerlo; temblaba como un cordero caminando al matadero, mientras su mirada recorría centímetro a centímetro el traje oscuro de la mujer que tenía enfrente.

Sonia de la Vega estaba allí. Absorbiendo la luz de la sala, era un fantasma volviendo de su pasado. *Esta mujer está muerta, no puede ser*.

Ella se inclinó levemente sobre la mesa, invadiendo el espacio que los separaba con una sonrisa desbordante y unos labios de un color que Mark conocía demasiado bien. Sus ojos oscuros brillaban con excitación, disfrutando de la parálisis del hombre que reclamaba para sí.

—Hola, Mark. ¿Me firmarías mi libro? —Su voz, cargada de una ironía brutal, apagó el mundo a su alrededor.

El aire en la Sala de Columnas se volvió opresor; Mark trataba de respirarlo en vano mientras sus pulmones habían dejado de trabajar. Sonia no era un fantasma, ni una proyección de su trauma; era real, estaba allí. Notó el calor de su aliento, el olor a nardo y cuero golpeándole mientras ella se acercaba un poco más, reduciendo el mundo al espacio que quedaba entre sus ojos.

—Sigues teniendo buena caligrafía, cariño, aunque te tiembla demasiado el pulso —susurró ella. Su voz era un guante que le apretaba la garganta; emitía una frecuencia que vibraba en el tuétano de sus huesos—. ¿Crees que ese refugio coreano y tus noches en el Obsidian te han limpiado? —Sonrió—. No te engañes. Cada palabra que sale de tu cabeza tiene mi marca de tinta. Puedes intentar esconderte en el cuerpo de esa chiquilla, pero cuando

cierras los ojos, es mi voz la que dicta tus capítulos. Eres mi mejor historia, Mark, y yo nunca dejo un libro a medias.

Sonia deslizó una uña por el borde de la mesa, un movimiento lento que a Mark le pareció el avance de una cuchilla, el ruido de la manecilla de un reloj avanzando.

—Solo he venido a recordarte que la correa sigue ahí… solo te he dado un poco más de cuerda.

Los dedos de Mark se abrieron en un espasmo. La estilográfica resbaló de su mano y golpeó el mantel, clavando su punta en la mesa. Una mancha de tinta negra empezó a expandirse sobre la tela como un tumor. El mundo exterior —el murmullo de Julián, el destello de los *flashes*, el rumor de los invitados— se apagó; tan solo oía el ruido de sus latidos acomodándose a esa voz.

Instintivamente, Mark llevó su mano derecha hacia el pecho. Sus dedos buscaron desesperadamente el tacto de la cadena, el nudo del norigae; debería estar allí, bajo la camisa, su escudo contra el abismo. Pero solo encontró el frío de su carne vacía.

El recuerdo le golpeó como una lanzada al corazón: la mazmorra. La última vez que había bajado a su sótano a esconderse de sus demonios, lo había dejado allí, colgado en la oscuridad de aquel lugar. Estaba desprotegido, solo.

El horror se hizo insoportable; fue un estallido de pánico absoluto. Sus ojos se nublaron, los rostros de la multitud se convirtieron en sombras que le señalaban y se reían. El pulso se le aceleró de tal manera que sentía el latido vibrando en la base del cráneo, comenzó a sentir un sudor frío. El edificio comenzó a menguar, encogiéndose sobre él; las columnas jónicas se transformaron en los barrotes de una jaula de cuero y metal. Mark boqueó, buscando aire; colapsó totalmente mientras la sombra de Sonia lo cubría todo.

Martín y Súa irrumpieron en el distribuidor justo cuando la atmósfera terminaba de quebrarse. Al entrar en la sala, Súa sintió un latigazo de pavor; vio a Sonia inclinada sobre la mesa, como un animal carroñero sobre una presa aún viva. Pero fue la expresión de él lo que la dejó sin aliento. Súa reconoció de inmediato ese vacío en

sus pupilas: era la misma mirada rota de las noches de Seúl, la que precedía a las pesadillas violentas y los vómitos de bilis y miedo.

Julián giró el rostro en ese preciso instante, captando la hecatombe antes de que pudiera hacer nada para frenarla. Su sonrisa desenfadada se desintegró al ver cómo la fachada de normalidad que tanto les había costado construir se hacía añicos.

Mark se levantó con un movimiento violento. La silla de madera salió despedida hacia atrás, golpeando una columna con un estruendo que silenció el murmullo de la sala. Retrocedió dos pasos, tambaleándose como quien acaba de presenciar su propio entierro, con las manos extendidas hacia el vacío como si intentara alejar una visión insoportable. Las copas de champán quedaron suspendidas en el aire y los invitados se giraron al unísono, susurrando el nombre del escritor mientras el rumor de la sorpresa crecía como una marea sucia.

Antes de que Martín pudiera alcanzarlo o que Súa pudiera siquiera gritar su nombre, Mark se dio la vuelta y echó a correr.

Arrasó con todo a su paso, abriéndose camino entre los invitados con empujones que derribaron a quienes tuvieron la mala suerte de cruzarse en su trayectoria. No veía los rostros de horror, ni las cámaras que se giraban para captar su caída; solo oía la carcajada de Sonia, un sonido triunfal salido de sus pesadillas que le retumbaba en los oídos. Su mente se había convertido en un túnel oscuro donde la única salida era escapar hacia delante. Sin mirar atrás, se lanzó escaleras abajo.

Martín y Súa se lanzaron al vacío de la escalera tras el rastro de Mark. El Lobo abría camino usando su cuerpo como un ariete, apartando a la marea de invitados que se arremolinaba en el rellano. Súa por su parte gritaba llamándole, pero su voz se perdía, asfixiada por el eco de los techos altos y el rumor creciente del edificio, que se había convertido en un avispero lleno de confusión.

Bajaron los tramos de la escalera a una velocidad suicida. Súa sentía cómo el vestido se enredaba en sus piernas, pero no se detuvo, se arremangó y se deshizo de los zapatos de tacón. Sus pulmones ardían por la carrera, que parecía no terminar, viendo cómo Martín iba dejándola atrás.

Cuando cruzaron el umbral del Círculo y alcanzaron la calle Alcalá, el aire frío de la noche madrileña les golpeó en el rostro. Madrid seguía viviendo, ajena al desastre, con el rugido del tráfico y el brillo de los edificios iluminados conquistando la oscuridad. Martín se detuvo en seco en mitad de la acera, buscando a ambos lados de la avenida con los ojos entrecerrados bajo la luz de las farolas.

—¡Allí! —Señaló hacia la curva que bajaba hacia Cibeles.

Súa miró hacia donde indicaba el Lobo. A unos cincuenta metros, Mark se lanzaba al interior de un taxi que acababa de detenerse.

—¡Mark! ¡Detente! —chilló Súa, echando a correr con las últimas fuerzas que le quedaban, descalza.

Martín silbó y levantó los brazos para intentar bloquear el paso del vehículo, pero fue inútil. El conductor, ajeno al drama o quizás asustado por la figura frenética de Martín, metió la marcha y aceleró. Súa llegó al borde de la calzada justo cuando el coche ganaba velocidad alejándose de ellos.

El taxi de Mark desapareció tras el giro de la Cibeles. Súa permaneció en el borde de la acera, con el hanbok azotado por el viento de la calle Alcalá y los pies descalzos. Sentía la rugosidad de la acera mezclada con el frío del suelo como un recordatorio de la derrota en que se había convertido la noche, cuando Julián llegó con la corbata deshecha y la frente perlada de sudor. Los interceptó con violencia, ignorando el frío y el asombro de los transeúntes.

—Martín, mírame. —Julián estaba desesperado—. Sé quién es ella. Sé lo que significa que haya vuelto, pero todo eso da igual. Si mañana los titulares dicen que Mark Olsten ha huido como un loco de su propia firma, no habrá amistad ni contrato que lo salve del linchamiento mediático. ¡Sácalo de donde esté y tráelo de vuelta ahora mismo!

Martín no retrocedió. Dio un paso al frente y puso una mano firme sobre el hombro de Julián. El contacto hizo que Julián se callara de golpe, aunque su respiración seguía siendo irregular.

—No va a volver, Julián —dijo Martín con gravedad—. Está roto. Lo que acabas de ver ahí arriba no ha sido un desplante; ahora

mismo Mark es un animal herido camino a un refugio. No hay vuelta atrás esta noche.

Julián apretó los dientes con tal fuerza que los músculos de su mandíbula temblaron. Miró hacia el vestíbulo, donde la marea de curiosos y periodistas empezaba a asomar por la puerta y luego volvió a mirar a Martín con una determinación feroz.

—Entonces encárgate de que llegue vivo. —Julián recuperó ese tono de mando que usaba para cerrar acuerdos imposibles—. Yo me quedo aquí a mentir a toda esa gente. Diré que ha tenido una crisis de salud, un síncope por el agotamiento. Inventaré cualquier cosa menos la verdad. Pero escúchame bien, Martín: como no le arregléis en esa finca, no hará falta que Sonia lo destruya. Estará acabado en menos de una semana. Se acabó el autor, se acabó el prestigio, se acabó todo. ¡Llévate a la chica antes de que la despedacen y desapareced ya!

Martín asintió. Su rostro se transformó en una máscara de piedra que ya estaba calculando rutas y tiempos. Se giró hacia Súa, que observaba la escena con una lucidez asombrosa.

—Salimos echando hostias —soltó Martín, doblando la esquina de la calle Alcalá en dirección al aparcamiento de Alsepark—. Julián, quédate con Súa mientras traigo el coche. No la dejes sola ni un segundo.

Martín se perdió en la oscuridad del lateral del edificio y corrió hacia el vehículo que esperaba en el garaje, dejando a Julián junto a Súa como dos náufragos de un mundo que acababa de saltar por los aires.

Julián y Súa se quedaron solos bajo la luz de las farolas, escuchando el ruido del tráfico de Madrid, el chirrido de los frenos de los autobuses y el murmullo distante de la ciudad.

Julián no paraba quieto; mantenía la mirada clavada en la rampa del garaje mientras sus dedos no dejaban de juguetear nerviosamente con el nudo de su corbata deshecha.

Súa, envuelta en la seda verde de su hanbok y descalza, miró a Julián de reojo. La complicidad del agente con el pasado de Mark era un muro que ella sentía que debía derribar, pero en ese momento el silencio entre ambos era demasiado pesado.

—No dejes que se apague —murmuró Julián, casi para sí mismo, sin apartar la vista de la salida del aparcamiento—. Si Mark se encierra en ese sótano, esta vez no habrá regreso de Corea que valga.

Súa no respondió. Simplemente apretó los puños, ocultos bajo las largas mangas de su traje, esperando el rugido del motor que los sacaría de allí.

Un instante después, el morro del Toyota Land Cruiser 200 plateado emergió de la rampa del aparcamiento con las luces largas cortando la penumbra de la calle. Martín frenó en seco frente a ellos, haciendo que los neumáticos chirriaran dejando un olor a goma quemada en el ambiente.

—¡Sube, *agassi*! —gritó Martín desde el interior, inclinándose para abrir la puerta del copiloto.

El SUV enfiló la calle Alcalá; devoraba metros con rapidez acortando la distancia hasta Moncloa. Martín conducía con agresividad, los puños rodeaban el cuero del volante con fuerza mientras esquivaba el tráfico nocturno con maniobras que hacían que los neumáticos protestaran en cada giro. El reflejo de las luces de la Gran Vía se difuminaba como estelas sobre el rostro de Súa, rígida en el asiento del copiloto, con la mirada clavada en los vehículos que Martín adelantaba.

—¿Qué es el Obsidian, Martín? —La pregunta fue un dardo, un filo cortante que provocó un segundo de silencio—. ¿Qué hace Mark allí?

Martín no desvió la vista de la carretera. Tragó saliva y Súa pudo ver cómo apretaba el volante con más fuerza.

—Súa, ahora no es el momento, tenemos que llegar antes que él. —Trató de ganar tiempo mientras metía una marcha más larga—. Es solo un sitio donde iba cuando las cosas se ponían feas.

—No me mientas, Martín. No voy a permitirlo más. —Sus ojos verdes brillaban con una lucidez acusadora que hizo que el Lobo se sintiera acorralado—. Dime qué es. Ella ha pronunciado ese nombre, tú lo pronunciaste en la finca. No me mientas más.

Martín dudó. El silencio fue interrumpido por el sonido de los limpiaparabrisas contra el cristal. Miró de reojo a Súa y sintió su furia y una determinación que le advirtió que se habían acabado las evasivas. Martín exhaló el aire de sus pulmones, rindiéndose.

—Es un club. Un lugar oscuro y exclusivo, Súa. Donde la gente como Mark va cuando el ruido de sus demonios es tan fuerte que necesitan un silencio que solo el control absoluto puede darles. Iba allí cuando las pesadillas no le dejaban respirar. Buscaba acallar sus miedos; es la única forma que conoce de acallar el pánico. Es su quirófano.

—¿Mujeres? ¿Buscaba a otras para acallar sus miedos mientras yo intentaba sanarlo? Todo este tiempo me ha ocultado su basura bajo una máscara de mártir.

La revelación quemó a Súa más que el recuerdo de Sonia. No eran celos; era una herida que manaba de Seúl, que abarcaba a su padre; era la indignación de quien ha sido tratada como una niña mientras el hombre que amaba se revolcaba en un sótano amoral.

—¿Es eso lo que ocurrió entre ellos, Martín? —Su tono supuraba odio—. ¿Es eso lo que hace en ese sótano infecto que tiene bajo su casa? ¿Provocar el dolor que lleva dentro?

—Súa, yo… lo siento. —Martín bajó la voz, sintiendo el peso de la lealtad traicionada—. Entiende que él no está bien. Nunca lo ha estado.

—¿Que no está bien? —Súa soltó una risa, desprovista de toda gracia—. Déjalo, Martín. No hables más.

El Toyota enfiló la A-6, dejando atrás el resplandor del faro de Moncloa para sumergirse en la oscuridad de la autopista. Martín aceleró. Súa se quedó callada, apoyando la sien contra la ventanilla. El paisaje nocturno se emborronaba a medida que aumentaban la velocidad, pero su mente estaba nítida. El enfado supuraba por sus poros, llenando el coche de una tensión que arañaba. Martín, entendiendo que cualquier palabra adicional solo serviría para avivar el incendio, se concentró en la carretera, dejando que el motor fuera el único que hablara.

Súa dejó que sus ojos se perdieran en la oscuridad de la noche, transportándola a otro lugar.

17. HONOR

Uiri (의리)

Guryong, Seúl.
Tres años antes

Aquel día el silencio fue una constante. Mark hundió los dedos en el relieve del *norigae*, sintiendo el nudo de seda como si fuera una soga. La voz de Seokju aún resonaba en sus oídos, una promesa dictada entre sombras: *Aléjate de ella, Mark. Tu oscuridad terminará por devorarla*.

Mark apretó el amuleto contra su pecho. El roce de la seda no aliviaba el vacío que dejaba la ausencia de Súa; al otro lado del pasillo, ella se movía en silencio, ignorando su presencia. Mark cerró los ojos, atrapado entre la promesa de protegerla de sí mismo y el pánico de perderla para siempre.

Más tarde, en la cocina, el ambiente siguió igual. No había ni un ruido, ni una palabra que rompiera el sonido del trajinar de los cacharros, mientras Mark, sentado a la mesa, removía un café que se había quedado frío. Tenía ojeras oscuras y la postura hundida, perdido en sus pensamientos mientras sentía el *norigae* golpeándole el pecho cada vez que se inclinaba hacia delante, un recordatorio constante que empezaba a odiar.

Ella se movía por la estancia con frialdad mientras preparaba el desayuno con movimientos violentos. El cuchillo golpeaba la tabla de cortar con demasiada fuerza. *Tac. Tac. Tac*. Evitaba mirarle. Cuando tenía que pasar por detrás de su silla por algún motivo, rodeaba la mesa por el lado opuesto, como si él fuera contagioso.

Seokju entró y Súa le dirigió una mirada perdonándole la vida.

El hombre caminó hacia su sitio con su calma habitual. Súa dejó un cuenco de arroz frente a él, pero lo soltó un segundo antes de que tocara la mesa, provocando un ruido seco de cerámica contra madera que sonó como un martillazo. Seokju levantó la vista hacia su hija.

—Súa-ya…

Ella no respondió. Ni siquiera le miró. Se dio la vuelta bruscamente, ignorando la presencia de su padre, y se puso a fregar los platos silbando una cancioncilla regional, de espaldas a los dos hombres, como si no existieran. Mark, por su parte, evitaba también cruzar la mirada con el maestro.

De pronto, el teléfono de Mark vibró sobre la mesa; lo cogió al primer zumbido, agradecido por la distracción que, como un salvavidas, rompió la tensión que habitaba en esa sala.

—Dime. —Carraspeó.

—Ya está. —La voz de Julián vibró—. Los billetes están emitidos. Salida mañana por la noche. Pero los visados y los salvoconductos no me los pueden enviar digitalmente; tienes que recogerlos físicamente.

—¿Dónde?

—Embajada de España en Seúl. Han hecho el trámite por vía diplomática rápida gracias a los contactos de Martín. Pregunta por el cónsul adjunto, te estará esperando con el sobre. Mark, sin esos papeles tus invitados no pasan el control de pasaportes.

—Voy ahora mismo. Muchas gracias, Julián.

Colgó y se levantó arrastrando la silla. Súa cerró el grifo de golpe, pero no se giró.

—Tengo que ir a Seúl. —Mark dejó las palabras en el aire, sin dirigirlas a nadie en concreto—. Julián ha conseguido los papeles. Volveré por la tarde.

Seokju asintió en silencio, mojando su cuchara en la sopa. Súa se secó las manos con un trapo y lo tiró sobre el fregadero. Se dio la vuelta con frialdad, manteniendo la barbilla arriba. Pasó la mirada por encima de Mark con orgullo, como si fuera transparente, y se dirigió a la estantería de medicinas preparadas. Cogió un paquete envuelto en papel marrón y cordel.

—Yo también salgo. Tengo que llevar el último paquete para la señora Kang y quiero despedirme de algunos vecinos.

Caminó hacia la puerta. Al pasar junto a Mark, el aroma de su pelo le golpeó con una mezcla de hierbas y jabón que hizo que Mark tuviera que clavar las uñas en las palmas de sus manos para no detenerla.

—Ten cuidado —murmuró él, incapaz de evitarlo.

Súa se detuvo en el umbral. Giró la cabeza levemente, con una expresión distante y vacía, y le dijo:

—No te preocupes por mí, Mark. —Su voz fue un dardo—. Preocúpate de conseguir esos papeles. Yo sé cuidarme sola.

Salió y cerró con un portazo que hizo agitarse unos pañuelos que estaban colgados. El sonido vibró en las paredes de la tienda, dejando a Mark y a Seokju solos. Mark terminó su desayuno y se dispuso a marcharse a la embajada.

—Comeré fuera, *Seuseungnim* —dijo Mark—. Los trámites en la embajada siempre van despacio.

El sol comenzaba a ocultarse tras los rascacielos de Gangnam cuando Súa emprendió el camino de regreso. Subía la cuesta asfaltada con paso cansado, dando patadas a las piedras que se encontraba. Había estirado el tiempo todo lo posible, aceptando té en casa de la señora Kang y vagando por el mercado, solo para evitar el momento de volver a casa y encontrarse con la realidad.

El frío del atardecer le mordía las mejillas, pero la rabia que le subía por la garganta hacía que su temperatura se elevara.

¿Quién se cree que es? Apretó los puños dentro de los bolsillos de su chaqueta.

Aparece en nuestra puerta llorando, nos destroza la rutina, hace que casi nos maten y ahora decide ponerse digno. «Una equivocación». Escupió al suelo.

Como si lo que sentí al lavarle sus vómitos hubiera sido un placer.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento, mirando las luces de la ciudad a lo lejos. Pero el verdadero motivo de su furia no era el rechazo. Lo que le hacía querer gritar era la traición de su propio corazón.

Le odio. Le odio por mirarme como si fuera un tesoro. Le odio por querer facturarme en un avión como si fuera equipaje extra.

Pero justo debajo de ese odio latía la verdad, dolorosa e innegable. Recordó la sensación de su cuerpo abatido sobre su regazo durante las pesadillas, sus besos y caricias en la intimidad y su mirada cuando la atacó Leandro. Le había hecho sentirse segura.

Y me odio a mí misma porque, si ahora mismo me pidiera perdón, volvería con él.

Sacudió la cabeza para despejar esos pensamientos patéticos. La decisión ya estaba tomada. No iría a España, no subiría a ese avión. Se quedaría con su padre; tratarían de empezar en otro sitio. Era su hogar y su miseria, pero era suya.

Que se vaya él. Aceleró el paso. *Que coja sus papeles y su dinero y se largue a Europa. Yo pertenezco a esta ciudad*. Retomó el paso, entrando en el laberinto de callejuelas estrechas de su barrio.

Al principio pensó que el alboroto era una pelea de borrachos, algo común a esas horas. Pero luego el olor la golpeó. En Guryong siempre olía a yeontan y a humedad, pero esto era distinto. Era un olor agresivo, acre, sucio.

Súa levantó la vista. Por encima de los tejados bajos de uralita, una columna de humo negro y espeso se elevaba, devorando el cielo. El corazón le dio un vuelco mientras una sensación oscura empezó a quemarla por dentro. Echó a correr. Las callejuelas eran tan estrechas que sus hombros rozaban las paredes, arañándole la piel. A medida que se acercaba, el alboroto aumentó. Ya no eran solo gritos; era el rugido del fuego y el griterío de los vecinos.

Al doblar la última esquina, el calor la golpeó en la cara. Decenas de vecinos se agolpaban en el callejón, gritando, tosiendo, pasándose cubos de agua en una cadena humana inútil contra la magnitud del desastre. Las sirenas de los bomberos aullaban a lo lejos, incapaces de penetrar en las callejuelas del barrio.

Y en el centro del infierno, su casa.

La tienda ardía con una violencia atroz. Las llamas salían por las ventanas reventadas, lamiendo la fachada y amenazando con saltar a las viviendas contiguas.

—¡Atrás! ¡Que nadie se acerque! —gritaba el vecino de la ferretería, tratando de contener a la gente.

Súa se abrió paso a empujones entre la multitud, buscando desesperadamente figuras familiares.

—¡*Appa*! —gritó Súa, pero su voz fue engullida por el escándalo. Miró a los vecinos; todos miraban el fuego con terror. Nadie había sacado a su padre—. ¡Está dentro! —chilló, agarrando a un vecino del brazo—. ¡Mi padre está dentro!

—¡No entres, Súa! ¡Es una locura! —El hombre la agarró del brazo.

Súa se zafó con violencia. No pensó. Su mente solo tenía sitio para el nudo que le encogía el estómago y la imagen de su padre sentado en la cocina. Se cubrió la boca con la manga de su chaqueta y se lanzó hacia la puerta, que ahora era una boca escupiendo humo negro. Atravesó el umbral a toda velocidad, desapareciendo en la humareda mientras gritaba una y otra vez:

—¡*Appa! ¡Appa*!

El interior de la tienda era un horno. El aire podía masticarse, denso y cargado. Súa se cubrió la cara con el brazo, entornando los ojos entre las lágrimas que provocaba el humo. Lo primero que vio fue la destrucción de su historia. Los frascos de vidrio estallaban por el calor, derramando aceites que alimentaban las llamas con llamaradas azules y verdes. Los libros de herbología, el trabajo de toda la vida de su padre, se retorcían como insectos moribundos mientras el fuego devoraba las páginas.

—¡*Appa*!

Lo vio al fondo, medio oculto bajo el mostrador de madera maciza que ya empezaba a chamuscarse. Seokju yacía en el suelo, en una postura antinatural. Una mancha oscura y brillante se extendía desde su sien, mezclándose con el hollín del suelo. Súa soltó un grito ahogado que le desgarró la garganta y se lanzó hacia él, ignorando las brasas que le quemaban la piel de las manos y la cara, y se arrodilló a su lado.

—¡*Appa*! Levántate… por favor.

Le agarró de los hombros, intentando tirar de él, pero el cuerpo del hombre pesaba como el plomo. Seokju abrió los ojos. Estaban

vidriosos, desenfocados, pero al ver a su hija, un chispazo de lucidez los iluminó.

—Han sido… los hombres de Choi… —Cada palabra se diluía en una tos rasposa—. Buscaban… a Mark y a ti.

—No hables, tenemos que salir. —Súa tiró de él con desesperación. Sus botas resbalaban en el suelo grasiento por los aceites que se estaban derramando—. ¡Ayúdame!

Seokju negó débilmente con la cabeza. Puso una mano temblorosa sobre la muñeca de Súa, deteniéndola. No tenía apenas fuerza, pero su voluntad seguía intacta.

—Sal de aquí, Súa. Déjame. Se ha acabado.

—¡No! —Súa se rebeló, las lágrimas limpiaban surcos en su cara tiznada—. ¡Te voy a sacar de aquí! ¡No me voy sin ti!

—¡Escúchame! —La voz de Seokju sonó imperativa—. Ve con él, Súa. No le odies. Él no sabe…

El techo crujió sobre sus cabezas. Una lluvia de ascuas cayó sobre ellos, pero Seokju no soltó la muñeca de su hija. Clavó sus ojos en los de ella, transmitiéndole algo más pesado que la muerte.

—Prométeme… que cumplirás mi promesa de sanarle. Cumplirás mi *uiri*. Yo empecé la cura, tú debes terminarla. —Seokju tosió y la sangre manchó sus labios—. Lo dejo en tus manos. Sana su espíritu, Súa. Él es tu responsabilidad ahora. Sálvalo de su oscuridad.

Súa negaba con la cabeza, incapaz de procesar el mandato; solo quería salvar la vida de su padre; no estaba para deudas de honor.

—Pero entiende… —susurró el anciano mientras su voz se apagaba—, que no puede ser nada más que eso. Solo tu paciente… nada más.

Sus ojos se semicerraron; la fuerza comenzaba a abandonar sus dedos.

—¡Cállate! —gritó Súa, presa del pánico—. ¡Levántate, *appa*! ¡Saldremos de aquí!

Hizo un esfuerzo sobrehumano, tirando de él con todo su cuerpo. En ese momento, el rugido del fuego se convirtió en un estruendo amenazador. Una viga del techo, debilitada por las llamas, cedió. No cayó directamente sobre ellos, pero el impacto contra el suelo fue

brutal. Un trozo de la madera ardiendo golpeó a Súa de refilón en el hombro y la lanzó contra los estantes, rompiéndolos.

El mundo se volvió borroso. Un pitido agudo inundó sus oídos. Súa intentó levantarse, pero sus piernas no respondían. Estaba atontada, mareada; sentía cómo las llamas crecían a su alrededor como muros fantasmales. El humo lo inundó todo. Un veneno espeso y negro como el alquitrán comenzó a llenarle los pulmones. Tosió, tratando de respirar, pero su visión comenzaba a nublarse, convirtiendo a su padre en una mancha inmóvil entre el naranja y el negro.

Mark…, pensó, sin saber por qué su mente lo llamaba justo antes de que la oscuridad se la llevara.

El taxi serpenteaba por el tráfico denso de Seúl, alejándose del distrito diplomático. Mark llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, palpando el sobre grueso con los sellos oficiales donde los visados para Súa y Seokju estaban seguros. Debería haber sentido triunfo; habían movido hilos imposibles en pocas horas. Sin embargo, la sensación que le embargaba era de tristeza.

El *norigae* bajo su camisa parecía pesar más con cada kilómetro que le acercaba a Guryong. Apretó la mandíbula, mirando las luces de neón desenfocadas por la ventanilla.

Voy a hablar con él, decidió, sintiendo la fuerza de ese juramento.

Respeto su deuda, respeto su honor, pero se equivoca. No puedo apagar esto como quien apaga un interruptor. Súa no es una droga; es la mujer que me mantuvo vivo. Cuando lleguemos a España, cuando estemos a salvo, le diré lo que siento, le pediré perdón y le explicaré mis miedos. El maestro entenderá que mi intención no es ser una jaula ni que ella sea una adicción. Le convenceré.

Se imaginó la conversación. Se imaginó rompiendo la frialdad de Súa, explicándole que todo había sido teatro obligado por su padre. El taxi clavó los frenos. Mark salió despedido contra el respaldo delantero.

—Oiga, no se puede pasar. Mire eso —dijo el taxista, señalando hacia arriba con gesto asustado.

Varios camiones de bomberos trataban de abrirse paso por la callejuela. Mark no necesitó mirar dos veces. Una columna de humo negro, espeso, se alzaba como una torre justo donde debía estar la tienda.

—Pare aquí. —Lanzó unos billetes al asiento delantero y salió del coche sin esperar a que se detuviera por completo.

Corrió por las callejuelas estrechas, atropellando a los curiosos que se acercaban al lugar. El olor le llegó antes que el calor: madera vieja, aceites y el hedor de la uralita fundida. Al llegar al último recodo, escuchó el grito agudo y desesperado de una vecina:

—¡Están dentro los dos!

El mundo de Mark desapareció. Cruzó, apartando gente a empujones a toda velocidad, y se lanzó como una exhalación hacia la puerta de la tienda, que ya era un túnel de fuego. El calor dentro era insoportable; una sensación de sofoco le aplastó contra el suelo. Arriba, en el techo, el humo ondulaba en espirales, bajando rápidamente. Los tarros de aceites medicinales estallaban en las estanterías, formando lenguas de fuego líquido que corrían por el suelo de madera.

—¡Súa! —gritó Mark, tosiendo.

Los vio a través de la niebla. Seokju estaba en el suelo, atrapado bajo los restos del mostrador y una viga caída. La sangre le cubría media cara. A un metro de él, Súa yacía hecha un ovillo, aturdida por el golpe y el humo; intentaba arrastrarse hacia su padre sin apenas fuerzas. Mark se abalanzó sobre ella.

—¡Mark…! —gimió ella con los ojos semicerrados.

Él la cogió en brazos con un movimiento rápido, cargándola contra su pecho. Sintió el cuerpo de ella blando, vulnerable. Se giró hacia el maestro, dispuesto a cargar con los dos. Pero Seokju le detuvo, alzando levemente una mano. No intentaba liberarse. Estaba quieto, aceptando lo inevitable mientras el fuego le rodeaba. Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Mark.

Y entonces, sonrió. Fue una sonrisa leve, serena, casi imperceptible entre la sangre y el hollín. Mark se quedó helado; era la primera vez que veía a aquel hombre sonreír desde que había llegado a su casa. No era una sonrisa de alegría. Era una sonrisa de

gratitud. Al ver a Súa en sus brazos, emitió un susurro apenas audible:

—Cuídala…

La mirada de Seokju bajó lentamente desde los ojos de Mark hasta su pecho. Se clavó, con una intensidad que traspasó la ropa, en el lugar exacto donde colgaba el *norigae* bajo la camisa. El mensaje fue un grito silencioso, más fuerte que el rugido de las llamas: la promesa. El pacto.

Mark entendió. Sintió el peso del oro ardiendo contra su piel. Asintió una sola vez, con lágrimas de rabia sacando el humo de los ojos. Se dio la vuelta y corrió hacia la salida, protegiendo la cabeza de Súa con su propio cuerpo mientras el techo empezaba a ceder.

Salieron al aire frío de la noche. Mark tropezó, cayendo de rodillas, pero mantuvo a Súa segura en sus brazos. El aire fresco la golpeó como una bofetada; abrió los ojos de golpe y la consciencia regresó con violencia. Giró la cabeza hacia la casa.

—¡*Appa*! ¡Está dentro! ¡Mark, sácale! ¡Sácale! —Sus gritos eran desesperados.

Mark la dejó en el suelo e intentó levantarse, pero el crujido le llegó como un bofetón. Fue un estruendo que sacudió el suelo mientras la estructura de la tienda, devorada hasta los cimientos, colapsaba sobre sí misma en una explosión de llamas y humo. El techo se hundió, sepultando la cocina, el *sarangbang* y al hombre que yacía dentro.

—¡¡No!!

El alarido de Súa fue un desgarro roto y visceral que se elevó por encima del fuego, marcando el fin de su vida anterior.

노 리 개

El zumbido constante de los sistemas de ventilación se veía acallado por el murmullo de los pasajeros que ocupaban el A330-200 de Korean Air; comentarios divertidos y gritos emocionados de gente que volvía o empezaba sus vacaciones. Pero para los dos pasajeros que ocupaban los asientos 18A y 18B, el silencio era el único sonido en la cabina. La azafata esbozaba una sonrisa forzada mientras

terminaba de señalar las salidas de emergencia con movimientos coreografiados. Aquella normalidad vacía contrastaba obscenamente con la tormenta silenciosa que se desataba en aquellos dos asientos.

Mark iba sentado en el asiento del pasillo; no la miraba. En realidad, no miraba nada. Tenía la vista clavada en sus propias manos, que descansaban inertes sobre sus rodillas. En el dorso de la mano derecha, una mancha de hollín persistía incrustada en los poros, cubriendo una pequeña quemadura superficial. Con un movimiento automático, pasó el pulgar izquierdo sobre la mancha. Frotó con fuerza. La piel se enrojeció, pero el rastro del incendio permaneció grabado; estaba dentro, demasiado adentro. Mark dejó de frotar cuando la quemadura comenzó a doler más que sus recuerdos.

La señal de cinturones se iluminó con un pitido aséptico. Buscó la hebilla metálica, rozando involuntariamente el *norigae* al tratar de ajustar el cinturón. Mark se detuvo. Llevó la mano al pecho y agarró el amuleto a través de la tela. Sintió la forma cuadrada de la seda y la frialdad de la cadenita. Con un movimiento pausado, giró la cabeza hacia la ventanilla.

Súa miraba el exterior a través de la ventanilla ovalada, observando la oscuridad y las luces azules de la pista. Él observó su perfil: la derrota en su cuerpo, la soledad absoluta de su postura. Sintió un impulso violento, una necesidad inevitable de abrazarla, de decirle que la quería y que todo iría bien. Un destello de amor puro brilló en sus ojos cansados.

Entonces vio su reflejo en el cristal, y tras él vio la cara de Seokju entre las llamas. Vio la sonrisa de despedida. Parpadeó. Y en la oscuridad de su mente resonó su voz: *Temo que te conviertas en Sonia para retener a Súa*. El *norigae* pareció arder en su pecho.

Cuídala…

El brillo en los ojos de Mark se apagó. Su rostro se relajó en una expresión muerta. Soltó el *norigae*, se recostó en el asiento y fijó la vista en el respaldo delantero.

Súa permanecía inmóvil, pero lo había sentido: su duda, su movimiento. Sus ojos verdes estaban perdidos en el exterior, devorando los últimos momentos de su tierra coreana. Pensaba en

su padre, cuyo cuerpo seguía bajo los escombros humeantes de Guryong. Pensaba en los libros quemados, en el olor a hierbas que nunca volvería a sentir, en su tienda; todos los recuerdos de una vida que habían quedado sepultados junto a su padre. Por el rabillo del ojo notaba la presencia de Mark. Sabía que él la amaba; lo había sentido cuando la sacó del fuego y lo había vuelto a sentir hacía solo un momento. Pero también sabía que él estaba roto. Sentía el muro que él había levantado, ladrillo a ladrillo, desde la mañana anterior.

Los motores empezaron a rugir y el avión vibró, preparándose para el despegue; entrelazada a su sonido ronco le llegó la voz apagada de su padre: *Yo empecé la cura, tú debes terminarla. Haz cumplir mi uiri*.

El avión aceleró con fuerza, pegándoles a los asientos. Mark buscó su mano. No la miraba. Simplemente envolvió los dedos de Súa con los suyos sobre el reposabrazos compartido. Para Súa, el tacto fue una punzada directa al centro del pecho, más dolorosa que el golpe de la viga. Ella no retiró la mano. Apretó la de Mark con fuerza, aferrándose a lo único que le quedaba en el mundo. Pero no se giró. Mantuvo la cabeza pegada a la ventanilla, obligándose a mirar cómo el suelo se alejaba.

Las luces de Seúl se dibujaron en el horizonte y empezaron a convertirse en un mar de estrellas, difuminándose, haciéndose pequeñas, inalcanzables. Las lágrimas de Súa resbalaron por su nariz, cayendo al cristal que vibraba suavemente, acunándolas, pero su garganta no emitió ningún sonido.

—Annyeong, Appa. Saranghae… Beolsseo bogo shipeo.[75]

18. EL TRIBUNAL

Beopjeong (법정)

Cercedilla, Madrid.
Tres años después

El Toyota apareció por la recta que conducía a la finca a una velocidad superior a lo aconsejable. Se cruzaron con el taxi que descendía en sentido contrario, pero Martín no redujo la marcha, apresurándose a cruzar la puerta enrejada que daba acceso a la propiedad mientras los dos guardaespaldas levantaban la mano hacia él; la sorpresa se les notaba en el rostro ante el ritmo frenético de los últimos minutos.

Nada más detenerse, Súa bajó del coche. Su rostro permanecía impasible, con la mirada clavada en la puerta de la casa. Al dar el primer paso, la grava de la entrada se clavó bajo sus pies desnudos, pero ella no pareció notarlo; ya no recordaba esos zapatos olvidados en las escaleras de la calle Alcalá. Comenzó a caminar con decisión, con zancadas rápidas. El frío de la sierra la golpeó, acompañando al hielo que mostraban sus ojos verdes.

Avanzó sin mirar a los hombres, indiferente al mundo que la rodeaba. Martín apagó el motor y salió del vehículo a la carrera, tratando de acortar la distancia. Sabía exactamente hacia qué rincón de la casa se dirigía.

La puerta se abrió y Dani salió con una expresión de alerta. Se quedó plantado en el umbral esperándoles, mientras su figura se recortaba bajo el pequeño farolillo exterior. Su agitación era evidente: tenía el rostro afilado y una duda que buscaba respuesta. Dio un paso al frente hasta alcanzar a Súa, quien avanzaba con la vista fija en la entrada y los ojos medio cerrados.

—¿Qué ha pasado? Acabo de ver a Mark entrar como si le persiguiera un fantasma.

Súa no frenó. No le miró. Pasó por su lado embistiendo su espacio, apretando los dientes y cerrando los puños con fuerza. Al ver su mirada clavada en aquella entrada, Dani dio un paso atrás por puro instinto; el aire entre los dos se estrechó tanto que creyó notar el roce de la seda del *hanbok*.

—Sal de aquí. —Las palabras de Súa fueron un dardo, cargadas de odio. Ni siquiera le miró.

Dani trató de recomponerse y replicar mientras Súa atravesaba el umbral sin mirar atrás. Martín los alcanzó y se interpuso. El Lobo le puso una mano sobre el pecho, presionando levemente.

—Basta, Dani. No es el momento. —Martín dejó caer las palabras, perdiendo las fuerzas.

—Pero si no me dejas explicarte lo que he notado… —Dani forcejeó levemente contra la mano de Martín—. Mark va a creer que yo...

—Mark ahora mismo no cree nada. —Endureció la presión de su mano sobre el pecho del chico—. Y yo no puedo permitirme dudar mientras vigilo la puerta. Vete a casa, Dani. Tómate mañana el día libre. Es mejor que no estés aquí hoy. —Le miró con dureza y añadió, entornando los ojos—: No me obligues a pedírtelo de otra forma.

Dani guardó silencio. Dio dos pasos atrás. La advertencia de Martín fue un revés directo a su orgullo; no dijo más, conocía lo suficiente al Lobo como para entender que su sitio no estaba allí en ese momento. Se ajustó la chaqueta con toda la dignidad que pudo reunir y suspiró, sintiéndose ajeno a ese lugar mientras abandonaba la finca.

Súa ya había desaparecido cuando Martín se dio la vuelta. Suspiró profundamente, tratando de expulsar el sentimiento de culpa, y se introdujo tras la puerta centrándose en el problema que se le presentaba dentro; sabía perfectamente lo que se iba a encontrar.

El silencio interior era el de un cementerio, un frío que atravesaba la piel. Se dirigió hacia la escalera que bajaba a la mazmorra con la

sensación de caminar hacia el patíbulo. Pensó en Súa. El golpe que había sufrido había sido brutal.

Allí estaba ella, frente a la puerta maciza y su cerrojo de alta seguridad. Parecía una estatua inmóvil. Las palabras de Sonia se enroscaban en su garganta, ahogándola, rompiéndola. Su padre estaba allí a su lado, recordando cada promesa, todo aquello que esa noche se iba a romper.

—*Joesonghaeyo, Abeoji..., Oneuleun Uirijocha geuri ganghaji anhayo.*[76]

Fue como despedirse de su padre por segunda vez, sintiendo que la traición era una piedra de molino atada a su cuello.

—*Agassi...* —La voz del Lobo se rompió, revelando una fragilidad impropia de él.

—Abre. —Ni siquiera se volvió; no apartó la vista de aquella puerta.

—Súa, creo que deberíamos descansar. Mañana todo se verá distinto.

—Abre la puerta —repitió. Cada sílaba fue más punzante que la anterior.

—No puedo. Le juré que jamás te dejaría entrar. Entiéndelo, Súa, le di mi palabra.

—Hoy el honor no tiene valor, Beltrán-ssi.

Jamás había usado ese formalismo con él. En ese instante Martín entendió que la niña que protegía se había quedado en la calle Alcalá; la mujer que tenía delante era una extraña que acababa de expulsarlo de su vida.

—Por favor, Súa.

Ella se volvió hacia él con la lentitud de una pantera midiendo la distancia antes de saltar. Sus ojos verdes eran dos garras que se clavaban en la determinación de Martín.

—¡Ya basta! *Dangjang geu mun yeoreoyo!*[77]

Martín no encontró fuerzas para resistir. Se acercó al teclado con dedos torpes y el mecanismo del cerrojo crujió, liberando la entrada a la mazmorra.

—No me sigas.

Aquella orden fue un disparo. Antes de que él pudiera reaccionar, ella ya había desaparecido en la oscuridad de aquella estancia.

Súa cruzó el umbral y se detuvo en seco. La estancia la recibió con una blancura envolvente que le hirió los ojos tras la penumbra del pasillo. Era una zona aséptica y neutra, donde las paredes blancas y los lavabos de mármol negro brillaban bajo una luz uniforme. El olor a desinfectante y el sonido del agua, que goteaba de un modo rítmico e hipnótico en las duchas situadas al lado opuesto de los lavabos, creaban un rito de purificación que Súa encontró obsceno. Se miró las manos, manchadas de polvo, y sintió una punzada; Mark no bajaba aquí a ensuciarse, bajaba a purificarse en su propia locura.

Dejó atrás unos vestuarios pulcros y avanzó hacia la puerta del fondo, una muralla de ébano macizo. Al empujarla, el aire cambió drásticamente. El aroma a cuero tratado, cera de vela y ese trasfondo metálico que Sonia había descrito la golpeó como una bofetada. La penumbra rojiza tiñó la seda de su *hanbok* y brilló en sus ojos; se quedó sin palabras contemplando la magnitud de aquel lugar y su propósito. Dio un paso y el suelo de resina roja, imitando la sangre, pareció ceder bajo sus pies desnudos. Entonces, el sonido la alcanzó: un tintineo cristalino, casi musical, de cadenas de metal chocando entre sí por el movimiento del aire que había penetrado al abrir la puerta. La alarma que sentía se convirtió en un nudo doloroso en su estómago al levantar la vista y ver las vigas de acero, las poleas y los ganchos que aguardaban en el techo como garras amenazantes.

Caminó a través de esa estancia forrada de terciopelo negro, sintiendo cómo las paredes devoraban el sonido de su respiración. A los lados, las vitrinas de cristal exhibían fustas de piel, esposas y mordazas dispuestas con la precisión de una colección de museo. Continuó avanzando hasta el centro de aquel lugar que parecía una mazmorra del medievo, sin poder apartar la vista del objeto que coronaba el espacio: un aspa gigantesca de ébano que se alzaba desde el suelo hasta el techo como una X siniestra, evocando el potro de tortura de un museo de la Inquisición. En los cuatro

extremos de la cruz, unos grilletes de acero brillaban bajo la luz. Había oído historias, menciones fragmentadas sobre ese tipo de juegos prohibidos, pero ver aquel artefacto allí, como un altar a la tortura, la atravesó con la violencia de un hachazo. No era sexo, era una oda al control. Era el lugar donde Mark Olsten buscaba la jaula que su mente no podía construir fuera. El asco subió por su garganta al imaginarle en aquel altar de ébano, buscando en el dolor la paz que ella había intentado darle con palabras y caricias.

La ira le quemó la sangre cuando alcanzó el fondo de la estancia. Allí, desentonando con la parafernalia del castigo, sobre un escritorio de roble macizo, estaba el hombre roto, hundido sobre la silla de espaldas a ella, temblando como un cachorro. Su mano sujetaba un *norigae* con tal fuerza que las cuerdas de seda parecían cortarle la circulación.

Súa reconoció aquel objeto como suyo; la rabia y el asco se multiplicaron. Se quedó a pocos metros, envuelta en esa luz roja que lo hacía parecer todo una herida abierta.

Mark se encontraba atrapado en un mundo de silencio y oscuridad. Al levantar la cabeza, sus ojos, rojos y nublados por el pánico, se encontraron con la figura de Súa y su mundo terminó de colapsar. La vergüenza fue un ácido que le quemó las entrañas; el hecho de que ella estuviera allí, profanando su miseria con su presencia pura, rompió el último hilo que lo anclaba a la cordura.

—No... no me mires, Súa. Por favor... —Mark se encogió sobre la mesa de roble, tratando de hacerse pequeño, de desaparecer entre las sombras—. Soy un monstruo… lo que ves aquí es lo que soy. Soy tóxico, Súa. Enveneno todo lo que toco. Vete... No deberías ver esto, te lo ruego. No dejes que esta basura sea lo último que recuerdes de mí.

Súa dio un paso al frente; su expresión no se había relajado. El asco le provocaba náuseas que le subían por la garganta, alimentadas por el olor a cuero y la visión de la Cruz. El veneno de la revelación había nublado cualquier rastro de lo que habían sentido. Cruzó la distancia que los separaba y descargó un bofetón que resonó en el silencio absoluto de la mazmorra, obligando a Mark a volver la cara con violencia.

—¿Es esto lo que eres, Mark? Mírate. ¿Es esto? —Hizo un gesto que recorrió toda la estancia y terminó en él—. ¿Toda esa fachada de hombre torturado en Seúl era para esconder esta mierda? —Súa invadió su espacio con una furia que hizo que Mark se encogiera—. ¿Por esto murió mi padre? Él murió confiando en ti. Murió por un monstruo que solo buscaba un escondite donde lamerse las heridas. *Yeok-gyeowo…*[78] Me das tanto asco que me duele la piel solo por estar en la misma habitación que tú.

Mark se hundió sobre sí mismo, con la mejilla encendida por el impacto, encogiendo los hombros como si esperara el siguiente golpe. Súa se giró, dispuesta a abandonar aquel calabozo, pero antes de alcanzar la salida, la ira la llenó de nuevo y la hizo dar media vuelta.

—¡Quiero saber, Mark! ¡Quiero saber por qué! —El grito de Súa fue devorado por el terciopelo, pero el eco de su rabia pareció sacudir las cadenas del techo—. ¿Por qué elegiste mi vida para arruinarla? —Se acercó más, acorralándolo—. Quiero saber por qué me has tenido tres años aquí encerrada, alimentándome de mentiras. ¿Qué buscabas? ¿Una excusa? ¿Un adorno para tu mazmorra?

Súa lo miró con tanto odio que parecía temblar, pero bajo esa furia, sus ojos verdes buscaban una grieta, una respuesta que explicara lo inexplicable.

—¡Háblame! ¡Necesito entender qué vio mi padre en un monstruo como tú! Me lo debes, Mark... me debes cada segundo de estos tres malditos años. ¡Habla de una puta vez!

Mark balbuceó algo ininteligible, intentando negar la realidad. Súa se abalanzó sobre él y le propinó un segundo bofetón, más seco y cargado de rabia que el anterior.

—*¡Da malhae!*[79] ¡Maldita sea!

Mark apretó el *norigae* con tal fuerza que pareció que iba a romperlo. Levantó la cabeza muy despacio. La marca de la mano se encendía en su mejilla, pero sus ojos ya no estaban perdidos; ahora tenían una lucidez amarga y buscaron los de ella, aceptando por fin el juicio.

—Tienes razón, Súa. —Arrastró cada palabra lleno de vergüenza —. Te lo debo. Te lo debo a ti y se lo debo a tu padre.

Súa dio un paso hacia él, amenazándole con un dedo y el rostro contraído en una mueca de desprecio.

—*Ibe damji mayeoyo...*[80] No en este sitio. —Señaló con un gesto violento la Cruz y las cadenas que colgaban del techo—. Ensucias la memoria de Seokju cada vez que abres la puta boca en esta pocilga. No tienes derecho.

Mark cerró los ojos y apretó el *norigae* contra su pecho.

—Lo sé, Súa. Sé que no tengo derecho. —Por primera vez en toda la noche, su voz no tembló—. Pero tu padre fue el único que vio mi miseria. Me vio en el fango y no se apartó. —Se levantó de la silla con la última pizca de orgullo que le quedaba, sosteniéndole la mirada a pesar del odio que desprendía la mirada de ella—. Te lo contaré. Todo. Desde el primer día en que empecé a dejar de ser un hombre hasta esta noche. No habrá un solo secreto más.

Súa no respondió. Le dio la espalda y comenzó a pasear por la sala con pasos nerviosos, esquivando las vitrinas como si temiera que las paredes pudieran atraparla. Estaba lista para la verdad, aunque supiera que esa verdad terminaría de quemar lo que quedaba de su vida.

19. JUICIO Y SENTENCIA

Jaepangwa pangyeol (재판과 판결)

Mark se levantó de la silla con torpeza, como si su cuerpo no le perteneciera. Sus ojos, vacíos, mostraban su derrota; se movían entre las sombras del sótano tratando de recomponer los fragmentos que había tratado de esconder en lo más profundo de su ser. Empezó, palabra a palabra, a narrar su confesión. Frente a él, Súa retrocedió. Fueron dos pasos casi instintivos, buscando espacio. Necesitaba que el aire entre ambos fuera lo bastante ancho como para sentir la misma distancia física a la que ahora se encontraba de él.

Mark jugueteaba con el *norigae* entre sus dedos, apretando los hilos de seda como si fueran el único rastro de realidad que le quedaba. Sus manos temblaban mientras Súa observaba su rostro derrotado al desenterrar el pasado.

—Mi pecado fue la soberbia; mi soberbia me quitó la humanidad. —Sus ojos se hundieron en el suelo.

—A los veinticinco años, el mundo me pertenecía. —Su voz parecía salida del mismo sótano donde se encontraba—. Mi segunda novela había roto todas las previsiones. No era solo éxito. Creía que podía caminar sobre el agua sin mojarme los pies y, en mitad de esa embriaguez, Julián empezó a parecerme pequeño.

Mark cerró los ojos y el sótano desapareció. Regresó a aquel despacho lleno de luz donde el olor a ambición lo llenaba todo.

Julián sujetaba el contrato que Leandro había enviado; sus manos temblaban de impotencia.

—Mark, por favor, lee la letra pequeña. —Las manos de Julián temblaban sobre el documento—. Leandro no es un agente literario, es un tiburón. He oído hablar de él en Londres; exprime a los

autores y los deja secos cuando la tendencia cambia. No necesitas esto. Tu segunda novela es número uno, ¡lo hemos conseguido juntos!

Mark se servía un *whisky* caro sin mirar a su amigo; dejó que el hielo tintineara contra el cristal.

—Lo que hemos conseguido es el techo de España, Julián —respondió con una frialdad que ahora, años después, le quemaba el alma—. Pero yo quiero el mundo. Leandro tiene contactos con productoras en Los Ángeles, tiene la distribución en Asia. Tú eres mi mejor amigo, y te quiero muchísimo, pero él es el futuro.

—Él es un espejismo, Mark —sentenció Julián, tirando el contrato sobre la mesa—. Te está vendiendo tu propio ego en una bandeja. Si firmas con él, me apartas a mí. Y si me apartas a mí, te quedas solo con alguien que solo ve euros en tus páginas.

El silencio perduró unos segundos, roto solo por el gesto de Súa recorriendo con sus dedos el borde de la mesa. Mantenía la vista en el suelo, sin mirar a un Mark que suplicaba ese contacto.

—Él te estaba ofreciendo un hogar, y tú elegiste un escaparate. —Súa arrastró las palabras—. Fuiste prepotente, avaricioso e incapaz de ver que Leandro era una persona tóxica. Su nombre ya sonaba a advertencia en los círculos que frecuentabas. ¿Era el éxito lo que te cegaba o es que de verdad creías que eras tan grande que nadie se atrevería a engañarte?

Mark apretó el *norigae* en su palma.

—Era la soberbia, Súa —confesó él, levantando por fin la mirada —. Creía que el talento me hacía intocable. No vi la jaula de oro porque Leandro me la presentó como mi derecho.

Se defendió escondido en la penumbra, intentando justificar lo injustificable, y él lo sabía. Súa, que permanecía de pie junto a la puerta, estaba envuelta en una furia que gritaba su decepción.

—Leandro cumplió su palabra. Yo era una estrella global. Tenía veintiséis años, millones en la cuenta y un aura de invencibilidad que me impedía ver su falta de elegancia, su lascivia, su forma de comportarse como un animal de presa en los círculos de alto *standing*. Para mí, él era el artífice de mi reino.

Mark cerró los ojos y el frío de la mazmorra fue sustituido por el brillo de una fiesta exclusiva, una noche donde el lujo era tan enorme que resultaba un insulto.

Leandro, rodeando los hombros de Mark con el brazo y una sonrisa victoriosa mientras exhalaba el humo de un puro demasiado caro, señaló hacia el centro de la estancia.

—Mira a esa mujer, Mark. —Leandro se inclinó a su oído—. Se llama Sonia. Es una belleza andaluza que tiene más hectáreas que escrúpulos. Dice que tu última novela es lo único que la ha hecho sentir algo en años y está deseosa de conocerte. No la hagas esperar; las mujeres como ella no conocen el significado de la palabra paciencia.

Mark avanzó, fascinado por la silueta de aquella mujer; se fijó en su enorme belleza, en su aura poderosa. Sonia estaba sentada allí como si fuera la reina en su trono, sosteniéndole la mirada de un modo que le hizo sentirse aún más importante.

—Así que tú eres el niño prodigio que cree saber cómo funciona el dolor —dijo Sonia, ofreciéndole la mano, no para un beso, sino para que la sostuviera—. Has despertado mi interés, Mark; me encantaría conocerte más a fondo. Pero tu libro es demasiado educado. Me pregunto si el autor es igual de remilgado que su prosa.

La risa de Súa le cortó de inmediato. Fue corta y acusadora.

—¿Niño prodigio? —Súa le miró con un desprecio absoluto—. Te llamó niño en la cara y tú lo aceptaste como si fuera un elogio. Estabas tan borracho de tu propio éxito que no viste que te estaba midiendo como se mide a un animal de feria.

—Tenía veintiséis años, Súa —replicó Mark, hundiendo el rostro en las sombras—. El mundo entero me decía que era un genio. Y ella era una belleza. ¿Cómo iba a sospechar de una mujer a la que solo parecía interesarle?

—No te estaba ligando, Mark. Te estaba marcando. Leandro te puso el foco y ella simplemente comprobó si la mercancía valía el

esfuerzo. Y tú, estúpido, te enamoraste de tu propio reflejo en sus ojos.

Mark no se defendió. Sostenía el *norigae* aferrándose a sus hilos, aceptando cada sentencia de Súa. Tenía razón: no fue amor, fue el hambre de un ego que le hacía necesitar sentirse más que nadie.

Mark continuó con la mirada perdida, fija en la Cruz de San Andrés, como si estuviera leyendo en las vetas de la madera el guion de su relato.

—Al cabo de un año, la realidad ya no existía —dijo Mark, dejando que su voz ocupara aquella sala—. Al principio todo fue hermoso, éramos la pareja de moda y yo me sentía en una nube, pero Sonia no quería mi cariño. Quería mi rendición. La noche de la presentación de mi tercer libro, mucho más oscuro que ninguno, el éxito era un ruido ensordecedor, pero yo tan solo pensaba en estar a solas con ella.

Sonia, con una sensualidad posesiva, comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Sus manos eran expertas, seguras, moviéndose con la autoridad de quien sabe que ya ha ganado la partida antes de empezarla.

—Todo el mundo te adora, cariño. —Su aliento sabía a terciopelo y deseo—. Eres el dueño de todas las palabras. Pero aquí, conmigo, las palabras no sirven. Quiero saber si eres capaz de entregarme algo que no sea un autógrafo. Es un juego nuevo. Quiero tu voluntad.

Mark la buscó con los ojos; estaba confundido, pero la deseaba.

—Te lo he dado todo, Sonia. Mi tiempo, mi inspiración, mi amor.

—No. Me has dado lo que te sobra —le interrumpió ella, apretando ligeramente sus muñecas—. Quiero que me des el derecho a decirte cuándo respirar. Es solo un juego, mi niño prodigio. Un secreto entre nosotros. Un juego donde tú descansas de ser el gran escritor y yo me ocupo de todo lo demás. ¿No estás cansado de estar pendiente de todo siempre? Dime, mi niño, ¿de verdad me amas?

Súa dio un paso hacia él. Su postura era un ataque, una pantera a punto de lanzarse sobre su presa.

—¡Estabas ciego! ¿No lo veías? —El desprecio en su voz le hizo encogerse—. Ella estaba usando tu mente a su antojo. Eso no es amor, Mark, eso no es normal. Estaba pidiéndote permiso para anularte y tú le abriste la puerta de par en par.

—Estaba enamorado, Súa —replicó Mark, apretando los puños hasta que los nudillos le blanquearon—. Y estaba borracho de éxito, de alcohol, de las fiestas donde Leandro nos servía el mundo en bandeja. En ese círculo, lo extremo parecía sofisticado. Me dejé llevar porque ella me hacía sentir que éramos dioses por encima de la moral de los demás. Y ya la necesitaba demasiado.

—No erais dioses. Ella era la domadora y tú eras el animal que saltaba por el aro porque te daban un poco de azúcar después de cada golpe.

Mark se movía nervioso, rozando con los dedos las vitrinas; se sentía un extraño en su propio reino, como si ese mundo le fuera ajeno. Miraba los objetos como si los viera por primera vez, comprendiendo que cada pieza de esa habitación no era un refugio, sino el rastro de la correa que le habían puesto al cuello.

Súa lo observaba; su agresividad parecía haber menguado, no por perdón, sino por un asco mezclado con una compasión que no deseaba sentir. Al mirarle, no solo oía sus palabras, veía sus ojos perdidos y cansados.

Mark se pasó una mano por el rostro, como si intentara limpiarse el recuerdo de un pasado que todavía dolía. Su voz bajó de tono, volviéndose más íntima, más vergonzosa.

—Al principio solo eran juegos. —Desvió la mirada para no cruzarse con los ojos de ella—. Eran juegos al límite, sí, pero cargados de un erotismo que yo no conocía. Había fustas suaves y correas flojas, órdenes que me hacían sentir especial, como si ella estuviera descubriéndome un mundo nuevo. Yo no acababa de entender ese mundo, pero la amaba lo suficiente para querer complacerla en cada capricho. Y ella no dejaba de enseñarme.

Hizo una pausa, tragó saliva dejando que el silencio hablara un momento.

—Pero la cosa fue a más. Fue un goteo constante, día a día, casi imperceptible. La suavidad de las fustas desapareció y su voz se volvió más violenta, más autoritaria. Ya no me pedía las cosas, las exigía. Y entonces aparecieron las pastillas. Me decía que eran ansiolíticos suaves, que solo quería bajar mi estrés, que necesitaba que mi mente estuviera más relajada para poder seguir nuestro ritmo de vida, tan lleno de excesos.

Mark apretó los dientes, recordando aquellas noches.

—Me las daba con una sonrisa, con la misma mano que después me golpeaba si no seguía el ritmo de sus órdenes. Yo confiaba en ella. Confiaba tanto que le seguí la corriente sin saber que lo que estaba tomando no era medicina, sino el principio de mi propia anulación. Ella no quería un amante; quería un esclavo que no tuviera fuerzas para decir *no*. Fueron dos años, Súa —dijo Mark, y su voz era el eco de un hombre que habla desde el fondo de un pozo—. Dos años donde el sol era una amenaza y mi voluntad, un residuo que ella se encargaba de limpiar cada noche. Lo que empezó como un juego se convirtió en una sumisión química. Yo no decidía qué comer, ni qué vestir... ni qué sentir.

Era una nueva firma de libros. El ruido de los fans era un zumbido lejano. Ya apenas los oía. Julián estaba desesperado; le sujetó por las solapas, sacudiéndolo como si intentara despertar a un muerto. Mark le miraba con las pupilas dilatadas y una sonrisa vacía.

—¡Mírame, por el amor de Dios! —gritó Julián—. Estás desapareciendo, Mark. Esa mujer te está matando lentamente mientras Leandro se lleva las entradas del espectáculo. Tienes que salir de esa casa hoy mismo.

Mark lo apartó de un empujón, manteniendo aquella expresión de ausencia.

—Solo tienes envidia, Julián. Envidia porque ella me ha llevado a un nivel que tú jamás pudiste. Ella me ha liberado de la carga de decidir. Soy más libre que nunca porque ya no tengo que ser nada, solo tengo que dedicarme a escribir. Déjame en paz.

—No eres libre, eres un drogadicto y estás a merced de su voluntad —le espetó Julián, sacando unos documentos con manos

temblorosas—. Escúchame bien: si no te vas de su lado, al menos firma estos traspasos. Son cuentas seguras en Suiza, yo velaría por ellas. Si alguien intenta vaciarte, esto no podrán tocarlo. Hazlo para que me calle, hazlo para que te deje en paz o por el recuerdo de nuestra amistad.

Mark firmó sin leer, con un garabato, deseando tan solo que el ruido de esa voz reclamando su conciencia se callara.

—Toma. Quédate con tus migajas, Julián. Yo tengo el infinito, déjame en paz de una puta vez.

La voz de Súa le sacó de aquel recuerdo, cargada de una amargura que hería.

—Le gritaste a la única mano que intentaba sacarte del pozo —dijo Súa, y sus ojos verdes analizaron cada temblor de Mark—. Libre porque no tenías que ser nada... Mark, eso es lo que dicen los yonquis. Ella te estaba borrando y tú le dabas las gracias. ¿Hasta dónde llegaron con tu mente?

—No era yo, Súa —respondió Mark, levantando la vista—. En ese momento, yo solo era un eco de lo que Sonia quería que fuera. Mi cuarta novela no la escribí yo; la escribió el miedo que ella me inyectaba cada noche. Sin embargo, Julián me salvó; aquellos Fideicomisos Ciegos fueron una demostración de amistad que jamás podré devolverle.

Súa guardó silencio; aquella confesión estaba alcanzando unos tintes cargados de una oscuridad que ni siquiera ella sospechaba. Empezaba a comprender que la mazmorra donde estaban no la había construido Mark para complacer gustos depravados; la había construido en un patético intento de controlar el dolor que una vez le destruyó.

Mark ya no paseaba; se había apoyado sobre la mesa, con la mirada perdida en el suelo de resina roja. Hablaba con pausa, como si el simple hecho de recordar le estuviera robando el oxígeno en el presente.

Prosiguió en un dormitorio, el dormitorio de una mansión ostentosa que se había convertido en una celda de oro. Las cortinas siempre

echadas acrecentaban el olor a medicamentos y sudor. Sonia estaba sentada en el borde de la cama, impecable, mientras él se arrastraba por el suelo. Ella le dio una patada y él se hizo un ovillo en la alfombra, incapaz de coordinar su cuerpo, sintiendo cómo los pensamientos se deshacían como ceniza en el viento.

—Mírate. El gran escritor —dijo Sonia, estudiando su obra, carente de cualquier rastro de humanidad—. El hombre que iba a explicarle el mundo a los demás y ahora no sabe ni ir a mear sin que yo se lo ordene. ¿De verdad crees que alguien querría leer lo que un cascarón vacío como tú tiene que decir?

—Por favor... para... Te lo suplico. —Mark sollozaba en el suelo, desprovisto totalmente de dignidad. El síndrome de abstinencia le hacía temblar con espasmos violentos—. No puedo pensar. Los ruidos en mi cabeza no paran... son como mil voces gritando a la vez.

—No son ruidos, Mark. —Sonia se inclinó sobre él como una depredadora sobre su presa—. Es la verdad. Es el silencio de tu talento muriendo. No eres nada sin mí. Eres solo un desecho que yo mantengo con vida por pura nostalgia. Leandro quiere su dinero, y yo... yo solo quiero ver cuánto más puedes aguantar antes de desaparecer del todo. —Sonia le tendió un vaso—. Toma, bebe esto. Es lo único que hará que los demonios se callen un rato.

El silencio de la mazmorra se volvió asfixiante bajo el horror de aquel relato. Súa se acercó un paso, con los ojos fijos en el cuerpo empequeñecido de Mark. Ya no sentía odio; ahora era una comprensión espantosa.

—Te estaba canibalizando. No era solo control, era un experimento en vivo. Te robó la palabra para que solo existiera su voz. —Le observó buscando al hombre que sobrevivió a ese sadismo —. He visto a hombres rotos por la locura, he visto a mi padre tratar a muchos enfermos, pero ella... ella te rompió por el placer de verlo. Te convirtió en un objeto. ¿Cómo sobreviviste? ¿Cómo no te dejaste morir allí mismo?

Mark levantó la mirada hacia ella; no había vergüenza en sus ojos, solo la aceptación de una verdad que le había costado la

identidad.

—Porque no tenía voluntad ni siquiera para morir —confesó Mark —. A partir de ahí empezó a reprogramarme con sus marcas: el sonido de sus tacones, el color de sus uñas, su tinta, su voz... Me enseñó a responder solo a esos impulsos. Solo era un fantasma que necesitaba más veneno, suplicando que ella terminara el trabajo.

—Ya no existía. Hacía tiempo que ni siquiera escribía, así que llegó el momento de pagar las deudas —continuó Mark, con un hilo monótono, desprovisto de épica—. Me llevaron a un despacho. Me lavaron, me pusieron una corbata y me sentaron frente a un notario que cobraba lo suficiente como para no mirar el brillo ausente de mis pupilas. Yo no sabía qué estaba firmando; solo quería que el ruido exterior cesara, volver a mi agujero. Quería que el mundo me dejara en paz.

Mark volvió a aquel lugar: el sonido metálico de los sellos. Leandro revisaba los documentos recién firmados con una sonrisa; asentía mientras el notario recogía sus cosas en silencio.

—Brillante, Sonia. Mira su firma... parece el trazo de un crío, pero es legal. A partir de hoy, Olsten es solo el nombre en la portada. El dinero, los derechos... todo es nuestro.

Sonia se inclinó hacia Mark, que permanecía sentado con la mirada perdida y un hilo de saliva secándose en la comisura, ajeno a que acababa de perder su existencia legal. Le acarició la mejilla con una ternura clínica y reptiliana.

—Te dije que te compensaría, Leandro. Ha sido un proceso largo, pero aquí tienes a tu gallina de los huevos de oro, desplumada y lista para mostrarme dónde está el límite humano. ¿Verdad que sí, mi niño? Di sí a tu dueña.

—Sí... Ama. Lo que tú... lo que tú ordenes. —Su voz salía de otro mundo.

—Está acabado, Sonia. —Leandro sonreía satisfecho—. Como hombre está muerto, pero como marca es eterno. Vámonos antes de que el notario se sienta demasiado culpable. Tenemos una película que producir y un documental sobre las drogas y la muerte de este genio.

Mark cerró los puños, rompiendo el trance.

—En ese despacho dejé de ser el dueño de mis palabras. Me convertí en una propiedad intelectual. Yo ya no existía. Era un cadáver que ellos mantenían respirando solo para que siguiera produciendo beneficios.

Súa no pudo responder. Retrocedió un paso, chocando contra la pared de terciopelo de la estancia. Se llevó una mano a la boca, intentando contener un grito. Sus ojos recorrieron a Mark de arriba abajo, buscando las costuras de ese hombre que había sido desmontado pieza a pieza. El horror era absoluto porque comprendía que la mazmorra en la que estaba solo era un refugio donde esconder esos recuerdos. En ese momento, solo quería saber cómo pudo salir de allí.

Mark apoyó la espalda contra la pared, como si le faltaran las fuerzas para sostener la confesión. Sus ojos estaban fijos en ella, mientras revivía el caos de cristales rotos y el olor a gasolina que marcaron el fin de su agonía.

—El accidente fue mi salvación. —Mark apoyó la cabeza contra la pared—. No porque muriese, sino porque el impacto fue lo único capaz de sacarme del círculo nocivo de Sonia. Ella se sentía tan triunfante que se pasó de frenada volviendo de aquel notario.

Por primera vez en años, no estaba allí para decirme cuándo respirar. Pero Leandro no iba a dejar que aquello se convirtiera en una investigación policial. Necesitaba que Sonia desapareciera antes de que el hospital detectara lo que había en mi sangre.

El hospital de Madrid apareció en su voz. Julián estaba allí, intentando atravesar la puerta de la habitación, mientras Leandro le cerraba el paso.

—No puedes entrar, Julián. Tengo los poderes legales firmados. Sonia ha muerto en el traslado, la tragedia es absoluta. Ahora, mi cliente va a ser trasladado a una clínica en Suiza para su recuperación psiquiátrica. Es lo que él necesita.

—¡Mientes! —El rostro de Julián estaba desencajado por la impotencia—. ¡Déjame verle! Sé que lo tenéis drogado hasta las cejas.

—Lo que tú creas es irrelevante. Según los informes médicos oficiales —golpeó la carpeta con el dedo—, Mark sufre un brote psicótico severo derivado del accidente. Suiza lo espera y tú no puedes evitarlo.

Mark levantó la mirada hacia Súa, que seguía quieta escuchando atentamente.

—Me borraron. Sonia simuló su muerte, ahora lo sé, para escapar, y Leandro manipuló cada informe médico. Los médicos en Suiza crearon la historia de un escritor loco que se había autodestruido. Me trataron como a un paciente psiquiátrico común para que nunca recuperara mi voluntad. Estaba en una jaula de cristal donde la verdad no podía entrar.

Julián intentó salvarme, pero luchaba contra una muralla de papeles legales que yo mismo había firmado cuando ya no era dueño de mi mente.

Súa no dijo nada. Entendía la magnitud de la infamia: no solo le habían robado el talento y el dinero; le habían robado la humanidad. Mark no era un enfermo mental; era un experimento exitoso, un hombre cuya realidad había sido reescrita por sus verdugos.

—Suiza no fue un hospital. —Mark apretó los puños—. Fue un almacén de lujo. Durante un año, me mantuvieron en un limbo de sábanas blancas y dosis exactas de litio que me impedían incluso recordar cómo me llamaba. Para ellos, yo era un motor averiado que no valía la pena arreglar; solo querían que dejara de hacer ruido. El dinero de Leandro, tratando de ocultarlo todo, obraba milagros. La clínica ya estaba preparando los papeles para mi incapacitación total. Iba a ser un vegetal bajo la custodia de Leandro para el resto de mis días.

El recuerdo de la huida surgió nítidamente. Julián estaba en el despacho del director de la clínica, con el rostro enrojecido de rabia; lanzaba un fajo de informes inútiles sobre la mesa.

—¡Un año! —Julián lanzó el fajo de informes sobre la mesa—. Un año de facturas astronómicas y mi amigo sigue sin poder elegir el

color de sus calcetines sin sufrir un ataque de pánico. Sus informes son papel mojado. Me lo llevo. Ahora mismo.

El teléfono sobre la mesa aulló. La voz de Leandro gritando llenaba la consulta.

—Si sacas a Mark de esa clínica, Julián, incurrirás en un secuestro. Yo tengo su custodia. Habrá consecuencias devastadoras para ti.

—Púdrete, Leandro. Denúnciame si quieres. Mark está lo suficientemente lúcido para haber exigido el alta y tú aún no has podido incapacitarle. Estará bajo el cuidado de alguien que no trabaje para ti. Alguien que todavía sepa lo que es la decencia.

Semanas después, en la habitación minimalista de una clínica privada, lejos del alcance de los tentáculos de Leandro, el Doctor Park observaba a Mark. El escritor permanecía ausente en su silla, con la mirada clavada en la pared, como si todavía esperara que alguien le diera permiso para moverse.

El Doctor Park cerró el historial suizo con un gesto de desprecio absoluto.

—Estos médicos buscaban mantenerle vivo, Julián-ssi, pero el problema es que le han robado toda la esencia —el doctor habló con calma—. Le han tratado con química occidental para una herida que es puramente espiritual. Ahora mismo es una página en blanco que alguien ha intentado quemar.

Súa dio un paso al frente, con los ojos muy abiertos. La sorpresa había barrido los últimos restos de su actitud defensiva.

—¿Un médico coreano? ¿En medio de todo ese caos, en Europa? —Se mordió el labio inferior—. Es extraño, es como si el destino te estuviera empujando hacia mi tierra antes incluso de que supieras que Guryong existía. ¿Fue ese hombre, el Doctor Park, quien te habló de mi padre por primera vez?

Mark asintió lentamente, sintiendo el tacto del *norigae* entre sus dedos.

—Él fue quien me dijo que mi voluntad no estaba muerta, sino enterrada bajo capas de terror —explicó Mark, y por primera vez en toda la noche, un rastro de gratitud suavizó su voz—. Me confesó

que su ciencia solo llegaba hasta cierto punto; podía enseñarme a caminar de nuevo, a moverme sin desmayarme, pero no podía devolverme el alma. Me dijo que necesitaba a alguien que entendiera el honor y la mente como una unidad, alguien que fuera más allá de los fármacos y los manuales. Fue entonces cuando pronunció el nombre de Seokju y me dijo dónde hallarle.

Mark comenzó a caminar, señalando las paredes como si pudieran hablarle.

—Ese hombre, el Doctor Park, consiguió que pudiera volver a habitar mi piel, Súa. —Su voz resonó con una fuerza renovada—. Entre Julián y él, empecé a poder decir mi nombre sin pedir perdón. Pero sabía que la paz era frágil. Leandro volvió a aparecer en cuanto supo que mis manos escribían solas —continuó con un gesto de asco —. Apareció con esa sonrisa de salvador, llenando el aire con palabras bonitas y huecas. Puso sobre la mesa aquel contrato maldito, el que nos unía como agente y autor, y me juró que, ahora que estaba mejor, volveríamos a tocar el cielo. Tuvo la desfachatez de negar saber nada de las pastillas, del aislamiento, del trauma... fingió que él también había sido engañado por Sonia.

Mark cerró los puños.

—Julián me agarró del brazo, me gritó que no fuera estúpido, que me estaba metiendo de nuevo en la boca del lobo. Y yo lo sabía. Pero le dije: «Lo sé, Julián, pero no puedo discutir esto ahora con él». Necesitaba que Leandro soltara la correa lo suficiente como para llegar a Seúl. No podía permitirme un ruido legal en ese momento.

Mark se puso en pie y señaló las vigas del techo.

—Pero no me fui a Corea a ciegas. Antes de cruzar el mundo, necesitaba saber que tendría un lugar al que volver donde nadie pudiera tocarme. Julián tenía un contacto en la policía, un viejo amigo que le habló de un hombre en Pontevedra capaz de construir imposibles; un hombre que no atravesaba un buen momento. Así fue como encontré a Martín. Un tipo que no hacía preguntas, que entendía el miedo y que sabía cómo proteger el silencio. Entre Julián y él diseñamos este búnker. Cada rincón de esta casa en la sierra se planificó para ser mi tumba si era necesario, o mi último refugio contra el mundo que Leandro y Sonia representaban. Julián

desbloqueó mis cuentas de Suiza y yo le conté a Leandro que necesitaba unos textos que se hallaban en Seúl para volver a escribir.

Súa extendió la mano y tocó la pared. Se volvió hacia él; en sus ojos verdes ya no quedaba rastro de odio, solo una comprensión que crecía.

—Pero Park no te envió a una eminencia en Seúl. Te envió a por mi padre. El resto... el resto fue cuando apareciste en nuestra puerta, temblando como un animal herido.

Mark asintió, dejando que el silencio de la fortaleza que él mismo había diseñado los envolviera.

—Fui buscando a un maestro y encontré a un padre. El *Seuseungnim* vio las grietas que la psiquiatría no podía sellar. Me acogió sin preguntas para que aprendiera a respirar otra vez, y yo jamás podré pagar lo que él hizo por mí.

Los ojos de Mark se tornaron vidriosos, llenos de culpa.

Mark estaba roto. Con la espalda apoyada en la base del escritorio, dejó caer el *norigae* de su mano como si el peso del recuerdo del maestro le quemase en ese adorno.

—Tu padre vio lo que nadie más vio, Súa. —La voz de Mark era un hilo ahogado en su garganta—. Él entendió que mis demonios no habían muerto aún, solo habían cambiado de rostro. Me dijo que el tratamiento no mató a Sonia en mi cabeza, sino que la sustituyó... por ti.

Súa se sobresaltó; su boca se abrió sorprendida y clavó su mirada en él. El aire pareció congelarse entre ellos.

—¿Él creía que yo era tu nueva droga? —preguntó ella, incrédula. Sin embargo, una luz empezaba a abrirse en su mente.

—Él sabía que yo estaba buscando ese control en ti, Súa. —Levantó la mirada empañada hacia ella—. Mi alma estaba tan acostumbrada a obedecer, tan dañada por Sonia, que te iba a convertir en mi nueva carcelera sin que tú te dieras cuenta. Me habría entregado a ti como un esclavo solo para no tener que decidir. Por eso me hizo prometer que te alejaría de mí. Me obligó a elegir entre mi amor y tu libertad.

Mark dejó escapar un suspiro que llenó el ambiente de la mazmorra.

—Y te amaba demasiado para dejar que mis sombras te destruyeran a ti también. Por eso te eché de mi vida. Prefería que me odiaras desde la distancia a que te convirtieras en el verdugo de mi propia debilidad.

Súa dio un paso hacia él, rompiendo por fin la distancia de seguridad que había mantenido durante toda la noche. Su rabia se había transformado en una comprensión dolorosa y profunda. Observó al hombre que tenía a sus pies, no como al monstruo que él decía ser, sino como a la víctima de un amor que intentó ser protector y terminó siendo castrante.

—Él no me dio la oportunidad de elegir, y tú tampoco. Yo te sané, Mark. Yo habría podido manejar esa oscuridad. Me tratasteis como a una niña que no podía cargar con el demonio, cuando fui yo quien te sostuvo cuando tu cuerpo gritaba por el *Heuksintang*. Decidisteis por mí, como si mi voluntad no importara.

—No era tu voluntad lo que me asustaba, Súa. —Retrocedió ante su fuerza—. Era la mía cayendo sobre ti. Tenía miedo de que, al intentar salvarme, te olvidaras de salvarte a ti misma.

Súa comenzó a moverse por la mazmorra como si estuviera memorizando cada rincón de aquel santuario del miedo. Sus dedos rozaron la madera de la Cruz de San Andrés, sintiendo la textura áspera de las vetas, un relieve que ahora le hablaba de una agonía diferente. Después se acercó a las vitrinas, recorriendo con la vista cada objeto allí expuesto, ya no con asco, sino con la atención de quien analiza los restos de una batalla. Finalmente se detuvo sobre la mesa donde Mark había estado sentado y, tomando el *norigae* entre sus dedos, sintió la seda y el metal de la cadena, reconoció ese objeto y se volvió hacia él. Mark permanecía sentado, agotado y atormentado, con la figura encogida bajo la luz rojiza de la mazmorra.

—Hay algo que no entiendo, Mark. —No había ira en su voz y tampoco acusación; sonaba con una curiosidad real—. Ahora lo sé todo. Sé qué pasó con Sonia, con Leandro, sé lo de Suiza. Pero, ¿por qué esto? —preguntó, señalando con un gesto circular el sótano

entero—. ¿Por qué levantar estas paredes y recrear aquí, en el corazón de tu casa, exactamente lo que te hicieron?

Súa dio un paso hacia él, señalando con un gesto suave los grilletes y las fustas que antes la horrorizaban.

—¿Por qué hacérselo a otras, Mark? —preguntó, bajando el tono, buscando sus ojos—. ¿Por qué alguien que ha sido desmantelado pieza a pieza querría ser el que sostiene las correas? No me cuadra con el hombre que vi en Guryong. ¿Es una forma de recordar el dolor o es que necesitas ser el dueño de la herida para que no te vuelva a pillar desprevenido?

Mark levantó la vista. En su rostro no había defensa, solo la mirada desnuda de quien ya no tiene nada que ocultar tras los muros de su búnker.

—Porque en este lugar —apenas fue un susurro—, el dolor tiene reglas. Aquí, yo decido cuándo empieza y cuándo termina. No es por ellas, Súa, nunca fue por ellas. —Mark se levantó y se acercó a ella, acortando el espacio del sótano—. No es un juego, ni tampoco un vicio, Súa —dijo sin mostrar más dudas—. Es un escudo. En este lugar, y solo bajo el consentimiento absoluto, yo soy quien decide cuándo se cierra la mano. Es un exorcismo fallido, lo sé. Pero es la única forma que encontró mi mente para no despertar cada noche sintiendo que Sonia todavía tiene las llaves. Si yo ejerzo el control, ella no puede tenerlo. Es una estupidez, una forma patética de intentar reescribir mi propia ruina, pero era lo único que me mantuvo cuerdo estos años, mientras tú no estabas.

En ese instante, la resistencia de Mark colapsó por completo. Se desmoronó sobre el suelo de la mazmorra, sin defensas, sin búnkeres, sin la protección de su nombre o su fama. Era solo un hombre defectuoso, una vasija rota que se sabía indigno de la mujer que tenía delante.

—Lo siento... —Se cubrió la cara con las manos. Las lágrimas brotaron sin consuelo—. Siento ser este desecho. Siento que mi única verdad sea esta necesidad. Te alejé por orden de tu padre, pero cada día sin ti era volver a la habitación de Sonia, volver al silencio de Suiza. Te necesito de una forma que me da asco, Súa. Porque eres lo único real que ha tocado mi vida.

Súa dio el último paso. Ya no había distancia. Se quedó mirando la espalda de Mark, viendo cómo se sacudía por el llanto violento que por fin rompía el dique de cinco años. Tenía la última pieza del rompecabezas: no era un depredador como Sonia, era un hombre que intentaba desesperadamente no volver a ser una presa, aunque para ello tuviera que rodearse de las herramientas de su propio trauma.

—Mírate —susurró Súa. Su voz fue una caricia en las penumbras de aquel lugar, una caricia que arrastraba una enorme tristeza—. Estás tan asustado que has construido una cárcel para protegerte de la libertad.

Mark se quedó en el suelo, incapaz de levantarse. Súa dejó el *norigae* sobre la mesa con una calma ritual y permaneció de pie, observándole; sin embargo, el juicio había acabado. Ahora Súa se preparaba para ejecutar la sentencia. Una claridad sobrecogedora, una lucidez que recordaba a la del Maestro Seokju, comenzó a iluminar sus ojos verdes.

Entendió la paradoja: entendió la mente de Mark con una claridad que estuvo a punto de hacerla caer. Súa comprendió al fin cómo salvar a aquel hombre.

Se irguió. El contraste de su figura bajo la luz roja de la mazmorra la volvió inalcanzable. Casi algo sagrado.

—*Abeoji* —susurró Súa, con la vista fija en la penumbra que devoraba la sala—. Hoy empezaré a pagar tu deuda de *uiri*. No quedará ni una sola promesa sin cumplir.

Mark levantó la vista, confundido, con el rostro surcado por las lágrimas y el miedo de quien espera ser abandonado.

—¿De qué... de qué hablas? —Su voz era apenas un lamento roto.

Súa se acercó a él con una determinación inquebrantable. Se situó frente a él, obligándole a fijar la mirada en su postura dominante, en la fuerza que emanaba su presencia.

—Dices que necesitas el control para no morir, Mark. —Cada palabra caía como el martillazo de un juez—. Dices que me echaste para no destruirme con esa negrura que crees llevar dentro. Sin embargo, tú no conoces mi fuerza. Si este es el único idioma que tu

alma sabe hablar para no romperse, entonces lo hablaremos. Pero lo haremos bajo mis reglas.

Mark no era capaz de responder; no comprendía el alcance de lo que estaba pasando. El miedo y la esperanza libraban una batalla brutal en su pecho.

—Súa... —susurró Mark, al borde del colapso.

Sin apartar la vista de él, comenzó a desnudarse lentamente ante su mirada cada vez más asombrada. Cada prenda que caía sobre la resina era un sello que se rompía en la mente del escritor. Poco a poco, se despojó de todo hasta quedar solo ella, piel y voluntad, bajo la luz de la mazmorra. Se arrodilló frente a él, en una postura de absoluta sumisión.

—Toma el control, Mark —le ordenó, clavando sus ojos en los de él—. Pero hazlo sabiendo que no es a una víctima a quien diriges. Me diriges a mí. Soy tu centro, la única que comprende tu negrura. No soy una extraña; soy tu vida, tu amor. Úsame para encontrar el camino de vuelta y deja de castigarte.

Mark se encogió, negando con la cabeza mientras trataba de retirarse asustado. Sus manos temblaban violentamente, incapaces de tocar la piel de Súa con la intención que ella exigía. Para él, ella era lo más sagrado que conocía, una pureza que no podía mancillar con esa negrura.

—No... no puedo... —Mark retrocedió hacia las sombras con los ojos fijos en la piel de ella como si fuera un fuego que pudiera abrasarlo—. No me pidas esto, Súa. Eres lo único que no está manchado… no puedo…

Caminó hacia atrás tambaleándose hasta que se golpeó la espalda contra la pared; su rostro reflejaba un pavor que amenazaba con partirle mientras sus puños se cerraron con tal fuerza que crujieron como si trataran de evitar rozarla involuntariamente. Estaba aterrado; sentía que, si aceptaba, el monstruo que Sonia había creado devoraría la última pizca de humanidad que le quedaba.

—Sé quién eres y sé lo que necesitas. —Se levantó y dio un paso, acorralándole. No era un ruego—. No me pidas permiso para

sobrevivir. No me obligues a repetirlo, Mark. Tus dudas son un insulto a lo que sentimos.

Súa se detuvo a escasos centímetros. Clavó su mirada en la de él, eliminando cualquier excusa.

—Toma el control. Sé el Amo. Ya. —Ese Ya, le golpeó como un latigazo—. No te estoy rogando, Mark; úsame y reconstrúyete. Si me amas, obedece.

—Súa, no puedo... Por favor. —Apartó el rostro.

Súa le puso una mano en el pecho, escuchando su latido. Fue un roce suave, pero que reclamaba su territorio.

—*Meomulleojwo*. —El espacio entre ambos se derrumbó—. Quédate conmigo en esta oscuridad hasta que deje de darte miedo.

El silencio llenó la estancia, con una promesa que le erizó el vello de la nuca. Mark se incorporó con una lentitud ceremonial; su rostro había cambiado. Ya no era el hombre que sollozaba en el suelo; se puso en pie renacido con una calma que manaba de la voz de Súa.

El sonido de los pies descalzos de Súa sobre el suelo pulido latía alrededor de la estancia, elevando su dignidad; Súa caminaba con la barbilla elevada y la mirada imperturbable. El aroma a madera, metal y cuero, y un rastro casi imperceptible de incienso envolvían sus sentidos. Mark la condujo suavemente. Puso una mano en la curva de su espalda, guiándola hacia el centro de la habitación, donde la Cruz de San Andrés aguardaba como una presencia que exigía silencio. Su mirada era una caricia que derribaba la muralla tras la que Mark ocultaba sus demonios.

Al llegar frente a la X oscura, Mark se colocó tras ella. Su proximidad se convirtió en una fuente de calor que hacía que la piel de Súa reaccionara antes de ser tocada. Él se inclinó, despacio, pegando los labios a su oreja y ella sintió su aliento en el cuello.

—¿Estás segura, Súa? —Había recuperado una serenidad dominante—. Una vez que tus muñecas sientan el cuero, ya no habrá marcha atrás. Tu voluntad será la mía. ¿Vas a ser mía en este purgatorio?

Súa sintió un escalofrío que le recorrió la espalda; no sentía miedo, solo una convicción y un extraño deseo que le encendió la

sangre. Se volvió levemente. Sus ojos verdes no vacilaron; sostuvieron la mirada de él en una mezcla de orden y entrega.

—Sí, *Juin*[81]. —El tono no fue sumiso, sino un decreto—. Voy a ser tuya para que vuelvas a ser dueño de ti mismo.

Mark asintió de un modo casi litúrgico mientras tocaba las hebillas; llevó sus manos hacia el rostro de ella, sintiendo el calor de su piel.

—Entonces, escucha bien. Si esto es demasiado, si sientes que te devora, di *geuman*[82]. Dilo y pararé de inmediato.

Súa fijó sus ojos en los de él; una minúscula sonrisa cargada de decisión se formó en su labio, desautorizando sus dudas.

—No habrá *geuman*, Mark. Solo pararé cuando tus demonios hayan muerto, cuando no quede rastro de ella en este santuario. Adelante. Empieza.

La penumbra absorbía la luz de las velas mientras Súa permanecía de pie, expuesta y desnuda. Mark le sostuvo la mirada buscando en sus ojos un rastro de duda que no encontró. Fue el último contacto visual antes de iniciar el camino sin retorno.

Mark sacó una larga banda de seda negra de una de las vitrinas, ahora abiertas. No tenía prisa. Sus dedos probaron la resistencia de la tela antes de rodearla. Súa pudo sentir el roce del aire antes de que la seda tocara su piel. El espacio se contrajo hasta que solo existieron su espalda y el pecho de él, rozándose sin tocarse. El nudo fue firme, haciendo desaparecer la estancia y, con ella, la capacidad de Súa para anticipar el siguiente movimiento.

—Respira para mí, Súa. —Su voz vibró en su vientre—. Solo para mí. Olvida el suelo, olvida las paredes. Ahora solo existes tú y el sonido de mi voz.

La orden, suave pero cargada de autoridad, obligó a Súa a concentrarse. Al no poder ver, ella empezó a imaginar la posición de las manos de Mark, la distancia de su cuerpo y el brillo de sus ojos observándola en su vulnerabilidad.

Sin la vista, cada sonido se magnificaba: su respiración agitada, el crujido de los pasos de Mark, el roce de su propia piel. Sus dedos buscaron instintivamente el aire, rozando el vacío antes de apretarse

contra sus propios muslos. Súa estaba suspendida en un vacío donde su única brújula era el hombre que caminaba entre las sombras. Él deslizó el dorso de su mano por su cuello hasta la clavícula. El roce le provocó un estremecimiento. La mano continuó deteniéndose sobre el relieve de sus senos con un deseo cargado de posesividad. Aquella caricia dibujaba sus formas y se detenía, descansando sobre una piel que comenzaba a erizarse. Súa contuvo el aliento; el corazón golpeaba con una violencia que amenazaba con romperle las costillas justo donde los dedos de él ejercían una presión delicada pero constante.

—Los latidos de tu corazón me obedecen ahora, Súa. —Su aliento le acarició el lóbulo de su oreja mientras su mano reanudaba el descenso hacia el vientre—. Cada centímetro de tu piel me pertenece.

Aquella caricia descendió por su abdomen, obligándola a arquearse buscando ese contacto. Mark se detuvo justo antes de llegar, haciendo que su frustración creciera.

—Camina. Confía en mí. No caminas sobre el suelo; ahora caminas sobre mi voluntad.

Súa dio el primer paso a ciegas, sintiendo la textura bajo sus pies descalzos, guiada únicamente por la presión firme de los dedos de Mark. Cada paso era una piedra del muro de Mark que caía, un avance hacia el centro del ritual donde la Cruz de San Andrés aguardaba para recoger su cuerpo y su sacrificio.

Mark colocó sus manos sobre los hombros de Súa, ejerciendo una ligera presión que ella aceptó como una orden. Sumida en la oscuridad tras la tela, se dejó guiar hasta que la parte posterior de sus muslos tropezó con el borde frío y tapizado del potro. No necesitó recibir ninguna orden más; se reclinó, sintiendo cómo la estructura de madera y cuero crujía, dejándola expuesta.

Solo escuchaba la respiración agitada de Mark, lo que hacía que se excitara más. Súa separó ligeramente las piernas en un gesto de rendición instintiva, sintiendo cómo su mirada recorría su cuerpo. La espera tensó sus músculos hasta el dolor; cada poro de su piel esperaba el impacto o la caricia, pero solo recibía el eco de su propio pulso martilleando en sus oídos.

De pronto, el calor del aliento de Mark invadió la parte interna de sus muslos. Súa se tensó; sus dedos se aferraron al cuero del potro, buscando un asidero que no existía. Mark no se apresuró. Primero recorrió con la punta de la lengua el arco de su ingle, un rastro húmedo y lento que hizo que el vientre de ella se contrajera en un espasmo nervioso.

—No te muevas, Súa. —Su voz vibraba contra su piel sensible, provocando otro espasmo más fuerte aún que la dejó clavada al potro—. Solo siente cómo te reclamo. Cómo marco tu deseo.

Finalmente, Mark se hundió en su interior de un modo pausado y profundo; Súa echó la cabeza hacia atrás, ahogando un gemido contra la oscuridad que la rodeaba. La suavidad de su lengua contrastaba con la firmeza de sus manos, que ahora sujetaban sus caderas con una posesión absoluta, fijándola mientras él exploraba cada pliegue con devoción y hambre. El ritmo de Mark era una caricia intensa que arrastraba a Súa lejos de cualquier pensamiento coherente; ella se arqueaba sobre el potro, alzando sus caderas, buscando instintivamente aumentar la presión en la boca de él, mientras el placer subía desde su vientre como un latigazo que le recorría la espina dorsal.

Justo cuando Súa sintió que el orgasmo la partía, cuando sus dedos se contraían y su respiración se convertía en un ruego de liberación, Mark se detuvo. El calor desapareció de golpe, dejando su piel expuesta al aire frío y a una sensación de vacío insoportable. Súa soltó un quejido entrecortado, una súplica que murió en sus labios al sentir la mano de él sobre su pelvis, manteniéndola inmóvil.

—Todavía no, Súa. —Ella pudo notar la sonrisa serena y dominante en su voz—. Tu placer no te pertenece; me lo has entregado a mí. Aprende a vivir en la orilla antes de que yo te permita sumergirte.

Súa quedó suspendida. Sus muslos temblaban de forma involuntaria sobre el potro, reaccionando a la interrupción que la había dejado en esa orilla. Su pecho subía y bajaba buscando aire, mientras la oscuridad de la venda amplificaba su deseo y convertía la ausencia del roce en algo insoportable. Ella estaba allí, abierta y

vulnerable, con el pulso martilleando cada terminación nerviosa que ya empezaba a doler.

Entonces llegó el siseo de una cuerda de seda sobre su cuerpo. Mark no dijo nada; permitió que la incertidumbre fuera otra forma de disciplina. Súa sintió la seda en sus muñecas; un tirón firme que unió sus manos por encima de la cabeza, estirando su torso y exponiendo su cuerpo.

Mark comenzó a tejer. Pasaba la seda por debajo de su espalda, rodeando la curva de sus senos y cruzando su vientre con una presión exacta. Cada vez que la seda rozaba su piel, todavía húmeda por la lengua de Mark, Súa soltaba un suspiro entrecortado. Las cuerdas no solo restringían su movimiento; estaban trazando un mapa sobre su piel, una estructura que reclamaba cada centímetro de su anatomía.

—Cada nudo es un cerrojo contra el pasado, Súa. —Tensó la cuerda entre sus piernas, obligándola a recordar la frustración de la negación—. Siente cómo te envuelvo. Siente la soga como si fuera mi mano.

Se sintió extrañamente segura atrapada en esa red. Las cuerdas apretaban su piel, recordándole su falta de autonomía. Sentía la seda quemando su piel y el pulso atrapado bajo los nudos, a merced del hombre que ahora rodeaba el potro en silencio, observando el diseño de sumisión sobre su cuerpo. No podía moverse; cada fibra de la cuerda era un vínculo con la voluntad de Mark por donde escapaban los demonios que ocupaban su mente.

Súa se sentía moldeada por la voluntad de él. El diseño de las cuerdas la obligaba a mantener el pecho erguido y las piernas en una apertura obscena; un dibujo de exposición absoluta que no le permitía refugio alguno. Mark la rodeaba con una parsimonia insoportable, evaluando cada nudo, cada tensión y cada centímetro de su cuerpo. Súa buscaba con el oído, con el olfato, buscando ese contacto que aliviara la sed de su deseo.

Mark se detuvo frente a ella. Ella sintió el calor de su proximidad, el aroma a madera y metal. Escuchó el sonido metálico de una hebilla y el siseo de la tela al deslizarse; esos ruidos fueron una

invitación clara. Ella supo que él estaba allí; percibió el olor de su urgencia y esa necesidad hambrienta que emanaba de él.

—Hazlo, Súa. —Su mano se hundió en el cabello de ella con una firmeza que dirigió su rostro hacia adelante, marcando la dirección como una brújula—. Demuéstrame que tu devoción es más fuerte que tu necesidad de aire.

Súa obedeció. Al no poder usar las manos, atrapadas en el entramado de seda que la unía al potro, toda su existencia se concentró en sus labios y su lengua. El contacto fue una revelación; la textura y el calor de Mark eran la única realidad sólida. Se entregó a ese sabor con una entrega ciega, moviéndose al ritmo que la mano de él dictaba sobre su nuca, con un fervor que hacía que las cuerdas parecieran quemar sobre su piel.

Era un acto de deseo puro. Mark no se movía para facilitarle la tarea, dejando que ella trabajara, que ella lo buscara, que ella se esforzara por complacerlo bajo la presión de las cuerdas que limitaban cada uno de sus movimientos. Él agarraba su nuca, dirigiéndola, sintiendo en cada embestida crecer la lealtad y haciendo esos nudos tan fuertes que la tormenta ya no podía tirar de él.

Mark se apartó de los labios de Súa, recuperando la verticalidad con una calma que trataba de relajar la tensión acumulada en sus músculos. Su respiración era profunda, agitada; él también se negaba el alivio, manteniendo su deseo bajo el mismo yugo que le imponía a ella. Caminó hacia la vitrina y tomó la fusta de piel de canguro; el cuero siseó al cortar el aire de la mazmorra.

Súa aún vibraba con la seda marcando cada centímetro de su piel; sintió la ausencia del contacto físico como una llaga. En su oscuridad, ella sonreía. Sabía que Mark estaba luchando contra su propio instinto de poseerla de forma salvaje, y ese conocimiento era su verdadera victoria. Ella lo había llevado allí; ella era la dueña de ese silencio. El vacío de la espera era casi tan intenso como el roce de su lengua momentos antes.

Mark la volteó suavemente, acariciando su cuerpo en el proceso.

—Cuenta para mí. —El primer impacto de la fusta aterrizó con un chasquido sordo sobre la curva de sus glúteos como un recordatorio de que ella era el eje del mundo en ese instante. Mark empezó a vaciarse en cada golpe sobre ella.

—Uno... —La voz de Súa salió firme, a pesar del espasmo de placer y dolor que recorrió su espalda hasta la base del cráneo—. Uno, *juin*.

—Más alto —exigió él. Un segundo impacto, más preciso y con una fuerza calculada para no herir pero sí para marcar, hizo que la red de cuerdas se tensara contra su cuerpo—. Si tu voz tiembla, empezamos desde el principio. No me falles.

Súa arqueó la espalda, sintiendo cómo el golpe recorría sus nervios. Cada impacto era un demonio menos. Ella era el yunque sobre el que él estaba forjando de nuevo su voluntad.

—Dos... —Su voz llenó cada rincón de la mazmorra, clara y vibrante—. ¡Dos, *juin*!

El tercer latigazo llegó sin previo aviso, un latigazo de realidad que la obligó a morderse el labio.

El chasquido de la fusta cesó, dejando tras de sí el eco de la respiración agitada de Súa. Mark dejó el instrumento sobre la mesa con una lentitud que reflejaba un nuevo control sobre sus propios impulsos. Se acercó a la pequeña mesa de madera donde una vela de cera ardía con una llama constante y azulada. El aroma comenzó a envolverlos, fundiéndose con el olor a cuero y sudor. Mark observó la espalda de ella, marcada por el rastro rosado de la disciplina y cruzada por el diseño de las cuerdas de seda; parecía una estatua sagrada.

Aún en la oscuridad, percibió el cambio en la temperatura del aire y el humo de la vela. Sintió la presencia de Mark situándose a su costado y el ligero crepitar de la llama, un sonido casi imperceptible que sonaba a advertencia. Aunque su cuerpo suplicaba por el alivio que él le negaba, su mente permanecía lúcida, observando cómo Mark caía cada vez más profundo en el papel que ella le había asignado.

—Trata de no gritar, Súa. —Su voz rozaba la piel de ella con la misma intensidad que el fuego. Inclinó la vela con una lentitud ceremonial. La primera gota de cera cayó sobre el hombro de ella; fue un punto de calor extremo que se solidificó al instante, atrapando el dolor en una quemazón que se enfriaba con rapidez.

Súa dejó escapar un suspiro largo, un sonido gutural y un ronroneo de satisfacción que vibró en el aire. Apretó los dientes, sintiendo cómo el calor penetraba antes de quedar atrapado bajo la costra de cera.

Mark continuó implacable, dejando caer gotas de cera sobre la columna vertebral y la curva de sus caderas. El calor abría los poros y su mente. Ella se arqueaba bajo cada impacto, buscando el límite de su propia resistencia. Mark, por su parte, sentía cómo su propio deseo quemaba con más fuerza que la vela; ver a Súa marcada por su control, aceptando el fuego con esa devoción absoluta, era la prueba definitiva de que él estaba tan atrapado en ese rito como ella.

El calor de la cera aún latía sobre su piel cuando sintió el peso de Mark posicionándose tras ella; la piel desnuda y firme de él contra la de ella, marcada. Mark no retiró la venda. Súa sabía que él estaba al límite, que su propia negación lo estaba consumiendo tanto como a ella, y esa agonía compartida era el vínculo más fuerte de su *uiri*.

Mark le sujetó las caderas; sus dedos se hundieron en la piel. Fue una entrada lenta, casi dolorosa por la necesidad que arrastraban desde que empezó ese rito. Súa jadeó con urgencia, reclamando aquello que Sonia había roto.

—Siénteme, Súa. —La voz de Mark contra su nuca sonaba rota por el esfuerzo de no sucumbir a su deseo—. Ninguno de los dos encontrará el final todavía. No hasta que la oscuridad se rinda.

Súa se echó hacia atrás, buscando más, queriendo que esa unión borrara sus propios límites. Se sentía poderosa en su vulnerabilidad; sentía cómo Mark luchaba por mantener el ritmo pausado que ella le exigía. Cada movimiento de Mark era una pregunta sobre su resistencia, y cada respuesta de los músculos de Súa era una confirmación de su unión. El sudor empezó a actuar como un

lubricante entre la piel y la seda, haciendo que el roce de las cuerdas se sintiera más.

—Más... —Su voz era, a la vez, sumisión y mando—. Deja que salgan, mata tus demonios.

Mark se movía con una cadencia hipnótica, llevándola al borde una y otra vez, deteniéndose justo en el instante en que el espasmo se dibujaba en el vientre de Súa. Ambos estaban bañados en sudor, restos de cera blanca y la voluntad inquebrantable de prolongar su agonía hasta romperse para renacer. El tiempo se detuvo, dejando que el sonido de su unión y el eco de sus respiraciones marcaran el camino.

Mark se retiró bruscamente, rompiendo la unión en el instante de mayor intensidad.

El vacío que dejó fue tan violento que Súa estuvo a punto de soltar un grito de protesta. Se quedó allí, temblando de un modo casi imperceptible, con la piel encendida y el sexo latiendo hasta el dolor. No había manos, no había lengua, no había penetración; solo el silencio burlón.

Intentó arquearse, buscando el contacto que acababa de perder para apagar el incendio que le recorría las venas, pero la voz de Mark la detuvo en seco.

—Quieta, Súa. —Su aliento chocó a escasos centímetros del rostro de ella—. Si intentas buscar el placer, si tus caderas se mueven un milímetro para aliviarte, este rito termina ahora mismo.

Súa obedeció. Sentía cómo el orgasmo bailaba bajo su piel, buscando la forma de explotar. Comprendió que Mark habitaba el mismo infierno; podía escuchar su respiración entrecortada, el esfuerzo sobrehumano por no reclamarla y acabar con esa agonía que los devoraba a ambos por igual.

—Dime a quién pertenece ese fuego que te quema. —Su tono era salvaje, casi desesperado.

—Es tuyo, *juin* —logró articular ella—. Cada suspiro, cada gramo de este deseo... Es tu ofrenda.

Súa estaba suspendida en la seda, aceptando que Mark tenía la única llave de su liberación. Pero ella, al convertirlo en el guardián,

lo había encadenado a su propia necesidad.

Mark deshizo los nudos con una urgencia salvaje; sus dedos se movían con una agilidad febril. Súa sentía cómo cada cuerda liberaba su piel, que ardía por el roce. Finalmente, la venda se deslizó. La luz de las velas hirió sus pupilas, obligándola a entornar los ojos, pero antes de que pudiera parpadear, Mark la guió hacia la estructura de madera en forma de X que presidía la estancia.

Sin mediar palabra, Mark aseguró sus muñecas y tobillos en los extremos de la Cruz de San Andrés. Súa quedó completamente expuesta, con los brazos extendidos y el cuerpo arqueado hacia él.
Mark se situó frente a ella con el rostro a escasos centímetros del suyo. Por primera vez en todo el rito, sus ojos se encontraron limpios. La mirada de Mark tenía un fuego primitivo que reflejaba el mismo infierno que consumía a Súa.

—Mírame, Súa. No cierres los ojos. No te escondas. Mírame a los ojos.

Mark la poseyó con una fuerza que ya no entendía de ritmos pausados. Fue una reclamación que Súa recibió con la cabeza alta y los ojos clavados en los de él. Ella vio la grieta en la armadura de Mark, vio cómo su dominio se resquebrajaba ante la magnitud de lo que ella le estaba entregando. Ella era la dueña de ese momento; ella era quien sostenía la cordura de Mark mientras él la llevaba hacia el clímax.

—¡Ahora, Súa!

Fue la llave que autorizó el orgasmo.

Súa no apartó la mirada cuando el clímax la golpeó con una fuerza salvaje. Sus pupilas se dilataron, sus músculos se tensaron contra los amarres de la cruz y un grito escapó de su garganta mientras veía a Mark sucumbir junto a ella, expulsando finalmente su dolor. Solo quedó una comunión cruda y absoluta. Ya no había jerarquías, solo dos cuerpos que habían usado el dolor para purgarse. Eran dos supervivientes mirándose a través de las ruinas de sus mentes, sellando un pacto que solo ellos comprendían.

El eco del último grito se apagó, dejando paso al silencio del agotamiento. Mark, aún unido a ella, dejó que su frente cayera sobre el pecho de Súa, justo donde el corazón de ella todavía galopaba. Él se aferraba a su cuerpo, buscándola como su refugio.

Súa bajó la mirada hacia la nuca de Mark. Pudo notar cómo la tensión le abandonaba; ese muro, construido con años de trauma y angustia, se disolvía en el sudor y la respiración compartida.

—Ya no están, Mark —susurró ella.

Él no respondió con palabras, sino hundiéndose más en ella, buscando su latido como si fuera un faro. Súa lo notó: el cambio fue físico. Mark había encontrado la curación a través de la pertenencia absoluta. Ella lo había llevado al límite para que él pudiera, por fin, deshacerse de sus pesadillas.

Sobre la inmensa cama, el aire cargado de sudor y deseo se notaba renovado. Mark aplicaba ungüento sobre las marcas rojas que la fusta y la cera habían dejado en la piel de Súa. Sus dedos temblaban, recorriendo la piel con ternura.

—¿Cómo estás, Súa? —Arrastraba un eco cargado de culpabilidad —. Después de esto... yo...

No terminó la frase. Súa se giró lentamente y le puso un dedo en los labios, clavando su mirada en él y despojándolo de cualquier remordimiento.

—*Gwaenchana*, Mark. —Su mirada era la de una mujer reclamando su trono—. Lo único que importa es cómo estás tú.

Mark suspiró, relajando sus manos y sintiendo cómo el nudo que le oprimía el pecho se deshacía. Por primera vez en años, no sentía nada.

—Vacío, *yeobo*. De verdad, no oigo nada. No recuerdo la última vez que sentí este silencio. Las voces ya no están.

Súa sonrió, sintiendo la satisfacción de haber cumplido un pacto.

—Siempre me han fascinado tus ojos —añadió él, acariciando su rostro—. Tienen un verde tan especial... tan imposible. Hacen que me acuerde del *Seuseungnim* y de esa paz que él proyectaba.

Súa ladeó la cabeza, permitiendo que la luz iluminara sus iris.

—En mi tierra, los llaman *goyangi nun*, ojos de gato, para no tener que admitir que les asustan. Pero *Abeoji* conocía su propósito. Los llamaba *Cheonan*, ojos del Cielo. Decía que son los ojos de quienes han venido a observar el dolor del mundo para transformarlo.

Mark guardó silencio un segundo; ella no era solo la mujer que amaba, ella era su brújula.

—Entonces han cumplido su destino conmigo. —Sus labios se posaron sobre los de ella—. Siempre fuiste tú, Súa. Desde que sentí tu mano en mi pecho en Guryong, supe que eras la única capaz de bajar al infierno y sacarme de allí.

Mark se levantó de la cama y caminó hacia la mesa de madera. Sus dedos buscaron el *norigae*, el amuleto que lo había acompañado durante años de silencio. Lo sostuvo un instante, sintiendo su tacto, y regresó al lado de Súa.

—Tu padre me dio este amuleto cuando me pidió que me alejara de ti; él introdujo un *bujeok* dentro. —Mark lo observó en la palma de su mano—. Me ha mantenido en pie; ha sido mi único consuelo cuando no te tenía.

Súa lo miró, reconociendo el objeto.

—Lo sé. Ese *norigae* era mío.

Mark asintió. Había integrado la seda en una fina cadenita de oro, transformándolo en un colgante.

—Entonces quiero que lo vuelvas a tener. —Se acercó para cerrarle la fina cadena al cuello—. Ya no necesito que un amuleto proteja mi mente, porque mi mente ahora te pertenece a ti.

Ella sintió el contacto del oro y la seda sobre la piel. Se acercó a sus labios y selló la promesa con un beso.

20. LAS LLAVES DEL REINO

Wanggukui yeolsoe (왕국의 열쇠)

El reloj de la cocina marcaba las ocho cuando Martín entró. El olor a café recién hecho fue un golpe de realidad que le recordó que el mundo seguía girando.

Intuía lo que había ocurrido en aquel sótano y apretó la cafetera con fuerza, mascullando para sí. Lucía ya estaba entre fogones, tenía un periódico desplegado sobre la encimera con la foto de Mark en portada.

—Buenos días —soltó Martín, escueto.

—Buenos días nos dé Dios —respondió ella, sin soltar el estropajo —. Otra vez el señor Olsten en las portadas. Vaya rachita llevamos, dos veces en menos de una semana. ¿Qué pasó allí, Martín? La prensa dice unas cosas que dan miedo, ¿de verdad el señor tiene líos de drogas?

Martín se sirvió una taza con pulso firme. El vapor subía hacia el cristal mientras él lo observaba en silencio, indiferente al diario que descansaba sobre la mesa.

—Cosas de la prensa, Lucía. Ya sabes cómo les gusta hacer ruido de la nada. —Se quedó inmóvil, sin apartar la vista de la ventana—. Hoy vamos a tener un día duro. Habrá que estar atentos.

Se llevó la taza a los labios. Miró a través del cristal y se acordó de Dani, en la forma en la que le habían hecho salir. Sin embargo, su mente estaba en un punto situado más abajo de aquella misma casa. Estaba a punto de salir de la cocina cuando se detuvo en seco.

—¿Qué tal tu hija, Lucía? ¿Cómo va todo?

La cocinera dejó el plato en la pila y esquivó la mirada de Martín.

—Va mejor la cosa, Martín. —No quiso entrar en detalles—. Gracias por preocuparte, de verdad. Anda, vete, que hoy vas a tener

trabajo.

El aire en la mazmorra todavía olía a sexo y a cuero cuando Súa abrió los ojos. Sintió el peso de la manta que Mark había echado sobre ella durante la noche. Lo vio a su lado, aún dormido, con el rostro al fin libre de pesadillas.

Súa se incorporó. El dolor en los músculos le recordó cada segundo de la noche. Se vistió en silencio, recomponiendo como pudo los restos del *hanbok*.

Al rozar la seda roja del *norigae*, se detuvo un instante y miró hacia atrás, hacia la penumbra donde Mark seguía durmiendo. Sola al pie de la escalera, la fachada se agrietó y el vértigo amenazó con asfixiarla.

¿Y ahora qué? Abeoji, dime qué hago ahora...

Empujó la puerta y la dejó abierta de par en par. No volvió la vista atrás; dejó que la luz de la sierra invadiera el sótano mientras subía las escaleras hacia el silencio de la casa. Súa ya no caminaba como el adorno exótico del escritor; pisaba cada escalón con la autoridad de quien ahora era dueña de las sombras de esa casa.

Se dirigía a la cocina cuando vio la figura de Martín recortada al final de la escalera. No terminó de subir los escalones. Él se mantuvo inmóvil con la taza de café en la mano, bloqueando el paso. Su mirada recorrió el *hanbok* arrugado y se detuvo en el cansancio de sus pasos.

—Buenos días, Martín-ssi. —La distancia de la noche anterior había desaparecido, dejando paso de nuevo a ese tono familiar.

Martín no devolvió el saludo. La miró con una decepción que le amargaba la mirada, sin ocultar que lo que intuía le revolvía el estómago.

—No puedo quedarme callado, Súa. He sacado a muchas mujeres de ese agujero y sé perfectamente lo que hace Mark allá abajo. Sé que lo usa para acallar sus voces, pero no está bien. Lo que ocurre ahí dentro no está bien. Tú eras la esperanza, la que lo iba a sacar de ese mundo y ahora permites que te use así. Que te ponga una correa y te marque. Esto no es una relación normal, Súa. No lo esperaba de ti y me niego a aceptarlo.

Súa subió el último escalón, sin apartarle la mirada. No buscaba excusas, no pedía perdón. Ya no quedaba rastro de la niña que él creía conocer.

—Tú ves lujuria y suciedad, Martín. Pero lo que yo hago no es un juego ni un vicio, es una cirugía. No creas que mi amor por él es ciego; es mi elección y, sobre todo, un deber de sangre.

Martín se movió tratando de replicar, pero Súa no le dejó espacio.

—Mi *abeoji* murió intentando sanar el mal que Mark lleva marcado en la piel. Murió por salvar su mente, y ahora me toca a mí terminar la cura. Lo hago por él, porque le amo, pero sobre todo es por mi padre. Es mi herencia, Martín.

—Esto te va a devorar, Súa. Te va a destruir.

Ella dio un paso hacia delante, invadiendo su espacio.

—Tú lo proteges con cámaras y muros, pero yo lo protejo con la verdad. Tú ves a una niña que necesita cuidados, pero esa niña se quemó en las cenizas de Guryong. Ahora solo queda la mujer que sabe cómo curarlo.

Súa le sostuvo la mirada el tiempo justo para que el Lobo entendiera que su preocupación ya no era necesaria.

—Quédate en la verja, Martín. Preocúpate de la seguridad de esta finca y déjame a mí el alma de Mark. Porque soy la única que sabe qué hacer cuando los demonios empiezan a gritar.

Martín no contestó. Se hizo a un lado, comprendiendo que en esa casa los muros eran cosa suya, pero ella mantenía a raya los demonios que vivían allí. Súa pasó por su lado y le puso una mano en el hombro, despidiéndose con una sonrisa.

Entró en la cocina con el eco de la mazmorra en cada paso; necesitaba el sabor de su boricha y un poco del calor de alguien cercano. Allí estaba Lucía, perdida entre sus cacharros. Sobre la encimera, el periódico desplegado mostraba el rostro de Mark, recordándole que el mundo exterior no iba a dejarles en paz. Se acercó a la mesa y se dejó caer sobre la silla. La coraza que había exhibido frente a Martín desapareció. Allí, frente al vapor del té, volvió a ser solo una mujer agotada.

—No sé cuánto tiempo podremos con esto, Lucía. —Sus dedos rozaron el borde del periódico—. Siento que el mundo se está haciendo pequeño y que, por mucho que corramos, las sombras siempre llegan antes.

Lucía no respondió. Se limitó a dejar el plato que estaba secando y miró a Súa con una comprensión que solo podían tener dos mujeres acorraladas por deudas distintas: una de honor y otra de dinero.

—A veces, una hace cosas que nunca creyó posibles solo para salvar lo que ama, ¿verdad? —Dejó la vista perdida en el fregadero —. El miedo nos hace distintas, mi niña. Yo con mis problemas con mi hija, esas deudas que no se acaban nunca, y tú… la familia siempre acaba doliendo.

Súa asintió, compartiendo el peso de unos problemas que, aunque distintos, asfixiaban por igual. Se acercó y le puso una mano en el brazo. Lucía se dejó caer sobre el hombro de Súa y ambas se estrecharon en un abrazo. Súa finalmente se desmoronó, superada por la sombra de Sonia y el peso de una responsabilidad que amenazaba con aplastarla. Ambas lloraron.

노 리 개

Las voces, dentro del despacho, se oían desde el otro lado de la puerta. Mark estaba sentado frente al monitor dando golpecitos sordos a la tecla del ratón mientras sus ojos alternaban entre la pantalla del portátil y la de su móvil, ignorando la presencia de Martín.

—No es normal, Mark. No lo es. —Martín paseaba de un lado a otro de la sala—. No hace ni un mes me decías que ella era lo único limpio que te quedaba, lloriqueando en ese puto antro que tienes allí abajo. ¿Y ahora la metes de lleno en tu mierda? Eres un jodido depravado.

—Hablas de más, joder. —Mark golpeó la mesa con el ratón que tenía en la mano y levantó la vista hacia el Lobo—. No tienes ni puta idea de lo que estás balbuceando, y creo que te estás pasando de la raya. —Martín levantó un dedo acusador, pero Mark prosiguió—. Ella

no es una víctima; sabe exactamente dónde se ha metido y por qué lo ha hecho. No me hables como si la hubiera forzado a nada. Además, lo que haya entre nosotros a ti te importa un carajo. —Volvió a hundir su mirada en las pantallas, aunque el enrojecimiento de su rostro iba en aumento.

—Te justificas porque te conviene. Te estás dejando llevar por lo que sientes. —Apoyó las manos en la mesa—. Pero sabes perfectamente que eres un puto enfermo, lo de anoche...

La puerta se abrió de golpe, rebotando contra la pared. Súa entró en el despacho y se situó entre ellos. Los barrió con la mirada, haciendo que ambos se callaran instantáneamente. Mark la miró; sentía esa nueva conexión con ella y cambió de inmediato su postura mientras que Martín guardó silencio, incapaz de rebatir la seguridad de la mujer.

—De lo que es momento ahora es de hablar de cosas urgentes. Leandro y Sonia han movido ficha y no tenemos tiempo para berrinches. ¿Has llamado a Dani, Martín-ssi?

Ella le clavó la mirada con dureza. Martín asintió con desgana; seguía sin convencerle todo aquello, ni la nueva relación de sus amigos, ni el asunto con el muchacho. Se dirigió al cristal andando desganado.

—Está llegando. —Se volvió hacia su amigo—. Pero Mark, sigo pensando que deberíamos hablar esto con calma. Lo que decidamos ahora…

—No hay nada más que hablar, Martín. Está decidido. —Súa no le permitió seguir hablando—. Ayer Sonia apareció ante nosotros como un fantasma y destruyó la reputación de Mark ante el mundo, el otro día aparecieron fotógrafos en el Arisū. Saben en todo momento qué hacemos y dónde estamos. A no ser que me confieses que eres tú quien filtra la información, dame una explicación mejor que tu falta de convicción. Necesitamos seguridad, no dudas. —Ahora fue ella la que se volvió de espaldas a él.

Martín apretó los puños. Lo que más le irritaba era la contundente exactitud de sus argumentos y aquel tono firme que no admitía respuestas. Ella tenía pruebas; él solo tenía un pálpito. Al

mirar a Mark solo encontró su asentimiento. Parecía estar ahí como un decorado, y eso le molestaba aún más.

—Vosotros veréis. —Volvió a fijar su vista en las montañas—. Pero yo no estoy convencido de esto. Ni de lo vuestro ni de lo que estás haciendo con el chico.

Súa no pestañeó.

—No necesitamos que estés convencido. Necesitamos que nuestros pasos sean seguros.

Martín soltó un suspiro profundo.

—¿Qué hago con los nuevos?

Mark dejó el móvil y sostuvo la mirada de su amigo, dejando claro su respaldo.

—Lo que diga Súa, Martín. Confío en su criterio. Ese tipo de cosas ahora están en su mano. Últimamente es la única que no la caga cuando decide.

Martín apretó los dientes, resignándose a que aquel hombre pareciera haber delegado toda la seguridad en manos de una niña.

—¿Cómo dijiste que se llamaban?

—Juan Morales y Adrián Benítez —escupió los nombres de los expolicías—. Son de lo mejor que conozco, además...

—Lo importante es que sepan dónde deben estar. —Súa cortó la frase con sequedad—. Y no los quiero en la casa. De momento deben saber lo mínimo imprescindible de lo que hagamos.

Martín se movía sin parar por el despacho, incapaz de estarse quieto.

—¿Qué vamos a hacer con el otro problema? —insistió él—. Creo saber por dónde se mueve Leandro. Sobre ella... oficialmente sigue siendo un cadáver.

—Joder —masculló Mark, volviendo a coger el móvil—. Vi aquel informe de defunción que trajo Leandro. Cómo pude ser tan estúpido de creerle.

Martín aprovechó que se la habían dejado botando para resarcirse.

—Bueno, Mark. —Masticó cada sílaba con ironía—, últimamente eres experto en hacer gilipolleces.

La mirada de Mark se desbordó. Se disponía a contestarle cuando el teléfono vibró en su mano. Mark descolgó y activó el manos libres. Antes de que la voz saliera del otro lado, se adelantó.

—Julián, ¿qué tal? Mira, antes de que digas nada, lo siento de verdad. Ya sé que lo de ayer en el Círculo...

—Cállate, Mark —cortó Julián bruscamente antes de que pudiera disculparse—. Escúchame bien, muchacho. No te muevas de la finca bajo ningún concepto. Tardo una hora en llegar y llevo conmigo una bomba.

La línea se cortó, dejando el despacho en un silencio absoluto. Mark soltó el móvil sobre la mesa y levantó la vista hacia Martín. La discusión se apagó al mismo tiempo que las miradas de los tres se cruzaban en silencio.

De pronto, el que sonó fue el móvil de Martín. Lo sacó del bolsillo sin apartar la vista de Mark y descolgó.

—Sí... Entiendo. Dile que venga al despacho de Mark. —Colgó y guardó el teléfono—. Ha llegado Dani.

—¿Qué crees que quiere Julián? —preguntó Súa, tan aturdida como ellos, pero con los ojos fijos en la puerta.

—No lo sé. —Dejó el móvil en la mesa—. Pero su voz... algo gordo ha pasado.

Tres golpes en la puerta zanjaron el debate. Súa ocupó el centro del despacho mientras Dani entraba con tranquilidad, analizando la sala. Notó el silencio de Mark y el rostro tenso de Martín; finalmente, su mirada chocó con la de Súa. No hubo preámbulos.

—No te quites la chaqueta, Daniel-ssi. Quiero que cojas tus cosas y abandones la finca.

Dani sostuvo la mirada un segundo.

—Buena suerte y muchas gracias por todo. —Súa se giró hacia la ventana sin darle opción a replicar.

Dani, ignorando el silencio cómplice de Mark, se dirigió a Martín.

—Sé lo que piensan, lo que parece por los indicios —dijo Dani—. Cuídate, Martín; cuando las cámaras fallen y la muralla se os venga encima, vas a necesitar a alguien que no siga el reglamento. Cuando te des cuenta, Martín, no busques a la policía. Búscame a mí. Sabes perfectamente dónde encontrarme.

Martín no respondió. Se limitó a asentir, un movimiento casi imperceptible que era, a la vez, una despedida y una promesa. Dani se dio la vuelta y salió del despacho sin despedirse. Al cruzar el pasillo hacia la puerta trasera, se detuvo un segundo frente a la cocina. Lucía estaba allí, de pie junto a la mesa. Dani la miró. Fue un cruce de miradas, cargado de una tensión que Lucía no pudo sostener; apretó el trapo entre las manos y esquivó la mirada de inmediato, hundiéndose en el fregadero. Sin decir nada, Dani empujó la puerta y dejó que el frío de la sierra se lo llevara.

Súa se detuvo con la mano en el pomo de la puerta, apretándolo con fuerza. Se giró; su rostro volvía a tener esa mirada cariñosa hacia ellos.

—Tenéis un rato de tregua. A ver si es posible que no os matéis mientras no estoy.

Mark levantó la vista del portátil, que llevaba un rato estático. Martín seguía tenso junto a la ventana, apretando el botoncito de un bolígrafo mecánicamente mientras veía a Dani salir de la finca.

—Dejad de mirar atrás y centraos en lo que viene de camino. Poneos a arreglar los problemas de verdad. Julián no viene hasta aquí para darnos los buenos días.

Fijó los ojos en Mark.

—Estate tranquilo, *yeobo*, ¿luego me cuentas qué quiere y lo hacemos juntos, vale?

Súa salió y cerró la puerta. Dejó a los hombres con sus rencillas y bajó las escaleras. Tenía una hora antes de que llegara el agente y necesitaba ocuparse de otros asuntos. Entró en la cocina.

—¿Se ha ido? —Lucía bajó la voz.

—Sí. —Súa se acercó, apoyando las manos sobre la encimera—. Ya no volverá.

Lucía soltó un suspiro, mirando por la ventana.

—Mejor. Nunca me fié de él, niña. Tenía esa mirada esquiva... Nunca sabías qué es lo que hacía en realidad.

Súa asintió; el instinto de Lucía confirmaba sus propias sospechas.

—Tenía sus propios métodos, y no podemos permitirnos las dudas —respondió Súa.

Sacó del bolsillo una tarjeta de acceso y unas llaves, dejándolas sobre la mesa, haciendo que el metal sonara al caer.

—Por eso necesito tu ayuda, Lucía. Necesito que te ocupes tú.

Lucía se quedó mirando el pequeño montón de metal y luego levantó la vista hacia Súa, extrañada. Parpadeó un par de veces; no estaba acostumbrada a esa confianza, solo a órdenes de menú.

—¿A mí? —Secó sus manos en el delantal—. ¿Me estás dando las llaves de la casa?

—Gestiona a los nuevos. Dales de comer y la ropa. —Súa se apoyó en la encimera, sonriéndole, dejando que el cansancio saliera —. Que no les falte de nada, pero vigílalos. Si ves algo raro, me lo dices a mí. Tú ves cosas que los hombres pasan por alto.

Lucía iba a responder, pero Súa la interrumpió casi en una súplica.

—No puedo con todo, Lucía. Mark me necesita y Martín está fuera todo el día investigando. Me siento desbordada y solo me puedo fiar de ti. Ayúdame, por favor.

Lucía se encogió de hombros, sintiendo cómo se le encogía el estómago. Asintió con gratitud y cogió las llaves. Se las guardó en el bolsillo del delantal, palmeando la tela para asegurar que estaban ahí.

—Descuida, hija. No se me escapará nada.

Súa asintió. Se sirvió un vaso de agua templada y bebió despacio, apoyándose sobre los muebles.

—Gracias, Lucía —dijo Súa, mostrándole una sonrisa sincera cargada de alivio.

Lucía le devolvió el gesto, casi maternal, y se acercó para tocarle el brazo.

—No sufras por la casa, hija. Tú céntrate en ti.

Súa soltó un suspiro, mirando hacia el techo, conteniendo las lágrimas que empezaban a formarse.

—Viene Julián de camino y con lo tensos que están Mark y Martín, temo que las noticias que traiga solo sirvan para echar más

leña al fuego. Me pone nerviosa qué es lo que pueda traer después de lo que pasó ayer.

Dejó el vaso vacío en el fregadero y se dio la vuelta.

—Voy a subir a arreglar unas cosas antes de que llegue. Necesito estar lista. Te veo en un rato, *eonni.*[83]

Súa salió de la cocina, dejando a una Lucía que se quedó inmóvil, escuchando cómo los pasos subían la escalera. Cuando estuvo sola, metió la mano en el bolsillo del delantal y cerró los dedos sobre el metal frío de las llaves. Apretó el puño hasta que los bordes se le clavaron en la palma. Tenía lo que necesitaba, la herramienta que salvaría a su hija; sin embargo, al sentir el dolor en la mano, tuvo la certeza de que el precio a pagar iba a ser insoportable. Soltó el aire despacio, mirando la puerta vacía con una mezcla de alivio y náusea, casi deseando no haberlo conseguido. Volvió a sus cacerolas con la mirada perdida, removiendo el guiso con amargura.

21. EL ANTÍDOTO Y EL VENENO

Haedokjewa dok (해독제 와독)

Mark y Martín no paraban quietos; el escritor saltaba de una ventana a otra en su portátil, tecleando búsquedas inútiles, mientras Martín medía el despacho paseando de un lado al otro, mirando el móvil y se pasaba la lengua por los labios, dando sorbos a una botella de agua.

Mark levantó la vista hacia él y empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Una bomba. —Rompió el silencio—. Qué será lo que tiene que decirnos.

Martín negó con la cabeza, apretando la botella de plástico hasta deformarla.

—Con Julián nunca se sabe. Puede ser la demanda por abandonar el evento o que la prensa haya empezado a despedazarme. —Mark resopló mirando al techo—. Pero esas prisas... podía haber adelantado algo. La incertidumbre es lo que me jode.

—Ni idea, Mark, pero no vamos a tardar en saberlo. Aquí está. —Martín se pegó a la ventana.

El Mercedes negro entró por el acceso principal más rápido de lo habitual. No redujo la marcha al pasar la verja, levantando una nube de polvo. Juan y Adrián se hicieron a un lado sin inmutarse.

El coche frenó en seco. Julián salió ajustándose la chaqueta, con movimientos tensos. Casi al instante, la puerta del copiloto se abrió.

Mark y Martín cruzaron una mirada extrañada.

Del vehículo bajó un hombre que Mark no había visto en su vida. Rondaba los cincuenta, delgado, con un traje gris que le quedaba algo holgado. Llevaba gafas de montura fina y un maletín de piel. Al

pisar el suelo, miró la fachada de la finca con aprensión y se ajustó las gafas.

—¿Quién cojones es ese? —Martín entrecerró los ojos.

—No tiene pinta de abogado. —Mark se llevó la mano a la nuca con curiosidad—. Parece un médico. O un notario asustado.

Julián no perdió el tiempo con los guardias. Hizo un gesto rápido de saludo y puso una mano en la espalda de su acompañante, empujándolo levemente. El desconocido obedeció sin rechistar y ambos entraron en la casa.

Julián entró en el despacho con seguridad. Saludó con un gesto a los dos hombres, que lo miraban estupefactos, y se dejó caer en la silla. Sin mediar palabra, sacó un puro del bolsillo interior de su chaqueta y lo encendió. El humo comenzó a invadir la estancia.

—¡Julián, estás mal de la cabeza! —Mark salió de su estupor al oler el tabaco—. Sabes perfectamente que aquí no se fuma.

Julián dio una calada profunda y exhaló hacia el techo con la expresión de tener cuatro ases en la mano.

—Tranquilízate, muchacho. Con lo que traigo hoy, vas a acabar fumando hasta tú. —Señaló al hombre del traje gris el puro—. Te presento al doctor Luis Ramos.

El hombre se adelantó, ofreciendo la mano con un temblor apenas perceptible.

—Encantado de conocerle, señor Olsten... al menos despierto —dijo el médico, con timidez—. Soy un gran admirador de su obra.

Mark le estrechó la mano mecánicamente, alternando la mirada entre el desconocido y la nube de humo de Julián. No sabía si dejar salir la rabia por el puro o preguntar a la visita. Martín, desde la ventana, observaba la escena en silencio con los brazos cruzados.

—Julián, ¿te importaría decirme...?

—Cinco años, Mark. —Julián golpeó la mesa con los nudillos—. Llevamos cinco años dándonos de bruces contra la clínica Suiza y sus doctores comprados. Y resulta que la llave de todo no estaba en los Alpes. Estaba aquí, en Madrid.

Julián le puso una mano en el hombro al doctor y miró a Mark.

—Adelante, amigo mío. Es hora de que se presente.

—Bueno... ya me han presentado. Soy el doctor Ramos, jefe de traumatología del Hospital Puerta de Hierro. —El hombre se ajustó las gafas con un dedo tembloroso y carraspeó, buscando en sus papeles y sacó una carpeta con el logotipo de la Seguridad Social, poniéndola sobre la mesa—. Lo relevante es que hace cinco años yo era el adjunto de urgencias en ese hospital. Usted ingresó en mi turno.

Mark miró la carpeta.

—El accidente… —Recorrió aquel sobre con la mirada en el pasado. Julián dio otra calada mientras asentía eufórico.

—Exacto. Un impacto violento. Usted llegó inconsciente por el traumatismo, el conductor no sabemos dónde lo llevaron —aclaró Ramos—. Aplicamos el protocolo estándar de politraumatismos: TAC, radiografías y analítica completa de toxicología. Ahí es donde saltó la alarma. El análisis mostró unos niveles que no tenían sentido. Encontraron restos masivos de escopolamina y benzodiacepinas.

Ramos levantó la vista, y viendo la expresión desconcertada de Mark, prosiguió.

—Coloquialmente lo llaman burundanga, señor Olsten. Usted no perdió el conocimiento solo por el golpe. Iba anulado químicamente.

Mark apartó la vista del médico y miró a Julián. Había perdido el color de la cara. Intentaba procesar lo que escuchaba con lo que recordaba su memoria, pero las piezas no encajaban.

—Julián... —Mark pasó la página sin leerla realmente—. ¿Cómo? ¿Dónde?

Julián se levantó de la silla, incapaz de mantener la calma ahora que la verdad estaba apareciendo. Comenzó a pasear frente al escritorio.

—Llevamos años rebotando contra los informes suizos, ya lo sabes, Mark. Creíamos que el engaño empezó en la clínica. Pero cuando se hizo obvio que Sonia estaba viva aquí, en Madrid, cambié el foco. Empecé a pensar en el día del accidente.

—Leandro —susurró Martín desde la ventana.

—Exacto. —Julián señaló a Martín con el puro—. Recordé lo nervioso que estaba aquel día. Era un puto muro. No me dejaba

acercarme a ti, ni a los médicos, ni a la habitación. Así que hice un par de llamadas la semana pasada.

Julián se detuvo frente a Mark, apoyando los puños en la mesa.

—Me resultó curioso que en el archivo del hospital no hubiera datos de aquel día. Nada. Cero. Pensé que era un error informático; después de cinco años era posible que lo hubieran borrado. Fui allí personalmente a presionar y me encontré con este hombre.

El editor señaló a Ramos, invitándole a hablar con un gesto de cabeza. El médico se aclaró la garganta, incómodo bajo la atenta mirada de los tres hombres.

—Aquí tengo la copia del informe toxicológico de ese día, señor Olsten. —Ramos tocó el papel—. Pero el original lo entregué esa misma noche.

—¿A quién? —interrumpió Mark, nervioso.

—A un hombre que se presentó como su agente. —Tragó saliva —. Apareció con unos documentos que le habilitaban para tomar decisiones en su nombre. Me miró a los ojos, fingió sorpresa al ver los resultados de la droga y me pidió veinticuatro horas. Me dijo que su reputación podría verse muy afectada, señor Olsten —continuó Ramos, como si quisiera justificarse—. Me rogó que le diera tiempo antes de avisar a la policía. Me dijo: Yo mismo me encargaré de que ingrese en un centro especializado para adicciones y que este informe no arruine su carrera.

—Y usted se lo tragó. —El odio hacia Leandro se hacía más visceral aún.

—Le creí. Pensé que lo estaba salvando de la prensa —se defendió el médico, encogiéndose de hombros—. Al día siguiente volvió con dos policías y un secretario judicial. Me requisaron el informe original bajo el pretexto de secreto de sumario para proteger la investigación. Ese hombre me dio las gracias y me aseguró que usted ya estaba en buenas manos.

Martín, desde la ventana, asintió lentamente. Todo cuadraba. La limpieza había sido profesional.

—Leandro borró el rastro. Me apuesto los huevos a que tenían de policía lo que yo de bailarina —dijo el Lobo—. Y luego te mandaron a

Suiza para que nadie pudiera hacerte otro análisis aquí ni hacer preguntas.

Mark se agarró la cabeza, sintiendo una jaqueca incipiente. Miró al médico con incredulidad, buscando las piezas que faltaban.

—Si se llevaron el original y borraron el servidor, ¿cómo es que usted tiene esto? —Mark cogió la carpeta—. ¿Por qué guardarlo tanto tiempo?

Ramos se ajustó las gafas. Por primera vez, pareció un profesional seguro de sí mismo y no un hombre asustado.

—Protocolo, señor Olsten. Como médico de urgencias, sé que este tipo de casos suelen acabar en juicios feos donde los abogados intentan culpar al hospital o al médico por mala praxis.

El médico miró el expediente.

—Esa noche me envié el PDF a mi correo personal. Una copia de respaldo. Por si usted me demandaba años después diciendo que no le diagnosticamos bien, yo necesitaba demostrar lo que vi en su sangre aquella noche.

—Es irónico, ¿no cree? Por salvarse el culo usted, me lo está salvando a mí —concluyó Mark.

—Exacto —admitió Ramos—. Había olvidado este informe, sinceramente. Pero cuando le vi aparecer en prensa la semana pasada, comportándose de esa manera errática en el Arisū... la memoria me golpeó. Fue entonces cuando llegó el señor Álvarez haciendo preguntas —dijo mirando a Julián, el cual asintió—. Le dije que esta vez solo se lo daría a usted en persona.

Mark sostenía el informe en las manos, devorando las referencias a esas horas que lo cambiaban todo. Recordó el documento del notario que tantas veces había repasado, el que le había arrebatado sus derechos, sellado a las once de la mañana; el informe médico que sostenía ahora hablaba de las dos de la tarde. Apenas podía asimilar que la prueba del delito estuviera, por fin, en sus manos.

—El paciente presenta un cuadro de sumisión química compatible con la anulación de la voluntad previa al evento traumático —leyó Mark en voz baja.

Levantó la vista hacia el doctor. Un simple asentimiento de cabeza cargado de gratitud.

—Con esto, Mark, el contrato de cesión de derechos es papel mojado. Podemos demostrar que no eras dueño de tu mente cuando firmaste. No solo les quitamos tu obra; vamos a ponerles una demanda de cojones. Fuiste una víctima y ahora el mundo va a verlo.

—Muchas gracias, doctor. No imagina cuánto significa esto. —La voz de Mark se quebró, al borde de las lágrimas.

—Estoy dispuesto a testificar, señor Olsten. —El médico asintió con sobriedad.

Le dio la mano, un apretón fuerte al que acompañó con una sonrisa. Julián se ajustó la chaqueta, echando una última mirada al informe.

—Mañana a primera hora llama a tus abogados, Mark. Con esto, la demanda por daños y la nulidad de los contratos es automática. Leandro no va a tener agujero donde esconderse.

—Mañana —confirmó Mark. Le estrechó la mano con firmeza.

Martín acompañó a los dos hombres a la salida. Al volver al despacho, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Esto es demasiado bueno, Mark. —El Lobo clavó la mirada en la carpeta que contenía su salvación—. Tus abogados les van a joder pero bien.

—Demasiado, amigo. Aún no puedo creerlo —respondió Mark—. Sonia ya no tiene el control de mi cabeza. Y Leandro va a perder el control de mi obra.

—Voy a salir. —Martín revisó los bolsillos de su chaqueta—. Quiero ver a un contacto.

—¿A dónde vas? —Mark aferró la carpeta.

—Voy a mover unos hilos. Si encuentro el certificado de defunción falso y lo cruzamos con esto... —Martín señaló el informe con el dedo índice—. Será la prueba definitiva.

El Lobo salió del despacho sin esperar respuesta, dejando a Mark solo.

Mark miró el informe una vez más y salió disparado. Necesitaba compartirlo.

Súa estaba de pie en el salón hablando con Lucía cuando él apareció. Mark entró agitado, incapaz de ocultar la sonrisa dibujada en el rostro; llevaba la carpeta aferrada contra el pecho. Súa se volvió inmediatamente al notar su presencia.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué os ha dicho Julián? —Dio un paso hacia él.

Mark no esperó. Le soltó la verdad de golpe, atropellándose: el hospital de Madrid, la dosis masiva de burundanga, el teatro de Leandro en Urgencias y la complicidad de Sonia para fingir su muerte legal. Señalaba la carpeta, agitado, como si el papel quemara.

Súa escuchaba atenta, con el corazón en vilo, tratando de procesar la magnitud de lo que significaba aquello.

A su espalda, Lucía se volvió invisible. Se apartó discretamente, interesándose por el orden de unos libros. Aparentaba estar a sus cosas, ajena al drama, pero grababa cada palabra.

—Entonces, ¿esto es el final? ¿Puedes denunciar? —Súa miraba el informe como si fuera sagrado.

—Exacto. Este informe es nuestra libertad. Mañana mis abogados destrozarán a Leandro.

—No puedo creer que después de tantos años podamos vengarnos de lo que hizo ese *gaejasik*. —Súa miró instintivamente hacia la entrada del salón, temiendo que las paredes oyeran—. Hay que guardarlo.

Mark asintió con firmeza.

—Lo bajaré al sótano ahora mismo. —Bajó la voz—. Es el sitio más seguro. El sistema de vigilancia es independiente al de la casa y la puerta es acorazada. Nadie entra ahí sin mi permiso.

Lucía terminó de recoger. Bajó la vista con humildad, ocultando el brillo frío de sus ojos y la tensión de su mandíbula. Había escuchado lo suficiente: el objetivo estaba abajo, la seguridad era específica y el plazo terminaba mañana.

—Si no necesitan nada más, voy a ir a la cocina a seguir con lo mío —se excusó Lucía, con tono servicial—. A mí estas cosas de abogados no me interesan, aunque me alegro de que se solucionen sus problemas, señor.

Lucía entró en la cocina, pero no se detuvo en los fogones. Cruzó hacia la despensa y se asomó por la ventana, escudriñando el jardín para asegurarse de que no había nadie cerca.

Sacó el móvil y sus dedos marcaron aquel número.

—Sí... —La voz aguardó en silencio.

—Ha llegado un médico y ha traído un informe. —Lucía narró los hechos como si estuviera dictando un telegrama.

—Entiendo, ¿sabes quién era? —La voz sonaba acelerada.

—He creído escuchar que le llamaban Ramos, del Hospital Puerta de Hierro.

—Perfecto, ¿y dónde lo han guardado? —continuó el hombre.

—Lo han bajado al sótano, tengo el acceso y el código.

—Excelente, ya te avisaré.

—Señor Leandro, con esto, mi hija...

La comunicación se cortó sin más.

Guardó el teléfono y clavó la mirada en la puerta. El pecho empezó a oprimirla mientras sus ojos empezaban a empañarse. El metal de las llaves en su bolsillo, las mismas que Súa le había entregado con tanta confianza, le quemaba el cuerpo y el alma por igual.

22. INTRUSIÓN

Chimip (침입)

Leandro agitó el vaso, mirando la habitación a través del cristal. El color oscuro de un *whisky* de dieciocho años mezclado con Coca-Cola contrastaba con la ostentosidad de la villa. Se paseó por el salón, admirando los techos altos y las molduras de escayola. Terminó frente al ventanal, observando cómo la niebla del Tajo empezaba a desdibujar los jardines de la propiedad.

—Vaya chabola que te has montado aquí, reina. —Dio un trago largo—. Te da clase estar aquí, pero no sé cómo aguantas este frío de Aranjuez. Tanta historia y tanto palacio, pero se te mete el frío en los huesos. —Su intento de burla sonó pesado y vulgar.

Sonia, sentada en un sofá de terciopelo con las piernas cruzadas, ni siquiera lo miró. Sostenía una copa de vino blanco, observando el caldo con indiferencia.

—Leandro, por favor, me aburre tu ordinariez. No te he traído para que hagas la crónica del tiempo. ¿Cómo va nuestra inversión?

Leandro se atragantó con un hielo y se giró, intentando recuperar una posición respetable, pero ella seguía sin dedicarle un solo parpadeo.

—Está todo listo. —Cambió el tono—. Mis hombres están preparados. Solo espero a que Mark baje la guardia. En cuanto el Lobo se despiste, entraremos en la finca como si fuera nuestra.

Sonia dejó la copa sobre la mesa de cristal. El sonido se clavó en los oídos. Por primera vez, levantó la vista y lo recorrió con esa mirada que diseccionaba y que tanto le incomodaba.

—No esperes a que baje la guardia, Leandro. Créale la necesidad de bajarla. Yo ya hice mi parte el sábado. Me bastó con ponerme delante para que se rompiera por dentro. Salió huyendo como un

animal asustado, atropellando a los fotógrafos delante de todas las cámaras.

Sonrió levemente, apenas dejando que sus labios se movieran.

—La prensa ya tiene la imagen que queríamos. Ahora solo falta que tú termines de ejecutar el plan.

—Está todo listo, Sonia. Estoy esperando el momento oportuno, pero podemos entrar en cuanto dé la orden.

En ese momento, el teléfono de Leandro cortó la conversación. Miró la pantalla y levantó un dedo pidiendo silencio.

—Sí… —Hizo un gesto con la mano a Sonia para que esperara.

Escuchó durante unos segundos y su expresión se contrajo de repente, clavando la mirada en la mujer.

—Entiendo… ¿Sabes quién era? —La mandíbula de Leandro se tensó mientras aguardaba la respuesta—. Perfecto. ¿Y dónde lo han guardado? —Hizo una pausa, asintiendo—. Excelente. Ya te avisaré.

Leandro colgó el teléfono y lo lanzó sobre el sofá con violencia.

—¡Me cago en sus muertos, joder!

—¿Qué ocurre? —Sonia cambió su expresión. Su instinto se había activado.

Leandro se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—El puto Julián. Lleva cinco años dando por culo en Suiza tratando de encontrar algo que demostrara que Mark estaba drogado. Por supuesto, tenía eso controlado allí. Pero al parecer ha encontrado a un medicucho aquí, del hospital donde fue tras el accidente.

Leandro se acabó la copa de un trago.

—Tiene un informe de ese día, Sonia. Estamos jodidos.

Sonia lo miró con un desprecio absoluto, como si estuviera viendo un insecto al que debía aplastar.

—Eres un inútil, Leandro. ¿Cómo pude aliarme con un incompetente como tú? ¿Cómo se te pudo escapar un cabo suelto así?

Sonia le dio la espalda, mirando hacia arriba y arrugando los labios.

—¡Joder, destruí todos los documentos de ese día en todos los sitios! —Leandro adoptó una posición defensiva—. ¡El maldito

matasanos debía de tener una copia personal!

—¿Sabes qué significa esto? —Sonia se volvió hacia él, haciendo su voz más punzante, afilándola como un bisturí sin elevarla lo más mínimo—. ¿Sabes qué nos ocurrirá si se demuestra lo que le dábamos a Mark cuando firmó esos documentos? ¿Sabes qué ocurrirá si cruzan eso con el hecho de que simulara mi muerte oportunamente en ese momento?

Sonia dio un paso hacia él.

—Significa cárcel, Leandro. —Dejó que sus palabras atravesaran a Leandro, quien no pudo seguir sosteniéndole la mirada—. Te vas a pudrir en una celda por un descuido de principiante. Dios santo, qué inepto eres. —Volvió a darse la vuelta mientras Leandro se encendía.

—¡Basta, Sonia! —Dio un paso al frente, intentando intimidarla—. No me insultes más o te…

Ella lo atravesó con su mirada, haciendo que la habitación se hiciera tan pequeña que Leandro dio dos pasos atrás, tragando saliva.

—Escúchame, rata miserable. —Avanzó un paso hacia él, haciendo que se sentara—. Ya puedes arreglar esto. Me da igual cómo, pero arréglalo. Porque te juro que vas a sufrir mucho más a mis manos que a las de cualquier juez si esto sale a la luz.

Leandro bajó la mirada, aterrado. Sabía que la amenaza no era retórica.

—Me voy a encargar de inmediato, Sonia —murmuró, retrocediendo hacia la salida—. Me encargaré de ese médico y de ese informe. De verdad.

노 리 개

Mark se sentía descansado y eufórico a partes iguales. A pesar de no haber pegado ojo, el nerviosismo le impedía estarse quieto. Se había levantado temprano, dejando a Súa durmiendo tranquilamente; había bajado y se había preparado un café doble. No dejaba de rememorar la conversación de la tarde anterior y las palabras de Julián. Parecía increíble que, después de tantos años, al fin tuviera el

documento que iba a limpiar su nombre y le iba a devolver los derechos de su obra.

Miró el reloj: las nueve y cinco. Ignacio ya debería estar en el despacho y él no podía esperar más. Apretó el botón del teléfono y esperó el tono.

—Bufete Álvarez de la Roca, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, María, soy Mark Olsten. Pásame con Ignacio, es urgente.

—Un momento, señor Olsten. Le paso con don Ignacio ahora mismo.

Mark esperó el tono dando golpecitos en la mesa con los dedos, mientras buscaba nombres de contactos en el PC. A los pocos segundos, la voz de Ignacio Álvarez saludó con un tono notarial, creyendo conocer el motivo de la llamada.

—Mark, ¿qué tal estás? He visto lo de la prensa, si me llamas por eso...

—No es la prensa, Ignacio. Escúchame bien. Si yo pudiera demostrar que no estaba en mis facultades cuando firmé aquel contrato, si apareciera un análisis de sangre oficial de esa misma tarde, ¿qué pasaría con ese contrato?

Ignacio guardó un silencio educado.

—Sabes que ese escenario no existe, Mark. Lo hemos revisado mil veces.

—He dicho si apareciera. Hipotéticamente. Una prueba irrefutable de sumisión química tres horas después de la firma. ¿Serviría para anularlo todo? ¿Para recuperar los derechos?

Se oyó el suspiro de Ignacio al otro lado.

—Si tuvieras eso, no estaríamos hablando de anulación; estaríamos hablando de un delito penal. El consentimiento sería nulo de pleno derecho. Pero Mark, no me hagas perder el tiempo con fantasías de...

—No es una fantasía. Necesito verte cuanto antes.

—Está bien. Ven mañana a las nueve, Mark.

—Mañana es mucho tiempo, Ignacio —protestó Mark, apretando el auricular.

—Mañana es lo que hay si quieres que lo hagamos bien. Luis está en el juzgado y yo tengo un juicio importante todo el día, Mark. No quiero mirar esto sin él. Trae el original y lo valoramos. Mantén ese papel a buen recaudo. Y, sobre todo, no menciones esto con nadie. Ni una palabra hasta que yo vea qué cartas tenemos. —Ignacio recuperó el tono formal.

—Está bien, Ignacio. Mañana entonces.

Mark colgó, pero dejó la mano apoyada sobre el teléfono, sosteniendo aún en la palma la voz de Ignacio. Se levantó y caminó hacia la ventana, ignorando el café que ya empezaba a quedarse frío. Se detuvo observando aquellas montañas nevadas que antes le parecían un muro protector. Se pasó las manos por la cara, notando la aspereza de la barba, y sonrió frente a su reflejo en el cristal. *Mañana*, se repitió para sí mismo. Se sentía invulnerable, como si el informe que descansaba en la planta de abajo fuera un ariete capaz de derribar cualquier obstáculo que Sonia intentara levantar. Aquella casa ya no era su fortaleza, era su puesto de mando.

Martín llamó dos veces con los nudillos y entró sin esperar respuesta. Mark acababa de colgar, pero aún mantenía la cara de frustración.

—Mañana a las nueve —bufó Mark, pasándose una mano por la cabeza—. Ignacio tiene juicio todo el día y quiere que su socio esté presente. No podía recibirme antes.

Martín se encogió de hombros, restándole importancia.

—Bueno, llevas cinco años esperando. No te vas a morir por un día más. —El Lobo cerró la puerta tras de sí—. Lo que venía a decirte es que ayer moví un par de hilos. Creo que voy a conseguir el certificado de la muerte de Sonia. Está complicado porque ha pasado mucho tiempo y el archivo es un caos, pero tengo un amigo en el Anatómico Forense que me debe un favor. Trae cola por lo que he podido ver; ni siquiera se llegó a hacer oficial.

Mark asintió. Las piezas empezaban a encajar. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Sin embargo, notó que Martín no había terminado.

—¿Y...? —Arqueó las cejas.

—Hay algo más, Mark. Tengo un indicio sólido sobre el paradero actual de Sonia.

—¿Dónde? —le cortó Mark, incrédulo.

—Déjame corroborarlo antes —frenó Martín, levantando una mano para calmarlo—. No quiero darte una ubicación hasta que sepa seguro que es real y no otra sombra. Pero si se confirma... la tenemos.

El teléfono empezó a vibrar, nuevamente. Era Julián. Mark descolgó con celeridad.

—Dime que son buenas noticias, Julián.

—A medias. *El Mundo* tiene una columna lista para publicar sobre tu colapso por drogas el sábado; van a enlazarlo con lo del Arisū. Necesito verte en la redacción esta tarde; puedo frenarlo, pero tienen que verte limpio. Mark, grabas una declaración desmintiéndolo todo, les das una pequeña entrevista, dices que fue un ataque de pánico. Ya sabes, necesitamos que te vean cuerdo. Si no aceptas, publican, y mañana se acabó tu reputación.

Mark soltó una carcajada fría.

—Que hagan lo que quieran. Mañana he quedado con Ignacio; tengo el informe que va a acabar con todo esto gracias a ti.

—Mark, escúchame. —La voz de Julián sonó preocupada—. El informe limpia tu pasado, pero si hoy dejas que te pinten como un drogadicto inestable, el juez verá a un hombre que no sabe lo que dice. Necesitas salvar tu imagen ahora. Es una hora. Entras por el garaje, te ven, hablas y te vas.

Mark asintió para sí mismo, convencido.

—Está bien. Estaré allí. ¿A qué hora quieren hacerlo?

—A las cinco en la redacción del periódico.

—Allí estaré. —Colgó.

El Lobo había escuchado lo suficiente.

—No vas a ir solo. Y menos después de lo del sábado.

—No tengo miedo, Martín. Solo es una entrevista de veinte minutos.

—Me da igual lo que sea. Ya tuvimos suficiente en el Círculo de Bellas Artes, no pienso dejar que se repita. No es negociable.

Mark no discutió; que Martín le acompañara hacía que el trago fuera más suave.

—Está bien. Te veo esta tarde entonces.

노 리 개

El comedor brillaba con un aire nuevo, bañado por la luz de la sierra que entraba por la ventana. Mark apenas probaba bocado; la euforia le había cerrado el estómago. Sentía que las últimas horas, desde la llegada del doctor Ramos, estaban avanzando a un ritmo frenético.

—Es increíble. —Mark dejó el tenedor y buscó la mano de Súa—. Llevo cinco años sintiendo que mi vida se perdía dentro de pesadillas, escondiéndome en las sombras. Y ahora, con ese papel en el sótano... siento que por fin voy a despertar.

Súa le apretó los dedos, con esa sonrisa que le aceleraba las pulsaciones.

—Las pesadillas se han ido, Mark. Ahora eres tú quien tiene las riendas. —Ella le sirvió un poco más de agua—. Mañana, cuando Ignacio vea ese papel y lo presente al juez, Leandro y esa mujer no tendrán un lugar donde esconderse. Pagarán por todo lo que nos han hecho.

—Martín cree haber localizado a Sonia. —Bajó la voz por inercia —. Dice que tiene un indicio sólido. Si conseguimos el certificado de defunción falso y la encontramos a ella, no solo recuperaré mis libros. Los voy a meter en un agujero tan oscuro que desearán no haberme conocido.

La mirada de Mark se oscureció de repente, recordando las humillaciones y el dolor de todos esos años. Súa lo notó y acarició su mano con el pulgar.

—Eso será mañana. Hoy tenemos que recuperar una vida perdida —dijo, entornando los ojos mientras una sonrisa pícara le cruzaba la cara.

Mark asintió, resoplando.

—La prensa. Julián quiere que vaya esta tarde a dar una entrevista. Pero no me apetece nada.

—Es necesario, Mark —insistió Súa, con firmeza—. Después de lo del Arisū y la escena del Círculo, piensan que estás loco, que estás roto. Si te escondes hoy, les das la razón. Tienes que ir allí, tomarte un café, das explicaciones, pides perdón y hablas de tu novela aparentando normalidad.

—Odio tener que fingir normalidad cuando lo que quiero es gritar la verdad.

—No es fingir. Es demostrar poder. Que te vean fuerte. Que vean que Mark Olsten no está loco. —Súa le guiñó un ojo, coqueta—. Además, me gusta cuando te pones ese traje negro. Te da un atractivo... *chimyeongjeogin.*[84]

Mark soltó una carcajada, la primera genuina en días, y mientras la tensión de sus hombros se disolvía por fin, se inclinó sobre la mesa buscando sus ojos. Su voz bajó hasta ser un susurro cómplice cargado de intención.

—Voy a ir, haré el papel de escritor encantador y volveré antes de la cena. Porque tú y yo tenemos una celebración pendiente.

Súa se mordió el labio inferior.

—Espero que guardes energía, *yeobo*. Porque cuando vuelvas con la victoria pienso cobrarme cada minuto de estrés de esta semana.

—Dalo por hecho. —Mark sostuvo su mirada con una promesa implícita que vestía su deseo—. Esta noche no habrá fantasmas en esta casa. Solo tú y yo.

El Lexus negro cruzó la verja de hierro. Súa permaneció en el porche, abrazándose a sí misma con la chaqueta para protegerse de la brisa de la sierra. Observó cómo se alejaban y suspiró, sintiendo una extraña mezcla de alivio y vacío; la casa se sentía inmensa sin la presencia de aquellos hombres. Cerró la puerta y subió las escaleras hacia su habitación, buscando un momento de paz.

Lucía estaba pegada al ventanal de la cocina, observando el rastro de polvo que dejaba el coche. Sacó el móvil y lo miró fijamente durante un par de segundos; con dedos temblorosos, marcó el número rápido.

—Ya han salido —susurró al teléfono—. Van los dos. Van hacia Madrid.

Escuchó las instrucciones al otro lado. Sus ojos barrieron el jardín, localizando a los dos guardias de seguridad contratados recientemente.

—Abajo solo quedan los dos nuevos.

Hizo una pausa, mirando el reloj digital del horno.

—Yo... yo me encargaré de la alarma. No les hagáis daño, me lo has prometido.

Colgó antes de recibir respuesta. Le temblaba tanto la mano que el teléfono estuvo a punto de resbalar de sus dedos mientras intentaba guardarlo en el bolsillo del delantal.

Levantó la vista y visualizó a Súa arriba, despreocupada, confiando ciegamente en ella. Una punzada de bilis le subió por la garganta y la hizo apoyarse en la encimera respirando con dificultad.

—Es por mi hija... es por ella... —se repitió.

Abrió el grifo al máximo. El agua helada cayó sobre sus manos y se lavó la cara con desesperación, como si quisiera arrancarse la suciedad de lo que acababa de hacer.

노 리 개

El sol comenzaba a caer tras las montañas, tiñendo la finca de rojizo oscuro. El viento soplaba desde el norte, arrastrando el olor a pino y tierra húmeda de la montaña. Adrián ajustó la cremallera de su chaqueta hasta la barbilla, sintiendo cómo la temperatura descendía poco a poco al acercarse el ocaso.

Dio una vuelta por la parte norte, siguiendo la ronda. Al pasar frente a la entrada, levantó la mano saludando a su compañero. Dentro de la caseta, Juan, iluminado por el brillo de los monitores, le devolvió el gesto sin apartar la vista de las pantallas.

Adrián se detuvo un momento y metió la mano en los bolsillos; sacó un cigarro y lo prendió protegiendo la llama del viento. El humo salió de su boca y se disipó en el aire.

Por el rabillo del ojo, detectó un movimiento.

En la esquina noreste, junto a la sala de generadores, una sombra se deslizó de un modo torpe. Adrián tiró el cigarro al suelo y lo pisó, mientras enfocaba la linterna hacia allí acelerando el paso.

—¡Eh! —Adrián acortó la distancia con la linterna en alto—. ¿Quién anda ahí?

Una figura acababa de cerrar la puerta y se ajustaba una capucha sobre la cabeza. Se giró sobresaltada. Al levantar la vista, la luz de la linterna iluminó su rostro sudoroso.

—¿Señora Lucía? —Relajó un poco la postura al reconocerla, aunque mantuvo la mano en el arma—. ¿Qué es lo que está haciendo aquí?

Ella retrocedió un paso, temblando, con el rostro pálido.

—Yo... yo solo... estaba revisando... —Sus manos se aferraban a los bolsillos del delantal, incapaces de dejar de temblar.

Un chasquido sonó en el interior proveniente del generador, mientras en la garita Juan empezaba a maldecir.

—¡¿Pero qué carajo...?! —Juan comenzó a golpear los monitores con la palma abierta—. ¡Se ha caído el sistema!

Salió de la caseta, confundido, buscando la causa justo cuando un chirrido de engranajes retumbó a su espalda. La verja de hierro forjado, que debería estar bloqueada, comenzó a abrirse lentamente.

—¡Alto! —Juan se llevó la mano al cinturón.

Desde la oscuridad del camino exterior, un siseo de aire comprimido cruzó el aire.

Fue seco, rápido, indoloro. Juan recibió el impacto en el centro del pecho. El aire abandonó sus pulmones y cayó de espaldas sobre la tierra, con los ojos abiertos.

A cincuenta metros, Adrián vio caer a su compañero.

—¡Joder! ¡Qué cojones! —Desenfundó su arma y corrió hacia la entrada.

Un motor rugió al máximo de revoluciones. Un todoterreno negro con las luces apagadas atravesó la entrada a toda velocidad, derrapando sobre la grava y cruzándose para orientarse en dirección a la salida.

Lucía no esperó. Aprovechando la confusión, echó a correr hacia la casa. Sus pasos resonaban en el pavimento mientras sacaba un juego de llaves. Llegó al portón de roble, giró la cerradura y empujó la hoja doble, dejando la entrada abierta de par en par.

Adrián abrió fuego contra el todoterreno mientras avanzaba dando grandes zancadas tratando de encontrar un refugio donde cubrirse.

Descargó tres disparos. Uno impactó en la chapa; otro estalló la ventanilla trasera. El estruendo de los disparos rebotó contra las montañas, amplificando el eco como un trueno provocándole un pitido en los oídos.

La puerta trasera se abrió y un hombre vestido de negro saltó en marcha, rodando por el suelo. Simultáneamente, la puerta del conductor se abrió de una patada. El conductor se lanzó al exterior con agilidad, disparando desde allí con un arma silenciada. Dos fogonazos.

El primero destrozó la rodilla de Adrián, haciéndole caer al suelo. El segundo le atravesó el hombro derecho, arrancándole el arma de la mano. Quedó tendido, impotente, viendo cómo las botas de los agresores pasaban a su lado corriendo hacia la casa abierta.

Súa estaba frente al espejo del tocador. El silencio de la casa le recordaba que Mark no estaba allí; se preguntó qué tal le estaría yendo con la prensa. Tan solo deseaba que todo aquello terminase y poder vivir tranquilos. El sonido del cepillo contra su pelo negro rompía la calma; dejó que sus manos descendieran por su cuello y sus dedos rozaron las sedas del *norigae*. Por un segundo, la imagen del espejo cambió; le llegó el olor a aceites, hierbas secas y papel viejo de la tienda de su padre como un puñal que le hirió el corazón.

Te echo tanto de menos, appa. Ojalá estuvieras aquí para ver caer a ese Gajeungseureoun[85] *y saber que tu promesa, tu uiri, se está cumpliendo al fin. Y también mi venganza*.

Tres estruendos secos reventaron el recuerdo. Súa se estremeció. Se giró hacia la ventana de inmediato; su instinto palpitaba en su sien avisándola de que algo estaba mal. Se acercó al cristal con cuidado y se asomó lo justo para ver un vehículo bloqueando la

verja que estaba abierta de par en par. Súa se puso a la defensiva inmediatamente. Regresó al tocador, tomando el *binyeo* de plata y apretó el metal frío en su puño. Salió de la habitación con cautela, descalza para no hacer ruido.

Al asomarse al rellano, el salón de la planta baja seguía tranquilo; sin embargo, sintió el aire entrando por la puerta principal, que estaba abierta y agitaba las cortinas levemente.

Escuchó los pasos dentro como impactos sobre el parqué. Se pegó a la pared, bajando los escalones de uno en uno, con el pasador de plata entre sus dedos tratando de no hacer ruido.

Leandro descendió del todoterreno; esbozó una mueca de satisfacción. Se ajustó con parsimonia sus guantes de piel negra, estirando el cuero sobre sus nudillos y se levantó las solapas del loden negro. Escaneó la fachada de la casa como si ya fuera de su propiedad. Cinco hombres le flanquearon de inmediato por los costados.

—Vaya chabola tiene el jodido.

Se dirigieron hacia la entrada, pasando por delante de Adrián. El guardia yacía inmóvil en el suelo, con la sangre tiñendo la tierra bajo su pierna y su hombro. Estaba vivo, pero para Leandro aquel hombre desangrándose no era más que un obstáculo superado.

En el recibidor, Lucía los esperaba. Estaba rota, temblaba y le castañeaban los dientes.

—La tarjeta. Ahora —escupió Leandro, sin detener su paso.

—Señor Leandro... por favor... mi hija... —extendió la mano temblorosa con la tarjeta.

Leandro se la arrebató de un tirón antes de que la mujer pudiera retirar la mano y descargó un bofetón seco con el reverso de la palma. El impacto hizo que la cabeza de Lucía girase hacia un lado, haciéndola caer al suelo sobre sus rodillas.

—¡El código! —Le dirigió un gesto de asco—. No me hagas perder más tiempo, vieja estúpida.

—Siete... cero... tres... nueve... —respondió Lucía entre sollozos, con el labio partido empezando a hincharse—. Por favor, don Leandro.

—Cállate de una puta vez. Me importa una mierda tu hija ahora mismo. —Se giró hacia sus hombres, repartiendo órdenes con rapidez—. Tú, llévate la tarjeta, código siete cero tres nueve, baja ahora mismo al sótano. Y date prisa; no quiero verte subir de ahí sin ese informe.

El hombre asintió y desapareció hacia las escaleras. Leandro señaló al segundo.

—Al despacho. Ya sabes qué hacer: borra hasta el último dato del disco duro y hackea la nube. Que no quede ni rastro. Y tú. —Señaló al tercero—, la caja fuerte. Saca lo que hemos venido a buscar y no te dejes nada.

Lucía se quedó en el suelo, sollozando con desesperación.

—Me lo prometió... dijo que ella estaría bien...

Leandro le dio la espalda, caminando con paso firme hacia el mueble bar del fondo.

—Me cansas, vieja. Eres insoportablemente pesada. Ya veremos qué hago con tu niñita cuando termine aquí.

Se detuvo frente a las botellas y localizó un Macallan de dieciocho años. Se sirvió una copa generosa con sus manos enguantadas, sin hielo, disfrutando del sonido del líquido cayendo en el cristal. Dio un sorbo largo, dejando que el alcohol le quemara la garganta.

—Hay que reconocer que es más tonto que un botijo. —Saboreó el líquido de la copa y murmuró con sarcasmo—, pero tiene un gusto excelente el jodido.

Se quedó observando la sala mientras saboreaba el *whisky*, esperando a que sus hombres desmantelaran la vida de Mark.

Súa permanecía inmóvil, fundida con las sombras del recodo de la escalera. Sus ojos seguían cada movimiento de aquellos hombres tratando de respirar más calmada. Pero al ver a Lucía entregando la tarjeta y el código, el dolor de la traición quemándole las entrañas le provocó un latigazo en el corazón. Esa mujer, en quien había depositado su confianza y sus secretos, convertida en la llave que abría su hogar, fue como sentir un cuchillo atravesándole el pecho.

Esperó mientras Leandro repartía órdenes con esa voz que ella tanto odiaba. Sus dedos se cerraron sobre el binyeo; sintió el frío del

metal contra su mano hirviendo, tenía la sensación de que lo iba a fundir.

Gajeungseureoun, pensó, mientras observaba a Leandro servirse el *whisky*. Cada segundo que pasaba en la casa era un insulto a la memoria de su padre y al esfuerzo de Mark. Apretó los dientes, conteniendo la respiración, esperando el momento exacto.

Leandro estaba de espaldas mirando hacia el despacho. Apretó el *binyeo*. *Ahora o nunca*. Se lanzó desde el último peldaño, silenciosa y letal, apuntando directamente a la nuca de Leandro.

Podía oler su asqueroso aroma. Estaba a un palmo cuando un brazo la paró en seco, atrayéndola hacia atrás con violencia.

No le había visto; aquel hombre había permanecido oculto a su campo visual. La atrapó por la cintura con tal fuerza que le cortó el aliento. Súa trazó un arco con la aguja rasgando la mejilla del hombre, pero este no la soltó. Con un movimiento rápido, le retorció la muñeca hasta que el pasador cayó al suelo tintineando.

Leandro se giró rápidamente asustado, mirando el pasador en el suelo y luego a Súa, que luchaba inútilmente entre los brazos del guardia. Una sonrisa lenta y cargada de veneno apareció en su rostro.

—Vaya, vaya, mi pequeña ratita... —Se acercó, acorralándola—. Dime, ¿me has echado de menos?

Hizo una señal al sicario para que la inmovilizara. Este le giró el brazo detrás de la espalda haciendo que ella cayera de rodillas. Leandro le propinó una patada al pasador, alejándolo, y la agarró del pelo para obligarla a mirarlo.

—¿Qué te parece…? —dijo con un tono lascivo—, ¿si te enseño la lección que no pude darte en Seúl?

—Suéltame, *gaesaekki*. —Súa forcejeó con el hombre que le impedía moverse desde atrás.

Leandro acercó su rostro al de ella aspirando su aroma; de inmediato Súa pudo sentir el olor nauseabundo a tabaco y *whisky* caro.

—Verdad que vas a ser buena, ratita. —El aliento apestoso de Leandro chocó contra sus labios.

Antes de que pudiera reaccionar, Súa le propinó un cabezazo en plena nariz.

Leandro se echó hacia atrás tapándose la boca y ella le escupió con fuerza en la cara.

—¡Maldita zorra! —Los ojos de Leandro se inyectaron en sangre. El puñetazo le partió el labio y la dejó aturdida—. Parece que no aprendes.

Lucía estaba en el suelo, con los brazos rodeando sus rodillas mientras el terror la consumía. La visión de Leandro golpeando a Súa fue el detonante. Ver a la joven tambalearse por el impacto, ver cómo el hombre que le había prometido soltar el yugo sobre su familia maltrataba a la única persona que la había tratado con cariño y la que le había entregado toda su confianza, hizo que su conciencia despertara de golpe.

Perdió los nervios. El pánico se transformó en una furia ciega que la hizo ponerse en pie de un salto y cargó hacia él soltando un grito. Sus manos buscaron la botella de Macallan sobre la mesa, aferrándola por el cuello de cristal haciendo que el líquido se derramara.

—¡Maldito cabrón! —La voz de Lucía se rompió por la rabia—. ¡Dijiste que no los tocarías!

Leandro esquivó el golpe de la botella con un movimiento involuntario y el cristal pasó a escasos centímetros de su cabeza. Se giró y con la inercia del movimiento descargó un puñetazo contundente en el pómulo de Lucía.

Fue un golpe seco, con toda su fuerza. El impacto estalló en el rostro de la mujer que cayó redonda al suelo, perdiendo el conocimiento al instante. Leandro se volvió mirando el cuerpo inerte con una falta de empatía hiriente mientras chasqueaba viendo el líquido derramado en el suelo.

Se puso sobre Súa inmovilizando sus brazos con las rodillas.

—Mírate... —jadeó, presionando su cuerpo contra ella. Su peso era asfixiante—. Tan intocable, tan digna y ahora estás aquí, retorciéndote debajo de mí.

Leandro bajó la cara, hundiendo la nariz en su cuello. Inspiró profundamente, haciendo un ruido gutural y húmedo.

—Hueles a miedo, zorrita. —Su lengua, áspera y caliente, la recorrió desde el lóbulo de la oreja hasta la clavícula—. Me recuerdas a esa botica de mierda en Seúl. ¿Te acuerdas del calor? ¿Te acuerdas de cómo ardía todo con el viejo dentro mientras se convertía en ceniza?

Súa se sacudió violentamente, intentando arañarle, pero el sicario le sujetó las manos por encima de la cabeza, dejándola expuesta e indefensa.

Leandro pasó su lengua por el labio lleno de sangre de Súa que empezaba a hincharse y lo lamió mientras deslizaba su mano por el torso; fue lento, posesivo, rodeando y apretando el pecho con fuerza, hasta hacer daño, reclamando su carne.

—Mira qué calentita estás. Ardéis igual de bien. —Metió la manaza bajo el pantalón de ella, posándola sobre su sexo y apretando—. Podría follarte aquí mismo. Podría terminar lo que empecé en tu sucia chabola de Seúl y dejarte convertida en un despojo humeante como al viejo.

Los dedos de Leandro eran invasivos, sucios. Súa se revolvía con desesperación.

Naega neoleul jug-ilgeoya.[86] Cerró los ojos, conteniendo una rabia que amenazaba con hacerla explotar.

—¡Jefe! —bramó una voz desde el pasillo, rompiendo la atmósfera de la habitación—. ¡Tenemos el documento! ¡La caja fuerte está abierta! ¡Y los ordenadores limpios. Vámonos, ya!

Leandro se detuvo. Deslizó su mano lentamente sintiendo cada pliegue de su cuerpo y le dio una palmadita en la mejilla. Volvió a lamer su cuello antes de levantarse. Esbozó una sonrisa prepotente llena de maldad.

—Qué pena. —Se ajustó la chaqueta con una expresión insultante—. Vas a tener que esperar.

Leandro se agachó una última vez, invadiendo su espacio personal, y le enseñó el informe de Ramos que el compañero le acababa de entregar.

—Esto es mío. —Le golpeó suavemente la nariz con los papeles —. Y tú... tú serás el postre. No te preocupes, preciosa. Que lo vas a

disfrutar.

Se giró hacia el hombre que la sujetaba.

—Atadla bien, nos la llevamos.

Leandro se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

El hombre terminó de atar a Súa y comenzó a empujarla hacia el exterior de la finca; tiraba de su brazo sin delicadeza. Ella notaba la presión de sus dedos sobre el brazo clavándose en su carne. Sentía que la cara le ardía, la sangre no había parado de salir de su labio, y notaba el frío del suelo en los pies descalzos clavándose dentro; sin embargo, mantenía la mandíbula apretada negándose a regalarles un solo gemido de dolor. Internamente el terror le advertía que su situación era complicada, pero su mirada permanecía fija al frente, cargada de una dignidad que aquel bruto no lograba pisotear.

—¡Camina, zorra! —El hombre dio un tirón que casi la hace caer.

Leandro caminaba unos pasos por delante con calma. Llevaba las manos en los bolsillos del loden negro, saboreando la victoria. Una leve sonrisa de triunfo en su rostro y su paso pausado lo decían todo. Se llevaba su trofeo y no tenía ninguna prisa.

Un estruendo ensordecedor reventó el ventanal principal. El cristal estalló en mil pedazos.

Casi al mismo tiempo, la cabeza del hombre que sujetaba a Súa se desintegró cuando un proyectil le impactó de lleno en el cráneo, salpicando el rostro de Súa de arriba abajo. Ella se quedó paralizada; sentía el calor de la sangre y esa viscosidad de los restos del hombre resbalando por sus pómulos y metiéndose en la comisura de sus labios.

Su cuerpo reaccionó de un modo instintivo; se dejó caer a plomo, aprovechando que el peso muerto del cadáver ya no tiraba de su brazo. Se arrodilló sobre el suelo del porche, buscando hacerse pequeña mientras el rastro caliente seguía corriendo por su cuerpo; el miedo azuzaba su instinto de supervivencia haciéndola encogerse.

—¡Tirador! —bramó uno de los hombres, desenfundando el arma.

El desconcierto fue total. A Leandro se le borró la sonrisa del rostro de inmediato; abrió los ojos y, sacando las manos de los bolsillos, no esperó a nadie. Se dio la vuelta y salió a la carrera hacia

el todoterreno. Los dos primeros matones corrieron tras su jefe, buscando el vehículo como escudo.

Un segundo disparo rasgó el aire. El impacto dio de lleno en el pecho del hombre que corría a la derecha de Leandro. Fue tan violento que lo frenó en seco. Aquel hombre bajó la vista, mirando con incredulidad el agujero que humeaba en su pecho antes de desplomarse contra el suelo.

Leandro, ya parapetado tras la puerta del coche, hizo una seña desesperada al tercer asaltante, el que estaba más cerca de la entrada.

—¡Cógela a ella! ¡Tráela!

El hombre obedeció, corriendo hacia Súa con la intención de usarla como rehén. Súa, desde el suelo, limpiándose la sangre de los ojos con el hombro, divisó una figura moviéndose con agilidad detrás de un árbol. Nuevos disparos sonaron en la noche.

El primero impactó de lleno en la espalda del sicario que iba a por ella, derrotándolo al instante. El segundo proyectil se incrustó en el lateral del coche, justo a centímetros de la cabeza de Leandro, haciendo saltar esquirlas de pintura y metal. Un par más se perdieron en la inmensidad de la montaña, provocando un eco sobre sus cabezas.

Los hombres restantes abrieron fuego de cobertura, descargando sus armas hacia la figura que avanzaba con gran velocidad entre los árboles. Los proyectiles impactaban en los troncos y levantaban trozos de corteza, pero el hombre no se detenía.

Estaba a punto de alcanzar el porche cuando una bala le golpeó el brazo izquierdo. El impacto fue violento, haciéndolo girar sobre sí mismo. Rodó sobre el suelo y terminó cayendo a escasos centímetros de donde Súa permanecía encogiéndose bajo el fuego de los disparos.

Ella levantó la vista, parpadeando para limpiar la sangre que le tapaba los párpados. Abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Finalmente su voz salió como un hilo bañado de incredulidad:

—¿Dani? —Sus ojos se abrieron de par en par, incapaz de procesar la realidad.

No era posible que la persona que tenía delante fuera, precisamente, él.

Dani no respondió. Con el rostro contraído por el dolor y el brazo izquierdo inerte, apoyó el codo en el suelo y apuntó disparando una vez más. El balazo silbó en el aire y rozó la sien de Leandro, dejando un rastro de sangre en su mejilla.

—¡Sacadme de aquí! ¡Ya! —Se lanzó al asiento trasero, presa del pánico.

El conductor arrancó el todoterreno antes incluso de que la puerta estuviera cerrada. Los neumáticos chirriaron, levantando una nube de polvo y piedras mientras el otro matón vaciaba el cargador hacia la entrada, cubriendo la huida.

Dani no perdió un segundo. Ignorando el dolor de su brazo, agarró a Súa por el hombro con su mano útil y la arrastró con brusquedad hacia el interior de la casa. Cerró la puerta con el cuerpo, dejando fuera el estruendo del motor que se alejaba a toda velocidad.

El todoterreno rugió por última vez al cruzar la verja, desapareciendo en la oscuridad de la sierra.

El silencio volvió a la casa.

El ruido de los disparos, el motor del coche de Leandro y el griterío se perdieron entre las montañas y la noche, dejando un silencio casi más insoportable. El interior de la casa olía a pólvora y a sangre.

Dani se puso sobre Súa. Estaba pálido, con la frente empapada en sudor y un ligero temblor en el labio que delataba su pérdida de sangre. Empezó a desatar las cuerdas de sus muñecas con dificultad; el brazo izquierdo estaba casi inútil sobre la tela teñida por completo de rojo.

—¿Estás bien, Dani? ¿Qué tal el brazo? —Apenas le salió un hilo de voz.

—No es nada, Súa. Dime cómo estás tú. —No la miró, concentrado en los nudos.

Se detuvo un segundo fijándose en el labio hinchado por el golpe. Súa apartó la cara con un gesto instintivo; un sentimiento

profundo de vergüenza se apoderó de ella haciéndola sentirse incómoda.

—No es nada, déjalo. —Movió los dedos temblorosos tratando de ayudarle con las cuerdas, mientras desviaba la mirada—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo sabías?

—Nunca me fui del todo, jefa. —Su sonrisa terminó en una mueca de dolor—. Sabía que si me iba, este lugar se quedaría vacío. Y tú no puedes con todo, aunque creas que sí. Vi cosas raras. Conversaciones de Lucía. —Dani desvió la mirada hacia la mujer inconsciente en el suelo—. Pero bueno, ella hizo bien su trabajo incriminándome.

Súa dejó de tirar de las cuerdas y le miró a los ojos. Ante ella estaba el chico al que ella había despedido con desprecio y el hombre que acababa de recibir una bala por ella. La realidad era insoportable.

—Lo siento, Dani. De verdad. —Sus ojos cayeron al suelo mientras la voz se ahogaba en su garganta. Jamás había sentido semejante culpa presionándole el pecho, lo que la hacía sentirse pequeña, despojada de esa superioridad con la que siempre manejaba su vida.

El chico asintió, aceptando la disculpa pero restándole importancia con un gesto cariñoso.

—Tranquila. Déjame, anda.

Trató de desanudar la cuerda con el brazo izquierdo inconscientemente, lo que le provocó un pinchazo agudo e hizo que se le dibujara un gesto de dolor; apretó los dientes, pero logró liberarla. Súa no perdió un segundo. Se puso en pie, tambaleándose aún por el tiempo inmovilizada, y corrió a por el botiquín; sentía pinchazos en los brazos, pero no había tiempo para eso. Al regresar, intentó frotar sus manos contra el pantalón antes de abrir las gasas, pero los restos de aquel matón y los suyos propios no se iban. No era la curandera salida de Seúl segura de sí misma; era un desastre tratando de enmendar un error.

Se arrodilló frente a él y empezó a vendarle la herida. Era superficial; la bala solo había desgarrado un trozo de piel y músculo. Súa se concentró en la presión de la venda, apretando fuerte,

incapaz de sostenerle la mirada a Dani. Se dio cuenta de que lo había juzgado erroneamente; por primera vez no había sido capaz de ver en su interior, su intuición había fallado. Y no había sido una sola vez; se dio la vuelta y centró su atención en Lucía.

Dani se puso en pie soltando un quejido al tratar de ajustar el cabestrillo que Súa le había hecho con un pañuelo de seda rasgado. Miró hacia el exterior, donde la oscuridad parecía haber engullido el mundo.

—Voy a ver cómo están los hombres de fuera, Súa. ¿Necesitas que me quede?

Súa negó con la cabeza, todavía arrodillada.

—Ocúpate de ellos, por favor. Tráelos dentro en cuanto los tengas.

—Ok. —Dani hizo un gesto con la barbilla hacia la cocinera inconsciente sin dignarse a mirarla—. Ocúpate de ella tú. Y lávate, jefa. Pareces una carnicera saliendo del matadero.

Ella dejó entrever una leve sonrisa que no llegó a sus ojos, y vio cómo el chico salía al exterior cojeando ligeramente. El silencio volvió a caer sobre ella, roto solo por la respiración irregular de la mujer que estaba inconsciente en el suelo.

La coreana cogió una gasa limpia y se acercó a Lucía. Empezó a pasarla por su frente y después por la mejilla hinchada, limpiando la sangre seca con cuidado. Lucía soltó un gemido y abrió los ojos. Al encontrarse con los de aquella mujer, su rostro se contrajo por la vergüenza de tenerla de frente. Súa no la miró a los ojos; siguió limpiando las heridas de la cocinera con una calma desprovista de emoción.

—Tranquila. —La voz de Súa era hielo—. Ya pasó todo.

Súa la observó; sus ojos se endurecieron, a juego con la línea amarga que se dibujaba en su boca, reflejando la desilusión. Ver a Lucía allí, vulnerable y golpeada por el mismo hombre al que se había vendido, le provocó tanta lástima que las náuseas que le trepaban por la garganta ante la traición se relajaron un poco. Entendió que el veneno no había entrado por el ventanal roto ni por el chico que ahora se afanaba ayudando a los hombres fuera; se

había cocinado a fuego lento en su propia casa, entre recetas y sonrisas falsas.

—Lo siento… lo siento mucho —sollozó Lucía. Intentó agarrar la mano de Súa, pero ella la alejó rápidamente, dejando que los dedos de la mujer se cerraran en el aire—. Ellos… tienen a mi hija. Me amenazaron con ella.

La mano de Súa se detuvo con la gasa ensangrentada en ella. Dejó que el silencio hablara unos segundos clavando la mirada en la sangre del pómulo de la mujer y sintió una punzada de dolor por la estupidez de todo aquello. Terminó de limpiar el corte del pómulo y tiró la gasa sucia al suelo.

—Podrías habérmelo dicho. —Súa trató de ocultar la rabia tras los dientes—. Te habría ayudado. Habría quemado el mundo por ella si me lo hubieras pedido.

Lucía abrió la boca, ahogada en llanto, pero Súa ya no estaba escuchando. Se levantó lentamente y le dio la espalda.

—Pero preferiste venderme, *chingu.*[87]

Sin esperar respuesta, echó a andar. Caminó hacia la puerta para buscar la silueta de Dani en la oscuridad, dejando a la mujer sola a su espalda, bañada en lágrimas, hundida en su miseria.

La puerta se abrió de golpe, rompiendo la tensión que se había instalado en el salón. Dani entró arrastrando el cuerpo de Adrián; iban dejando un rastro oscuro sobre el parqué. El hombre apenas respiraba, con el hombro herido y la pierna destrozada. Dani lo llevaba pegado al cuerpo, apretando los dientes, tirando de él con el brazo sano.

Súa corrió a ayudarle, agarrando a Adrián por el otro lado.

—¡A la mesa! ¡Rápido! —Lo levantó realizando un gran esfuerzo —. ¡Hay que subirlo a la mesa!

Entre los dos, izaron el cuerpo inerte de Adrián sobre la mesa de madera del comedor. La sangre comenzó a empapar el mantel. Súa buscó el pulso en el cuello de Adrián; era débil, pero estaba ahí. Levantó la vista buscando a Juan en el marco de la puerta, esperando verle entrar detrás. Miró a Dani al ver que este no volvía a salir.

Él negó con la cabeza antes de que ella pudiera preguntar. Se apoyó contra la mesa, luchando por recuperar el aliento, con la mirada perdida.

Súa sintió un agujero devorándole el estómago. Juan muerto. Adrián desangrándose. Lucía traidora. El mundo se desmoronaba por segundos. Iba a decir algo, a gritar o a llorar, cuando un sonido lejano, pero inconfundible, se coló por el ventanal roto.

Sirenas.

Dani soltó el aire, cerrando los ojos.

—Ya están aquí, Súa. —Se dejó caer al suelo junto a la pata de la mesa—. Mantén la presión. Ya están aquí.

23. LO QUE QUEDA DE NOSOTROS

Nameun Geot (남은 것)

Mark se recostó contra el asiento del Toyota, pasándose las manos por detrás de la cabeza; su mirada se dejó ir tras las luces de la A6, que se convirtieron en líneas borrosas mientras Martín tomaba la salida hacia Cercedilla. El zumbido del motor era un arrullo agradable que acunaba perfectamente su estado de ánimo. Por primera vez en meses, la camisa no le apretaba el cuello y la sensación de asfixia había desaparecido.

Había conseguido la promesa del periódico. Les había ofrecido la gran exclusiva para unos días después y ellos le habían garantizado suavizar el artículo sobre su estado psiquiátrico. Mark sonrió a su propio reflejo en la ventanilla.

—Has estado cojonudo, Mark —dijo Martín, rompiendo el silencio con un par de palmadas al volante—. Te has comido a esos juntaletras sin pestañear. Parecías el dueño de esa sala.

Mark dejó salir una breve sonrisa y dio unos golpecitos sobre el salpicadero.

—Julián está contento, la verdad. Mañana le llevamos el informe a Ignacio y... joder, Martín. No puedo creer que por fin las cosas estén rodando. Me siento cuerdo. Siento que controlo mi mente, tío, en serio; no recuerdo ya cuándo fue la última vez que me sentí así.

Martín asintió, pero su mirada se endureció al tomar la salida hacia la carretera comarcal que llevaba a la finca. Suspiró profundamente y clavó la vista en el asfalto iluminado por los faros.

—Oye, Mark... sobre lo que os dije a Súa y a ti. —Martín bajó el tono, dudando de cómo empezar—. Sobre lo de anoche...

Mark levantó una mano, negando con la cabeza.

—Olvídalo ya, colega. Sabes que jamás le haría daño. Sabes cuánto la quiero. —Se giró para mirarle—. Ella lo es todo para mí. Lo de anoche. Eso es solo... es otra cosa. Es una necesidad, no es un vicio. Además, viejo Lobo, creo que no lo voy a necesitar más —dijo guiñando un ojo.

Martín abrió la boca para replicar, para decirle que a veces la línea es demasiado fina, pero las palabras murieron en su garganta. Al fondo, donde la carretera serpenteaba hacia la entrada de la finca, la oscuridad de la sierra estaba manchada por unos destellos azules y rojos inconfundibles.

Entornó los ojos, inclinándose hacia el parabrisas y apretando el volante con fuerza; un escalofrío le bajó por la nuca. Mark siguió su mirada y la sonrisa se le borró del rostro. Las luces de la policía y las ambulancias rebotaban contra los árboles y los muros que rodeaban su casa. ¿Cuántos había? ¿Cinco, seis vehículos?

—¿Es... es en casa? —La voz de Mark salió estrangulada.

Martín no respondió, solo apretó los dientes y pisó el acelerador.

—¡Joder, Martín, es en casa! —gritó golpeando el salpicadero—. ¡Acelera! ¡Joder, acelera!

La entrada de la finca era un caos. Tres coches patrulla de la Guardia Civil y dos ambulancias colapsaban la entrada. Una tercera pasó rozando el Toyota a toda velocidad, con la sirena aullando, perdiéndose carretera abajo.

Martín clavó los frenos, derrapando sobre la tierra. Antes de que el coche se detuviera por completo, Mark saltó fuera. Varios agentes de la Guardia Civil corrían de un lado a otro, acordonando la zona donde cuatro bultos yacían en el suelo, cubiertos por sábanas blancas y rodeados por los forenses.

Mark y Martín intercambiaron una mirada rápida. Aquello era una zona de guerra. De repente, Mark se quedó paralizado. En la parte trasera de una de las ambulancias, con el torso desnudo y un vendaje improvisado manchado de sangre en el brazo, estaba Dani.

A Mark le hirvió la sien. Sin pensar, salió disparado hacia él.

—¡Tú! ¡Hijo de puta! ¿Qué haces aquí? ¿Qué has hecho?

El técnico sanitario se apartó de un salto, asustado. Dos guardias civiles que estaban junto a Dani se pusieron en guardia, pero Martín fue más rápido. Interceptó a Mark, agarrándole por los hombros y frenando su embestida.

—¡Quieto, Mark! ¡Tranquilo! —Martín forcejeó para contenerlo mientras miraba fijamente al chico.

Dani ni se inmutó. A pesar de la palidez y del dolor visible en su cara, mantuvo la mirada fija en Mark con una calma llena de cansancio.

—Ella está bien. Está dentro. Y te necesita, jefe.

La rabia de Mark desapareció; de pronto volvió a pensar en lo que tenía dentro. Se soltó de Martín y, sin decir una palabra más, echó a correr hacia la entrada.

Martín se quedó un segundo atrás, recuperando el aliento. Miró a Dani, evaluando la situación, los cuerpos en el suelo y la sangre en el brazo del chico. Dani le guiñó un ojo.

Martín le señaló con el dedo índice, con gesto serio, de advertencia y respeto a partes iguales.

—Después… —dijo.

Algo en su instinto de viejo lobo le dijo que él no se había equivocado con el chaval; Dani no era el villano de esa historia. Asintió una sola vez y salió corriendo detrás de Mark.

Mark subió los escalones del porche de un salto, con el corazón golpeándole las costillas. Una agente de la Guardia Civil le cortó el paso en el umbral.

—¡Alto! —La agente levantó la mano nerviosa—. ¡Señor, espere, no puede pa…!

Mark ni la miró. Continuó sin parar hacia el interior de la casa. La mujer se giró, echando mano a la defensa, pero Martín llegó rápidamente y le puso una mano en el hombro.

—Déjele, agente —dijo Martín con voz de mando—. Es el dueño, y su mujer está dentro. Yo me encargo de responder a sus preguntas.

Dentro, el decorado era similar; había un par de guardias moviéndose por el salón sacando muestras de los impactos de la

pared. Olía a pólvora quemada y a algo más que le revolvió el estómago. El salón era un caos de cristales rotos y huellas de botas ensangrentadas.

Pero Mark solo buscaba una figura; la halló sentada en una silla del comedor, apartada.

Estaba quieta, con la mirada perdida. Una manta térmica plateada le cubría los hombros, mientras un ATS le hablaba en voz baja. A Mark se le heló la sangre al verla. Estaba totalmente bañada en sangre. La ropa, la cara, las manos...

—¡Súa! —gritó.

Corrió hacia ella y cayó de rodillas a sus pies. Sus manos volaron hacia su rostro, frenéticas, palpando sus brazos, su cuello, su torso, buscando desesperadamente el origen de tanta sangre, manchando su traje.

—¡Súa! ¡Mírame! —Tenía los ojos desorbitados por el terror—. ¿Estás bien? ¿Qué te han hecho? ¡Dímelo!

Ella parpadeó lentamente, como si despertara de un sueño profundo, y bajó la vista hacia él. Sus ojos verdes estaban secos. Le sujetó el rostro con las manos pegajosas, manchándole las mejillas.

—Tranquilo, Mark —dijo ella con tranquilidad—. Estoy bien. No es mía.

Mark la miró a los ojos. Soltó el aire que le quedaba en los pulmones y la estrechó contra su pecho, enterrando la cara en su cuello, sin importarle la sangre ni el olor.

Súa se dejó abrazar, relajándose al fin, desmoronándose al sentir al hombre que amaba cerca suyo, y comenzó a llorar.

El momento duró unos pocos segundos. Unos pasos se acercaron a ellos, rompiendo la burbuja. Un capitán de la Guardia Civil se detuvo junto a la silla, seguido de cerca por un Martín que intentaba ganar tiempo.

—Señor Olsten. —El capitán se acercó con tono grave—. Lamento la situación, pero necesito hacerle unas preguntas a su mujer.

Mark resopló, haciendo ademán de levantarse para cortar la conversación, pero Súa le puso una mano sobre el hombro, mirándole suavemente.

—Diga, capitán. Pero ya les he contado todo lo que sé a sus agentes —dijo ella, con la voz serena a pesar del caos.

—Lo sé, señora, y disculpe; sé que necesita lavarse y descansar. —El oficial se acercó, con la libreta abierta—. Pero necesito saber si tiene alguna idea de cómo han entrado. Los sistemas de seguridad no fueron forzados desde fuera. ¿Tiene idea de quiénes podrían ser?

Súa desvió la mirada hacia un rincón del salón, donde un sanitario atendía a Lucía. La cocinera estaba pálida, con la mirada clavada en el suelo, tensa. Ambas sabían lo que significaba esa pregunta. Súa se quedó en silencio un segundo, el tiempo justo para que Lucía sintiera el frío en el cuerpo, y luego apartó la vista hacia el capitán.

—No tengo idea de cómo consiguieron entrar, señor. Tampoco de qué buscaban —mintió con frialdad—. Sobre quiénes eran, sé que uno de ellos se llama Leandro.

—¿Leandro? —interrumpió Mark. El nombre actuó como un resorte, haciendo que de inmediato se le torciera el gesto y apretara los puños con fuerza—. ¿Ese maldito hijo de puta? ¿Qué te ha hecho? Si te ha puesto la mano encima, juro que…

—No ha pasado nada, Mark. Tranquilo. —Apretó su hombro cortándole.

El capitán frunció el ceño, deteniendo el bolígrafo sobre el papel.

—Señora, piénselo bien. —El oficial se inclinó ligeramente—. Ha sufrido un trauma severo. ¿Está totalmente segura de que era ese hombre? ¿Sin ninguna duda?

Súa sostuvo la mirada del policía sin pestañear.

—Conozco a Leandro. Sé quién es, sé cómo suena su voz y sé que era él quien daba las órdenes. No tengo ninguna duda, capitán.

—Leandro García Robles… —aclaró Mark—. Es agente literario. Fue mi agente.

El capitán cerró la libreta de golpe.

—Está bien. —El capitán se giró hacia uno de sus hombres—. Martínez, transmita a central. Quiero la ubicación de ese sujeto para ayer. En cuanto lo tengan localizado, que lo trasladen a comandancia y me den novedad de inmediato.

El agente asintió y salió corriendo hacia el coche patrulla. El capitán se volvió hacia la mujer.

—Tengo un par de preguntas más, señora.

Mark negó, respirando con dificultad, tratando de mantener la compostura.

—Capitán, con todo el respeto. Mi mujer ha sido atacada y golpeada. Creo que hemos sido muy colaboradores, no quisiera tener que llamar a mi abogado. No va a declarar más hoy. ¿Podría dejarla descansar?

El capitán apretó la mandíbula, evaluando a Mark y la situación. Finalmente, cerró la libreta y asintió.

—Está bien. Mañana a primera hora en comandancia. Y no salgan de la provincia.

En ese momento, dos sanitarios ayudaron a Lucía a levantarse para llevarla a la ambulancia. Súa se puso en pie, se acercó a ella y la llamó.

—Lucía.

La mujer se detuvo, temblando. Súa se inclinó hacia ella, hablando muy calmada, solo para sus oídos.

—Haré todo lo que pueda por ella. Pero no vuelvas más.

Súa se giró y volvió con Mark sin esperar respuesta. A su espalda, Lucía, totalmente derrotada, se dejó llevar fuera de la casa, desapareciendo en una ambulancia sin levantar la vista del suelo.

Martín apareció subiendo las escaleras del sótano con el rostro desencajado. Cruzó el salón esquivando a los últimos agentes de la Benemérita y buscó los ojos de Mark. No dijo nada, solo le lanzó una mirada penetrante y le hizo un gesto con la cabeza señalando hacia el exterior.

—Espérame un minuto, Súa. —Mark le soltó la mano con suavidad.

Súa asintió, dejando hacer a la ATS que le estaba retirando la manta térmica de los hombros y evaluando sus constantes.

—¿De verdad no necesita nada más, señorita? —preguntó la sanitaria—. ¿Algún calmante?

—No, muchas gracias. —Súa se miró las manos manchadas—. Me gustaría ducharme. ¿Es posible ya?

La ATS asintió y se separó dejándola tranquila.

Fuera, el aire frío de la sierra rodeó a los dos hombres. Martín le esperaba en el porche y le puso una mano en el hombro.

—Han entrado en el sótano, Mark —dijo Martín en voz baja, para que los policías cercanos no oyeran—. Han reventado la caja fuerte.

Mark sintió que las rodillas le flaqueaban. Se apoyó contra la pared de piedra, sintiendo cómo la derrota le caía encima como un mazo.

—¿Se han llevado el informe?

—Eso no es todo. —Martín negó con la cabeza—. Se han llevado todo: los documentos y las fotos que tenías guardadas junto al informe y han subido al despacho. Tu ordenador está destrozado, Mark. Le han sacado el disco duro a golpes. Sabían exactamente dónde buscar.

—Estamos jodidos —susurró Mark, pasándose las manos por la cara—. Tienen todo.

—Muy jodidos, sí —confirmó Martín.

Ambos se quedaron en silencio. Mark comenzó a dar paseos nervioso, tratando de pensar en una estrategia. De repente, más adelante vio cómo los sanitarios ayudaban a Dani a subir a la ambulancia.

Mark se detuvo. Miró al chico y la vergüenza le quemó en la garganta. Se acercó a la ambulancia antes de que cerraran las puertas. Dani le miró desde la camilla.

—Gracias. De verdad.

Dani esbozó media sonrisa.

—Ya se lo dije, jefe. Si pierde la llave, asegúrese de tener cerca a un Rivas. ¿Qué tal está ella?

Mark le puso la mano con cuidado en el hombro sano.

—Está bien, Dani. Gracias a ti. No sé cómo pedirte perdón por todo lo que te hemos hecho. En cuanto estés bien, si quieres, esta casa está abierta para ti. Tu puesto y un aumento.

Dani asintió, agradecido, y se recostó en la camilla. Mark se dio la vuelta, incapaz de sostener la mirada del chico por más tiempo, y

volvió al interior de la casa, buscándola a ella.

Martín se quedó allí un momento más, bloqueando la puerta de la ambulancia con el cuerpo antes de que el conductor pudiera cerrarla. Le miró con un brillo de orgullo en los ojos.

—Sabes que siempre lo supe, chaval. —Martín le puso una mano en el hombro ileso—. Hoy has demostrado que no me equivoqué contigo. Tienes los huevos de un oso. Te quiero conmigo aquí, cuanto antes.

Dani sonrió profundamente.

—Eso está hecho, jefe.

Mark entró en la casa, pero la silla estaba vacía; no estaba allí. El pánico le encogió el estómago.

—¿Súa? —Se volvió hacia la sanitaria que cerraba un botiquín.

—Ha subido a ducharse, señor. Dijo que necesitaba limpiarse.

Mark soltó el aire de los pulmones, asintiendo. El salón se empezaba a vaciar, pero la presencia policial seguía siendo opresiva. El capitán se le acercó antes de que pudiera llegar a la escalera.

—Señor Olsten —se disculpó el oficial—. Mis hombres se quedarán un rato más por aquí, terminando de recoger pruebas en la planta baja y el jardín. Pueden ir a la planta de arriba sin problema; esa zona ya está libre. No les molestaremos, pero recuerden acudir mañana, por favor.

Mark asintió, incapaz de articular palabra, y se dirigió a su habitación. Al llegar al pasillo, se detuvo frente a la puerta entreabierta de su despacho. Empujó la hoja de madera con desgana y lo que vio le cortó la respiración.

El lugar estaba devastado. El portátil yacía en el suelo, reventado, y los cajones estaban volcados. Mark se apoyó en el marco de la puerta, agotado. Aquella estancia era un vacío que olía a derrota.

Cerró la puerta y caminó hacia el dormitorio.

노 리 개

En el baño, Súa luchaba contra su propia oscuridad. Bajo el chorro hirviendo de la ducha, se frotaba la piel con fuerza, casi con violencia, tratando de borrar sus recuerdos; sentía pegadas a su piel

las manos de Leandro, la suciedad de la traición de Lucía y el miedo pegado a sus poros. Quería arrancárselo todo, borrar el recuerdo hasta que no quedara nada.

Mark entró en la habitación, que estaba en penumbra. Se quitó la chaqueta, dejándola caer sobre una silla, y se acercó a la ventana intentando calmar sus pensamientos. Entonces lo oyó: un quejido roto saliendo del baño.

Entró sin llamar. El vapor empañaba el espejo y el cristal de la mampara. La vio allí: derrotada, indefensa. Estaba hecha un ovillo en el suelo del plato de ducha, con las rodillas pegadas al pecho, temblando. El agua se arremolinaba en el desagüe, teñida de un rosa pálido, y ella lloraba.

Mark no se lo pensó. Abrió la mampara y entró vestido bajo el chorro de agua caliente. La camisa y el pantalón se le pegaron al cuerpo al instante. Se agachó, dejándose caer sobre el suelo mojado, y la envolvió con sus brazos, atrayéndola hacia su pecho.

Al sentirle, Súa se rompió del todo. Soltó un hipo ahogado y se aferró a la camisa mojada de Mark con desesperación. El llanto se volvió convulso, gutural, sacudiéndole el cuerpo entero. Lloró todo lo que había contenido: el miedo, la rabia, la vergüenza. Mark no dijo nada. Solo la sostuvo con fuerza, meciéndola bajo el agua que caía de la ducha, dejando que ella vaciara todo el dolor contra su pecho mientras el agua se llevaba la sangre y las lágrimas por el desagüe.

24. CENIZAS

Jae (재)

Mark abrió los ojos con la sensación de haber luchado en una batalla; la pesadez en los párpados apenas le permitía ver con claridad. Tardó un par de segundos en centrar la vista. Sintió la rigidez de su ropa; aún llevaba puesta la camisa y el pantalón del día anterior, sucios y arrugados tras haberse secado sobre su cuerpo durante la noche. Notó su cuerpo bajo su abrazo; a su lado ella dormía profundamente, desnuda bajo el edredón blanco que subía y bajaba al ritmo de su respiración.

Mark se quedó quieto unos segundos, observándola. La luz de la mañana se filtraba por las rendijas de la persiana e iluminaba su rostro. A pesar del hematoma violáceo que le manchaba el labio, parecía en paz. Mark recordó cómo la había sacado de la ducha la noche anterior: la había llevado en brazos, goteando, con la cabeza apoyada en su hombro, totalmente rendida, vacía y adormilada tras el largo llanto. La había llevado a la cama y, sin dejar de abrazarla, se habían quedado dormidos.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. A pesar del caos, de lo que le habían quitado y del miedo, lo más importante no se había perdido. Ella seguía ahí.

Se levantó con cuidado para no despertarla, sintiendo cómo sus articulaciones se quejaban, y caminó hacia el baño. Necesitaba quitarse esa sensación de asco y derrota.

Entró en la ducha y abrió el grifo al máximo. El agua caliente golpeó su espalda relajando los músculos, limpiando el cuerpo. Mark apoyó la frente contra los azulejos de la pared, cerró los ojos, dejando que el vapor entrara en sus poros. Sabía que había perdido mucho en las últimas doce horas: su seguridad, sus secretos, su

coartada médica. La partida había cambiado; ahora era él quien estaba en jaque, el rey estaba expuesto.

Un temblor de piernas le invadió momentáneamente y su mente le traicionó.

Un *flash* cegador le golpeó detrás de los párpados. De repente, no estaba en su baño; estaba en una mazmorra, atado. Sintió el roce de las cuerdas en las muñecas, el olor al perfume caro y podrido de Sonia. Bajó la vista hacia su pecho y, por una fracción de segundo, creyó ver la tinta roja brotando de sus poros, escribiendo palabras de propiedad sobre su piel mojada: *Mi propiedad. Esclavo. Perro*.

Mark jadeó, frotándose el pecho con violencia para borrar las letras que no desaparecían. El corazón amenazaba con partirle el pecho.

—No —gruñó, abriendo los ojos, mirando su pecho y muñecas, forzándose a volver a la realidad.

El recuerdo de la mujer que dormía en la habitación contigua actuó como un ancla. Ella no era un recuerdo; era real, cálida y estaba allí. Mark respiró hondo, dejando que el agua se llevara la alucinación. Tenía que seguir luchando. Por ella, por todo lo que había sacrificado para que él se curara. Simplemente porque la amaba.

Salió del baño, secándose el pelo con una toalla. Súa ya estaba despierta, sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, mirando fijamente la persiana bajada que bloqueaba el mundo exterior. Al oír abrirse la puerta, giró la cabeza hacia él. Mark sintió cómo sus ojos verdes se le clavaban.

Súa sonrió; una sonrisa cansada, llena de agradecimiento, pero cargada de amor. Sin dejar de mirarle, dejó caer el edredón hasta la cintura, exponiendo su piel desnuda, y abrió los brazos invitándole a acercarse.

Mark cruzó la habitación, se sentó en el borde del colchón y hundió la cabeza en el hueco de su cuello, abrazándola y respirando su olor. Sintió los dedos de ella enredándose en su pelo húmedo, acariciándole con una ternura que le hizo olvidar las pesadillas que le habían atormentado en la ducha.

—*Saranghae*, Mark —susurró ella contra su oreja.

Mark cerró los ojos, perdiéndose en su voz.

—Esto se ha acabado, Mark. —Se endureció; no quedaba rastro de la mujer derrotada que lloraba bajo el agua—. No quiero seguir escondiéndome de ese hombre ni sintiendo la amenaza de esa mujer en tu mente. Es hora de que ataquemos nosotros.

Mark se separó lo justo para mirarla a la cara. La incredulidad se mezclaba con la admiración. Había esperado encontrarla rota, pero Súa estaba tomando el mando de nuevo.

—¿Cómo puedes ser tan fuerte, *yeobo*? —Le acarició la mejilla con la mano—. Tienes razón. Es hora de dejar de escondernos. Es hora de dejar de ser presas y comer nosotros.

Súa le sostuvo la mirada, entendiendo perfectamente la referencia. Mark no hablaba solo de defenderse; hablaba de usar la misma oscuridad que Sonia había plantado en él, pero esta vez como arma. Le dio un beso prolongado en los labios y se puso en pie, volviendo al baño.

Súa se acercó y, dándole un azote, se metió a la ducha mientras él terminaba de asearse.

Él salió del baño.

—Te espero abajo. Voy a llamar a Ignacio para que nos acompañe a la comandancia de la Guardia Civil. Quiero que esté presente hoy, y quiero que empecemos a planificar nuestro siguiente movimiento antes de que ellos den el suyo.

Mark bajó las escaleras y se encontró con el desastre. El salón seguía siendo un caos: manchas de sangre seca sobre el suelo, el polvo gris de la Guardia Civil cubriendo los muebles como ceniza, sillas volcadas y en el suelo, sobre un charco oscuro que despedía un fuerte olor a alcohol, los restos de la botella de Macallan.

Se quedó mirando el cristal roto. Aquella botella era un símbolo. Leandro no solo quería destruirle; quería arrebatarle cada logro, cada ganancia, cada gramo de éxito que hubiera conseguido. Siempre quiso eso. Quería su dinero, su fama y, ahora, quería a Súa.

Con una mueca de odio absoluto, Mark le soltó una patada a los restos de la botella, que se estrellaron contra el rodapié haciéndose

añicos. El impacto levantó un fuerte aroma a alcohol. Mark se quedó un instante observando cómo el líquido que aún quedaba en los fragmentos empapaba la madera del suelo, ensuciándolo todo. Dio media vuelta y entró en la cocina, apretando los dientes; se preparó un café cargado y puso a calentar agua para ella.

Al poco, bajó Súa. Se sentó a la mesa de la cocina en silencio, con la mirada perdida. Mark le puso la taza delante y se apoyó en la encimera, dando un sorbo al café amargo.

—No entiendo cómo consiguieron entrar de un modo tan limpio. —Mark pensaba en voz alta, frustrado—. Las alarmas no saltaron.

Súa miró hacia la ventana, evitando sus ojos. No respondió de inmediato.

—Mark —dijo ella de repente—. Hay algo que debes saber.

Mark dejó la taza sobre la mesa y la miró.

—Leandro tiene a la hija de Lucía. Y quiero que hagamos lo posible por ayudarla.

Mark se quedó boquiabierto. La información fue un bofetón; las piezas del puzle encajaron perfectamente, haciendo que la luz se encendiera en su cabeza. La puerta abierta. El silencio. Lucía.

—Entonces… —empezó a decir, sintiendo la traición en la garganta.

—Entonces nada, Mark —cortó Súa de un modo inapelable—. No hay nada más. Cualquier duda que despejes, cualquier acusación que hagas a la policía sobre ella, será una amenaza directa, un clavo sobre el ataúd de esa familia. Pero quiero que sepas que ella no volverá aquí más.

Mark apretó la mandíbula. Cruzó la mirada con Súa y entendió el peso de lo que le pedía: un silencio por una vida. Perder una oportunidad de oro para acusar por humanidad. Se tragó la rabia y respiró hondo.

—Está bien. —Cerró el tema con frialdad—. Ignacio nos espera en el cuartel y Martín está allí ya. Te espero fuera. Cuando estés lista, nos vamos.

Mark salió al porche buscando un poco de aire. El aire frío de la sierra le golpeó la cara, pero no fue suficiente para apagar la rabia

que le subía por el cuello. El exterior mantenía el mismo caos que el interior: cintas policiales rotas y huellas de botas en el barro. Dos coches de la Benemérita seguían aparcados junto a la entrada haciendo guardia.

Al bajar los escalones, Mark vio algo en el suelo, medio enterrado en la grava. Un paquete de tabaco pisoteado y una caja de cerillas que alguien había olvidado ahí. Se agachó como un autómata. Sacó un cigarrillo arrugado, lo alisó con los dedos y encendió una cerilla.

Lucía, pensó mientras acercaba la llama. *No puedo creerlo. Joder, todo esto… no puedo creerlo*.

Dio una calada profunda. El humo le abrasó los pulmones y tosió con fuerza, doblándose por la cintura, sintiendo el picor en la garganta y el mareo instantáneo de la nicotina. Miró el cigarro con asco.

—Seis años y vienes a joderme de nuevo ahora —murmuró para sí mismo, hablándole al cigarro.

Se llevó el cigarro a la boca y dio otra calada, más larga esta vez, dejando que el humo gris se llevara su rabia.

노 리 개

Mark y Súa esperaban en el pasillo, aguardando a que el abogado terminara de sellar los últimos documentos, cuando se abrió la puerta de entrada. Un guardia civil acompañaba a una figura pequeña y encogida.

Era Lucía.

La mujer se sentó en el banco de enfrente con la cabeza gacha. La vergüenza le impedía levantar la vista del suelo. Mark le clavó una mirada de rabia, sintiendo cómo se le tensaban los músculos del cuello. Quería gritarle, preguntarle por qué, pero Súa se limitó a apartar la mirada, como si Lucía no existiera.

El guardia se acercó a la mujer con una carpeta en la mano.

—Señora, ¿va a venir su abogado? —preguntó mientras hojeaba el atestado—. Tiene derecho a estar asistida si se siente más segura.

Lucía negó con la cabeza, sin fuerza, temblando.

—No tengo, señor.

—Está bien. Enseguida la pasamos.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y salió Ignacio, guardando su pluma en el bolsillo de la chaqueta.

—Bueno, Mark. Un par de trámites más y nos vamos a casa. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Súa se levantó de golpe, interceptando al abogado antes de que pudiera dar un paso más. Se acercó a él bajando la voz.

—*Byeonhosanim.*[88] —Fijó sus ojos en los del hombre—. Necesito que haga algo por mí. Por nosotros.

Ignacio parpadeó, sorprendido.

—Dígame, señora. ¿Qué ocurre?

—Quiero que entre con ella —dijo Súa, señalando discretamente a Lucía—. Quiero que la asista en su declaración. Y escúcheme bien: consiga que no cuente nada. Que su testimonio sea lo más vago posible. Que diga que estaba asustada, que no vio nada, que no recuerda nada. Que guarde silencio sobre los detalles.

Ignacio frunció el ceño y soltó una risa nerviosa de incredulidad. Miró a Mark buscando apoyo, esperando que él pusiera cordura en la situación. Mark abrió la boca para replicar, para decir que eso era una locura, pero Súa le puso la mano sobre el muslo, apretando con fuerza. Fue un gesto imperceptible para el resto, pero para Mark fue una orden: *Confía en mí*.

Mark cerró la boca, tragó saliva y asintió levemente hacia Ignacio.

—Pero, señora, eso no tiene sentido —protestó Ignacio—. Esa mujer es la testigo clave. Si entro yo y hago que se calle, nos estamos disparando en el pie. Necesitamos que hable para saber cómo entraron.

Súa dio un paso más hacia él.

—Por favor, *Byeonhosanim*, hágalo. —Sus palabras pedían un favor, pero el tono era el de una orden—. No haga preguntas ahora. Esa mujer está a punto de derrumbarse. Si entra sola, dirá cosas que no nos convienen. Necesito que controle su pánico. Evite que hable de más. Solo consiga que sea una víctima más y sáquela de ahí.

Ignacio miró alternativamente a Mark y a Súa. No entendía el juego. Suspiró, asintió y se giró hacia el guardia civil.

—Agente, espere. —Ignacio alzó la voz—. Yo asistiré a la señora. Es empleada de la familia.

Súa vio cómo Lucía levantaba la vista, aterrorizada y confundida, mientras Ignacio la guiaba hacia el despacho, poniéndola al día.

A la salida del cuartel, el día les recibió con lluvia. El tiempo parecía acompañar su estado de ánimo con el gris del cielo y el frío metiéndose en los huesos. El grupo se detuvo junto a los coches, con pesadez, tratando de organizar sus próximos movimientos. Martín se ajustó la chaqueta, sacando las llaves; estaba acelerado y mantenía la mirada fija en el suelo.

—Mark, voy al hospital a buscar al chaval. No voy a dejar que se coma este marrón solo, se lo debo. Lo traigo para declarar en cuanto le den el alta y... —No dio opción alguna; no pensaba permitir que el chico estuviera solo—. Voy a llevarlo a casa.

Mark asintió. Entendía la lealtad de Martín; además, él también sabía que tenía una deuda impagable con él. Se giró hacia Ignacio, que acababa de salir guardando la carpeta de la declaración de Lucía.

—Ignacio, vete con Martín —ordenó Mark—. Dani disparó anoche y se cargó a un par de los asaltantes. Necesito que te ocupes de él. Fue defensa propia dentro del domicilio y él es de mi personal de seguridad. Quiero que salga de ahí hoy mismo.

—Saldrá, Mark, pero ten claro que saldrá con cargos. Hay cadáveres de por medio. —El abogado cerró el maletín con pragmatismo—. Alegaremos defensa proporcional y cumplimiento del deber para evitar la prisión preventiva. Dormirá en casa esta noche; el juicio para limpiarle el expediente ya lo ganaremos más adelante.

—Hazlo.

—Descuida. Sacaré al chico de inmediato —prometió el abogado antes de subir al coche con Martín.

Mark y Súa se quedaron solos. Subieron al Lexus en silencio. Mark arrancó el motor y el sonido de los neumáticos sobre el asfalto

mojado llenó el habitáculo durante los primeros kilómetros, hasta que no pudo aguantar más. Apretó el volante con fuerza.

—¿Por qué lo has hecho? —Mark no apartó la vista de la carretera—. ¿Por qué has impedido que la interrogaran de verdad? Esa mujer nos vendió, Súa. Abrió la puerta a Leandro.

Súa miraba por la ventanilla, viendo pasar el exterior.

—No lo hice por ella, Mark. Lo hice porque Lucía es el eslabón débil. Si la aprietan, se derrumba. Si confiesa que abrió la puerta bajo coacción, la Guardia Civil la detiene como cómplice necesaria. Y si la detienen, Leandro sabrá que ha confesado.

Mark frunció el ceño, intentando seguir su lógica a través de la rabia.

—¿Y qué importa? Que se pudra en la cárcel.

—Importa porque Leandro tiene a su hija —dijo Súa—. Si Lucía cae, esa chica se queda a merced de él. —Súa dudó un segundo—. Necesitamos que él piense que no sabemos nada. El silencio es su única posibilidad ahora mismo.

Mark soltó el aire, golpeando el volante con la mano. Odiaba admitirlo, pero ella tenía razón. No solo era piedad; sabía que Súa no podía permitir que una inocente pagara los platos rotos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mark, más calmado—. ¿Desaparece?

—Le he dado dinero —confesó Súa—. Lo suficiente para que desaparezca unos días, y le he prometido que haremos lo posible por sacarla de las garras de Leandro. Es mejor así.

Mark asintió, tragándose la rabia, y aceleró. La conversación estaba cerrada. Lucía ya era pasado. Ahora tocaba enfrentarse a lo que les esperaba en casa.

Al enfilar el camino de grava de la entrada, la finca les recibió con una calma que sabían que no era real. Los coches de la Guardia Civil ya no estaban, pero las huellas de los neumáticos en el barro y las cintas policiales rotas en el seto recordaban que aquello ya no era un hogar, sino una escena del crimen.

Un coche conocido estaba aparcado en la entrada. Un Mercedes negro, manchado de barro. Julián estaba fuera, de pie, resguardado

bajo el alero de madera. Fumaba con nerviosismo, dando caladas cortas y rápidas.

Mark detuvo el Lexus y bajaron. El aire olía a tierra mojada y a pino, pero a Mark se le antojó un olor sucio. Julián tiró la colilla al suelo y la pisó con fuerza al verles. Su rostro estaba desencajado, mostrando unas ojeras marcadas.

—Vamos dentro —dijo con seriedad. Ni siquiera saludó.

Entraron en el salón. La calefacción estaba apagada y hacía frío. La luz se colaba por el ventanal roto, iluminando el polvo de huellas dactilares que la científica había dejado por todas partes. El olor a alcohol rancio de la botella de Macallan seguía flotando en el ambiente. Julián se quedó de pie en medio del desastre, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina, mirando una silla volcada.

—Julián. —Mark rompió el silencio, temiéndose lo peor—. Suéltalo ya.

El editor suspiró, pasándose una mano por la cara.

—Han encontrado el cuerpo del doctor Ramos. —Dejó caer la frase como una losa—. Fue ayer por la mañana. Al parecer sufrió un infarto mientras conducía por la comarcal. El coche se salió en una curva.

Mark sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Se apoyó en el respaldo del sofá para no perder el equilibrio.

—Me he enterado hoy. Estaba tratando de llamarle en cuanto me he enterado de esto —continuó Julián, señalando el salón—. Lo están considerando muerte natural, Mark. Un accidente desgraciado.

Mark cerró los ojos, procesando la cronología. Ayer por la mañana. Antes de que todo empezara.

—Es mentira. —Mark negó, rotundo—. No fue un infarto. Ha sido cosa de Leandro.

Súa, que se había mantenido al margen, asintió hastiada. Todo encajaba de un modo cristalino.

—Piénsalo —continuó Mark, empezando a caminar por la habitación, esquivando los destrozos mientras su mente trabajaba a toda velocidad—. Ayer por la mañana le quitan de en medio. Limpian

el único cabo suelto de su plan. Y por la tarde, vienen a rematar la faena aquí para robar la copia.

Se detuvo frente a la chimenea apagada.

—Han limpiado el tablero antes de atacar. Si Ramos está muerto, no hay forma de conseguir el informe original de nuevo. El único archivo que queda es el que robaron anoche.

Julián asintió gravemente.

—La cosa está muy difícil, Mark. Jodidamente difícil. Sin Ramos para desmentirlo, los informes robados y los historiales de la clínica de Suiza son munición real. Si filtran eso a la prensa o se lo presentan a un juez te destruyen. Te pintarán como un inestable peligroso.

Súa no podía parar. Empezó a pasear de un lado a otro del salón, como una leona en una jaula.

—Maldito sea ese hombre. —Apretó los dientes—. Es una sombra continua sobre nuestra vida. Da igual lo que hagamos, siempre va un paso por delante.

Mark la miró. Vio la angustia en sus hombros y la impotencia en sus puños cerrados.

—No haremos nada estúpido todavía. —Cortó el pánico de raíz—. Vamos a esperar. Necesitamos a Martín y a Ignacio aquí. No moveremos ni un dedo hasta que estemos todos para decidir la estrategia.

Poco después de comer, el Toyota de Martín atravesó la verja de entrada. La lluvia había cesado, dejando un ambiente plomizo.

Bajaron del coche. Dani venía con el brazo izquierdo en cabestrillo y un vendaje asomando por el cuello de la camiseta. Mientras caminaban hacia la casa, Martín le dio una palmada en la espalda llena de camaradería; parecía un padre orgulloso de que su hijo hubiera ganado un trofeo escolar. Ignacio cerraba la marcha, ajustándose la corbata con aire triunfal.

—Os dije que lo sacaba. —El abogado alardeó de su eficiencia nada más pisar el porche—. No han tenido más remedio que firmar la libertad provisional sin fianza. Defensa propia de manual.

Entraron en el salón. Nada más ver al chico, Súa se acercó a él. Su postura cambió al instante; colocó sus manos cruzadas sobre el vientre y realizó una inclinación de cabeza profunda y respetuosa.

—Daniel-ssi —dijo ella con una gravedad absoluta—. Lo lamento de veras. Solo espero que puedas perdonarme. De no ser por ti, yo no sé si...

El chico, que se sintió abrumado por la formalidad, la cortó en el acto con una sonrisa incómoda.

—No pasa nada, jefa, en serio. Entiendo que todo me apuntaba a mí. Me alegro de haber llegado a tiempo para parar a esos cabrones. Es mi trabajo.

Mark se acercó y le dio una palmada agradecida en el hombro sano, lo que hizo que Dani soltara una pequeña mueca de dolor.

—Muchas gracias, Rivas —dijo Mark, usando su apellido como señal de respeto—. Lo que necesites, pídelo. Estás en tu casa y espero que sea así por mucho tiempo.

—Gracias, señor Olsten. Pero creo que necesitamos café y un plan.

Cinco minutos después, estaban todos alrededor de la mesa baja del salón, apartando los cristales rotos para apoyar las tazas de café humeante. La conversación se volvió atropellada, nerviosa, saltando de un tema a otro sin descanso.

—Lo he mirado todo tres veces. —Ignacio se frotó los ojos—. Sin el informe original de Ramos, el recorrido legal está muy complicado. Y sobre el asalto, no hay huellas en la casa, Mark, no hay nada. Esos tíos eran fantasmas. Va a ser jodido incriminar a Leandro en el ataque sin pruebas físicas.

—Yo tengo el certificado de defunción de Sonia. —Martín golpeó la mesa con un dedo—. Es falso. Eso es un delito.

—Es perfecto, sí —replicó Ignacio, frustrado—, pero para usarlo primero hay que demostrar que ella sigue viva. Si presentamos eso y ella no aparece, deja de ser falso ante un juez. Necesitamos el cuerpo del delito, y el cuerpo es Sonia viva.

Julián, que fumaba compulsivamente junto a la ventana rota, echó más leña al fuego.

—Y la prensa no espera, Mark. Me están friendo el teléfono. Quieren la exclusiva que les prometiste y quieren saber qué ha pasado aquí. Si no hablamos ya, van a empezar a especular. Te van a machacar; dirán que todo esto demuestra tu inestabilidad mental. No nos viene bien este silencio ahora.

Mark se levantó, incapaz de quedarse sentado. Se pasaba las manos por el pelo, notando cómo crecía el dolor de cabeza.

—¿Qué coño vamos a hacer? —lanzó la pregunta al aire—. Nos tienen cogidos por los huevos.

—Lo primero es encontrar a Sonia —dijo Martín—. Y puede que yo tenga un hilo del que tirar.

—Necesitamos ser contundentes —interrumpió Súa, con los ojos brillantes—. No podemos ir caso por caso. Si conseguimos unir que Leandro atacó la finca, que ha coaccionado a Lucía y... si tenemos suerte, podríamos sacar a colación lo que ocurrió en Corea.

—Súa, lo de Corea va a ser muy difícil, ya se intentó. —Ignacio movió la cabeza—. Pero al final todo suma. Si creamos un patrón de conducta...

—¡No tenemos tiempo para patrones! —exclamó Mark, deteniéndose en seco—. Necesitamos actuar ya.

El silencio cayó sobre el grupo; todos se miraban entre sí. Mark señaló a cada uno de ellos y tomó el mando.

—Martín. Trata de encontrarla. Tira de ese hilo, sea el que sea, como si tienes que sacar la madeja entera. Es la prioridad absoluta.

El Lobo asintió.

—Julián. —Su dedo apuntó al editor—. Tú gestiona a la prensa. Miente, inventa, diles lo que sea. Danos un par de días más. Cómpranos tiempo.

—Lo intentaré —masculló Julián—, pero no prometo milagros.

—Y tú, Ignacio. —Se giró hacia el abogado—. Busca la forma. Algo tiene que haber. Algún punto que se les haya pasado por alto, alguna contradicción. No me creo que hayan cometido el crimen perfecto.

La reunión comenzaba a disolverse; la sensación de batalla a punto de iniciarse pesaba en el ambiente, haciendo que sus movimientos fueran lentos y cansados. Súa, movida por un impulso

nervioso incapaz de contener, empezó a levantar las sillas volcadas del suelo, tratando de poner orden en el caos de su alrededor, ya que no podía hacerlo en su interior. Ignacio recogía los papeles esparcidos por la mesa y Martín apuraba el último trago de café frío, con la mirada perdida en la ventana rota. Dani, agotado y sintiendo punzadas en el brazo, se dejó caer en el sofá, mientras Julián descolgaba su abrigo del perchero sin decir nada.

De repente, una melodía rompió ese ambiente derrotado, sustituyéndolo por una sensación de alarma. El teléfono de Mark vibró sobre la mesa; un zumbido que cortó el aire como un disparo.

Todos se quedaron inmóviles. Mark miró la pantalla iluminada: Número Oculto.

Sintió una presión en el pecho como una mano que le apretaba la garganta. El salón desordenado, el polvo gris de las huellas y los cristales rotos de la botella de whisky al fondo se le vinieron encima. Sabían quién estaba al otro lado.

Mark descolgó, activó el altavoz y dejó el móvil sobre la mesa como si fuera a explotar.

—Vaya, vaya, chaval. Cuánto tiempo sin hablar, ¿verdad? —La voz de Leandro llenó la habitación, inconfundiblemente arrogante.

Mark apretó los dientes hasta que empezó a dolerle la mandíbula. Todos, al unísono, se acercaron al teléfono en silencio, formando un círculo tenso.

—Maldito cabrón. Voy a acabar contigo, Leandro.

—Markito, Markito... —Leandro chasqueó la lengua al otro lado—. Esas no son formas de hablarle a un viejo amigo. Y menos aún cuando sabes que tengo unos papelitos tuyos muy jugosos. Qué fotos, Mark. Qué preciosidad. Es increíble lo que haces en tu cueva cuando nadie mira. Dan para tocarse, chico.

Mark sintió la sangre agolpándose en sus oídos. Miró a su alrededor escrutando los rostros del resto, pero nadie se movía.

—Esto se ha acabado, Leandro. —Trataba de mantener la voz cantante—. Es mejor que terminemos con esto cuanto antes. Dime dónde estás y voy a buscarte.

—Oh, no te preocupes, para eso te llamo. —Soltó una risita seca —. Al parecer hay alguien que se muere de ganas de verte. Apuesto a que no sabes quién.

—Deja de jugar —espetó Mark—. Sabes que voy a encontrarte. Aunque tenga que gastar todos mis recursos.

—¿Tus recursos? Ja. —Leandro soltó una carcajada—. Venga, Mark. Sabes que puedo quitarte todo lo que tienes con un chasquido de dedos. Siempre ha sido así. Tus derechos literarios, tu vida, hasta tu puto *whisky*. Si quiero, puedo quemar tu existencia entera, igual que la de aquel viejo coreano que te iba a curar.

Al oír la mención a su padre, Súa explotó. Se lanzó hacia el teléfono, temblando de furia.

— *Gaesaekki*. —El odio le rompió la voz—. ¡Te mataré, Leandro! ¡Juro por mi padre que te voy a matar con mis propias manos!

Al otro lado de la línea, Leandro se rió con ironía, disfrutando.

—Vaya, vaya, mi dulce terrón de azúcar. Qué carácter. Ven tú también, pequeña. Así podremos acabar lo que empezamos anoche. No creas que no noté que te empezaba a gustar cuando te acaricié ahí dentro.

Mark dio un golpe sobre la mesa que hizo que la taza de café saliera despedida. Miró a Súa, atónito, con los tendones del cuello a punto de reventar, sintiendo una rabia que ya no podía controlar. Ella se puso roja, sintiendo la sangre bombear por todo su cuello; la rabia crecía hasta tal punto que quería estampar el teléfono.

—¡Hijo de la gran puta! Voy a sacarte los intestinos, Leandro; te juro que te voy a desollar como al cerdo que eres. ¿Dime qué quieres, cabrón? —Mark levantó la voz para tapar la humillación de ella—. ¡Dilo ya!

—Tranquilízate, héroe. Tu cita no es conmigo. —El tono de Leandro se volvió cínico—. Tengo tu informe y el pobre Ramos ya no puede escribir otro. ¿Qué te parece si nos vemos en el Obsidian? Mañana por la noche, a las ocho. Te esperamos para que cierres tu deuda con Sonia de una vez por todas.

Nadie respiraba en el salón.

—Y escucha bien, niño —añadió Leandro, bajando la voz—. Si veo una placa de policía o a ese perro de presa que tienes al lado, el

papel arde. Saco todo a la luz. Desde tu historial en Suiza hasta las fotos de lo que haces por las noches. Te aseguro que no vuelves a escribir ni la lista de la compra; me encargaré de que el mundo entero sepa que eres un pervertido trastornado incapaz de cuidarse a sí mismo. ¿Has entendido, capullo?

Hubo una pausa, un silencio cargado de veneno.

—Recuerda, bonito. Mañana a las ocho. Y ven solo con la zorrita.

La llamada se cortó, dejando en el aire su amenaza.

El silencio que quedó tras la llamada fue insoportable. Nadie se movía. El eco de las palabras de Leandro seguía rebotando en las paredes, envenenando el aire.

Mark giró la cabeza lentamente hacia Súa, buscándola nervioso. Necesitaba saber. Sus ojos la escrutaron en silencio, buscando la verdad sobre esa insinuación asquerosa, si Leandro había logrado ir más allá.

Súa sostuvo su mirada. Apretó los labios y negó con la cabeza con un movimiento casi imperceptible, pero suficiente. *No. Le había hecho daño, la había humillado, pero no había llegado a más*. Mark soltó el aire de su pecho, pero la rabia seguía ahí, hirviendo.

—No me jodas, Mark, no vas a ir solo. —Martín se anticipó, sabiendo que Mark ya había tomado una decisión—. Es una emboscada; es totalmente transparente.

—Ya le has oído. —Mantuvo la mirada fija en el teléfono apagado —. Si entra alguien conmigo, o ve policía, quema los informes y me destruye social y legalmente. No me deja opción.

—Me importa una mierda lo que diga ese chantajista. —El Lobo no cedió—. Sabes, igual que todos nosotros, que es una trampa de manual.

Ignacio asintió en silencio, pálido. Julián, más asustado que nunca, dio un paso adelante.

—Mark, por favor. No puedes hablar en serio. No puedes estar pensando en ir a ese club tú solo. Es un suicidio. Tienes que llamar a la policía ahora mismo.

—Voy a ir, Julián. Y voy a ir solo. —Se giró hacia Súa, marcando la afirmación con su mirada.

El golpe seco de la mano abierta de Súa contra la mesa hizo que todos dieran un respingo. La taza de café de Martín volcó, derramando el líquido sobre el suelo.

—Olvídalo, *yeobo*. —Aquel apelativo, que solía ser tan dulce en sus labios, sonó como una amenaza. Súa se levantó, temblando de furia, con los ojos clavados en los de él—. No voy a quedarme atrás ahora. Ese hombre mató a mi padre. Y esa serpiente de mujer tiene demasiado poder sobre tu mente; no voy a dejar que te enfrentes a ellos solo.

Mark negó con la cabeza, intentando mantener su postura protectora.

—Imposible, Súa. No pienso ponerte en riesgo. No puedo estar pendiente de si te hacen daño mientras intento negociar con ellos.

Súa alzó un dedo, apuntándole al pecho.

—Tendrás que atarme, Mark Olsten. Escúchame bien: no me he pasado noches enteras limpiando tus vómitos cuando el *agma* te comía vivo. No he visto arder a mi padre y mi vida entera en Corea. No he pasado tres años aquí viendo cómo te pudrías y después limpiar ese asco emocional allí abajo —dijo, señalando con violencia la puerta del sótano, la entrada a La Mazmorra—. ¡No he hecho todo eso para quedarme ahora sentada esperando como una buena esposa mientras tú vas directo al matadero!

Dio un paso hacia él, invadiendo su espacio, hecha una fiera.

—Yo no he hecho todo eso para que me protejas del mundo, Mark. Lo hice porque confiamos el uno en el otro. Pero mañana... mañana voy a estar a tu lado. Y si intentas dejarme aquí, iré detrás de ti aunque sea caminando.

El salón se quedó mudo. Julián miraba a Súa como si se acabara de transformar en un demonio. Martín sonreía levemente, con respeto. Dani la miraba con admiración. Mark se sintió derrotado; aquellos ojos verdes no pedían permiso, tan solo le estaban informando.

—Está bien. —Exhaló, derrotado—. Tienes razón. Vamos juntos.

Mark se giró hacia Martín, cambiando el chip al saber que ahora no iría solo.

—Está claro que es una trampa, así que, ¿cómo lo hacemos? Vamos a darle la vuelta al tablero.

Martín se acercó a la mesa, apoyando los puños.

—Os acompañaré, pero me quedo fuera, en el coche. —Trazó un plan invisible en el aire—. Te doy cinco minutos dentro, Mark. Cinco. Si a los cinco minutos no salís o no me das la señal, entro a limpiar. Tú asegúrate de que los zorros salgan de caza antes.

Martín metió la mano en la parte trasera de su cinturón y sacó una pistola pequeña. La deslizó por la mesa hacia Mark. El metal raspó contra la madera.

—Y vas a llevar esto. No pienso negociarlo. —Martín le tendió una pieza de polímero negro, ligera y fría—. Es una Glock. Nada de seguros, nada de complicaciones. Si tienes que usarla, solo apunta y presiona.

Mark miró el arma y asintió.

—En realidad seremos dos. —Dani se incorporó desde el sofá—. Yo también voy.

Martín negó con la cabeza, mirando el brazo en cabestrillo del chico.

—No estás en condiciones, chaval.

Dani se sacó el brazo del cabestrillo de un tirón y lo estiró. Temblaba un poco, pero apretó el puño.

—No voy a perderme la fiesta ahora, jefe —le desafió—. Puedo disparar con la derecha. Yo voy.

Martín sonrió, orgulloso de la estupidez valiente del chico. Se sentía más seguro sabiendo que Dani le cubriría la espalda.

Julián se opuso con la voz temblorosa:

—¡Estáis locos! No podéis entrar así sin más, es muy peligroso.

Martín le miró con seriedad.

—Tú estarás en la comisaría, Julián. Esperando en el coche. En cuanto te demos la señal por teléfono, vienes con la caballería.

Durante las siguientes dos horas, el salón dejó de ser una ruina para convertirse en un centro de mando. Discutieron estrategias, tiempos de entrada, palabras clave y vías de escape.

Aquel cónclave terminó cuando la tarde empezó a ceder ante la noche. La salida del ejército improvisado fue casi un alivio. Martín se

llevó a Dani; quería organizar el equipo y preparar el material con vistas al asedio del día siguiente. La hora H se había fijado a las cuatro de la tarde y todos tenían clara su labor. Se marcharon dejando tras de sí el eco de las estrategias y el temor al día siguiente.

La casa quedó en silencio de golpe. Sin gritos, exclamaciones ni sugerencias de los hombres. El desorden se hizo patente: muebles rotos y manchas que recordaban la violencia de la noche anterior. Mark miró a Súa, y permanecieron unos segundos refugiándose el uno en los ojos del otro.

Finalmente, fue a la cocina y preparó algo rápido para los dos. No había ganas de cocinar, solo la necesidad de meter combustible en el cuerpo para lo que venía y dejar de darle vueltas. Llevó dos platos al salón y se sentaron en el sofá, sobre la mesa pequeña, rodeados por aquel desorden que se repetía igual en su interior.

La situación era dantesca; ninguno levantaba los ojos del plato, ni un sonido; comían en silencio, roto solo por el roce de los tenedores sobre la loza. Era un silencio incómodo que dejaba el ambiente cargado. Cada uno luchaba contra sus propios demonios.

Súa observó a Mark. Él apenas había probado bocado; removía la comida con desgana. Sus manos, apoyadas en el borde de la mesa, tenían un leve temblor.

Ella extendió la mano y cubrió la de él, deteniendo el movimiento nervioso. Le obligó a levantar la vista y centrarse en ella, en el tacto de su piel.

—Mañana esto se acaba, Mark. —La leve sonrisa que le dedicó logró calmarle—. De un modo u otro, pero se acaba.

Mark dejó el tenedor y suspiró, mirándola a los ojos. El temblor en su mirada habló por él.

—Lo sé. Y tengo miedo, Súa. No por mí. Ya me da igual lo que me pase. Tengo miedo porque Leandro es un animal y Sonia sabe exactamente dónde golpear para que duela. Conoce mis grietas mejor que yo mismo. No puedo imaginarme perderte, no podría soportarlo.

Súa apretó su mano con fuerza, clavando sus ojos en los de él; aquella mirada le recordó la de aquella mujer luchando contra su dolor en Seúl, sujetando su mente a aquel *yo*, y de nuevo logró transmitirle su inquebrantable determinación.

—Escúchame bien, *yeobo*. Seokju no murió para que viviéramos con miedo. Murió para darte la oportunidad de sanar y yo le prometí lograrlo. Mañana vamos a recuperar esos documentos y vamos a enterrar el pasado para siempre. Acabaremos con ellos, Mark. No vamos a permitir que su sacrificio haya sido en vano.

Mark sintió un nudo en la garganta al oír el nombre del *seuseungnim*.

—Pase lo que pase mañana, no olvides que te quiero. —Se inclinó hacia ella, buscando su cercanía—. Si las cosas se tuercen en el Obsidian, si ves que no hay salida, prométeme que saldrás de allí. Prométeme que correrás lejos sin mirar atrás.

Súa sonrió, alejando el miedo de su rostro, dejándole sentir su total seguridad.

—Prometo que acabaremos esto juntos.

Frotó cariñosamente la mano de él, desterrando la posibilidad de la derrota y negándose a aceptar un plan de huida en solitario.

Dejaron los platos a un lado y la cena a medio terminar. Súa se recostó sobre el pecho de Mark, acomodándose en el hueco de su hombro. Cerró los ojos y escuchó el latido de su corazón. Mark la rodeó con el brazo, apretándola contra su cuerpo, tratando de agarrar esos últimos momentos de paz intentando no pensar que pudieran ser los últimos.

Súa se acomodó mejor sobre el pecho de Mark, buscando ese calor que la reconfortara. A través de la tela de la camisa de él, percibió el galope errático de su corazón; un ritmo desbocado que conocía demasiado bien, la vibración del cristal a punto de romperse. Sintió un leve espasmo bajo la mano que se apoyaba sobre su hombro y, de repente, la habitación pareció llenarse del aire espeso de una tienda en Seúl.

Está aquí de nuevo, pensó ella con una punzada de miedo. *El diablo está arañando la puerta y mañana Sonia terminará de abrirla*.

Se separó unos centímetros, lo suficiente para buscar sus ojos.

—Mark. —Su mano subió por el pecho de él hasta tocar su barbilla, haciendo que la mirara—. Estás temblando. Tu mente está empezando a dispersarse; la oigo gritar desde aquí.

Mark intentó tragar saliva, pero el nudo en su garganta se cerraba. No negó la evidencia; no podía mentirle a la mujer que había recogido sus pedazos tantas veces.

—Bajemos, *yeobo* —ordenó de un modo suave mientras su mirada señalaba el sótano—. Necesitas calmarte y vaciar este miedo. Toma el control ahora. Necesito que sientas que este espacio es tuyo, que tu voluntad es la que manda aquí. Si puedes hacerlo conmigo, Sonia no tendrá poder sobre tu mente mañana.

Súa empezó a levantarse, tirando suavemente de él hacia la puerta del sótano, hacia la seguridad de las sombras y el cuero. Pero Mark no se movió. La detuvo con una presión firme en la muñeca, acariciando el *norigae* que colgaba de su cuello.

—No. —Su voz era baja, pero tenía una claridad completa—. Esta noche no, Súa.

—Mark, no estás bien. Si no te centras, mañana Sonia…

—Mañana Sonia tendrá al hombre que yo decida ser esta noche. —Tiró de ella hacia atrás, hacia el sofá—. No quiero cuerdas, ni protocolos, ni que me cures más. No necesito nada de eso más.

La miró con una mirada distinta, una petición de amor y de deseo que los despojaba de armaduras y etiquetas.

—Mañana puedo morir y, si es así, no quiero que el último recuerdo sea el de una herramienta que reparar. Quiero que seas mi mujer. Solo Súa. Sin etiquetas, sin sesiones. Solo tú y yo, como si no existiera nada más.

Él la atrajo en un abrazo que buscaba refugio y consuelo, pero rápidamente se transformó, dando paso a un hambre primaria, una necesidad voraz de confirmar que la sangre seguía corriendo caliente bajo la piel, que seguían vivos; de sentirse el uno al otro hasta que no quedara espacio para nada más.

Mark hundió las manos bajo el cabello de ella, desordenándolo, atrayéndola hacia él. Sus dedos bajaron por su espalda, trazando la columna vertebral a través de la tela fina, buscando el calor hasta el

final de la curva de su espalda. Súa respondió con la misma urgencia; sus manos se aferraban a su espalda clavando las uñas, reclamando su cuerpo.

Los besos se volvieron salvajes, profundos, sintiendo la esencia del otro, borrando el sabor del miedo.

Rodaron por el sofá, perdiendo la noción del espacio. Cayeron al suelo con fuerza sobre la alfombra. No les importó.

El polvo de las huellas dactilares se levantó en una nube fina a su alrededor mientras los muebles volcados proyectaban sus sombras sobre sus cuerpos. El mundo exterior se desvaneció en ese instante. Ya no quedaban amenazas sobre sus cabezas ni asesinos en la puerta. Solo estaba su respiración, el sudor y el jadeo compartido como testigos de la furia de su amor.

Mark se alzó sobre ella, sacándose la ropa con necesidad y desnudándola a ella. Le apartó el cabello de la cara con dedos temblorosos, recorriendo con la mirada cada centímetro de su piel, tratando de memorizarla.

—Lo eres todo, Súa —jadeó Mark entre beso y beso, recorriendo su cuello con los labios, deslizando sus manos, reclamando su piel cálida y suave.

Súa arqueó la espalda, cerrando los ojos y dejando que su tacto la guiara, sintiendo la presión de sus manos sobre su cuerpo.

—*Dangsineul wonhae*.[89] —Se abandonó totalmente a ese sentimiento, mordiéndole el cuello con suavidad, dejando que el instinto tomara el control.

En ese momento, nada más importaba. Solo el roce de sus cuerpos y manos, la respiración entrecortada y la certeza de que estaban ahí, el uno junto al otro.

Los gemidos y los jadeos de ambos bañaron aquella casa, devolviéndola, de nuevo, a la vida.

노 리 개

El silencio regresó al salón. Súa buscó el refugio del pecho de Mark, acomodando su mejilla sobre él, sintiendo el ritmo pausado de su corazón.

—¿Cómo te sientes?
—Listo —respondió Mark—. Mañana recuperaremos nuestra vida.

25. OBSIDIAN

Heugyoseog (흑요석)

Martín no bajó del Toyota, evitando dejarse ver por los vigilantes de la puerta. Fue Dani quien se aproximó caminando por la acera. Mark bajó la ventanilla sin girar la cabeza para mirarle.

El chico se apoyó contra la pared de la fachada, se encendió un cigarro y se llevó el móvil a la oreja.

—Es la hora, jefe. —Sin mirar a la ventanilla, exhaló el humo hacia arriba—. El Lobo dice que aún está a tiempo de repensarlo.

Mark negó levemente con la cabeza. Miró a Súa y ella asintió con firmeza sin apartar la vista de aquella puerta.

—Estamos listos, Dani. —Deslizó la mano por el interior de su chaqueta, acariciando la forma de la Glock que le había dado Martín.

—Cinco minutos, señor. —Tiró el cigarro a la acera, lo pisó y volvió hacia el Toyota sin mirar atrás.

Mark y Súa descendieron del vehículo. Él vestía su uniforme habitual: pantalón y camisa negra bajo un abrigo largo oscuro que le otorgaba una silueta espectral bajo las farolas. El eco de sus pasos sobre el asfalto era lo único que rompía el silencio de la calle. Caminaban con el miedo instalado en el pecho, pero sin vacilar. Sabían que cada paso los alejaba del refugio y los entregaba, por voluntad propia, al nido donde la víbora aguardaba.

Al llegar a la puerta, los dos porteros dieron un paso al frente con la intención de bloquearles el paso. Sin embargo, al quedar bajo la luz de la entrada, uno de ellos reconoció el rostro de Mark. Su actitud hostil se disolvió en un segundo.

—Señor Olsten. Bienvenido de nuevo.

El gorila se apartó y tiró del pomo decorado para abrirles paso.

La luz de la entrada arrancó un destello plateado al *binyeo* que sujetaba el cabello de Súa en un recogido elegante. Ella apretó los dientes. Saber que Mark era un cliente conocido allí, que le recibían con honores en aquel agujero, le hizo hervir la sangre. Tragó saliva y entró a su lado.

El aroma a exclusividad, a perfume caro, cuero y cera les rodeó al instante. Las paredes estaban forradas en terciopelo negro, absorbiendo cualquier atisbo de luz. La penumbra era casi total, rasgada apenas por lámparas led que imitaban velas. Una música electrónica muy suave, de ritmo monótono, les daba la bienvenida. Apenas había clientes; se notaba que el club acababa de abrir sus puertas. Sin detenerse ni mirar a los lados, avanzaron hasta una mesa solitaria y discreta, asegurándose de no alejarse demasiado de la entrada.

Un camarero vestido impecablemente de negro surgió de la penumbra y se acercó a su mesa.

—¿Desean tomar algo los señores?

Mark negó con la cabeza, manteniendo la mano derecha peligrosamente cerca de la solapa de su abrigo, donde el polímero de la Glock aguardaba oculto tras la tela oscura.

—Muchas gracias. De momento nada.

El camarero asintió con una leve inclinación y se retiró. Mark y Súa barrieron la sala con la mirada, buscando alguna señal de Leandro, algún movimiento extraño; todo estaba en calma. Una calma asfixiante. Demasiado perfecta.

Fuera, en la calle, el ambiente era diametralmente opuesto. Martín miraba su reloj cada quince segundos. Sus ojos iban de la esfera a la entrada del club con la desesperación de un perro de presa a punto de romper la cadena.

—Este puto plan hace aguas por todos lados, Dani. —Apretó el volante del Toyota girando las manos sobre él—. No teníamos que haberles dejado entrar solos. Es una ratonera.

—Tranquilo, jefe —respondió el chico desde el asiento del copiloto, vigilando la acera por su ventanilla—. A la mínima, entramos sin pensarlo. Estamos a diez segundos de esa puerta.

Martín gruñó. Sacó su arma de la funda sobaquera y se la puso sobre las piernas, acariciando el metal frío de su vieja Astra Constable; una reliquia que le acompañaba desde siempre, una extensión de su propia mano que nunca le había fallado. Era la misma pistola que descansaba sobre la mesa, con el cañón buscando su boca, la noche en que Mark entró en su vida para rescatarlo del abismo.

De improviso, la paz se rompió. Los dos porteros, que hasta entonces parecían estatuas flanqueando la entrada, se giraron al unísono. Entraron al local y cerraron las dos pesadas hojas de madera lacada tras de sí. Desde el coche, Martín vio cómo la fina línea de luz del umbral desaparecía. La fachada quedó completamente sellada. Ciega.

—¡Me cago en su puta madre! ¡Vamos, vamos, vamos! —Martín salió atropelladamente del coche, dejando la puerta abierta, seguido de cerca por Dani. Corrieron hacia la fachada. Al llegar, agarró los tiradores y tiró con violencia. Cerradas a cal y canto.

Martín retrocedió un paso, cogió impulso y embistió con todas sus fuerzas, estrellando su hombro contra la madera maciza. La puerta ni siquiera vibró. Era, literalmente, un búnker.

—¡Joder… joder! —rugió, retrocediendo con el hombro dolorido y la pistola ya en la mano—. ¡Busca otra entrada, Dani! ¡Por tus muertos, hay que entrar ya!

Mark notó el sutil cambio en la presión del aire. Miró hacia la entrada justo a tiempo para ver a los dos porteros cruzar el umbral y empujar las pesadas hojas dobles. El ruido de los cerrojos encajando resonó a sus espaldas, dejándole la sensación de haber entrado en una celda de repente.

El instinto gritó. Giró sobre sí mismo, llevándose la mano derecha al interior de su chaqueta, tratando de alcanzar la empuñadura de la Glock. Súa captó la tensión al vuelo y se giró rápidamente, escaneando el entorno; llevó su mano al moño de un modo inconsciente.

Todo ocurrió en un instante. Dos hombres que bebían en silencio en la mesa contigua se levantaron de golpe. El sonido metálico de

los seguros al montarse cortó la música suave del local. El camarero que los había atendido dejó caer la bandeja de plata sobre una silla vacía y sacó una automática de la parte trasera del pantalón. Tres cañones apuntándoles directamente al pecho.

—Quieto. —El camarero no apartó la mirada—. Saca esa mano despacio y ponla donde pueda verla.

Mark apretó la mandíbula. Estaban rodeados. Soltó el arma que aún no había desenfundado y sacó la mano vacía con lentitud, levantándola a la altura de los hombros.

Desde el pasillo interior, envuelto en la penumbra del terciopelo, apareció Leandro. Caminaba despacio, escoltado por otros dos hombres con la actitud rígida de los matones a sueldo.

—Qué alegría tenerte aquí, amigo mío. —Leandro abrió los brazos y dejó que el silencio se alargara, disfrutando de su ventaja—. No sabes cuánto te he echado de menos. Aunque veo que sigues siendo tan tonto como siempre. Presentarte aquí creyendo que esos dos perros que has dejado en la calle iban a salvarte.

Antes de que Mark pudiera replicar, uno de los matones se movió con rapidez y, sin mediar palabra, hundió la mano en la solapa del abrigo de Mark. El hombre extrajo la Glock y se la tendió a su jefe por la culata.

Leandro tomó el arma con dos dedos, soltando una mueca divertida.

—Vaya, vaya —murmuró, girando la pistola bajo la luz de las falsas velas—. Así que la mosquita resultó ser una avispa con aguijón. ¿De verdad pensabas usar esto, Mark? Es un juguete muy peligroso para alguien tan inestable como tú.

Con un gesto despreocupado, se la guardó en el bolsillo de su loden.

—Se acabó el juego, Leandro. —Mark no parpadeó—. Vengo a por el informe y las fotos. Dime qué quieres para dejarnos en paz de una vez y terminemos con esto.

Leandro soltó una carcajada. Con un gesto lento, sacó el pliego de folios doblados de su abrigo y los agitó frente a la cara de Mark, disfrutando de la rabia contenida en los ojos del escritor.

—¿Qué quieres, dices? —se burló Leandro—. Casi consigues ponerme nervioso con este papelito, Mark. Pero el pobre Ramos... qué lástima que su corazón fallara justo cuando volvía a casa. Sin él, esto es solo papel mojado. Nunca existió.

Mark apretó los puños bajo la mesa. Sabía que Leandro tenía razón.

—Ponle un precio, Leandro. —Dejó caer los hombros y bajó la voz—. Lo que sea. Solo danos los documentos y las fotos, y desaparece de nuestras vidas.

Leandro se inclinó hacia delante, borrando la sonrisa de su rostro.

—Es que ya no se trata de dinero, Mark. Me has hecho perder demasiado tiempo y eso sale caro. Lo que quiero es todo. Además, hay alguien que tiene muchas ganas de verte.

Se guardó el informe con desprecio, saboreando el momento del golpe final.

—Ella se ha cansado de esperarte, y créeme, no es bueno que ella pierda la paciencia. Me ha pedido que te dé un mensaje: su mascota ya ha pasado demasiado tiempo correteando sin correa. Te está esperando, Mark. Y va a reclamar lo que es suyo.

—Eres un *gaesekki*, Leandro. —Súa se revolvió, levantándose de la silla con un asco tan profundo que prácticamente golpeó el rostro de Leandro—. Eres un carroñero que solo se atreve a morder cuando otros le sujetan la correa. Disfruta de tu informe y de tus amenazas mientras puedas, porque el día que caigas, no habrá un agujero en este mundo lo bastante profundo para esconderte de mí.

Leandro desvió la mirada hacia ella. Sus ojos brillaron con una lascivia oscura. Dio dos pasos, tratando de intimidar sin éxito a la coreana.

—Mi dulce terroncito —murmuró, alargando la mano—. Es tan excitante tenerte aquí de nuevo. Has venido para que acabemos de una vez con este deseo que nos come por dentro, ¿verdad? Sabía que lo deseas tanto como yo.

Leandro deslizó el dorso de su mano por el cuello de Súa, rozando su piel, dirigiéndose a su pecho. Ella se revolvió, hecha una fiera a punto de saltarle a los ojos.

Pero Mark no le dio tiempo.

Ver esa mano tocándola agotó su prudencia. Se lanzó hacia delante, volcando la mesa para apartarla del medio, y lanzó un puñetazo a Leandro que le impactó en el pómulo.

Apenas consiguió darle fuerza al golpe.

El matón de la derecha dio un paso rápido y descargó el pesado cañón de su arma, impactando de lleno contra la sien de Mark. Sintió un fogonazo en el cerebro y se desplomó como un peso muerto.

Todo dejó de existir.

Antes de que pudiera abalanzarse sobre Leandro, dos pares de manos la agarraron por los brazos, levantándola en vilo. Súa se revolvió, lanzando patadas al aire, pero la superioridad física era aplastante. Le retorcieron las muñecas a la espalda y el plástico duro de unas bridas le cortó la circulación.

A su lado, arrastraban a Mark por las axilas; su cabeza colgaba inerte mientras sus pies se arrastraban por el suelo. Le encajaron una capucha de tela gruesa y, un segundo después, el mismo tejido áspero cubrió el rostro de Súa, sumiéndola en la oscuridad.

El olor a humedad golpeó su olfato, asfixiando el perfume del club. La llevaron a trompicones por un pasillo hasta el garaje. Escuchó el estruendo de una puerta corredera y el ronroneo de un motor en marcha antes de que alguien la empujara. Súa sintió el impacto del metal frío contra sus costillas al caer al suelo de la furgoneta.

Fuera, en la calle Claudio Coello, Martín había dejado de embestir la puerta con el hombro. Jadeaba, furioso, con el hombro palpitando.

—¡Dani, vete a la parte de atrás! ¡Hay una rampa para vehículos! —bramó, corriendo hacia el Toyota.

Martín se metió en el coche, arrancó el motor y pisó el acelerador a fondo. El morro del vehículo saltó el bordillo y se empotró contra la fachada del Obsidian. Las puertas de madera lacada cedieron hacia dentro levantando una nube de polvo y astillas.

Mientras tanto, en la parte trasera del edificio, Dani bajaba corriendo por la rampa de salida de vehículos. La persiana metálica comenzó a subir con un chirrido agudo. Los faros de una furgoneta

blanca le cegaron y escuchó el motor del vehículo, que salió disparado a toda velocidad tratando de aplastarle contra el muro.

Se tiró a un lado en el último segundo, rodando sobre el brazo herido. Se incorporó sobre una rodilla, ignorando el dolor, y vació dos disparos contra las ruedas traseras en movimiento. Los fogonazos iluminaron el túnel con un eco ensordecedor que rebotó en las paredes, pero el metal del chasis absorbió los impactos. La furgoneta derrapó en la esquina y desapareció en la noche por las calles de Madrid.

Dentro del club, el escenario era una batalla. Martín había entrado por el hueco que había abierto el vehículo. Había reducido a uno de los gorilas con un culatazo en la mandíbula y noqueado a dos camareros a base de puñetazos, pero la inferioridad numérica le pasó factura. Una mole de músculo le atenazaba el cuello desde atrás, hundiéndole el antebrazo en la tráquea, mientras otros dos hombres vestidos de camareros le reventaban las costillas a puñetazos.

Dani irrumpió desde el acceso al garaje, con el arma por delante. Apuntó al portero que asfixiaba a Martín y apretó el gatillo. El disparo fue preciso al centro del muslo del portero. El hombre aulló al sentir el impacto y soltó su presa mientras su pierna cedía.

Martín tosió, recuperando el aire de golpe, y le hundió el codo en la garganta a uno de los camareros que le golpeaban. Dani cruzó la sala entre sillas volcadas y estrelló la culata de su arma contra la sien del último hombre en pie, enviándolo directo al suelo.

El Obsidian quedó sumido en el silencio, roto solo por los quejidos de los hombres que se retorcían en el suelo entre sillas y mesas destrozadas.

Martín escupió un gargajo de sangre en la moqueta, respirando con dificultad, y miró alrededor. No había rastro de Mark ni de Súa.

A pocos metros, Dani bajó el cañón de su pistola. Su rostro estaba acalorado por la adrenalina. Caminó entre los cuerpos caídos, pisando restos volcados, hasta acercarse al Lobo.

—Se los han llevado, Martín —jadeó, con la respiración rota—. Han salido por la rampa en una furgoneta blanca. ¡Maldita sea! Les

he tirado a las ruedas, pero no he podido pararlos. Los hemos perdido.

Dani soltó un puñetazo de frustración contra la pared, desolado, sintiendo que había fallado en el peor momento posible.

Martín, sin embargo, no gritó. Se limpió la sangre del labio con el dorso de la manga y, aparcando el dolor de sus costillas, miró a los matones retorciéndose en el suelo.

Caminó hasta la mole a la que Dani había disparado. El gorila gemía, apretándose la pierna destrozada que empapaba la moqueta de sangre oscura. No tuvo piedad. Plantó la bota justo sobre la herida abierta y dejó caer su peso, arrancándole un alarido que rebotó en las paredes de terciopelo.

—¿A dónde ha ido la furgoneta? —exigió Martín, con voz de grava—. ¡Habla o te vacío el cargador en la otra pierna!

—¡No lo sé! ¡Te lo juro, joder, no lo sé! —gritó el matón, escupiendo saliva—. ¡Nosotros solo cobramos por hacer bulto y atrancar la puerta! ¡A nosotros no nos dicen nada!

Martín aumentó la presión de la bota un segundo más, clavando la mirada en él, buscando la mentira. Pero solo encontró el terror animal de un peón que no sabía nada. Era inútil. Levantó el pie con un gruñido y le propinó una patada en la mandíbula, dejándolo inconsciente.

Dani se pasó las manos por la cabeza.

—¿Qué coño hacemos ahora, Martín?

El Lobo se quedó quieto en medio del destrozo. Su respiración se fue ralentizando mientras su cerebro operaba. Cerró los ojos un segundo, conectando la información que había estado recopilando durante los últimos días. Entonces, las piezas encajaron.

—Escúchame, Dani. —Su rostro se había iluminado—. Creo saber adónde han ido. Descubrí hace unos días el agujero donde se esconde esa serpiente con tacones.

El chico levantó la cabeza de golpe, sorprendido por la revelación.

—Vamos —ordenó, avanzando hacia el Toyota incrustado en la entrada—. ¡Rápido!

Se metieron en el vehículo. El habitáculo olía a polvo y a quemado. Martín giró la llave y el motor tosió un par de veces, pero

finalmente rugió, aunque el sonido era ahora un estrépito de correas rozando contra el metal abollado. Metió la marcha atrás y pisó a fondo, haciendo que el morro del coche se desenganchara con un chirrido de chapa retorcida, arrastrando trozos de madera hasta la acera. Dio un volantazo salvaje, encarando la calle.

—Llama a Julián —gritó por encima del ruido del motor, acelerando por Claudio Coello—. Dile que nos vamos a Aranjuez. Que mueva el culo y traiga a la caballería.

26. SACRIFICIO

Huisaeng (희생)

Mark sentía que estaba vadeando un pantano lleno de fango y oscuridad. La consciencia regresaba poco a poco, arrastrando consigo un latido en la sien derecha, justo donde el cañón del arma le había impactado. Trató de tragar saliva, pero algo grueso y correoso le abría la mandíbula. Una mordaza.

Intentó mover la cabeza bajo la tela áspera y sofocante que le cubría por completo. Su respiración agitada llenaba el espacio bajo la capucha.

Su cerebro comenzó a descifrar la información que le llegaba a través de la nariz y la piel, y el pánico le golpeó en medio del estómago.

El aire estaba cargado de un olor demasiado familiar: cuero tratado, la parafina de las velas derritiéndose y un inconfundible rastro metálico. Era un cóctel olfativo que su mente tenía codificado bajo la etiqueta del terror; la esencia exacta de las pesadillas que le hacían vomitar en la madrugada.

Un espasmo le recorrió la columna vertebral de arriba a abajo. Intentó encogerse para protegerse, pero fue imposible.

Estaba desnudo. El frío de la sala le erizaba el vello de la piel, contrastando con el tacto duro de la madera contra su espalda. Sus brazos y piernas estaban estirados en una postura antinatural, formando una cruz perfecta. Sus muñecas y tobillos estaban inmovilizados por gruesas correas de cuero bien ajustadas. Sabía perfectamente dónde estaba: una cruz de San Andrés.

Clac. Clac. Clac.

El sonido nítido y rítmico de unos tacones de aguja golpeando el suelo de madera sacudió su voluntad.

Cada paso era un martillazo en la memoria de Mark. Una soga invisible que se ataba a su cuello invitándole a entrar en el abismo de la sumisión, a dejarse arrastrar por el horror. Podía sentir ese rostro sádico, clínico y metódico. Cerró los ojos bajo la capucha y apretó los dientes contra la mordaza hasta que le dolieron las encías, negándose el miedo y concentrándose en su rabia.

Los pasos se detuvieron frente a él, y pudo sentir cómo unas manos agarraban el borde de la capucha y tiraban hacia arriba de un tirón.

El cambio de luz le deslumbró levemente. Parpadeó un par de veces, acostumbrándose al resplandor anaranjado de las velas dispuestas por la sala. A pesar de la penumbra, su vista, nublada por la contusión en la frente, empezó a clarear poco a poco. Mark hizo un barrido rápido de la estancia tratando de ver más allá de la tenue luz de las velas.

Súa estaba atada a una silla de madera maciza. Una gruesa capucha de tela negra le ocultaba la cabeza entera. Se revolvía con sacudidas bruscas, tirando de las correas que le apresaban las muñecas y los tobillos a las patas de la silla. Había rabia en sus movimientos, pero también el temblor inconfundible del pánico.

Verla así, reducida y vulnerable, encendió un fuego primario en el pecho de Mark.

Sin dejarle tiempo para más, una sombra bloqueó su línea de visión, alzándose ante él, imponente, casi divina. Llevaba el pelo perfectamente recogido y un vestido negro y ajustado que acentuaba su figura. No había empatía en su rostro, como siempre; sus ojos le analizaban con la misma curiosidad con la que un entomólogo observa a un insecto clavado en un corcho.

Se acercó hacia él a paso lento. Levantó una mano y trazó la línea de la mandíbula de Mark con la punta de los dedos, acariciando su cuello y bajando hasta detenerse sobre el pecho desnudo.

Sonia se inclinó hacia delante, acercó los labios a su oído, dejando que su perfume, pesado, sofisticado y asfixiante, entrara por sus fosas nasales y atacara directamente su cerebro, activando

los resortes que llevaba marcados a fuego. El olor tiraba de él hacia el infierno, susurrándole que dejara de luchar, que disociara la mente del cuerpo, que volviera a ser un objeto vacío.

—Llegas tarde para la cena, Mark. —Rozó el lóbulo de su oreja con unos labios fríos como el mármol—. Aunque nunca es tarde para que una mascota vuelva a su dueña.

Mark gruñó, revolviéndose contra el cuero de la mordaza. Llevó su mente a la imagen de Súa al fondo de la sala y tensó cada músculo de su cuerpo, tirando de las correas, negándose a ceder al miedo que provocaba esa voz.

Sonia no se inmutó ante aquella resistencia.

—¿Verdad que vas a ser obediente, mi niño prodigio? —Clavó las uñas en su pectoral y tiró hacia abajo con una lentitud despiadada. Cuatro surcos carmesí brotaron de inmediato, llenándose de sangre oscura.

Mark jadeó por el dolor; no podía dejar de temblar.

Sonia se retiró con parsimonia, dándole la espalda, caminando hacia una mesa metálica. Mark siguió sus movimientos, tratando de relajar su respiración. Sobre el acero pulido, iluminados por las velas, descansaban sus instrumentos, ordenados con precisión enfermiza: una fusta de cuero, un par de rollos de cuerda de cáñamo, una pequeña jeringuilla y una pistola compacta.

Tomó la jeringuilla entre sus dedos, la observó con detenimiento y presionó el émbolo hasta que un par de gotas resbalaron por la punta de la aguja.

—Dicen que te han curado, mi niño. —Apartó la vista hacia la mujer atada en la silla, con una sonrisa burlona mientras daba dos golpecitos a la jeringuilla. Luego, con un gesto de aburrimiento, la dejó caer sobre la bandeja de acero—. Pero esto sería hacer trampa. Quiero que esa niña entienda que no necesito química para romperte. Crees que estás arreglado, pero tu mente me pertenece a mí. Siempre lo ha hecho. Vamos a ver cuánto tardas en suplicarme. Lo que está fabricado para arrodillarse, siempre vuelve a su postura original.

Sus dedos se cerraron sobre el cuero de la fusta.

—Vamos, niño prodigio. Es hora de volver a ver tus lágrimas.

El primer latigazo restalló en el aire antes de morder la carne. Mark no apartó la vista; mantuvo los ojos clavados en el norigae que colgaba del cuello de Súa. Cada golpe, cada surco ardiente en su piel, le obligaba a hundirse más en ese amuleto y su seda.

—Ella es mi *ansikcheo* —se repitió a sí mismo como un mantra—. Mi mente duerme en sus brazos.

El cuero volvió a silbar. Dos, tres, cuatro veces. La fusta marcaba su cuerpo sin furia. Sonia mantenía una cadencia exacta, castigando su abdomen y haciendo que se abrieran surcos calientes de los que brotaron hilos de sangre. Entre golpe y golpe, el único sonido en la sala eran los jadeos entrecortados y los gritos ahogados de la mujer, estrangulados por la mordaza bajo su capucha.

La obstinación de Mark no la impacientó. Al contrario. Una sonrisa comenzó a dibujarse en las comisuras de sus labios y sus pupilas se dilataron.

—Un reto... —Paladeó la palabra—. Perfecto, me aburren los juguetes que se rinden demasiado rápido. Veamos cuánto tardas en volver a mí.

Se aproximó a él y le retiró la mordaza con un tirón. Mark movió los labios, tratando de recuperar la sensibilidad y expulsar el sabor del caucho.

—Ya no... —escupió, agitado por los latigazos—. Ya no soy tuyo.

Ella le puso un dedo sobre los labios, sellando su boca de nuevo con un gesto maternal.

—Shhhhh... Guarda saliva, Mark. La vas a necesitar para gritar.

Sacó un pintalabios rojo de su bolsillo con una tranquilidad minuciosa, y comenzó a escribir sobre su pecho, hundiendo la barra de color contra su piel.

Propiedad de…

Las letras húmedas y brillantes destacaban sobre los hematomas. Mark comenzó a sentirse mareado. Los fantasmas golpeaban su mente: el rítmico eco de los tacones sobre el suelo, el olor asfixiante a nardo, la mancha de la tinta roja.

Cerró los dientes con fuerza, desviando la mirada de la mujer que lo marcaba para buscar de nuevo el cuerpo de Súa, atada a la silla frente a él. Escuchó sus gemidos ahogados tras la mordaza, impotente, sin poder ayudarla.

Entonces, la mano de Sonia descendió hacia su entrepierna. Lo envolvió con una firmeza suave y comenzó a masturbarlo con un ritmo pausado, exacto, experto. El estómago de Mark se encogió reteniendo las náuseas, aterrorizado. Quiso escupirle, pero la sangre bombeó hacia su sexo, traicionándolo. Su anatomía respondía a los automatismos que ella le había grabado a fuego durante años, ignorando por completo las órdenes que lanzaba su mente.

—Así me gusta, mi niño. —Sonia rozó con los labios el lóbulo de su oreja, aumentando la presión al sentir cómo él se endurecía contra su mano—. ¿Estás listo para llamarme dueña?

Mark apretó la mandíbula con tanta fuerza que el sabor de la sangre inundó su boca; se mordió el interior de la mejilla, buscando refugio en un dolor que él mismo pudiera controlar. Su cuerpo latía y se endurecía bajo la mano implacable de Sonia, pero Mark obligó a su mente a abandonar las sensaciones que llegaban de su cuerpo. Clavó los ojos en Súa, rescatando cada segundo de su vida a su lado: los paseos por aquel jardín en Seúl, las cenas compartidas, cada beso, cada caricia. Abrió los ojos y dejó que se perdieran sobre el norigae que descansaba sobre el pecho de Súa.

Fue más lejos aún, recordando las enseñanzas de Seokju, las charlas en el *sarangbang*. Cuanto más atrás retrocedía su memoria, más pequeña y ridícula le parecía la mujer que intentaba profanarlo. Finalmente, respiró hondo y aisló el asco. El pulso se estabilizó; los músculos dejaron de pelear y se convirtió en una estatua: cautivo, pero inalcanzable.

Sonia detuvo el movimiento de su mano bruscamente.

Mark ya no estaba allí. Su cuerpo reaccionaba con inercia, pero su mente se había blindado. Una mueca de desprecio, una crispación inaceptable, se dibujó en el rostro de ella; necesitaba su rendición y sus ojos ya no la veían. Sonia buscó esa mirada de rendición en los ojos de él, pero no encontró nada. En su lugar se topó con una

determinación afilada y desafiante que apuntaba hacia el fondo de la mazmorra.

Siguió la trayectoria de esa mirada y encontró qué era lo que la desafiaba. Comprendió que su sadismo estaba rebotando contra la figura que permanecía atada en la silla.

Su postura cambió de forma sutil. Soltó el miembro de Mark sintiendo un asco profundo; pasó su mano enguantada por el pecho de él, limpiándose con una lentitud amenazante. Sus facciones se afilaron en una máscara de rabia, una sensación que su ego creía haber olvidado.

—Ya veo... —Su voz trajo consigo un frío intenso, un vacío que parecía succionar el calor de la sala—. Estás usando a esa niña para evadirte. Crees que ella te mantiene lejos de mí.

Se dio la vuelta, dándole la espalda, y caminó hacia la mesa. El sonido de sus tacones era ahora más rápido, desprovisto de su cadencia seductora. Era el sonido de una decisión inapelable.

Sus dedos se cerraron sobre la empuñadura de la pistola. Regresó a la cruz repitiendo ese paso inusualmente rápido y apoyó el cañón sobre el pecho de Mark, hundiendo la boca allí donde había pintado sus letras con el pintalabios.

—Me aburres, Mark. —El tono era ahora cortante como un bisturí —. Un objeto que no reconoce a su dueña es basura, y yo no colecciono basura. Si no vas a someterte, no me sirves. Ya sabes lo que se dice, Mark: en este mundo o eres depredador o eres presa, y no voy a permitir que mi presa me desafíe.

Sonia cerró los dedos sobre la culata, presionando levemente el gatillo. Mark cerró los ojos, listo, tranquilo. Había vencido.

El brazo de Sonia giró ciento ochenta grados y disparó a la cabeza de Súa.

El impacto volcó la silla, haciendo que el cuerpo convulsionara un par de veces en el suelo, mientras una mancha roja y oscura se desparramaba a través de la capucha de tela, hasta que quedó inmóvil.

Mark se quedó petrificado. Sus ojos se volvieron dos esferas de cristal inerte, fijos en la figura que acababa de desplomarse. El

estruendo aún rebotaba en las paredes, pero para él el silencio era completo, un vacío donde ya no corría el tiempo. Sonia bajó la pistola, aún humeante. Su rostro dibujaba una sonrisa muerta; sin un resto de humanidad, tan solo mostraba la meticulosidad del estudio. Observaba la mancha de sangre en el suelo con la frialdad con la que se contempla el paso de los segundos: sabiendo que cada gota alejaba un poco más de la cordura a Mark.

—¡No!

El grito de Mark no fue humano; fue una explosión visceral que brotó desde el centro mismo de su espíritu. Un alarido tan violento que fue arrancando cada pedazo de su alma al salir, demoliendo uno a uno los muros y las barreras que Seokju le había ayudado a levantar. En un segundo, su mente fue invadida por un torrente de imágenes fragmentadas: él mismo, quebrado y tirado sobre aquel *yo*, aquel tratamiento infernal lleno de pesadillas y, por encima de todo, el rastro de los momentos junto a la mujer que ahora yacía inmóvil en el suelo. La única que había logrado juntar sus pedazos y sanarle. El dolor era un desgarro brutal que le vaciaba por dentro.

La garganta de Mark se apagó conforme el aire se le agotaba, y el grito se fue disolviendo en un estertor agónico. Al mismo tiempo, el brillo de sus pupilas comenzó a opacarse, como un cristal que se empaña desde dentro, quedándose fijas en aquel bulto inerte; las lágrimas corrían silenciosas por su rostro, ya no emitía ningún sonido. Su rostro se relajó vacío de expresión. Ya no miraba. Ya no estaba. Un hilillo de saliva comenzó a resbalar por la comisura de sus labios mientras un par de espasmos breves sacudieron su cuerpo y, de pronto, su cuerpo dejó de sostenerse. Quedó colgado de las cuerdas, inmóvil. Era solo carne suspendida en una cruz; una cáscara hueca sin mente.

Sonia le miró con la satisfacción del científico que acaba de concluir un experimento exitoso. Dejó caer el arma sobre la mesa con una parsimonia insultante y paseó su mirada por la mazmorra, saboreando el silencio. Se acercó a la cruz, observando con fascinación el hilillo de saliva y la mirada muerta de Mark. Ese

cuerpo solo era un residuo, una carcasa inservible, pero el experimento estaba cumplido: había sido capaz de vaciar una mente humana, de borrar cada rastro de voluntad hasta dejar solo el vacío.

—Y así se vacía a un ser humano. —Sonia elevó la voz y clavó su mirada en las sombras de la mazmorra, dirigiéndose a un público invisible. Su sonrisa triunfal parecía esperar el aplauso final de la sala—. Eres mío, Mark… bueno, en realidad ya no existes.

노 리 개

El motor del Toyota aullaba. El chasis del vehículo vibraba, quejándose por el castigo del impacto en el Obsidian y la velocidad forzada a la que le llevaba Martín mientras devoraba los últimos kilómetros atravesando Aranjuez. Sus manos apretaban el volante con fuerza.

Al enfilar la recta, los faros barrieron la oscuridad y recortaron la imponente verja de hierro que cerraba la finca. Un guardia de seguridad apareció en el cono de luz, plantándose en el centro del camino.

Martín clavó la mirada en la puerta de hierro.

—Sujétate, Dani. —Hundió el pedal a fondo.

El guardia alzó un brazo, pero las dos toneladas se le echaron encima sin amago de aflojar. En el último segundo, el hombre se lanzó hacia la cuneta.

Martín bloqueó los codos contra el volante y Dani se aferró al salpicadero, apretando los músculos.

El impacto fue brutal. El estruendo del acero retorciéndose desgarró la noche. El parachoques del Toyota reventó la cerradura y arrancó una de las hojas de la verja de cuajo. Los pesados barrotes de hierro cedieron partiéndose como lanzas, atravesaron la parrilla delantera empalando el motor con un crujido.

En el interior del habitáculo, la violenta sacudida los catapultó hacia delante y ambos sintieron el tirón de los cinturones mordiéndoles el pecho. El morro del vehículo absorbió el impacto; el motor tosió un par de veces y gripó, escupiendo una espesa nube de vapor hirviendo y deteniéndose un par de metros dentro de la finca.

Tardaron un par de segundos en recuperar el aliento, pero la adrenalina hizo acto de presencia. Martín pateó su puerta, forzando la chapa abollada. Dani hizo lo mismo por la derecha. Salieron con las armas por delante, utilizando el bloque humeante del coche como trinchera.

En cuanto tocaron el suelo, los hombres de la finca abrieron fuego. El aire se llenó de los fogonazos de las pistolas. Una bala estalló contra el capó del Toyota y otra reventó lo que quedaba del retrovisor izquierdo, escupiendo esquirlas de plástico y cristal a centímetros del rostro de Martín.

El dolor cervical le pasó factura al intentar moverse. Se encogió por instinto, mareado, y asomó el arma a ciegas por el lateral del vehículo. Disparó tres veces hacia los fogonazos del jardín, sin apuntar, buscando únicamente obligar al tirador a agachar la cabeza para ganar un poco de oxígeno.

A su derecha, Dani rodó sobre la tierra; al tratar de levantarse, el aturdimiento del choque le hizo perder el equilibrio. Disparó hacia la oscuridad, arrancando astillas del tronco de un pino. La respuesta del segundo vigilante le obligó a aplastarse contra la grava, evitando los dos proyectiles que impactaron contra la puerta del copiloto.

Martín parpadeó para quitarse el sudor y el escozor de los ojos, aprovechando la nube de vapor que escupía el radiador. Fijó la vista en la silueta parapetada junto a la garita y apretó el gatillo. El primer disparo voló un pedazo de ladrillo; el segundo impactó en el cuello del hombre, que se desplomó en seco.

Dani vació el resto de su cargador contra el flanco derecho, barriendo la posición enemiga. Dos balas alcanzaron al segundo sicario en el hombro y el abdomen, derribándolo de espaldas.

El cruce de fuego cesó de golpe. Solo quedó el silbido del anticongelante hirviendo sobre el bloque del motor destrozado del Toyota.

Martín se puso en pie de un salto, comprobó que el camino estaba despejado y echó a correr hacia la entrada de la casa principal. Dani corrió tras él.

Antes de que alcanzara el pequeño porche, la pesada puerta principal se abrió de golpe. Dos guardias alertados por el escándalo

salían a trompicones.

El Lobo no frenó su carrera. No les dio tiempo a cruzar el umbral. Levantó su Astra en pleno sprint y apretó el gatillo tres veces consecutivas. El primer guardia se desplomó contra el marco de madera; el segundo tropezó sobre sus propios pies y cayó de bruces boca abajo.

Martín saltó por encima de los cuerpos y entró en la casa. Barrió el pasillo buscando más resistencia. Todo parecía tranquilo dentro.

El acceso a las escaleras que descendían al sótano se abría ante él.

—Asegura la planta, Dani. —Expulsó el cargador y encajó uno nuevo con un golpe de la palma, sin apartar la vista de las escaleras —. No quiero sorpresas por la espalda. Yo voy abajo.

노 리 개

Leandro sonreía. Estaba pletórico. Apoyado frente al falso espejo, devoraba la escena al otro lado del cristal.

Bajó la vista hacia el suelo, donde Súa yacía maniatada a la espalda, amordazada y en ropa interior. Leandro se agachó y tiró de ella hacia arriba con brutalidad, agarrándola del *binyeo* de plata que sujetaba su moño.

Ella soltó un quejido ahogado tras la mordaza. La obligó a alzar el rostro y mirar a través del cristal.

—Mira bien, zorrita. —Leandro empujó la frente de la chica contra el vidrio frío—. Esa mujer es una puta maestra. Lo ha borrado del mapa sin tocarlo. Tu protector ya no existe.

Súa se revolvió frenética, arañando sus ataduras; sus ojos se clavaron en Mark. Estaba vacío. Muerto en vida. El terror le anegó las pupilas mientras sentía ese frío del cristal contra su frente como un muro insalvable. A escasos metros de ella, al otro lado de esa barrera invisible, Mark se estaba desvaneciendo. Las cuerdas de nailon le quemaban las muñecas al tirar de ellas con desesperación; la mordaza ahogaba sus gritos, pero el verdadero dolor era esa distancia insoportable. Le estaban arrancando el alma al hombre que amaba delante de sus ojos, y ella solo podía mirar.

—No te preocupes, preciosa. —Se pegó a su espalda y deslizó sus manos sudorosas por las costillas de la mujer hasta apresar sus pechos. Acercó la boca a su nuca, dejándole un rastro húmedo y caliente con la lengua—. Me tienes a mí para consolarte. Nos lo vamos a pasar muy bien, pequeña.

Agarró a Súa por un brazo y la empujó sin miramientos hacia un pequeño sofá de cuero situado junto a una mesita auxiliar. Ella cayó de golpe, maniatada y amordazada. Tiró frenéticamente de las ligaduras de sus muñecas, incapaz de romperlas, clavando la mirada en Leandro, desafiante.

Él soltó una risa asquerosa.

—Venga, vamos a jugar un poco nosotros.

Se quitó la americana, sacó la Glock que le había robado a Mark en el club y la dejó con un golpe sobre el metal de la mesa. Sus manos bajaron de inmediato hacia la hebilla de su cinturón.

La puerta reventó hacia dentro con violencia, astillando el marco.

El hombre dio un respingo y se giró con los dedos aún aferrados a la cintura del pantalón.

Martín entró y barrió la sala en una fracción de segundo: Súa en el sofá y las manos de la alimaña en la hebilla. Acortó la distancia en dos zancadas y descargó un puñetazo directo al rostro de Leandro que le partió la nariz. El impacto lo hizo trastabillar hacia atrás; chocó contra la mesita y la volcó al caer de espaldas.

Antes de que pudiera levantarse, Martín se le echó encima. Levantó su Astra y le golpeó con la base de la empuñadura en la sien. Leandro se desplomó inerte sobre el suelo.

—Tranquila, ya pasó. —Martín sacó una pequeña navaja del bolsillo y seccionó las bridas de un tajo.

Súa no esperó. Se arrancó la mordaza y cogió aire de golpe. Se levantó del sofá, incapaz de mantenerse quieta un segundo más y señaló el falso espejo con un gesto frenético.

—Están al otro lado. Lo está vaciando por dentro, Martín. Hay que sacarlo de ahí.

El Lobo asintió. Se incorporó apresuradamente y avanzó hacia la puerta. Ella fue tras él, pero paró de repente. Necesitaba ir armada.

Dio un paso hacia la mesita volcada, buscando la Glock.

Martín alcanzó el umbral, pero al no sentirla se giró para esperarla.

El estruendo rebotó contra los cristales. Martín parpadeó, sorprendido por el fogonazo, y clavó la mirada en Súa, recorriéndola de arriba abajo, buscando en su cuerpo el impacto.

Pero Súa estaba intacta, paralizada, con los ojos muy abiertos, mirando hacia él.

Martín frunció el ceño. Sintió un calor repentino y húmedo filtrándose por la tela de su camisa. Bajó la vista lentamente hacia su abdomen.

Una mancha roja y oscura se expandía justo por debajo del ombligo. El aire se le escapó de los pulmones al mismo tiempo que sus piernas cedían y se desplomó de rodillas sobre el suelo.

Al lado de Súa, apoyado sobre un codo entre los restos de la mesita volcada, Leandro sostenía la Glock de Mark con el cañón humeante. La sangre le cubría la mitad de la cara por el tabique roto, pero en sus labios asomaba una sonrisa torcida y triunfal.

Súa no pensó. Un instinto primario la hizo abalanzarse sobre Leandro antes de que pudiera reaccionar. Llevó la mano a su cabello, arrancando el *binyeo* y se lo clavó en el lateral del cuello.

—¡*Gaesaekki*! —El alarido le desgarró la garganta—. Muérete... muérete ya…

Arrancó la aguja ensangrentada y volvió a hundirla. Una y otra vez. La carne cedió bajo los golpes ciegos. La mano de Súa se tiñó de un rojo caliente y espeso.

Leandro abrió los ojos de golpe, dejando caer la pistola. Trató de llevarse las manos al cuello, pero solo consiguió emitir un gorgoteo asfixiante. Se estaba ahogando en su propia sangre. Súa se levantó, dejándole allí con la plata clavada en el cuello, tratando inútilmente de respirar algo que no fuera su propia sangre encharcando sus pulmones. Se giró y se lanzó de rodillas hacia Martín. Agarró la chaqueta que Leandro había tirado y la presionó contra su estómago. Sus manos, aún manchadas por la sangre de aquella escoria, se empaparon del calor del Lobo.

—Aguanta, Martín. Por favor, aguanta. —Dejó caer todo su peso sobre la chaqueta, tratando de contener el temblor de sus brazos.

Dani irrumpió en la sala a la carrera, pero la escena lo frenó en seco.

—Joder... ¿qué ha pasado aquí?

—¡Pide ayuda, rápido, Dani!

Martín tosió y un hilo oscuro asomó por la comisura de sus labios. Agarró la muñeca de Súa.

—No. —Apretó los dientes—. Tienes que sacar a Mark de ahí. Yo aguanto. Sal de aquí de una puta vez.

Súa tragó aire, resistiéndose a dejarle. El Lobo leyó la culpa que amenazaba con paralizarla y endureció su mirada. Ella apretó los labios, asintió en silencio y se puso en pie.

—Pide ayuda, Dani, y mantén la herida apretada.

Caminó hasta el cuerpo de Leandro, recogió la Glock del suelo y enfiló hacia la puerta. Se detuvo un instante en el umbral, apoyando la mano temblorosa en el marco, y cruzó sin mirar atrás.

Dani se dejó caer de rodillas junto a su jefe, apretando la chaqueta con una mano, y metió la otra en el bolsillo buscando el móvil. La mano fría de Martín se cerró sobre la suya.

—Ve tras ella, Dani. Sácalos de aquí.

El chico abrió la boca para replicar, pero los ojos del Lobo le silenciaron de golpe. Martín sacó su arma, la vieja Astra, y se la puso en la mano.

—Sácalos, Dani… —tosió con fuerza—. Cuídalos por mí.

Dani tragó saliva. Miró la pistola en su mano y el charco oscuro que no dejaba de crecer bajo Martín. Un nudo le cerró la garganta. Apretó la mandíbula, con los ojos acuosos por las lágrimas contenidas, y agarró el hombro de su jefe.

—Ha sido un orgullo, jefe.

Se levantó y echó a correr tras Súa, llevándose el dorso de la manga a los ojos antes de desaparecer por la puerta.

Súa tiró de la doble puerta de ébano con decisión y se adentró en la mazmorra. El aroma a cuero, metal y cera quemándose le recordó a la sala homónima de la finca de Mark. Sintió cómo la pulcritud de

aquel lugar chocaba frontalmente con la sangre que aún le empapaba las manos.

En el centro, Mark colgaba de la cruz de San Andrés. Sonia estaba pegada a él con los labios en su oído, inyectándole su veneno en susurros. Al escuchar los pasos, la mujer giró el cuello lentamente. Súa levantó la Glock, apuntándola.

—Apártate de él. Ahora.

La mujer ni siquiera parpadeó. Una sonrisa de superioridad se dibujó en sus labios.

—Es tarde, niña.

Dani irrumpió a la carrera y se detuvo detrás de Súa, apuntando también a Sonia. La chica volvió la cabeza y le miró interrogante. Dani negó con la cabeza, bajando levemente la mirada. Un nudo cerró la garganta de Súa, que apretó los labios, tragándose el dolor, y se obligó a volver la vista a la cruz.

Sonia dio un paso atrás con parsimonia, cediéndole el espacio. Súa corrió hacia Mark y le agarró el rostro entre las manos, manchándole la piel de sangre.

—Mark, mírame. Estoy aquí. No te dejes ir.

Los ojos de Mark miraban a través de ella, vacíos, perdidos en las profundidades del pozo donde Sonia lo había ahogado. Su cuerpo estaba allí, pero su mente estaba rota.

El sonido de unos tacones rompió el silencio. Sonia acortó la distancia deteniéndose a un par de metros y señaló con su dedo de uñas perfectas el lugar donde yacía el cuerpo sin vida de la mujer. La capucha se había deslizado con la caída, mostrando su rostro amordazado. En su cuello brillaba el oro de la cadenita que sostenía el *norigae*.

—¿De verdad crees que un amuleto y un poco de sanación exótica te lo van a devolver? —La sonrisa de la mujer era letal, calculada para humillar—. Solo eres un juguete, niña. Un mero adorno en su cuello.

Súa clavó la mirada en el adorno mancillado sobre el cadáver. Apretó la mandíbula y se irguió frente a su enemiga, plantando cara.

—Crees que el collar me sujeta a él. Pero te equivocas. El collar solo es un símbolo. Yo soy el *ansikcheo* que evita que Mark se

rompa en mil pedazos. Tú, en cambio, solo eres ruido.

El rostro de Sonia se estiró.

—¿Cómo te atreves? —Dio un paso al frente—. Vete a casa. Solo molestas, niña. Estás jugando a un juego de mayores y te viene muy grande.

Súa volvió a coger el rostro de Mark buscando alguna chispa en sus pupilas. El pozo era oscuro. Asintió levemente y se levantó.

Consciente de que seguía en ropa interior, barrió la sala con la mirada caminando hacia un pequeño armario abierto. Agarró una de las telas que colgaban en el interior y se limpió la sangre de las manos manchando el tejido. Después, se echó una capa negra de seda por encima.

Sonia se paseaba por la sala ignorando a Dani, que seguía cada uno de sus movimientos. El eco de sus tacones marcaba el compás de un modo hipnótico.

—No lo entiendes, niña. —Clavó la mirada en la coreana, desafiante—. En este mundo, si no tienes el control, no tienes nada. El dominio lo es todo. Si no dominas, te dominan. Es una cadena de mando y tú solo eres el último eslabón, la que se arrodilla.

Súa caminó hacia la chica en el suelo. Al pasar la vista por su rostro, un pinchazo le recorrió la espina dorsal. Había algo perturbadoramente familiar en ella. Apartó rápidamente el pensamiento de su mente y retiró el *norigae* que colgaba de aquel cuello sin vida. Se irguió, y sus ojos, verdes como el jade más puro, chocaron contra el negro de Sonia.

—Confundes el poder con el miedo, Sonia. —La mirada de Súa brillaba—. El control busca romper la voluntad del otro para sentirse seguro. Pero el amor... el amor sana porque no necesita poseer.

Sonia soltó una carcajada llena de desprecio.

—¿El amor sana? Qué romántico. Mírate, llevas un collar. Estás bajo su dominio.

—Te equivocas. —Súa dio un paso hacia adelante, obligando a Sonia a retroceder—. El dominio no existe, solo existe la entrega. Cuando amas, no importan los roles. *Dugeseon gateun geosiya*...[90] Ambos son lo mismo. Es darse por completo.

Dejó que el peso de sus palabras cayera en el silencio de la sala, desviando un segundo la vista hacia Mark.

—Yo me entrego a Mark no para que domine, sino porque confío en él lo suficiente como para soltar mis defensas. Él se entrega a mí porque sabe que soy su *ansikcheo*. Ser sumisa es un acto de valentía que tú nunca entenderás, porque para serlo, primero hay que ser lo suficientemente fuerte para no romperse.

Sonia abrió la boca para replicar, pero la lástima absoluta en la mirada de Súa la dejó muda.

—Tú solo conoces el control, Sonia... pero el control es una cárcel donde el carcelero está tan preso como el prisionero.

A sus espaldas, Dani contenía la respiración, sin apartar la vista de aquella mujer que crecía por momentos delante de él, devorando el aire de la habitación.

—Amar es ser libre en la entrega. —Súa dictó sentencia—. Tú solo eres una sombra intentando atrapar la luz.

Sonia torció los labios señalando el *norigae* con la barbilla, buscando desesperadamente un resquicio por donde atacar.

—Hablas de libertad mientras llevas el símbolo de tu esclavitud. Admítelo, Súa, necesitas que te controlen porque no tienes la fuerza para mandar.

Súa no parpadeó. Avanzó hacia Sonia.

—No entiendes nada, Sonia. El control es una mentira. El Amo y el Sumiso no son dos rangos, son un solo cuerpo, una sola voluntad. Son uno solo porque sus almas se entrelazan en un sacrificio que tú no podrías ni imaginar.

Sonia intentó contraatacar, pero Súa alzó una mano manchada de sangre, cortando sus palabras en el aire.

—El Amo debe cuidar, debe comprender cada cicatriz del alma y debe tener la fuerza necesaria para sanar lo que el mundo ha roto. Y el Sumiso... El Sumiso debe tener el valor de confiar, de soltar el aire y entregarse sin miedos, sabiendo que está en manos de quien daría su vida por él.

Dio un paso más, invadiendo su espacio mientras la seguridad de Sonia se resquebrajaba, obligándola a retroceder.

Dani frunció el ceño, completamente perdido entre tanta mención a amos, collares y sumisión, un mundo que desconocía por completo. Pero no necesitaba entender sus palabras para ver lo evidente: la chica a la que debía proteger se había convertido en una deidad implacable que acorralaba a aquel monstruo.

—Te diré el secreto que te carcome, Sonia: es el Amo quien es el esclavo. Él vive por y para el bienestar de la persona a la que ama; su responsabilidad es su cadena. Mark no me posee a mí... él está encadenado a mí, y yo estoy ligada a mi necesidad de ser su refugio.

Súa relajó las facciones. La miró con una compasión que golpeó a la otra mujer mucho más que los insultos.

—Tú buscas esclavos para sentirte poderosa. Yo busqué a un hombre que fuera lo suficientemente fuerte para ser mío a través del cuidado. Por eso yo estoy en paz, y tú... tú solo eres una mujer vacía gritando en la oscuridad. *Dangsineun bulssanghaeyo.*[91]

El muro de diamante de Sonia se resquebrajó. Por primera vez desde que tenía trece años, se sintió minúscula, frágil. El hedor a tabaco caro y vino fuerte de su padre pareció materializarse de golpe en la mazmorra. Trató de aferrarse a los pedazos de su autoridad y miró a Mark con asco.

—Es muy bonito todo esto, niña. Un discurso precioso —escupió, con la voz temblando—. Pero míralo. Ahí tienes la prueba de lo que el control es capaz de hacer. Está acabado. Y toda tu filosofía no ha podido salvarle.

Súa miró a Mark. Sintió cómo ese delicado hilo de seda que la unía a él desde aquellas noches en Guryon se tensaba convirtiéndose en un cable de acero. Vio a Sonia, a Leandro, vio a Mark derrotado en su propia mazmorra tras su confesión. Todo culminó en un torbellino donde la voz de Seokju resonó en su interior. Mark, colgado en esa cruz, era tan solo una cáscara vacía.

Era el momento. Súa dio un paso adelante.

—*Abeoji*, el *uiri* está cumplido y mi venganza también. Hoy descansarás en paz.

Se acercó a la cruz de San Andrés y soltó las correas. Sonia hizo un amago desesperado de abalanzarse sobre ella, pero Dani se

adelantó. Le agarró la muñeca con fuerza y negó lentamente con la cabeza.

Mark cayó a plomo contra el suelo. Inmóvil. Hueco. Súa se arrodilló a su lado y le colocó el *norigae* sobre su pecho desnudo. Después, apoyó su propia mano sobre el amuleto.

Su voz adquirió una resonancia grave, ancestral, una autoridad que nunca antes había usado con nadie.

—Mark. —Se acercó a sus labios y susurró, envolviéndolo en su calor sin retirar la mano del pecho—. *Meomulleojwo*. Yo soy tu *ansikcheo*.

Mark movió las pupilas, buscando una luz que le llamaba desde el fondo del abismo. De algún modo, ella supo que la había escuchado.

—¿*Niga naui geuneuliya?*[92]

Mark abrió los ojos y la miró, confuso.

—Te he amado como tu mujer y como tu sumisa. —Su mano se elevó con lentitud, acariciándole la mejilla—. Te he entregado mi cuerpo, mi mente y mi alma... pero tú no eres mi amo, Mark. Nunca lo has sido. Eres mío. Y vas a obedecer.

La mirada de Súa se clavó en la de él, perforándole el alma.

—*Mureup kkuleo*.[93]

De un modo instintivo, aferrándose a aquella voz que tiraba de él para sacarlo de su propio infierno, Mark obedeció. Aún sin comprender, pero reconociendo la autoridad primordial de la mujer que tenía delante, se incorporó del suelo y se arrodilló ante ella. Sus ojos no se apartaron de los de Súa. No había miedo. El brillo volvía a llenar sus pupilas con una devoción y una confianza absolutas.

—Desde este momento —declaró, sin rastro de fragilidad, con la autoridad de una diosa dictando sus mandamientos—, tu seguridad es mi única ley. Tus miedos son mis enemigos. Tus heridas, mi responsabilidad. No te haré daño. Te protegeré, aunque tenga que quemar el mundo entero para lograrlo. ¿Lo entiendes, *yeobo*?

Él asintió. Su mirada ya no estaba perdida.

—Sí, Ama.

Súa se inclinó y levantó su barbilla con la punta de los dedos.

—*Ireona*.[94] Ha llegado el momento de luchar juntos. Bajo mis órdenes.

Súa no apartó la vista de Sonia mientras Mark permanecía arrodillado frente a ella. La mujer retrocedió un paso, desolada. En el fondo de sus ojos, por primera vez, brillaba el terror a lo incomprensible.

Mark cerró los ojos y exhaló un suspiro largo, profundo, soltando el aire que llevaba años atrapado en sus pulmones. Ante un leve gesto de los dedos de Súa, se puso en pie. Estaba desnudo y manchado de sangre, pero la vida parecía haber dejado de aplastarle. Sus piernas temblaron, amenazando con ceder tras el tormento; ella le sostuvo contra su pecho, fundiéndose finalmente en un abrazo que les devolvió el pulso.

Sonia intentó articular una burla, escupir su veneno, pero las palabras murieron en su garganta. Mark dio un paso al frente. Su mirada ahora era clara y coherente.

—Durante mucho tiempo dejé que tus sombras caminaran por mi mente. —Clavó sus ojos en ella, despejados—. Pero ahora te miro y no veo nada. Ya no eres nada.

La indiferencia fue absoluta. Sin esperar respuesta, sin concederle un segundo más de su existencia, Mark le dio la espalda. Se giró hacia Súa e inclinó la cabeza, exponiendo su nuca en un acto de entrega definitiva.

—Te entrego mi voluntad y mi vida —susurró, solo para ella—. Porque sé que solo bajo tu cuidado están seguras.

Súa extendió la mano y volvió a posarla sobre él. El imperio de Sonia terminó de desmoronarse en aquel silencio. Sus rodillas, incapaces de sostener el peso de su propia irrelevancia, cedieron de golpe, dejándola caer sobre la silla. Era como si hubiera dejado de existir. Por primera vez en su vida, el mundo no reaccionaba a su presencia. Sus tacones, antes inquisidores, no lograban arrancar ni un eco al suelo. Su perfume, caro y agresivo, se había disipado. Ya no era una amenaza. Era, simplemente, un fantasma.

El silencio se rompió de improviso con el eco de botas rápidas sobre el suelo de resina. Dos agentes entraron flanqueando la entrada, barriendo la estancia con las armas.

—Guardia Civil. Todo el mundo quieto. Suelten las armas despacio —ordenó el primero, sin dejar de apuntar a Dani.

El chico soltó la pistola lentamente sin ofrecer resistencia, mientras el agente hablaba por radio.

—Aquí unidad de asalto. Perímetro asegurado. Tenemos dos víctimas con vida, dos civiles armados y otro cadáver femenino amordazado.

Todos permanecieron quietos, en silencio. Uno de los agentes mantenía la vigilancia sobre Dani, que permanecía inmóvil, mientras el otro se ocupaba de comprobar el estado de Mark y Súa. Al fondo de la sala, Sonia seguía sentada en una silla, con la mirada ausente, como si ya no formara parte de lo que ocurría a su alrededor.

El sonido de unos pasos bajando la escalera rompió la tensión. El capitán apareció junto a un pequeño equipo y se detuvo un instante al ver el escenario.

—Hombre, Rivas... estás en todos los fregados, hijo.

Hizo un gesto con la cabeza y dos agentes se acercaron inmediatamente a Mark y a Súa para cubrirlos con mantas térmicas. Después se dirigió a la mujer que permanecía en el rincón, mientras un guardia la esposaba.

—Sonia de la Vega. —El capitán hizo un gesto al agente para que procediera—. Queda detenida como presunta autora de los delitos de asesinato, detención ilegal y falsificación documental. No tiene obligación de declarar si no es en presencia de su abogado.

Sonia no dijo nada. Salió con la mirada en el suelo totalmente derrotada. El oficial se volvió hacia Dani, cambiando su expresión.

—Lo siento, muchacho, pero con lo que hay aquí y lo de ayer... sabes que tienes que acompañarnos.

Súa amagó con protestar, pero Dani la detuvo manteniendo la calma.

—No pasa nada, jefa. —Extendió las muñecas para las esposas y miró a Mark—. Seguro que el señor Olsten no tarda mucho en sacarme de aquí.

Mark asintió.

Súa apretó la mano de Mark bajo la manta térmica. Sus dedos, aún manchados de sangre reseca, buscaron los de él.

—¿Cómo estás? —Su voz volvía a portar su ternura habitual, mezclada con un cansancio total.

Mark tragó saliva. Sus ojos estaban fijos en el cuerpo de la mujer tendida en el suelo de la mazmorra, a escasos metros de ellos. Respiraba con dificultad.

—Bien, Súa. Gracias a ti. —Aún se le notaba un ligero temblor en las manos—. Yo... cuando vi cómo... —Incapaz de terminar la frase, tensó los músculos del cuello—. Creí que eras tú. Todo se apagó.

Súa soltó su mano para acariciarle la mejilla. El tacto de su piel y esa mirada dulce pero poderosa consiguieron calmarle. Se inclinó hacia él, rodeándolo con el brazo, y le dio un beso profundo en los labios.

—Fue un infierno verlo desde el otro lado, junto a ese malnacido. —Apoyó la frente contra la suya, buscando esa unión.

—¿Y Leandro? —El tono de Mark cambió, llenándose de rabia al instante.

Súa bajó la vista hacia su mano derecha. La sangre de Leandro se había metido bajo sus uñas y le teñía los nudillos de un tono oscuro.

—No molestará más. —Giró el rostro hacia el cadáver de la chica, recordando aquel pinchazo, y se centró en aquellas facciones pálidas y desencajadas un momento antes de que un guardia la cubriera con una sábana. Súa entrecerró los ojos. La punzada volvió a cruzar la espina dorsal. Aquel rostro... los pómulos, la línea de la mandíbula. Eran un eco que conocía bien. Un fantasma pareció superponerse sobre las facciones de la chica muerta.

Un nombre le estalló en la cabeza.

Lucía.

Fue como un nido de avispas en el estómago que le provocó unas náuseas tan intensas que tuvo que llevarse una mano a la boca para no vomitar allí mismo.

Dos agentes se detuvieron frente a ellos, interponiéndose entre Súa y el cadáver, sacándola del horror.

—Vamos a sacarles de aquí, por favor —dijo uno de ellos, señalando la escalera hacia la salida—. Vengan con nosotros.

El ascenso por la escalera de piedra fue agónico. Se mantuvieron unidos todo el ascenso, arrastrando los pies descalzos sobre los peldaños. Atrás se quedaba el olor a cuero, a incienso y una parte de sus miedos.

La humedad del Tajo les golpeó el rostro. Fuera, el enjambre de luces policiales y ambulancias parpadeaba frenéticamente en la noche. El zumbido constante de las emisoras dejaba un aire de irrealidad a todo ese escenario. Era el mundo real, ruidoso y caótico, algo que sentían que hacía una vida que habían abandonado.

A unos veinte metros, justo detrás de una cinta policial, una figura conocida se abrió paso a empujones entre dos guardias civiles. Llevaba un abrigo grueso oscuro y el rostro desencajado por la ansiedad.

—¡Mark! ¡Muchacho! —Julián acortó la distancia casi corriendo. Al llegar frente a ellos, se detuvo asimilando la imagen de los dos, antes de envolver a Mark en un abrazo desesperado—. Ya pasó, amigo mío —le susurró muy cerca del oído—. Ya está. Tenemos los documentos. Me voy a encargar personalmente de que esa maldita víbora no vuelva a pisar la calle en su vida. —Se separó lo justo para mirarle a la cara, apretándole los brazos por encima de la manta—. ¿Cómo estás tú, amigo?

Mark parpadeó bajo la luz intermitente de las sirenas. El frío le hacía tiritar, pero se sintió seguro viendo allí a su amigo. Giró el rostro para mirar a Súa antes de responder.

—Estoy bien, Julián —dijo—. Estoy bien gracias a ella.

El crujido de unas ruedas metálicas aplastando la gravilla cortó la conversación. Mark giró la cabeza instintivamente. Dos técnicos de emergencias empujaban una camilla hacia la parte trasera de un furgón forense. Sobre la estructura descansaba un bulto dentro de una funda negra.

La cremallera no estaba subida hasta el final, dejando a la vista lo que ocultaba.

Mark dejó de respirar.

Asomaba el hombro de una chaqueta oscura, empapada de un rojo casi negro. Más abajo, sobresaliendo por el extremo inferior de la funda, colgaban unas botas de combate inconfundibles, gastadas por la puntera.

El suelo desapareció bajo sus pies. La gravedad pareció multiplicarse de golpe.

—No... —fue un desgarro—. No... Martín no. Por favor.

Las rodillas le fallaron. La manta térmica plateada resbaló por sus hombros, cayendo sobre el barro pisoteado. Súa reaccionó con velocidad, dejándose caer de rodillas a su lado, envolviéndolo con ambos brazos y aplastando su pecho contra el de ella con una fuerza feroz.

Mark se rompió aferrándose a la espalda de Súa. Ambos lloraron; era el llanto de quien acaba de perder a un padre.

Julián dio un paso al frente. Con la mandíbula apretada y los ojos brillantes, se arrodilló a medias y colocó la manta de nuevo sobre Mark, dejando su mano sobre el hombro desnudo de su amigo.

—Tranquilo, muchacho —murmuró, con la voz devorada por el viento—. Ya está.

Mark cerró los ojos, incapaz de mirar al cielo. Se aferró al cuerpo de Súa, hundiendo el rostro en su cuello, buscando el único refugio que le quedaba. Olía a sangre y al frío del plástico de aquella manta, pero por debajo de todo eso, estaba ella.

Allí, de rodillas sobre el barro, destrozado por la muerte de Martín, su protector, y rodeado por el eco de las radios policiales, Mark dejó de luchar. El frío le calaba los huesos, pero el corazón de Súa latía contra el suyo.

La pesadilla por fin había terminado. Y habían sobrevivido.

EPÍLOGO. RINDIENDO CUENTAS

Cheonsan (청산)

Cercedilla, Madrid.
Tres años más tarde

La primavera había llegado regando con su luz la finca. Los primeros rayos de sol entraban por la ventana dejando una calidez amable en el despacho.

Mark apartó las manos del teclado y se estiró despreocupadamente. La pantalla del ordenador brillaba mostrando un correo reciente de Julián:

«El teléfono echa humo, muchacho, no paran de llamarme. Es lo mejor que has escrito en tu vida. Disfruta de la paz, te la has ganado. Pero no te acostumbres demasiado al silencio: tenemos la firma de libros en el Círculo la semana que viene. Prepárate, va a ser un éxito absoluto».

Mark leyó las líneas un par de veces. «Lo mejor que has escrito». Una sonrisa amarga le cruzó el rostro. El precio de esa excelencia había sido desangrarse. Cada capítulo era un trozo del alma que había cosido. Pensar en la firma de libros, en las caras de los lectores y en las luces de la ciudad le provocó un leve mareo, pero el mundo exterior ya no le resultaba una amenaza mortal.

Cerró el portátil con un clic seco. Se levantó, cogió la taza de café y caminó hacia el gran ventanal, observando el horizonte.

Las montañas, al fondo, aún conservaban los picos con nieve. Al abrir la ventana, el aire entró cargado con el aroma del bosque y la humedad matutina; el peso de los recuerdos aún dolía, pero ya no hería.

Abajo, en la finca, la vida seguía su curso. Dani caminaba junto al chico nuevo, un chaval nervioso que apenas llegaba a los veinticinco años.

Gesticulaba con seguridad, señalando los puntos ciegos del perímetro, asumiendo con una naturalidad asombrosa el cargo de jefe de seguridad. Dani levantó la vista hacia la ventana, se encontró con Mark y le dedicó un saludo con la mano, dejando escapar una sonrisa cómplice. Mark le devolvió el gesto antes de que los dos hombres volvieran a lo suyo.

Giró la cabeza hacia su escritorio. Allí, junto al bote de lápices, descansaba una foto. Eran él y Martín, siete años antes; le parecía increíble el paso del tiempo. No había pasado un día en que no se acordara de él; el silencio que había dejado era una herida abierta que se negaba a cicatrizar.

Lo está haciendo muy bien, amigo. Como siempre, tenías razón, pensó mientras observaba la figura de Dani en la distancia.

Pero jamás te perdonaré haberme dejado solo, Lobo. Te echo tanto de menos.

Un nudo doloroso y crónico le apretó la garganta. Volvió a mirar hacia la finca, siguiendo con la vista al chico nuevo. Se movía con torpeza. Había algo en su forma de caminar, de observar las cerraduras; un escrutinio demasiado minucioso, casi obsesivo.

El chico es rarillo... mira demasiado las cerraduras.

Aquel pensamiento provocó una sonrisa al darse cuenta de las similitudes que le evocó. Dio un sorbo largo a su café.

노 리 개

Súa bajó las escaleras, deteniéndose un momento en el pasillo a colocar un jarrón; aquella casa latía acompasada a su respiración. Cada detalle había quedado ordenado de tal modo que, para ella, aquel lugar era definitivamente su hogar.

Entró en la cocina. Estaba vacía, aunque el olor a café recién hecho inundaba la estancia; la tetera estaba puesta y mantenía el agua aún caliente. Vestía un *hanbok* de seda suave azul, iba algo

despeinada, con la relajación de quien sabe que en su hogar se está a salvo.

Comenzó a preparar su taza de *boricha* cuando un crujido en la puerta de la despensa la hizo girarse. Lucía entró en la estancia, vestida del negro riguroso que parecía haberse convertido en su segunda piel. La mujer, con el gesto serio y esa sombra de vergüenza que no lograba sacudirse del todo, agachó la cabeza al verla.

—Buenos días, señora. Ha madrugado hoy.

Súa dejó la tetera y le dirigió una mirada de reproche.

—Lucía, te he dicho mil veces que no me llames señora. En esta casa el pasado es un libro cerrado, tú eres mi familia. —Cogió una taza y la llenó de café para la mujer.

—Perdóname, hija. —La mujer suspiró, apretando las manos contra el delantal—. Aún no me acostumbro. Sigo... sigo avergonzada por todo lo que pasó.

Súa se acercó y le pasó una mano por la espalda.

—No pasa nada, Lucía. Todos pagamos un precio muy alto.

La cocinera bajó los ojos, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. El peso de su hija muerta era una losa que solo Súa compartía con ella.

—No puedo evitar pensar en ella cuando te veo, Súa —susurró con el corazón roto—. Era tan... tan como tú.

Súa apretó su mano, dejando que el contacto las uniera, y la envolvió en un abrazo cálido, sellando aquel perdón silencioso que se renovaba cada mañana. Al separarse, le cogió las manos con cariño.

—Lucía, hoy nos vamos a comer unas lentejas de esas tan ricas que tú haces. Con chorizo y oreja. Cocina para cuatro, Dani comerá con nosotros.

—Por supuesto, hija. —Lucía asintió, tratando de reponerse. Apretó los labios en un gesto que intentaba contener lo que no sabía cómo agradecer—. Vas a ver qué ricas me salen hoy.

Súa asintió y salió de la cocina con su té, dejando atrás un rastro de lavanda. Lucía se quedó sola en su reino de fogones. En su rostro, la pena por lo perdido y la alegría de sentirse en casa se

cruzaron en una mueca agridulce. Después de tanto tiempo, la cocina volvía a oler a hogar y no a miedo.

노 리 개

Dani se detuvo junto a la verja, ignorando por un momento las preguntas del nuevo. Se agachó para comprobar la tensión de uno de los sensores.

—Acuérdate de lo que te he dicho —dijo Dani, levantándose y sacudiéndose el polvo de los pantalones—. Aquí el peligro no viene cuando las cerraduras fallan, sino cuando te crees que estás seguro porque funcionan.

El chaval asintió, anotando algo en una libreta. Dani suspiró y ajustó de forma instintiva el arma del costado. Bajo la chaqueta, la culata de la vieja Astra formaba parte ya de su cuerpo. Era un recuerdo constante, un homenaje del que jamás se desprendía.

Aún me queda grande este puesto, viejo. Echó una mirada fugaz al despacho de Mark.

Pero nadie va a volver a cruzar esta línea mientras yo respire.

El sonido de unos pasos le hizo girarse. Súa se acercaba con esa elegancia natural que cautivaba y que se había acrecentado en los últimos tres años. Dani se relajó y su expresión severa con el chico se suavizó.

—Buenos días, jefa —saludó de un modo familiar—. Ha madrugado hoy.

Súa se detuvo a su lado, devolviéndole la misma sonrisa.

—Lucía está preparando lentejas, Dani. Me gustaría que hoy comieras con nosotros. No te entretengas mucho, sabes que odia que se enfríen —le advirtió ella con guasa.

—Recibido, jefa. No faltaré.

Súa siguió su camino hacia la casa. Él la observó alejarse un segundo más antes de volverse hacia el chaval, recuperando el mando.

—Vamos, termina de revisar esta valla.

—Sí, señor Rivas. Enseguida.

노 리 개

Mark estaba sentado frente al ventanal mientras observaba cómo los últimos rayos de sol desaparecían por detrás de las montañas; la foto de Martín descansaba entre sus manos.

Súa entró en silencio, con suavidad, y dejó una taza de café sobre el escritorio de roble.

Puso su mano sobre el hombro de Mark, observando la fotografía con la misma melancolía. Pasó su otra mano por la curva, incipiente, de su vientre.

—Él habría sido un padrino terrible —susurró Mark con tristeza—. Le habría enseñado todas las malas costumbres antes de que aprendiera a andar.

—Él habría estado orgulloso —respondió Súa—. Martín cuidó de ti para que pudieras llegar hasta aquí. Ahora nos toca a nosotros cuidar de que su nombre no se olvide. Cuando nazca... lo sabrá.

Su mirada cayó sobre el periódico que Mark había dejado por la mañana. Abierto sobre una página interior.

EL SUPREMO TUMBA EL ÚLTIMO RECURSO DE "LA FALSA DIFUNTA"

> *La Sala de lo Penal confirma la pena de 35 años para Sonia de la Vega, por secuestro, estafa y homicidio. La condena es ya firme.*

Súa cerró el periódico, dejando a la vista la portada.

La foto de él ocupaba media página. El titular, en negrita, le mostraba en la cúspide:

> NORIGAE:
> EL RENACER DE MARK OLSTEN.
>
> *El autor presenta su nueva novela. La obra maestra que le redime y rompe el tabú del dolor.*

—Dicen que es tu mejor obra. —Súa rozó el papel con la yema de los dedos, deteniéndose en la palabra *norigae* y le abrazó por la espalda, apoyando la barbilla en su hombro.

Mark se giró dentro de sus brazos, quedando frente a ella. Le acarició el pelo, retirándole un mechón de la cara, y bajó la vista

hacia el cuello de ella, donde el *norigae* descansaba sobre su piel.

—No es mi obra, Súa —dijo Mark, besándole la frente—. Es nuestra historia. Yo solo he puesto las palabras. Tú pusiste la vida.

Súa miró el libro, cerrado sobre la mesa. Sabía lo que ponía en la primera página, la única línea que importaba más que todos los críticos y las ventas:

Para mi ansikcheo. Mi refugio.

노 리 개

Entonces lo notó. Las manos de Mark temblaban de un modo sutil.

—Vamos, *yeobo* —murmuró ella, rodeando su cintura con suavidad—. Llevas tiempo sin tu medicina.

Mark no respondió. Súa se separó y caminó hacia la puerta; se detuvo en el umbral y lo miró.

—Te espero abajo. No tardes.

Mark la vio marcharse, sabiendo que la felicidad que respiraba era posible únicamente porque, unos metros bajo sus pies, seguía existiendo el lugar donde su voluntad no le pertenecía.

NOTA DE AUTOR

Jakgaui mal (작가 의 말)

A menudo me han preguntado: «¿De qué va Norigae? ¿Es una historia sobre el control?». Yo prefiero decir que es una historia sobre el amor absoluto; un amor que nace en la sombra y que sirve de único refugio en un mundo destructivo.

Este libro surgió al asomarme a mundos donde la oscuridad no es ausencia de luz, sino un lugar con reglas propias. Mi primer contacto con este abismo fue a través del horror cósmico de Lovecraft; me cautivó esa atmósfera donde la cordura es un hilo fino que se tensa hasta romperse. De ahí extraje la esencia de Mark Olsten: un hombre enfrentado a una realidad psicológica que le supera.

Pero para entender la sanación, tuve que descender a otro abismo: el de las dinámicas de poder y los juegos de sumisión. Llegué a este mundo a través de la literatura, impulsado por lecturas que despertaron en mí una necesidad de conocimiento. Confieso que me asomé con el prejuicio de quien espera encontrar tan solo un juego de enfermos y depravados. Lo que hallé, sin embargo, cambió mis esquemas: un universo complejo, habitado por mentes curiosas y dotado de una profundidad humana sobrecogedora. Al explorar la psicología de esa entrega absoluta, descubrí la capacidad de rendirse al otro de forma tan total que el «yo» desaparece para convertirse en un espejo.

Nunca he practicado lo que describo en estas páginas, pero reconozco el lenguaje. Es el lenguaje del poeta que sabe que para sanarse hay que descender al foso. Es el lenguaje de mis propias

cicatrices y de una filosofía personal que me dice que el amor no es un paisaje idílico, sino la voluntad de mirar la miseria del otro, aceptarla y decidir caminar sobre ella sin soltarse de la mano. Mark y Súa no son solo personajes; son el contraste entre el frío destructivo del mundo y la calidez del alma compartida como un amuleto que promete protección.

Escribir *Norigae* fue también un ejercicio de aislamiento voluntario. Aunque la trama se mueve entre el lujo y la sombra, el latido de la historia proviene de lugares que forman parte de mi propia geografía emocional. No busqué el frío en paisajes lejanos; lo encontré en la Sierra de Madrid y en el silencio absoluto de los pueblos despoblados de Castilla.

Corea llegó a mi vida de forma casi accidental, por coincidencia laboral y por el eco de una historia que se quedó grabada en mi imaginación tras descubrir la fascinación del mundo asiático. Fue esa chispa la que me permitió construir un puente definitivo entre la crudeza del frío de Madrid y la seda de un *Norigae*.

Siempre me ha cautivado el misticismo oriental y su forma de entender la existencia como un flujo sobre el que debemos dejarnos llevar, una corriente contra la que no se puede luchar. Esa filosofía de vida es, en última instancia, la mía: si yo soy esto, ¿por qué seguir agotándome en una batalla contra lo que el mundo dicta que debo ser? Súa representa esa sutil pero imparable fuerza que enseña a Mark que la verdadera paz no está en el control, sino en la aceptación de la propia naturaleza, por muy oscura o compleja que esta sea.

Escribí esta novela para explorar una verdad incómoda: que el dolor interno es siempre más voraz que el físico. Pero también para recordar que el amor verdadero no es aquel que está cuando todo brilla, sino el que se queda contigo en la habitación más oscura de tu mente y no se aparta.

Por eso, habitar la mente de Mark Olsten no fue un proceso de invención, sino de excavación. A menudo, mientras trazaba su

descenso al sótano o sus brotes de pánico, me encontraba deteniendo el teclado, abrumado por un reflejo que no esperaba encontrar. Aunque no comparto su historia ni sus traumas, reconozco perfectamente su vacío. Hay una angustia silenciosa en quien siente que, a pesar de los logros y de una vida rodeada de luz, existe un punto de ausencia que no se puede extirpar. Ese susurro constante que te dice que no eres suficiente, esa sombra de fracaso que intenta opacar la realidad de lo que has construido.

Escribir *Norigae* ha sido mi forma de lidiar con ese sentimiento; ha sido un grito al mundo —y quizás a mí mismo— para demostrar que soy capaz de crear, de terminar y de contar una historia, incluso cuando el universo parece insistir en lo contrario. Al igual que Mark busca en Súa una aprobación que le devuelva la certeza de su propia existencia, yo busqué en estas páginas la validación de mi propia voz. Tuve que luchar para no convertir a Mark en un simple espejo de mis heridas, para dejarle ser él mismo y permitir que la novela llegara a donde debía, y no solo a donde mi propia melancolía quería arrastrarlo.

No puedo cerrar estas páginas sin hablar de la verdadera naturaleza de la entrega, esa que rompe los moldes de lo que solemos llamar amor. Durante el proceso de documentación y reflexión, comprendí una paradoja que se convirtió en el eje de la obra: el Amo es el verdadero esclavo de su Sumiso, pero no por una cuestión de afecto superficial, sino por una deuda de existencia.

Existe una carga brutal en quien acepta el mando. Si el amor comparte raíz con la palabra «amo», es porque en ambos escenarios la entrega del otro deposita sobre tus hombros una responsabilidad sagrada. Cuando alguien se rinde ante ti, te entrega la obligación de no fallar y el deber de velar por su bienestar por encima del tuyo. Es ser el guardián de la vulnerabilidad ajena.

Por eso, Mark Olsten no encuentra la redención aprendiendo a mandar o manteniendo un control ficticio sobre su vida. Su salvación nace en el momento exacto en que acepta su propia naturaleza y se

rinde. Se salva cuando comprende que solo entregándose a quien de verdad está dispuesta a dominarle por amor, puede dejar de huir.

Por su parte, Súa solo logra rescatarle cuando acepta esa esclavitud eterna que supone ser su dueña. Ella asume la carga de sostener la voluntad de Mark sobre sus hombros. Al final, en ese vínculo oscuro y profundo, el Amo y el Sumiso dejan de ser dos rangos para convertirse en lo mismo: un solo cuerpo, una sola voluntad y una sola verdad. Porque en el amor real, el control es una mentira y la libertad solo se encuentra cuando aceptas las cadenas que el otro necesita que le pongas.

Gracias por acompañarme en este viaje al fondo del sótano. Espero que, al cerrar este libro, guardéis con vosotros un pedazo de esa calidez que, a veces, solo se encuentra en el rincón más oscuro de nuestra propia alma.

Raúl M. Cruz

Quiero…
la serenidad de los muertos,
el silencio del infierno,
la humedad de la tierra,
el olor de la carne ajada.
Quiero…
el placer de la ausencia,
el sueño que no acaba,
la oscuridad de los párpados yertos,
el sonido del silencio.
Quiero…
la asfixia de la madera sobre mi cuerpo,
sentir que no siento,
la ausencia de pensamientos,
el olvido de mi recuerdo.
Quiero…
que nadie me nombre,
que el mundo me desahucie,
que se apague mi llanto,
que callen mis manos.
Quiero…
que la dama me lleve,
con su negro traje, con su mano seca,
con el tinte negro de los posos de los muertos,
con la ceniza limpia de los crematorios.
Quiero…
llenarme de olvido,
bañarme en silencio,
que se me seque la piel,
y rezumen gusanos…
Quiero…
solamente…
una existencia sin mí.

無 (Mu)
—El vacío absoluto—

GLOSARIO

Yongeojip (용어집)

A

Abeoji [아버지] Padre. Forma formal de máxima autoridad y respeto.
Adeul [아들] Hijo. Denota linaje directo o legado.
Agassi [아가씨] Señorita. Honorífico de cortesía que marca distancia social.
Agaya [아가야] Hija / Niña. Apelativo de ternura y protección.
Akma / Angma [악마] Demonio. Entidad de maldad fria y calculadora.
Akmagateun [악마같은] Demoníaco. Cualidad o acción de crueldad absoluta.
Akryeong [악령] Espíritu maligno. Amenaza invisible o presencia perturbadora.
Aniya [아니야] No. Negativa informal y tajante.
Annyeong, Appa... Saranghae... Beolsseo bogo shipeo... [안녕, 아빠... 사랑해... 벌써 보고 싶어] Adiós, Papá… Te quiero… Ya te echo de menos.
Ansikcheo [안식처] Refugio / Santuario.
Appa [아빠] Papá. Forma íntima y cálida de la figura paterna.
Arisu [아리수] Arisu. Nombre tradicional del río Han en Seúl.

B

Babo [바보] Tonto / Idiota.
Binyeo [비녀] Pasador de pelo. Ornamento tradicional coreano.
Boricha [보리차] Té de cebada. Infusión que evoca la calidez del hogar.
Bujeok [부적] Talismán. Amuleto protector escrito con tinta de cinabrio.
But [붓] Pincel. Instrumento de caligrafía para sellos y símbolos.
Byeonhosanim [변호사님] Señor Abogado.

C

Cheoncheonhi [천천히] Despacio / Con calma.

Cheonma [천마] Gastrodia. Raíz medicinal para dolencias del sistema nervioso.
Chimyeongjeogin [치명적인] Irresistible.
Chingu [친구] Amiga / Amigo. Término de cercanía.

D

¡Da malhae! [다 말해!] ¡Cuéntalo todo!.
¡Dangjang geu mun yeoreoyo! [당장 그 문 열어요!] ¡Abre esa puerta ahora mismo!.
Dangjang naga [당장 나가] ¡Vete ahora mismo!
Dangsineul wonhae [당신을 원해] Te deseo.
Dangsineun bulssanghaeyo [당신은 불쌍해요] Me das lástima.
Deureowa nae ane isseojwo [들어와 내 안에 있어줘] Entra... quédate dentro de mí.
Dugeseon gateun geosiya [두개선 같은 것이야] Ambos son lo mismo. Expresión de igualdad entre opuestos.
¡Dwiro ga! ¡Dangjang! [뒤로 가! 당장!] ¡Atrás ahora!.

E

Eonni [언니] Hermana mayor. Honorífico de confianza entre mujeres.

G

Gaejasik [개자식] Miserable / Cabrón.
Gajeungseureoun [가증스러운] Despreciable.
Gangnam [강남] Gangnam. Distrito de Seúl asociado al lujo.
Gaesaekki [개새끼] Bastardo / Hijo de perra.
Geogjeongma [걱정마] No te preocupes.
Geomanhan [거만한] Arrogante.
Geulssiga yebbeoyo [글씨가 예뻐요] Tu caligrafía es hermosa.
Geum [금] Oro. Metal asociado al valor de lo reparado.
Geuman [그만] Basta / Detente.
¡Geumanhae! [그만해!] ¡Basta! / ¡Para!.
Gi [기] Energía vital. Fuerza interna que busca el equilibrio.
Gomawoyo [고마워요] Gracias.
Goyang-i nun / Cheon-an [고양이 눈 / 천안] Ojos de gato / Ojos del Cielo. Referencia a una mirada curativa y penetrante.
Guryong [구룡] Guryong. Poblado precario; símbolo de orígenes humildes.

Gwaenchana [괜찮아] Está bien / No pasa nada
Gwisin [귀신] Espíritu errante / Demonio vulgar.

H

Hanbok [한복] Hanbok. Vestimenta tradicional; símbolo de dignidad.
Hanja [한자] Caracteres chinos.
Hanji [한지] Papel tradicional. Soporte para escritura y sellos de protección.
Hansimhan saram [한심한 사람] Persona patética.
Haeoreum [해오름] Amanecer..
Heukam [흑암] Oscuridad profunda. Estado de sombra absoluta.
Heuksintang [흑신탕] Brebaje negro. Preparado medicinal amargo.
Heukyeomsotang [흑염소탕] Tónico de cabra negra. Sustancia revitalizante para curaciones extremas.
Hotteok [호떡] Tortita dulce. Postre callejero tradicional.

I

Ibe damji mayo [입에 담지 마요] No te atrevas a pronunciar ese nombre.
Ije kkeuchida. Oneul nae myeongyega jukneunda. [이제 끝이다. 오늘 내 명예가 죽는다] Es el fin. Hoy muere mi honor.
Inyeon [인연] Destino / Hilo invisible.
Ireona [일어나] Levántate.

J

Jal ja nae sarang [잘 자 내 사랑] Que duermas bien, mi amor.
Jebal [제발] Por favor.
Jeo namjaga [저 남자가] Ese hombre.
Jeongsincharyeo [정신차려] Espabila. Orden para recuperar la lucidez.
Jigeum [지금] Ahora.
Jiok [지옥] Infierno. El abismo o peor escenario posible.
Joesonghaeyo, Abeoji... Oneureun Uirijocha geuri ganghaji anhayo... [죄송해요 아버지... 오늘은 의리조차 그리 강하지 않아요...] Lo siento, padre... Hoy ni siquiera el Honor es tan fuerte.
Joseon [조선] Joseon. Última dinastía imperial de Corea.
Juin [주인] Dueño / Amo. Autoridad incuestionable.
Juk [죽] Gachas de arroz. Alimento suave para convalecencias.
Jungdok [중독] Envenenado / Adicto. Estado de dependencia física o mental.

Jusa [주사] Tinta de cinabrio. Sustancia roja para rituales de sellado.

K

Kkaekkeusi siseo [깨끗이 씻어] Límpiate bien / Lávate.
Kimchi jjigae [김치찌개] Estofado de kimchi. Plato tradicional especiado.
Kkorajihagoneun [꼴라지하고는] Vaya facha.
Kkum [꿈] Sueño / Pesadilla.

M

Masyeo [마셔] Bebe.
Meomulleo [머물러] Quédate.
Meomulleojwo [머물러줘] Quédate conmigo.
Michin saekki [미친 새끼] Cabrón de mierda / Loco.
Mureup kkuleo [무릎 꿇어] Arrodíllate.

N

Nae gaseum pparajwo [내 가슴 빨아 줘] Chupa mi pecho.
Nae jibeul moyokhaneungun [내 집을 모욕하는군] ¡Insultas mi casa!.
Nae ttarida [내 딸이다] ¡Es mi hija!.
Naega neoleul jugilgeoya [내가 너를 죽일 거야] Te mataré.
Naega yeogi isseoyo [내가 여기 있어요] Estoy aquí.
Naneun neoui ansikcheoya [나는 너의 안식처야] Soy tu refugio.
Nareul bwa / Nal bwa [날 봐] ¡Mírame!
Nareul [나를] A mí.
Niga naui geuneuliya? [니가 나의 그늘이야?] ¿Serás mi sombra?
Nokcha [녹차] Té verde. Infusión de paz cotidiana.
Norigae [노리개] Colgante de oro y seda; símbolo de estatus y herencia.
Nuga geurae [누가 그래] ¿Quién dice eso?

O

Oegugin [외국인] Extranjero. Marca distancia o barrera cultural.
Om geup geup yeo yul ryeong, sagwi somyeol, shimshin anjeong [엄급급 여율령, 사귀소멸, 심신안정] Obedece al instante, desvanece al mal, estabiliza cuerpo y mente.

S

Sajangnim [사장님] Señor Director / Jefe. Título empresarial de alto rango.
Sarangbang [사랑방] Cuarto de estudio o recepción tradicional.
Saranghae [사랑해] Te amo.
Seon [선] Meditación. Práctica de quietud mental e introspección.
Seonsaengnim [선생님] Maestro / Profesor. Respeto formal hacia quien custodia un legado.
Seuseungnim [스승님] Maestro. Respeto máximo hacia un guía espiritual o figura de sabiduría.
Simyeon [심연] Abismo. Vacío inmensurable.
Singgyeong sseuyeo [신경 쓰여] Es molesto / Me preocupa.
Sua [수아] Nombre propio; elegancia y gracia.

T

Ttal [딸] Hija.
Ttungttunghan gaesekki [뚱뚱한 개새끼] Gordo bastardo.
Ttarawa [따라와] Sígueme.

U

Uiri [의리] Honor / Lealtad. Vínculo moral sagrado y deber inquebrantable.
Uiwonnim [의원님] Médico sanador. Título de respeto en la medicina tradicional.

Y

Yagmulchiryo [약물치료] Tratamiento farmacológico. Intervención química sobre cuerpo y mente.
Yak [약] Medicina. Remedio de raíz tradicional y orgánica.
Yaksok [약속] Promesa.
Yeobo [여보] Cariño / Esposo(a). Máxima intimidad conyugal y pertenencia.
Yeogi isseo [여기 있어] Estoy aquí.
Yeokgyeowo [역겨워] Me das náuseas.
Yeonghon [영혼] Alma. Núcleo esencial de la identidad.
Yeontan [연탄] Briqueta de carbón. Calefacción tradicional en entornos precarios.
Yo [요] Colchón tradicional. Elemento de descanso coreano a ras de suelo.

Honoríficos y Sufijos

-**ssi** [씨] Señor / Señora. Cortesía que marca distancia o respeto formal.
-**ya / -a** [야 / 아] Sufijo vocativo informal. Partícula de cercanía o afecto que reafirma la jerarquía

ACERCA DEL AUTOR

Raúl M. Cruz debuta en el thriller psicológico con *Norigae*, una obra donde converge su fascinación por la complejidad de la mente humana y la riqueza cultural de Corea del Sur.

Con una formación técnica vinculada al sector aeronáutico, traslada la precisión del análisis de sistemas al terreno literario, diseccionando las dinámicas de poder con una narrativa visceral que huye de lo convencional.

Actualmente reside en Madrid, España, donde investiga para sus próximos proyectos de thriller histórico y ciencia. *Norigae* es el primer paso de un camino dedicado a incomodar al lector, obligándolo a mirar donde otros cierran los ojos.

Contacto:

Encuéntralo en Instagram: @raulmcruz.autor

Email: mailto:raulmcruz.autor@gmail.com

[1] Joseon: Última dinastía imperial de Corea (1392-1897).

[2] Hanbok: Vestimenta tradicional coreana

[3] Agassi: Señorita / Honorífico de cortesía que marca estatus profesional

[4] -ssi: Honorífico de cortesía para marcar respeto formal.

[5] Appa: Papá / Definición íntima y cercana.

[6] Kimchi: Plato tradicional caliente y especiado.

[7] Boricha: Té de cebada tostada

[8] Yeobo: Cariño / Esposo(a)

[9] Dangjang naga: ¡Vete ahora mismo!

[10] Geogjeongma: No te preocupes

[11] Singgyeong sseuyeo: Es molesto / Me preocupa

[12] Akryeong: Espíritu maligno

[13] Gwaenchana: Está bien / No pasa nada

[14] Naneun neoui ansikcheoya: Soy tu refugio

[15] Seonsaengnim: Maestro / Profesor

[16] Oegugin: Extranjero

[17] Heukam: Oscuridad profunda / Tinieblas

[18] Akma / Angma: Demonio

[19] Jungdok: Envenenado / Adicto

[20] ¡Abeoji. Jeo namjaga…Nareul: ¡Padre. Ese hombre...A mí!

[21] Dwiro ga! Dangjang!: ¡Atrás ahora!

[22] Nae jibeul moyokhaneungun: ¡Vienes a insultar a mi casa!

[23] Angmaga deureowatda: el demonio ha entrado.

[24] Darawa: sigueme

[25] Juin: Dueño / Amo

[26] Seuseungnim: Maestro. Guía espiritual o figura de profunda sabiduría.

[27] Yo: Colchón tradicional coreano a ras de suelo.

[28] Kkorajihagoneun: Vaya facha / Mira qué aspecto tienes

[29] Aniya: No

[30] Geomanhan: Arrogante

[31] Gwaenchana: Está bien / No pasa nada

[32] Yeonghon: Alma

[33] Nuga geurae: ¿Quién dice eso?

[34] Meomulleo: Quédate / Permanece

[35] Ansikcheo: Refugio / Santuario

[36] Yagmulchiryo: Tratamiento farmacológico

[37] Gwaenchana: Está bien / No pasa nada

[38] Ansikcheo: Refugio / Santuario

[39] Nae gaseum pparajwo…*nae sarang*: Chupa mis pechos… mi amor

[40] Deureowa nae ane isseojwo: Entra... quédate dentro de mí

[41] Saranghae: Te amo

[42] Jal ja nae sarang: Que duermas bien, mi amor

[43] Kkaekkeusi siseo: Límpiate bien / Lávate

[44] Babo: Tonto / Idiota

[45] Seon: Meditación

[46] Uiri: Honor / Lealtad / Vínculo moral sagrado e inquebrantable.

[47] Jiok: Infierno

[48] Heuksintang: Brebaje medicinal amargo negro

[49] Meomulleojwo: Quédate conmigo / Permanece conmigo.

[50] Juk: Gachas de arroz

[51] Ansikcheo: Refugio / Santuario

[52] Nokcha: Té verde

[53] Gomawoyo: Gracias

[54] Cheoncheonhi: Despacio / Con calma

[55] Sarangbang: Cuarto de estudio o recepción tradicional en un hogar coreano.

[56] Seon*:* Meditación

[57] Jiok: Infierno

[58] Nal bwa!: ¡Mírame!

[59] Saranghae: Te amo

[60] Naneun neoui ansikcheoya: Soy tu refugio

[61] Nareul bwa / Nal bwa: ¡Mírame!

[62] Adeul: Hijo / linaje directo o adopción.

[63] Ttal: Hija

[64] Sajangnim: Señor / Jefe

[65] Gasaekki: Bastardo / Hijo de perra

[66] Michin saekki: Cabrón de mierda / Loco hijo de puta.

[67] Ije kkeuchida. Oneul nae myeongyega jukneunda: Es el fin. Hoy muere mi honor

[68] Uiwonnim: Médico sanador.

[69] Jusa: Tinta de cinabrio

[70] Om geup geup yeo yul ryeong, sagwi somyeol, shimshin anjeong: Obedece al instante, desvanece al mal, estabiliza cuerpo y mente.

[71] Geumanhae!: ¡Basta!

[72] Binyeo: Pasador de pelo.

[73] Akmagateun: Como un demonio

[74] Gwaenchana ...Naega yeogi isseoyo: Está bien…Estoy aquí

[75] Annyeong, Appa... Saranghae... Beolsseo bogo shipeo…: Adiós, Papá… Te quiero… Ya te echo de menos.

[76] Joesonghaeyo, Abeoji... Oneureun Uirijocha geuri ganghaji anhayo…: Lo siento, padre... Hoy ni siquiera el pacto de honor es tan fuerte...

[77] Dangjang geu mun yeoreoyo!: ¡Abre esa puerta ahora mismo!

[78] Yeokgyeowo: Me das nauseas.

[79] Da malhae!: ¡Cuéntalo todo!

[80] Ibe damji mayeoyo: No te atrevas a pronunciar ese nombre.

[81] Juin: Dueño / Amo.

[82] Geuman: Basta / Detente.

[83] Eonni: Hermana mayor

[84] Chimyeongjeogin: Irresistible.

[85] Gajeungseureoun: Miserable. Despreciable.

[86] Naega neoleul jugilgeoya: Me das asco, cerdo. Te mataré.

[87] Chingu: Amiga. / Amigo.

[88] Byeonhosanim: Señor Abogado.

[89] Dangsineul wonhae: Te deseo.

[90] Dugeseon gateun geosiya: Ambos son lo mismo.

[91] Dangsineun bulssanghaeyo: Me das lástima / Eres digna de compasión.

[92] ¿Niga naui geuneuliya?: ¿Serás mi sombra?

[93] Mureup kkuleo: Arrodíllate.

[94] Ireona: Levántate.